

LA POLIS Y LA EXPANSION COLONIAL GRIEGA. SIGLOS VIII-VI

Adolfo J. Domínguez Monedero

HISTORIA UNIVERSAL 6 ANTIGUA

EDITORIAL SINTESIS

EX LIBRIS

ARMAUIRUMQUE



LA *POLIS* Y LA EXPANSION COLONIAL GRIEGA (Siglos VIII-VI)

Adolfo J. Domínguez Monedero

Profesor Titular de Historia Antigua
de la Universidad Autónoma de Madrid



EDITORIAL
SINTESIS

Primera reimpresión: septiembre 1993
Segunda reimpresión: octubre 1995
Tercera reimpresión: septiembre 2001

Diseño de cubierta: JV Diseño gráfico

Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
http:\\www.sintesis.com

Depósito legal: M. 35.278-2001
ISBN: 84-7738-108-9

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

1. Introducción*

La cultura griega, tal y como habitualmente se conoce, y tal y como ha dejado sentir su huella en la posteridad es la civilización de la *polis*, de la ciudad-estado. La democracia, el teatro, la filosofía ... forman parte del legado de la humanidad; fue en el ámbito de la *polis* donde buena parte de lo que caracteriza al mundo antiguo surgió; el mundo helenístico primero, y Roma después, matizaron y amplificaron ese mensaje y ello garantizó su pervivencia en el tiempo. Mucho después de que aquel mundo hubiera acabado por desaparecer sus logros seguían aún vivos. No es éste ni el momento ni el lugar para abordar el «legado» del mundo helénico, pero sí para estudiar los primeros momentos del proceso que desembocó en la *polis* clásica del siglo V a.C. La ciudad griega de la época clásica, cuyo paradigma, pero no su única representante, es la Atenas de Pericles, es el resultado de un largo proceso de formación, en el que intervienen numerosos componentes; en los capítulos siguientes iré analizando algunos de los más significativos de entre ellos; las peculiaridades de ese sistema político, tan genuinamente griego, se encuentran, ya en forma embrionaria, ya netamente desarrolladas, en el período clave que abarca los siglos VIII al VI a.C.; prácticamente todos los elementos que propiciarán el florecimiento de la Hélade en el clasicismo, se encuentran ya apuntados en las *poleis*

* Agradezco a mis colegas los Profesores D. Domingo Plácido y D. Jaime Alvar, de la U.C.M. y D. Fernando Quesada y D. José Pascual de la U.A.M. la lectura atenta del manuscrito y de las pruebas, así como todas las sugerencias que me han formulado y que, en la medida de lo posible, he procurado tener en cuenta.

arcaicas. Pero, al tiempo, también apreciamos en ellas los factores de disolución que, en su momento, darán al traste con ese experimento político irrepetible.

Si la época clásica, como se ha dicho en ocasiones, es el período del equilibrio, en el arcaísmo será el desequilibrio lo que impere. Pero, ¿cómo podríamos esperar otra cosa? Surgiendo de un mundo aislado, casi caótico en ocasiones, la Hélade sabrá crear unas formas de organización política sin precedentes en la Historia y, de la mano de esta organización, surgirá una nueva ideología, unas formas económicas novedosas, unas expresiones artísticas genuinas. El precio será alto, sin embargo: poblaciones enteras esclavizadas o sometidas a servidumbre, grandes movimientos de población en busca de su propia supervivencia, disfrute de privilegios por parte de unos, aprovechándose del trabajo de los otros. Está claro por qué hablamos de desequilibrios y, más aún, de conflictos cuando estas dos visiones, y otras más, se encuentren dentro del ámbito de la misma *polis* y se les plantee la opción de convivir o, al menos coexistir, o dar al traste con todo el sistema.

Pero, ciertamente, en estos conflictos y desequilibrios radica también buena parte del éxito griego, puesto que, a veces recurriendo a la violencia pero, y es lo importante, en otras ocasiones por la vía del acuerdo, del diálogo, del consenso, los griegos se marcarán su propio destino. No será, a diferencia de lo que ocurría en Oriente o en Egipto, la autoridad indiscutida de un rey, encarnación de la divinidad o vicario de la misma, inaccesible a sus súbditos, la que resuelva esos problemas: será la autoridad conferida por unos hombres a otros hombres, o el respeto a unas leyes promulgadas por hombres y administradas por hombres. Y estos hombres, administradores y administrados, serán, todos ellos, ciudadanos, no súbditos; y, lo que es más sorprendente aún, el poder y las leyes que emanan de esos ciudadanos estarán siempre por encima de cada uno de ellos. Es a esto a lo que podemos llamar «política», que con Finley (FINLEY: 1980-a, 22), podemos definir como

> «el arte de llegar a decisiones mediante la discusión pública y, después, de acatar aquellas decisiones en cuanto condición de la existencia social de los hombres civilizados.»

Naturalmente, los grados y matices variarán en cada caso concreto; seguirá habiendo esclavos y grupos dependientes; habrá libres no ciudadanos, y habrá ricos y pobres. Pero si hay algo que caracteriza a la *polis*, al menos desde el punto de vista general, es la sumisión de

todos los individuos que la integran a unas normas que no proceden de ninguna instancia suprahumana, sino que están hechas por hombres y a la medida del hombre. La mejor ciudad sería, según una respuesta que se atribuye a Solón de Atenas «aquélla en la que los ciudadanos obedecen a los gobernantes y los gobernantes a las leyes». Llegar a este extremo no fue cosa fácil y el camino, como iremos viendo, estuvo plagado de escollos; pero lo que sí percibieron los griegos fue que, a pesar de ellos, el único sistema que garantizaba las oportunidades para desarrollar todas las potencialidades humanas era la *polis*. De ahí la expresión aristótelica del «animal político» aplicada al hombre (*Política*, 1253 a 2-3); el hombre, por naturaleza, es un animal destinado a vivir en la *polis*.

Por lo que se refiere a la estructuración del trabajo, abordaré ante todo aquellos aspectos relativos al desarrollo social, económico y cultural, en detrimento, naturalmente, de una narración estricta de los hechos a los que, obviamente, tampoco podré dejar de aludir, siquiera como marco general de la narración; en todo caso, en el cuadro cronológico incluído se encontrará también una sucesión de los acontecimientos que permitirán enmarcar mejor los fenómenos tratados. Otra cuestión a la que quiero aludir se refiere a la división por siglos que se seguirá en la presente síntesis; ni qué decir tiene que nuestro sistema cronológico no tiene sentido alguno aplicado a la Historia griega, pero, puesto que de lo que se trata es de presentar el desarrollo de la Grecia arcaica, una aproximación diacrónica parece obligada y, admitido ello, el medio más eficaz y más ágil, siempre que no se pierda de vista la premisa anterior, es seguir empleando nuestra propia cronología.

El inicio del trabajo, desde el punto de vista temporal, tiene lugar con el siglo VIII; ello me excusará de abordar toda una serie de cuestiones que afectan a etapas anteriores, como puede ser la cuestión de la configuración étnico-lingüística de la Hélade en ámbitos jónicos, dóricos o eolios, o la problemática de las estructuras pre-políticas (tribu, fratría, familia), aspectos todos ellos que daré por asumidos, si bien el propio relato que aquí desarrollaré me obligará, ocasionalmente, a realizar alguna breve incursión en este pasado más remoto pero más con fines comparativos que puramente descriptivos.

Por fin, diré que, llegados al tratamiento del siglo VI, el estudio se «regionalizará», en el sentido de que empezaremos a prestar una atención más directa a los distintos ámbitos en los que se encuentra configurado para ese momento el mundo helénico; ello se debe, por un lado, a la mayor disponibilidad de información y, por otro, al deseo consciente de presentar un panorama si no completo sí al menos amplio de esa Hélade en el siglo VI, intentando ir más allá del tratamiento de la especificidad histórica de Atenas y de su «antítesis» Esparta. Por otro

lado, ese interés regional da cuenta, asimismo, de las variedades que el modelo de la *polis* puede asumir en su aplicación práctica en los distintos territorios en los que se implanta.

Hechas estas observaciones, veamos, sin más preámbulos, cómo surgió, cómo se estructuró, y qué caracterizó en sus primeros siglos a la *polis* griega.

CUADRO CRONOLOGICO

Fechas (a.C)	*Acontecimientos*
Hacia el 800	Sinecismo de Esparta.
776	Inicio de la lista de los Olimpiónicos.
754	Inicio de la lista espartana de Eforos.
ca. 740-720	Primera Guerra de Mesenia.
Fines siglo VIII	Composición de los Poemas Homéricos.
Fines siglo VIII	Guerra Lelantina.
ca. 700	Hesíodo.
Primera mitad siglo VII	Inicio de la dinastía Mérmnada. Giges.
ca. 675	Correrías Cimerias en Asia Menor.
675-640	Florecimiento de Arquíloco.
669	Batalla de Hisias.
664	Inicio del reinado de Psamético I.
ca. 664	Primera batalla naval entre griegos (Corinto y Corcira).
ca. 655	Tiranía de Cípselo en Corinto.
ca. 655	Tiranía de Ortágoras en Sición.
650	Florecimiento de Calino.
ca. 650-620	Segunda guerra de Mesenia.
Mediados siglo VII?	Licurgo. La Gran Retra.
Mediados siglo VII?	Fidón de Argos.
640	Florecimiento de Tirteo.
631	Inicio del reinado de Bato I de Cirene.
630	Reinado de Sadiates de Lidia.
630-625	Florecimiento de Mimnermo de Colofón.
Segunda mitad siglo VII?	Legisladores Zaleuco y Carondas.
632	Tiranía fallida de Cilón en Atenas.
625	Muerte de Cípselo. Periandro, tirano.
621	Legislación de Dracón.
Fines siglo VII	Tiranía de Panecio de Leontinos.
Fines siglo VII	Melancro y Mírsilo en Mitilene. Pítaco.
618	Muerte de Sadiates. Inicio del reinado de Aliates.
610	Muerte de Psamético I. Inicio del reinado de Necao II.
610-575	Florecimiento de Safo.
610-575	Florecimiento de Alceo
600	Aliates conquista Esmirna.
ca. 600	Clístenes, tirano de Sición.
595-590	Primera Guerra Sagrada.

CUADRO CRONOLOGICO *(Continuación)*

Fechas (a.C)	*Acontecimientos*
594	Arcontado y legislación de Solón.
594	Muerte de Necao II. Inicio del reinado de Psamético II.
591	Muerte de Bato I de Cirene. Inicio del reinado de Arcesilao I.
589	Muerte de Psamético II. Inicio del reinado de Apries.
586/5	Establecimiento de los Juegos Píticos.
585	Muerte de Periandro. Le sucede Psamético.
585	Florecimiento de Tales de Mileto.
583	Final de la tiranía en Corinto.
582-580	Arcontado de Damasias en Atenas.
581/0	Primeros Juegos Istmicos.
580	Diez arcontes en Atenas.
580	Boda de Agarista, hija de Clístenes de Sición con Megacles de Atenas.
576?	Batalla del río Sagra, entre Locris y Crotona.
575	Muerte de Arcesilao I. Inicio del reinado de Bato II.
573/2	Establecimiento de los Juegos Nemeos.
572 (o 560)	Inicio de la tiranía de Fálaris.
570	Batalla de Irasa. Caída de Apries. Inicio del reinado de Amasis.
570	Guerra de Atenas con Mégara. Captura de Nisea.
570-550	Florecimiento de Anaximandro.
570-475	Jenófanes de Colofón.
561/60	Inicio de la tiranía de Pisístrato.
560	Inicio del reinado de Anaxándridas de Esparta.
560	Alianza Esparta-Tegea.
560	Muerte de Aliates. Inicio del reinado de Creso.
560	Caída de Siris, a manos de Síbaris, Crotona y Metapontio.
560	Muerte de Bato II. Inicio del reinado de Arcesilao II.
559	Inicio del reinado de Ciro el Grande.
556 (o 546)	Final de la tiranía de Fálaris. Telémaco y Emenes. Alcámenes y Alcandro.
556/5	Quilón, éforo en Esparta.
556/5	Final de la tiranía en Sición.
555	Primera expulsión de Pisístrato.
550-530	Florecimiento de Teognis de Mégara.
550	Primer regreso de Pisístrato.
550	Muerte de Arcesilao II. Inicio del reinado de Bato III. Reformas de Demonacte de Mantinea.

CUADRO CRONOLOGICO *(Continuación)*

Fechas (a.C)	*Acontecimientos*
Segunda mitad siglo VI	Tiranías de Terón y de Pitágoras, en Selinunte.
549	Segunda expulsión de Pisístrato.
547	Final del reinado de Creso. Lidia, satrapía persa.
546	Inicio de la tiranía de Polícrates.
546	Batalla de los Campeones. Conquista espartana de la Tireátide.
545	Anaxímenes.
545	Inicio de la conquista persa de Jonia. Caída de Focea y Teos.
540	Batalla del Mar Sardo o Alalia.
539	Segundo regreso de Pisístrato.
530	Muerte de Ciro. Inicio del reinado de Cambises.
530	Muerte de Bato III. Inicio del reinado de Arcesilao III.
ca. 530	Llegada de Pitágoras a Crotona.
527	Muerte de Pisístrato. Inicio de la tiranía de Hipias e Hiparco.
526	Cambises conquista Egipto. Muerte de Amasis.
525/4	Expedición corintio-espartana contra Polícrates de Samos.
525	Arcesilao III de Cirene paga tributo a Cambises.
524	Batalla de Cumas. Inicio de la carrera política de Aristodemo.
522	Muerte de Polícrates de Samos.
522	Muerte de Cambises. Inicio del reinado de Darío.
520	Muerte de Anaxándridas. Acceso de Cleómenes.
514	Muerte de Hiparco.
513	Expedición de Darío contra los escitas.
512?	Tiranía de Telis en Síbaris.
510	Destrucción de Síbaris.
510	Caída de Hipias. Intervención de Cleómenes.
510	Muerte de Arcesilao III. Inicio del reinado de Bato IV.
509-508?	Tiranías de Cilón y Clinias en Crotona y expulsión de Pitágoras.
508	Inicio de las reformas de Clístenes. Arcontado de Iságoras e intervención de Cleómenes.
505	Fallida expedición de Cleómenes al Atica.
505	Inicio de la tiranía de Cleandro en Gela.
504	Batalla de Aricia. Inicio de la tiranía de Aristodemo en Cumas.
Fines siglo VI-inicios siglo V	Creación de la federación Odrisa en Tracia.
500	Florecimiento de Hecateo de Mileto.

CUADRO CRONOLOGICO *(Continuación)*

Fechas (a.C)	*Acontecimientos*
499	Inicio de la Revuelta Jónica.
498	Muerte de Cleandro de Gela. Inicio de la tiranía de Hipócrates.
494	Batalla de Sepeia. Victoria espartana sobre Argos.
494	Batalla de Lade. Fin de la Revuelta Jónica.
494	Inicio de la tiranía de Anaxilao de Regio.
491	Muerte de Hipócrates de Gela. Inicio de la tiranía de Gelón.
490	Batalla de Maratón
490	Muerte del rey Cleómenes.
490	Muerte de Aristodemo de Cumas.
486	Muerte de Darío. Inicio del reinado de Jerjes.
480	Batalla de Salamina.
480	Batalla de Hímera.

CRONOLOGIA DE LOS ESTILOS CERAMICOS

(Para la época Geométrica se dan las fechas del estilo ático; para el Orientalizante, las de la cerámica corintia. A partir de la mitad del siglo VI ésta cede su puesto, en el comercio mediterráneo a la cerámica ática de figuras negras, surgida a principios del siglo VI)

Estilo cerámico	*Cronología aproximada*
GEOMETRICO ANTIGUO I (EG I)	900-875
GEOMETRICO ANTIGUO II (EG II)	875-850
GEOMETRICO MEDIO I (MG I)	850-800
GEOMETRICO MEDIO II (MG II)	800-760
GEOMETRICO RECIENTE I (LG I)	760-735
GEOMETRICO RECIENTE II (LG II)	735-700 (Atenas)
PROTOCORINTIO ANTIGUO (EPC)	720-690 (Corinto)
PROTOCORINTIO MEDIO I (MPC I)	690-670
PROTOCORINTIO MEDIO II (MPC II)	670-650
PROTOCORINTIO RECIENTE (LPC)	650-630
TRANSICIONAL (TR)	630-620/615
CORINTIO ANTIGUO (EC)	620/615-595/590
CORINTIO MEDIO (MC)	595/590-570
CORINTIO RECIENTE I (LC I)	570-550 (Corinto)
CORINTIO RECIENTE II (LC II)	*post* 550 (Corinto)
FIGURAS NEGRAS	Desde 600-575 (Atenas)

CRONOLOGIA DE LAS FUNDACIONES COLONIALES

Colonia	*Metrópolis*	*Fecha fundación (fuentes)*	*Material más antiguo*
Abdera	Clazómenas; Teos	654; *c.* 545	*c.* 600
Abidos	Mileto	*c.* 680-652	—
Acanto	Andros	655	—
Acras	Siracusa	663	*c.* 640-625
Adria	—	—	*c.* 525-500
Agate	Masalia	—	*c.* 600-500
Agrigento	Gela	580	*c.* 600-575
Alalia	Focea	*c.* 565	*c.* 575-550
Alopeconeso	Eolios	—	—
Amiso	Mileto y Focea	*c.* 564	*c.* 600-575
Ampracia	Corinto	*c.* 655-625	—
Anactorio	Corinto y Corcira	*c.* 655-625	*c.* 625-600
Apolonia Ilírica	Corinto y Corcira	*c.* 600	*c.* 600
Apolonia Líbica	Tera	—	*c.* 600
Apolonia Póntica	Mileto	*c.* 610	*c.* 600-575
Argilo	Andros	—	—
Asera	Calcis	—	—
Asos	Metimna	—	*c.* 600-500
Astaco	Mégara o Calcedonia	711?	—
Barca	Cirene	*c.* 560-550	—
Berezan (Borístenes)	Mileto	647	*c.* 650-600
Bisante	Samos	—	—
Bizancio	Mégara	659 ó 668	*c.* 625-600
Calcedonia	Mégara	676 ó 685	—
Camarina	Siracusa	598	*c.* 600-570
Cardia	Mileto y Clazómenas	—	—
Casmenas	Siracusa	643	*c.* 600
Catana	Calcis	729	—
Caulonia	Crotona	—	*c.* 650
Celenderis	Samos	—	—
Cepi	Mileto	—	*c.* 575-550
Ceraso	Sinope	—	—
Cícico	Mileto	756; 679	—
Cios	Mileto	627	—
Cirene	Tera	632	*c.* 625-600
Cleonas	Calcis	—	—
Colonas	Mileto	—	—
Corcira	Eretria; Corinto	706 ó 733	*c.* 720-700
Corcira Negra	Cnido	*c.* 625-585?	*c.* 600-575
Cotiora	Sinope	—	—

CRONOLOGIA DE LAS FUNDACIONES COLONIALES *(Continuación)*

Colonia	*Metrópolis*	*Fecha fundación (fuentes)*	*Material más antiguo*
Crotona	Aqueos	709	*c.* 725-700
Cumas	Calcis y Eretria	—	*c.* 725-700
Dicearquea	Samos	531	—
Elea	Focea	*c.* 540	*c.* 540
Eleunte	Teos	—	*c.* 600
Eloro	Siracusa	—	*c.* 700
Emporion	Focea	—	*c.* 600-575
Enos	Alopeconeso; Mitilene; Cime	—	—
Epidamno	Corcira	627	—
Escepsis	Mileto	—	—
Esción	Aqueos	—	—
Esime	Tasos	—	*c.* 650-625
Espina	—	—	*c.* 525-500
Estagira	Andros	655	—
Estrime	Tasos	*c.* 650	—
Evespérides	Cirene	antes *c.* 515	*c.* 600-575
Fanagoria	Teos	*c.* 545	*c.* 550-500
Fasélide	Rodas	688?	—
Fasis	Mileto	—	—
Gale	Calcis	—	—
Galepso	Tasos	—	*c.* 650-625
Gela	Rodas y Creta	688	*c.* 725-690
Heraclea Minoa	Selinunte	antes *c.* 510	*c.* 550
Heraclea Póntica	Mégara; Tanagra	*c.* 560	—
Hermonasa	Mileto?	—	*c.* 600-575
Hímera	Zancle	*c.* 648	*c.* 625-600
Hiponio	Locris Epizefiria	—	*c.* 650
Imbros	Atenas	*c.* 500	—
Istria	Mileto	657	*c.* 630-600
Lámpsaco	Focea	654	—
Laos	Síbaris	—	—
Lemnos	Atenas	*c.* 500	*c.* 500
Leontinos	Calcis	729	*c.* 750-725
Léucade	Corinto	*c.* 655-625	—
Limnas	Mileto	—	—
Lípara	Cnido	*c.* 580	*c.* 575-550
Locris Epizefiria	Lócride	679	*c.* 690-650
Madito	Lesbos	—	—
Maronea	Quíos	antes *c.* 650	—

CRONOLOGIA DE LAS FUNDACIONES COLONIALES *(Continuación)*

Colonia	*Metrópolis*	*Fecha fundación (fuentes)*	*Material más antiguo*
Masalia	Focea	*c.* 600	*c.* 600
Meciberna	Calcis	—	—
Medma	Locris Epizefiria	—	*c.* 625-600
Mégara Hiblea	Mégara	728	*c.* 750-725
Mende	Eretria	—	—
Mesembria	Mégara, Bizancio, Calcedonia	*c.* 510	*c.* 500
Metapontio	Aqueos	773	*c.* 650
Metauro	Zancle; Locris	—	*c.* 650; *c.* 550
Metone	Eretria	*c.* 706 ó 733	—
Milas	Zancle	716?	*c.* 725-700
Miletopolis	Mileto	—	—
Mirmecio	Mileto o Panticapeo	—	*c.* 600-575
Nagido	Samos	—	—
Náucratis	—	—	*c.* 610
Naxos	Calcis	734	*c.* 750-725
Neapolis (Kavalla)	Tasos	—	*c.* 650-625
Ninfeo	Mileto?	—	*c.* 600
Oasis Polis	Samos	antes *c.* 525	—
Odeso	Mileto	—	*c.* 600-575
Olbia Póntica	Mileto	647	*c.* 640-610
Paesos	Mileto	—	—
Panticapeo	Mileto	—	*c.* 600
Pario	Paros, Mileto, Eritras	709	—
Perinto	Samos	602	—
Píloro	Calcis	—	—
Pitecusa	Calcis y Eretria	—	*c.* 750-725
Pixunte	Síbaris	—	—
Posidonia	Síbaris	—	*c.* 625-600
Potidea	Corinto	*c.* 625-585	—
Príapo	Mileto	—	—
Proconeso	Mileto	antes *c.* 690	—
Quersoneso Tracio	Atenas	561-556	—
Regio	Calcis	—	*c.* 730-720
Samotracia	Samos	*c.* 600-500	*c.* 550-500
Sane	Andros	655	—
Sarte	Calcis	—	—
Selimbria	Mégara	antes 668	—
Selinunte	Mégara Hiblea	628	*c.* 630-620
Sermile	Calcis	—	—

CRONOLOGIA DE LAS FUNDACIONES COLONIALES *(Continuación)*

Colonia	*Metrópolis*	*Fecha fundación (fuentes)*	*Material más antiguo*
Sesto	Lesbos	—	—
Síbaris	Aqueos	*c.* 720	*c.* 700
Sigeo	Atenas	*c.* 600	—
Singos	Calcis	—	—
Sinope	Mileto	antes 756; 631	*c.* 640-600
Siracusa	Corinto	733	*c.* 750-725
Siris	Colofón	*c.* 680-652	*c.* 700
Tanais	Mileto?	—	*c.* 625-600
Tarento	Esparta	706	*c.* 725-700
Tasos	Paros	*c.* 650	*c.* 650
Taucheira	Cirene	—	*c.* 630
Temesa	Crotona?	—	*c.* 500
Teodosia	Mileto	—	*c.* 575-500
Terina	Crotona	—	*c.* 500
Tieo	Mileto	—	—
Tiras	Mileto	—	*c.* 600-500?
Tiritace	Panticapeo?	—	*c.* 550
Tomis	Mileto	—	*c.* 500-475
Toroné	Calcis	antes *c.* 650	—
Trapezunte	Sinope	756	—
Zancle	Calcis	—	*c.* 730-720

2.

La situación de Grecia en el siglo VIII a.C.

2.1. El final de los Siglos Obscuros

El período que se inició en el mundo griego a partir del siglo XII a.C., y que se caracterizó, ante todo, por la desaparición de las estructuras palaciales de la época micénica, conocido habitualmente como Epoca Obscura, puede considerarse ya prácticamente concluido a inicios del siglo VIII a.C., si bien algunos autores llevan ese período hasta la mitad del mismo siglo. La Grecia con la que ahora nos encontramos (Figura 1) es, ciertamente, diferente de aquélla en la que se había desarrollado la cultura micénica; se han producido modificaciones en el poblamiento griego, han desaparecido las estructuras políticas existentes y los sistemas económicos que desarrollaron y que las sustentaron, etc. Durante buena parte de esos Siglos Obscuros Grecia ha permanecido, en mayor o menor medida, aislada de su entorno; sin embargo, eso no implica inmovilismo en el ámbito balcánico, sino tan sólo falta de datos, «obscuridad» que el progreso de la investigación va poco a poco convirtiendo en «penumbra». Uno de los problemas más apasionantes para el historiador del período es la reconstrucción de una época en la que las innegables pervivencias del pasado coexisten con elementos nuevos y destinados a tener un brillante futuro; la dialéctica entre lo antiguo y lo nuevo caracterizará buena parte de los Siglos Obscuros; «ruptura» y «continuidad» están presentes, cuanto menos, a partes iguales. Todo ello, sin embargo, no debe preocuparnos aquí. Lo

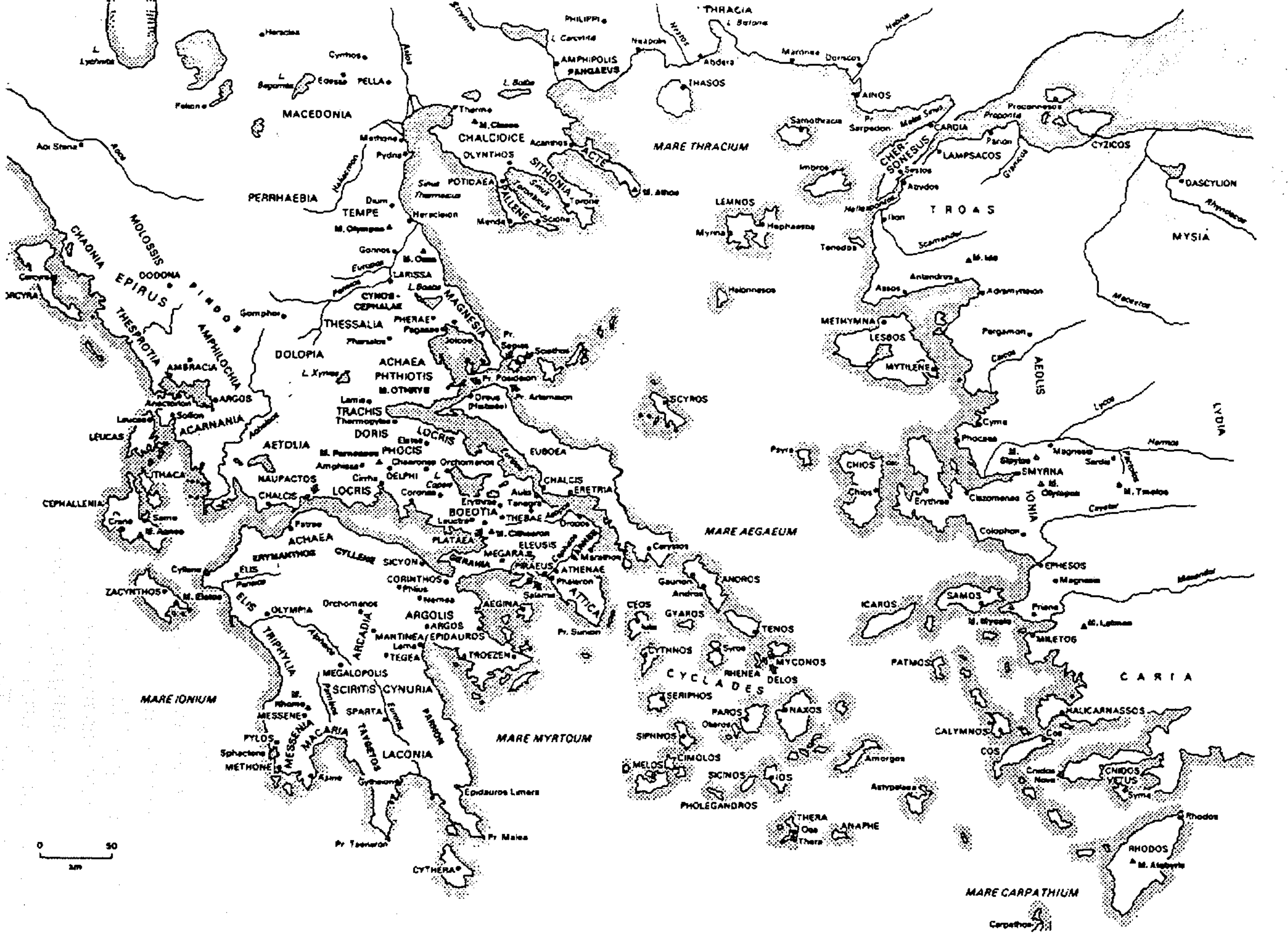


Figura 1. Mapa de la Grecia propia y de la Grecia del Este.

cierto es que cuando se inicia el siglo VIII, y por causas que no es éste el lugar de tratar, la Hélade presenta signos de «recuperación», por así decirlo.

Este «renacimiento» (a veces sólo «supervivencia») se expresa de muy diferentes maneras: mediante un decidido despegue económico, al menos en algunas áreas, por el reinicio de navegaciones a larga distancia, por la reanudación de contactos con el Próximo Oriente, por la aparición de la escritura alfabética, por un incremento demográfico, incluso por la composición de los Poemas Homéricos, etc. Algunos de estos avances ya se habían producido en el siglo IX y algunos pueden rastrearse, incluso, hasta en el siglo X, aunque no será hasta el siglo VIII cuando la conjunción de todos ellos produzca transformaciones importantes. Iremos viendo cada uno de estos aspectos en las páginas sucesivas, no sin antes apuntar lo relativo y, a veces, francamente inadecuado, de nombrar a las diversas épocas históricas a partir de prejuicios más o menos clasicistas; así, conceptos como los recién mencionados de «Siglos Obscuros» o «Renacimiento» se emplean aquí más por estar consagrados en las periodizaciones al uso, que porque yo mismo comparta los juicios de valor que encarnan.

2.2. El inicio del despegue económico

Un factor que, muy posiblemente, es determinante de buena parte de las transformaciones que se producen en el siglo VIII viene constituído por el despegue económico que experimenta el mundo griego. Las pruebas del mismo parecen ser mejor conocidas que sus verdaderas causas, acerca de las cuales son más las conjeturas que las certidumbres. Y una de esas pruebas viene dada por el auge y la expansión de la cerámica ática. Entre las consecuencias en la mejora de las condiciones económicas parece estar el incremento de la población que en algunas zonas (como puede ser el Atica o la Fócide Oriental) parece multiplicarse por seis en el lapso de una generación. No obstante, si el auge demográfico en esa proporción es algo real o, si por el contrario, esa impresión obedece a otros hechos (mayor concentración del hábitat, concesión del derecho a entierro formal a nuevos grupos, etc.) es algo aún no resuelto definitivamente, por lo que no insistiré en el tema.

2.2.1. Auge de la cerámica ática

A partir del último tercio del siglo IX a.C. y los años iniciales del siglo VIII, durante el Geométrico Medio II, en Atenas se inicia la pro-

ducción de una cerámica de gran calidad técnica y artística que pronto encuentra importantes mercados en todo su entorno; el auge del estilo se producirá ya durante el siglo VIII y será obra del llamado «Maestro del Dipilón». Hasta este período la cerámica ática aparece en las Cícladas, así como en Samos y Mileto; poco a poco va llegando a Creta, así como a otros puntos de Asia Menor, como Rodas. Quizá más importante que la propia exportación de la cerámica ática es el hecho de que surge toda una serie de estilos locales que aceptan el lenguaje formal que han desarrollado los artistas atenienses durante el Geométrico Medio, de tal manera que se ha podido hablar, ya para este momento, de la existencia de una auténtica *koine* artística, es decir, de un lenguaje común que en todos los lugares es aceptado y apreciado. Seguramente estamos asistiendo, a través de la expresión artística e iconográfica promovida por la cerámica ática, a la aparición, tras el lapso de los Siglos Obscuros, de una franca recuperación de las relaciones entre territorios griegos. Entre las piezas del Geométrico Medio ático hay algunas (crateras y ánforas, sobre todo) cuyo tamaño, decoración y carácter las han convertido en objetos idóneos para servir como regalo entre notables y a ello se debe que aparezcan en diversos puntos mediterráneos (Creta, Salamina de Chipre, Amatunte, Samaria, Tiro, Hama, Huelva) a donde han debido de llegar como testimonio de relaciones aristocráticas. Sobre este hecho volveré más adelante (*véase* 3.2.2).

Como he mencionado, será durante el siglo VIII cuando esta producción del geométrico ático alcance sus más altas cotas con el llamado «Maestro del Dipilón», encuadrable en el Geométrico Reciente. Es ahora cuando empiezan a aparecer figuras humanas e importantes composiciones sobre grandes recipientes de utilidad claramente funeraria, crateras y ánforas. El destino de estos recipientes marca el tipo de escenas descritas; así, nos hallamos ante la exposición del cadáver del difunto *(prothesis)*, el traslado del mismo a la tumba *(ekphora)*, la celebración de juegos y combates rituales, escenas de lamento, etc. (Figura 2); lo que esta iconografía nos está indicando es la existencia de unos rituales funerarios sumamente complejos y que recuerdan, inmediatamente, al mundo homérico, sobre el que volveremos más adelante. Sugieren, igualmente, la aparición de unos grupos sociales preeminentes, poseedores del monopolio de las armas y la defensa, al tiempo que económicamente poderosos, que hacen ostentación de esos rasgos en toda una serie de ocasiones, de entre las cuales las más importantes son las vinculadas con el momento de la muerte y todas las ceremonias que se desarrollan en torno a la misma (*véase* 2.3.1).

Es importante destacar que la producción del «Maestro del Dipilón» parece iniciarse hacia el 750 a.C., aun cuando había habido algunos



Figura 2. Anfora y cratera áticas del Maestro del Dipilón.

precursores, aún durante el Geométrico Medio, desde el 770 a.C.; teniendo esto presente, habremos de preguntarnos cómo se ha producido en Atenas este salto cualitativo, puesto de manifiesto por la iconografía de la cerámica, pero también por todo un conjunto de observaciones centradas en el contenido de las tumbas, así como en su misma distribución por el territorio ático. Si podemos adelantar acontecimientos, estaríamos en condiciones de decir que todo ello no es sino manifestación de la constitución de la *polis* en Atenas a lo largo de la primera mitad del siglo VIII y que la obra del «Maestro del Dipilón» no sería más que la «sanción», en el aspecto iconográfico al menos, de este hecho.

Tenemos, pues, dos tipos de informaciones, extraíbles de la cerámica ática: por un lado, indicios evidentes de que desde los últimos años del siglo IX a.C. estamos asistiendo a la reapertura o al empleo cada

vez mayor de las rutas marítimas que unen a los diferentes ámbitos helénicos así como al desarrollo de unos lenguajes iconográficos más o menos comunes. Por otro lado, observamos cómo, en torno a la primera mitad del siglo VIII en Atenas (por no ampliar de momento nuestro radio de atención a otras regiones) se están produciendo unas transformaciones de largo alcance. Lamentablemente, el florecimiento del «Maestro del Dipilón», que representa la aparición de un repertorio iconográfico nuevo y específicamente ateniense, señala el paulatino final de las exportaciones de cerámica ática a aquellos puntos que hasta entonces habían mostrado interés por la misma. Sin embargo, el Geométrico Reciente ve en Atica, pero no sólo en ella, el florecimiento de una serie de estilos locales, algunos de gran calidad, que aparecen en buena parte del ámbito helénico; si bien es difícil relacionar estrictamente el origen de esos estilos con el inicio de la organización en *poleis* porque algunos de ellos surgen en regiones que nunca o sólo tardíamente conocerán ese sistema (Beocia, Arcadia, Acaya, Tesalia, Etolia, etc.), pueden ser un indicio claro de la positiva incidencia que la reapertura de las comunicaciones ha tenido sobre tales comunidades al introducir nuevos estímulos en esas poblaciones, que han determinado ese auge artístico.

El interrogante inmediato no puede ser, pues, otro que el relativo a qué es lo que ha ocurrido en el mundo griego a lo largo del siglo VIII que nos permita entender el proceso recién esbozado.

2.2.2. Inicio de las navegaciones a Oriente: Al Mina; los fenicios. El alfabeto

Las relaciones entre los distintos ámbitos griegos, atestiguadas ya claramente desde, al menos, fines del siglo IX, no hubieran sido suficientes, por sí solas, para explicar el auge del siglo VIII; era necesario, además de recuperar la intercomunicación dentro del mundo griego, retomar también las relaciones con otros ámbitos extrahelénicos con las que, por otro lado, las poblaciones del Egeo habían estado relacionadas durante la Edad del Bronce. Estas regiones se hallaban en el Mediterráneo Oriental, en un territorio privilegiado durante toda la Antigüedad, como fue la región sirio-palestina. Ya desde mediados del siglo X en el sitio de Lefkandi (Eubea) aparecen claros testimonios de relaciones con centros próximo-orientales; sin embargo, la llegada de comerciantes griegos a estos territorios y la creación de asentamientos estables parecen poder datarse un poco antes del 800 a.C.; el centro paradigmático es Al Mina, en la desembocadura del Orontes aun cuando parece probado que no fue el único de estos establecimientos, pues

pueden citarse, entre otros, Ras el-Bassit, Ras Ibn Hani, Tell Sukas, Tabbat al-Hammam (Figura 3) y atestiguarse la penetración de cerámicas griegas a centros del interior como Hama, en todos ellos desde fines del siglo IX y a lo largo del siglo VIII. En Sukas surgió, ya en la primera mitad del siglo VII, un santuario griego. Es harto probable que los responsables de esta ampliación del ámbito económico del mundo helénico hayan sido los habitantes de la isla de Eubea, incluso sin excluir a griegos de otras procedencias (¿Cícladas, Chipre?).

Aun cuando es difícil precisar el *status* de estos centros económicos, parece que no debemos dudar de que en ellos los griegos no disponen de capacidad política plena, y que su presencia allí se debe a la benevolencia (y al interés) de los poderes que controlan la región, tal vez los principados arameos, pronto sometidos a la autoridad asiria o que incluso tuvo lugar en función de la expansión fenicia. A pesar de reconocer, con Graham, lo defectuoso del conocimiento arqueológico de Al Mina, no comparto con él su opinión, expresada en un reciente artículo (GRAHAM: 1986) según la cual viene a negar prácticamente la presencia griega en tal lugar durante los siglos VIII y buena parte del VII; no es este el panorama que nos presentan centros como Tell Sukas, donde existe un santuario griego desde el 675 a.C., precedido por más de un siglo de frecuentación y establecimiento griego en el lugar; es en esta perspectiva en la que, seguramente, hay que colocar también Al Mina que, por ello mismo, puede seguir sirviendo de paradigma de estas tempranas empresas griegas.

Sigue siendo dudoso qué artículos podían ofrecer los euboicos a los príncipes sirios, aunque productos derivados de la agricultura, como el vino o el aceite e, incluso, esclavos, son los candidatos más probables, pero de lo que no cabe duda es de qué recibían a cambio: metales en un primer momento y, seguramente al tiempo, productos manufacturados que asumirán pronto un evidente papel, dentro de las sociedades helénicas, de símbolos de poder y riqueza. No obstante, ya volveremos más adelante a hablar del comercio y de los comerciantes (*véase* 2.3.2).

Si bien los viajes griegos a Siria tuvieron una gran importancia en el desarrollo económico del mundo griego, tampoco fue ésta la única vía de relación entre Grecia y Oriente. Tan importante como esta ruta (y en ocasiones más aún) lo fue el permanente vínculo mantenido entre los centros griegos y los comerciantes fenicios, a iniciativa, en esta ocasión, de estos últimos. Ya desde mediados del siglo IX se detectan objetos de procedencia oriental (claramente fenicia en algunos casos) en dos lugares en los que, si tenemos en cuenta todo lo anterior, ello no causa sorpresa: Atenas y Eubea. Los hallazgos más importantes han tenido lugar en esta última, concretamente en el sitio de Lefkandi. Allí aparecen cuentas de piedras semipreciosas, joyas de oro, objetos de

Figura 3. El Mar Mediterráneo.

fayenza, etc., producidos por talleres orientales; seguramente, también son objetos de comercio los metales. No es extraño, habida cuenta de ello, que en los Poemas Homéricos los fenicios aparezcan como expertísimos comerciantes.

Podemos, pues, pensar, retomando lo hasta aquí visto, que el Atica y Eubea se convirtieron pronto en importantes centros a los que acudían los comerciantes fenicios en busca de determinados productos (¿esclavos?, ¿plata de las minas del Laurión en Atica?, ¿productos de otros lugares en el Egeo, concentrados en Eubea?); la contrapartida fenicia venía constituida por los bienes ya mencionados. Es la súbita llegada de riqueza, junto con la necesidad de organizar y estructurar la producción o recolección de los productos demandados por los fenicios, lo que favorece el auge económico y cultural del Atica y de Eubea. Este hecho determina, en el caso de Atenas, el surgimiento de unos círculos de individuos más poderosos económicamente, así como la aparición de toda una serie de personas que elaboran los productos que este nuevo grupo demanda, surgiendo así un artesanado altamente especializado, responsable en buena medida del florecimiento representado por la cerámica ática del Geométrico Medio. Ese auge económico también favorecería el desarrollo de unas relaciones comerciales, promovidas desde Atenas, y que afectaban a buena parte del ámbito egeo; la prueba de las mismas sería la ya mencionada expansión de la cerámica ática mediogeométrica. Por lo que se refiere a Eubea, si bien también se atestigua para la misma la existencia de relaciones comerciales con el exterior, la principal manifestación que se produce en ella consiste, precisamente, en la creación de Al Mina y otros centros de intercambio en el Levante, en un claro intento de tomar la iniciativa en unas relaciones en las que hasta entonces habían sido tan sólo una sucursal del comercio fenicio.

La presencia fenicia en el Egeo también se atestigua en otros lugares, como pueden ser Creta, Chipre y Rodas, donde habría, según parece, talleres artesanales fenicios, responsables de la elaboración de productos que aúnan las tendencias griegas con las desarrolladas en el Próximo Oriente y de las que los fenicios son sus principales transmisores al exterior. Este hecho también lo encontraremos en lo que hoy día se considera la primera colonia griega en Occidente: Pitecusa.

Los fenicios son, en buena medida, responsables de la adopción por parte del mundo griego, de una serie de nuevas formas artísticas que reflejan las transformaciones económicas que en el mismo se vienen produciendo, entre ellas la introducción de unos elementos que, en combinación con otros de otras procedencias, darán lugar al fenómeno orientalizante sobre el que volveré más adelante; posiblemente también transmiten al mundo griego el conocimiento de la compleja reali-

dad próximo oriental, del que tal vez harán uso aquellos euboicos responsables del asentamiento en Al Mina; su posible incidencia en algunos aspectos más o menos puntuales de los rituales y la religiosidad helénicos ha sido también considerada por los estudiosos en varias ocasiones. Si la acción fenicia sobre el mundo griego del final del siglo IX y siglo VIII inicial se hubiese limitado sólo a estos aspectos, ya podríamos considerarla verdaderamente importante. Sin embargo, la más valiosa aportación fenicia al mundo griego, con serlo también las recién citadas, fue el alfabeto (*véase* 5.9.).

Acerca de la derivación de los alfabetos griegos del fenicio no existen dudas, y los propios griegos lo consideraban como un hecho seguro (Heródoto, V, 58); más problemático es, sin embargo, saber si se produce el surgimiento de un alfabeto griego prototípico, del que derivarán todas las variantes conocidas (que no son pocas) o si, por el contrario, ha habido diferentes adaptaciones en diferentes lugares, que darían cuenta de las mencionadas disparidades entre los distintos alfabetos. También en relación con este problema está el del lugar o lugares de origen del alfabeto griego y el del momento en que surge.

Por lo que se refiere al lugar de origen, hoy día parece que los epigrafistas tienden a pensar más bien en algún centro de la Grecia propia, y no en los pequeños asentamientos helénicos del Levante mediterráneo. El alfabeto sería, así, una técnica más de las transmitidas por los fenicios a los griegos a las que ya he aludido; de cualquier modo, el proceso, donde quiera que haya tenido lugar, ha implicado, en su momento inicial, la existencia de relaciones entre griegos y fenicios, lo suficientemente intensas como para permitir a un hablante de griego el conocimiento de la lengua fenicia y su transcripción alfabética hasta el punto de poder aplicar a los sonidos comunes de ambas lenguas los mismos signos así como ser capaz de utilizar los signos que representaban sonidos fenicios sin equiparación en griego para expresar sonidos propiamente helénicos. Naturalmente, eso mismo podría haberlo realizado un fenicio-hablante, a condición, asimismo, de conocer perfectamente la lengua griega. En cualquiera de ambas posibilidades, el tipo de contacto establecido entre griegos y fenicios ha debido de ser realmente intenso y prolongado.

Acerca de si este proceso recién descrito se ha repetido en varios lugares, dando como resultado la aparición, más o menos simultánea, de alfabetos griegos en diversas regiones, o si, por el contrario, ha existido un sólo lugar de origen, desde el cual el alfabeto se ha difundido al resto del mundo griego, las opiniones siguen siendo contradictorias. En favor del primer argumento están las importantes diferencias que separan a los distintos alfabetos; por el contrario, a favor del segundo hay un hecho trascendental: todos los alfabetos griegos em-

plean las mismas tres letras semíticas como vocales puras y todos malinterpretan las sibilantes semíticas. Los epigrafistas opinan que estos problemas, quizá derivados de una mala comprensión griega de tales sonidos semíticos, y que afectan a todos los alfabetos, serían la consecuencia de un origen único para el alfabeto griego y no de la repetición sistemática de ese «error» en diferentes centros.

Haya surgido, pues, el alfabeto griego en un sólo lugar, lo que parecería más probable, o en varios, aquellos territorios donde se conoce una coexistencia estrecha entre griegos y fenicios son los candidatos idóneos para que en alguno de ellos se haya producido este fenómeno; entre ellos hay que mencionar Chipre, Creta, Rodas o, incluso, Eubea. Hay quien incluye también la costa sirio-palestina, pero parece menos probable.

Acerca de la fecha en que surge el alfabeto, también hay debate; los testimonios más antiguos se datan hacia el 750 a.C. y parece lógico pensar que no existiría desde mucho antes, aun cuando la arqueología puede aportar algún testimonio anterior en cualquier momento. Sin embargo, parece una fecha razonable la primera mitad del siglo VIII o, a lo sumo, la segunda mitad del siglo IX, si tenemos en cuenta que es en ese período cuando se produce la recuperación de los contactos entre el mundo griego y Oriente y, al tiempo, cuando en el mundo griego se deja sentir la necesidad de empezar a registrar por escrito aquello que se consideraba de interés, y como un elemento más a añadir a la caracterización de los círculos emergentes helénicos para quienes la escritura, junto con el resto de los objetos de lujo importados, constituye un símbolo de prestigio más.

El alfabeto griego, pues, surgido quizá tanto en función del comercio cuanto de la manifestación de un prestigio social y político, se hallaría, por consiguiente, al servicio de los círculos dirigentes que expresan, en las cortas inscripciones del siglo VIII, en su mayor parte sobre vasos cerámicos, algunos de sus ideales y de sus formas de vida. La reaparición de la escritura en Grecia, después de la desaparición del sistema Lineal B empleado en los palacios micénicos, tendrá una gran importancia en la historia futura de Grecia. Poco después de su aparición, sin embargo, jugó también un papel fundamental: sirvió para fijar por escrito, y permitir la «inmovilización» y la transmisión de buena parte del acervo de leyendas que hasta entonces, y por medios orales, habían garantizado a los griegos el «recuerdo» de su pasado. Quizá los Poemas Homéricos no fuesen los primeros relatos puestos por escrito pero, en el estado actual de nuestros conocimientos, sí constituyen el testimonio más antiguo de la literatura griega y, por consiguiente, también la prueba más antigua del empleo de ese nuevo sistema de escritura con fines literarios.

2.2.3. El reflejo en los Poemas Homéricos y en Hesíodo. Humanización de la religión

También sobre el carácter de los Poemas Homéricos existe una amplia disputa, centrada en aspectos como la época de su composición y su autor, en la situación que describen, etc.. No entraré aquí en detalle en la llamada «cuestión homérica», aunque sí haré referencia a algunos aspectos que conviene no perder de vista.

En primer lugar, es un hecho incontrovertible que la *Ilíada* y la *Odisea* no pueden incluirse dentro de la literatura historiográfica; son, por el contrario, largos poemas épicos, sujetos a las leyes de la versificación y con una atención absoluta a la medida del verso y al ritmo del mismo. Pero, por otro lado, lo que pretendidamente describen son unos acontecimientos de cuya existencia nadie dudaba en Grecia: la Guerra de Troya y el regreso de Odiseo. Tenemos, pues, ya una primera dificultad para valorar correctamente estas obras. Lo que para nosotros no es más que un relato épico, de gran importancia sin duda por su extensión, su antigüedad o sus informaciones, para los antiguos griegos es el relato, más o menos embellecido por el arte poético, pero sustancialmente fidedigno, de unos remotos episodios de su Historia. Además, es un auténtico código de comportamiento y un paradigma digno de imitación y, por si fuera poco, presenta una visión del mundo real y del no observable (el ámbito de los dioses y el de los muertos) que convierte a los dos poemas en algo así como un compendio de situaciones con las que puede enfrentarse el hombre.

En segundo lugar, y ya pensemos que Homero ha existido en realidad o no, parece evidente que la base sobre la que se construyen los Poemas Homéricos son las narraciones que los aedos y rapsodas iban relatando de sitio en sitio y que eran transmitidas oralmente de generación en generación. Ciertamente, esta observación, admitida en general hoy en día, implicaría un punto de partida para esta transmisión oral y, al tiempo, la presencia de sucesivas modificaciones en la misma de acuerdo con las circunstancias del momento y con la propia maestría del aedo. De tal modo, podríamos pensar que el origen de tal tradición podría hallarse en la misma época en la que pretendidamente suceden los acontecimientos relatados, es decir, en los últimos momentos del período micénico, debiendo haberse desarrollado la tradición «homérica» a lo largo de los Siglos Obscuros. Parece también obvio que a lo largo del tiempo las sucesivas generaciones de aedos van modificando el contenido del poema a fin de desplazar aquellos elementos que ya no eran fácilmente comprensibles por los oyentes, sustituyéndolos por datos tomados de su propia realidad circundante y, por ello, susceptibles de una mejor comprensión por los contemporáneos. Pero esto

requiere, asimismo, que en cualquiera de las etapas que pudiéramos considerar desde el punto de vista teórico, el relato, que en todo caso sigue refiriéndose a episodios acaecidos en un pasado cada vez más remoto, no sea fácilmente comparable con esa época de la que el rapsoda extrae sus informaciones. Se impone, por consiguiente, el enmascaramiento literario de esa realidad, lo que dificulta grandemente el conocer qué es lo que realmente procede de la observación del mundo contemporáneo y qué es lo atribuible a la inventiva artística del poeta.

Como decía anteriormente, la puesta por escrito de los Poemas Homéricos implica la «fijación» definitiva de una parte de esa tradición; sin querer pronunciarme acerca de la existencia de Homero, lo que sí creo que puede afirmarse es que tanto la *Ilíada* como la *Odisea* recogen sólo una parte de todas las tradiciones «troyanas» que debían de estar circulando por el mundo griego. También creo que puede decirse que ambas obras no resultan de la simple yuxtaposición de episodios inconexos, sino que ha existido una auténtica elaboración de cada uno de los temas con el fin de crear dos obras con una personalidad definida. Creo, por ello, que podemos afirmar que la *Ilíada* y la *Odisea* han sido compuestas por sendos autores y no han resultado de una combinación «casual» de episodios. Naturalmente, buena parte del material épico que circulaba por la Hélade (y que, indudablemente, siguió circulando tiempo después) no fue empleada en la configuración de los dos poemas; eso implicó un trabajo de selección, de elaboración de un argumento y de una trama, de desarrollo de unos personajes, de creación o construcción de un relato con unos momentos de *climax*, seguidos de sus correspondientes *anticlimax*, etc.; los poemas son (a pesar de sus problemas) lo suficientemente coherentes y articulados como para no ver tras los mismos la mano y la mente de auténticos artistas.

Teniendo presente el desarrollo previamente mostrado surge, por fin, otra cuestión; habida cuenta de que la tradición homérica ha estado en modificación constante desde el momento en que se producen los episodios hasta aquél en el que son definitivamente fijados por medio de la escritura, ¿de qué momento histórico proceden los datos que nos encontramos en los poemas y que han sido utilizados, más o menos alterados, para dar la idea de un mundo pasado y remoto? Nuevamente, las opiniones son opuestas; en general, hoy día nadie admite que los poemas reflejen la situación vigente en la época micénica, puesto que el desciframiento de los textos escritos en Lineal B ha mostrado que aquel mundo poco tiene que ver con la situación presente en la *Ilíada* y en la *Odisea* por más que haya elementos aislados que correspondan a aquel período. Es también difícil pensar, con Finley (FINLEY: 1980), que los poemas retoman la situación de los Siglos Obs-

curos, en torno al siglo IX, puesto que no tiene en cuenta, precisamente, las modificaciones que la transmisión oral impone. Aquéllos que quieren ver en ellos un compendio inconexo de datos procedentes de muy diversas épocas, de todas aquéllas en las que se desarrolló oralmente la tradición (p. ej. SHERRATT: 1990), tampoco valoran los cambios, seguramente bastante rápidos, que nuevas situaciones impondrían sobre el reflejo poético de la realidad introducido en los poemas.

Lo más probable, en el estado actual de nuestros conocimientos, es que la composición de la *Ilíada* y la *Odisea*, tal y como hoy las conocemos, no sea muy posterior al desarrollo de la escritura e, incluso, podríamos aventurar que fue, precisamente, la aparición de la misma la que aceleró o determinó esa composición. Por todo ello, habría que pensar que las tradiciones orales empleadas por el o los autores de la *Ilíada* y la *Odisea* para escribir tales obras, fueron las que estaban recitándose (seguramente en Jonia) en la segunda mitad del siglo VIII, posiblemente en torno a su último cuarto (en último lugar, MORRIS: 1986). Consiguientemente, la situación que los poemas reflejan, modificada y alterada a fin de dar la impresión de describir un período pasado, no es otra que la de la mencionada época (segunda mitad del siglo VIII), por más que puedan existir datos e informaciones procedentes de épocas anteriores que, en forma más o menos «enquistada», hayan sobrevivido a las modificaciones impuestas por la transmisión oral. Una postura de este tipo es, ciertamente, más positiva que la que considera que los Poemas son una amalgama de situaciones procedentes de épocas diversas y que, por consiguiente, no representan a ninguna en concreto (HOOKER: 1989, en último lugar) hecho que desconoce los mecanismos de la transmisión oral, tal y como los ha delineado Morris.

Los Poemas Homéricos, sin embargo, como hemos aclarado anteriormente, no son una obra historiográfica y su función no es describir la situación de la época en la que son recitados, sino, por el contrario, el período de la Guerra de Troya. Ello ha servido para que haya quien piense que es tarea inútil tratar de describir una «sociedad homérica», ya que lo que podríamos entender bajo ese nombre no sería más que el producto de la fantasía poética de un aedo, o de una larga serie de ellos. Si bien hay en estas apreciaciones algo de verdad, no es menos cierto que, a falta de otras fuentes de información, los Poemas Homéricos son casi el único testimonio de cómo pudo haber sido el mundo griego de la última parte del siglo VIII. La tarea del historiador será, naturalmente, tratar de extraer de esas ficciones poéticas que son la Ilíada y la Odisea, aquellas informaciones correspondientes al momento de su composición en las que ha podido basarse el autor para elaborar su visión del pasado heroico. Ello nos proporcionará, si no la imagen

de una «sociedad homérica» sí, al menos, algunas de las claves que movían a los griegos del siglo VIII. Pero en esta búsqueda no estamos solos; disponemos igualmente del testimonio y de la obra de un contemporáneo, tal vez algo más joven que el o los compositores de los Poemas Homéricos (llamémosle, simplemente por comodidad y sin prejuzgar nada sobre su realidad o no, Homero), Hesíodo, cuyo mundo es muy próximo a aquél del que se ha servido Homero para retratar a los combatientes en Troya, si bien su perspectiva es algo diferente.

Hesíodo era hijo de un campesino procedente de la ciudad de Cime en Eolia que se trasladó, en busca de mejores condiciones de vida, a Ascra, en Beocia; allí vivió Hesíodo prácticamente toda su vida, si hemos de creer su propio testimonio. A partir de otra información que también aporta podemos tratar de aproximarnos más a su época; en efecto, dice que la única ocasión en que se embarcó fue para asistir a las celebraciones *(athla)* en honor del rey Anfidamante de Calcis. Se ha pensado tradicionalmente que este personaje habría muerto durante la llamada guerra Lelantina (Plutarco, *Sept. Sap. Conv.*, 10), sobre la que volveré más adelante. En todo caso, parece que puede situarse el momento de su florecimiento en torno al 700 a.C.. Hesíodo compone dos obras fundamentales, la *Teogonía* y los *Trabajos y los Días*, así como otros poemas de los que sólo se conservan fragmentos. Si de la segunda de sus composiciones podemos extraer valiosas informaciones acerca de las condiciones de vida de los contemporáneos de Hesíodo, así como del nivel técnico alcanzado, de los procedimientos agrícolas y náuticos, de la organización política, etc., que aprovecharemos en los siguientes apartados, la *Teogonía* se centra, exclusivamente, en el ámbito de lo divino. Es, sin embargo, a ella, a la que prestaremos atención aquí (*véase* 3.4.2).

A diferencia de otras religiones del mundo antiguo, en la griega no hay libros sagrados, no hay revelación, no hay una clase sacerdotal especializada, no hay, en definitiva, ningún dogma unívoco. Las relaciones de los dioses entre sí y de ellos con los hombres se hallan expuestas en forma de relatos que describen ya sea simples episodios, ya temas y ciclos más amplios, a los que podemos denominar mitos. La transmisión de estos mitos se ha realizado, obviamente, de forma oral desde los Siglos Obscuros y en esta forma llegan hasta la época de Homero y Hesíodo y van a ser ellos quienes, sin ser «profesionales» de lo religioso, van a intervenir en el modo en el que se va a producir su transmisión a la posteridad y, al hacerlo, van a contribuir a definir, durante siglos, algunos de los rasgos más característicos de la religión helénica.

En otro orden de cosas podemos decir que los círculos dirigentes de los distintos territorios que componen el mundo griego han ido

desarrollando, a lo largo de los citados Siglos Obscuros, toda una serie de mitos que vinculan a sus familias a los antiguos héroes cuyas gestas son descritas en la tradición épica y, a partir de ellos, a los dioses. Hay, por consiguiente, una gran diversidad de mitos y tradiciones, en muchas ocasiones referidos a los mismos protagonistas y que, de haber sido comparadas (como lo serían en su momento) habrían revelado profundas contradicciones. Debemos aclarar, puesto que su importancia es grande, que estos dioses son plenamente antropomorfos y comparten con los humanos todos sus vicios y sus virtudes; simplemente, son más poderosos y son inmortales pero se hallan también sujetos a las leyes inmutables del destino.

Este cúmulo de tradiciones, cuyo desarrollo corre paralelo al de la tradición oral épica, se entremezcla, como era de esperar, con esta última. Así, en los Poemas Homéricos encontramos una profunda interrelación entre el nivel de los dioses y el de los hombres: las alusiones a mitos determinados son constantes, los propios episodios derivados de la guerra darán lugar a nuevas elaboraciones míticas, los mismos protagonistas se hallan emparentados, por lo general en primer o segundo grado, con algún dios, del que deriva toda su familia, etc. Naturalmente, Homero no ha recogido todas y cada de las tradiciones circulantes en el mundo griego, del mismo modo que no ha relatado todo el desarrollo de la guerra de Troya ni todos los avatares de todos los héroes homéricos en sus respectivos retornos *(nostoi)* a sus correspondientes patrias. Homero ha seleccionado los temas míticos del mismo modo que ha seleccionado los eventos generales que iban a ser objeto de su relato.

Esta selección, limitada a las exigencias de la narración, libera a Homero de preocupaciones ulteriores acerca del origen de los dioses y los hombres, de sus relaciones de parentesco, de sus atribuciones concretas, etc., salvo en aquellos aspectos en los que alguna observación al respecto resulta totalmente necesaria. Hay que pensar, por consiguiente, que el concepto que los griegos del siglo VIII tenían acerca de estos temas ni ha quedado reflejado en los poemas ni, por supuesto, se limita a lo que los poemas contienen. Con ello quiero salir al paso de una idea más o menos extendida, en el sentido de que la «religión homérica» se presenta como algo sin estructurar y que será necesaria la labor de Hesíodo para alcanzar tal ordenación. Considero errónea esta interpretación, por los motivos anteriormente expuestos. A partir del argumento negativo de los Poemas Homéricos no podemos concluir, pues, que los griegos no tuvieran ningún tipo de representación o imagen referida a los orígenes de los dioses y del mundo en general; por el contrario, hemos de afirmar que no era imprescindible, para el desarrollo del relato, el incidir excesivamente en ese tema.

Como consecuencia de todo lo anterior, hay que pensar que los griegos han recibido, por vía oral, y junto con los relatos que se hallan más estrechamente referidos a las relaciones entre dioses y hombres, toda una serie de informaciones relativas al propio origen de los dioses y del mundo. Sería difícil afirmar si, por lo que se refiere a estas últimas, las diferencias de conjunto eran mayores o no que entre aquéllas que vinculaban de forma más estrecha a dioses y hombres. De lo que no cabe duda es de la incidencia de toda una serie de factores en el desarrollo en uno u otro sentido de la tradición (pertenencia a distintas comunidades étnico-lingüísticas —dorios, jonios, eolios, etc., incidencia de las migraciones, desarrollo de tradiciones político-religiosas diferentes, etc.).

Sobre este trasfondo hay que colocar la *Teogonía* de Hesíodo. Si se quiere y desde un punto de vista extremo, podría atribuírsele a Hesíodo el único mérito de haber puesto por escrito algo que ya formaba parte del legado cultural de todo el mundo griego, como podía ser el relato de cómo fueron surgiendo los dioses y, de esta manera, conformando el mundo. Si sólo le reconociéramos eso, ya sería grande su mérito. Naturalmente, la *Teogonía* es algo más por el hecho, fundamental, de que tras la organización que establece Hesíodo hay un evidente principio director. Como han puesto de manifiesto los especialistas en la obra de Hesíodo, en la *Teogonía* se hallan reunidos (o simplemente aludidos) varios sistemas cosmogónicos, originariamente independientes, que dan cuenta, seguramente, del proceso de conformación de la tradición mítica respectiva. Sobre este panorama, Hesíodo elabora su propio esquema que si se caracteriza por algo es, ante todo, por su coherencia.

Posiblemente Hesíodo ha hecho gala de un gran eclecticismo en la composición de su *Teogonía*, introduciendo en un esquema, tal vez elaborado por él mismo, a todo el conjunto de divinidades primordiales, divinidades alegóricas, dioses y héroes que pululaban por las diferentes tradiciones y cosmogonías difundidas por el mundo griego. Lo más probable es que la versión que ejecuta Hesíodo no corresponda a las creencias generalizadas en algún lugar concreto de la Hélade pero la ventaja de la misma es, precisamente, su coherencia y el carácter integrador de su *Teogonía*. En una religión sin dogmas de fe, como la griega, podría ser tan aceptable una versión como otra, siempre y cuando en la nueva apareciesen personajes y figuras ya conocidas; por ello mismo, no es de extrañar que en la *Teogonía* de Hesíodo (como, por otro lado, en los Poemas Homéricos) se hayan detectado semejanzas, que no pueden ser casuales, con mitologías próximo orientales que han podido llegar a Grecia junto con el resto de elementos culturales que en esos años de tránsito del siglo VIII al VII afluyen en abundancia

considerable, de la mano de los fenicios y de los propios navegantes griegos a Oriente.

C. Sourvinou-Inwood (SOURVINOU-INWOOD: 1978; reafirmado en SOURVINOU-INWOOD, en MURRAY, PRICE: 1990, 295-301) demostró en un interesante artículo aparecido en 1978 y, en mi opinión, no excesivamente valorado, que en las divinidades griegas coexistían dos «niveles» diferentes, por un lado, el local y, por otro, el panhelénico, ambos consecuencia del proceso de desarrollo de la religión griega durante los Siglos Obscuros; fueron elementos como los santuarios y la literatura (los Poemas Homéricos), los que contribuyeron a forjar la imagen «panhelénica» de las divinidades griegas. Desde mi punto de vista, por consiguiente, la importancia de la elaboración hesiódica ha sido trascendental al sistematizar, por vez primera en el mundo griego, toda una serie de viejas concepciones religiosas y dotarlas de una personalidad coherente, dentro de esta nueva tendencia que se percibe en todos los aspectos del mundo helénico durante el siglo VIII. Así, la contribución de Hesíodo, en la elaboración de la «religión griega» ha sido, seguramente, mucho más importante que la de Homero, puesto que en los poemas a este último atribuidos no hay intento alguno de sistematizar lo que eran las creencias que cualquier griego pudiera admitir, sino una serie de datos, en su mayor parte anecdóticos, de la personalidad de tal o cual divinidad.

Pero la Teogonía de Hesíodo además de ser un relato centrado en el mundo de los dioses, tiene otra lectura que también resulta interesante desde mi punto de vista; es la lectura social, que la hace profundamente original, a pesar de que, como apuntaba anteriormente, puedan rastrearse en ella elementos tomados de los relatos míticos del Próximo Oriente. Hay en la elaboración del autor beocio una coherencia, un orden, un principio de autoridad justa, que para sí hubieran querido los contemporáneos del autor o el propio Hesíodo que, en un pasaje justamente célebre de su otra obra, *Los Trabajos y los Días*, vv. 263-264 arremete airado contra los «reyes devoradores de regalos» que emiten juicios injustos y se dejan influir fácilmente por el beneficio material inmediato. Ante esta situación reacciona Hesíodo con las únicas armas de que dispone, su pluma y su inteligencia, disfrazada esta última de inspiración divina. Con ellas elabora un mundo de los dioses que pretende ser no el reflejo de lo que acontece en la tierra (como sí lo fue el Olimpo homérico) sino, por el contrario, el ideal que debería inspirar la vida en la tierra de los hombres mortales, una vida que el propio Hesíodo define con sombríos tintes:

> «Ningún reconocimiento habrá para el que cumpla su palabra ni para el justo ni el honrado, sino que tendrán en más consideración al

malhechor y al hombre violento. La justicia estará en la fuerza de las manos y no existirá pudor; el malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con retorcidos discursos y además se valdrá del juramento. La envidia murmuradora, gustosa del mal y repugnante, acompañará a todos los hombres mortales». (*Los Trabajos y los Días*, vv. 190-196; traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez).

En efecto, Hesíodo, al entronizar a la Justicia *(Dike)* como el paradigma y el ideal al que dioses y hombres deben tender y al hermanarla con *Eunomia* (el Buen Gobierno) y con *Eirene* (la Paz) y al hacer de todas ellas hijas de la Costumbre hecha norma *(Themis)* y de Zeus *(Teogonía*, vv. 901-904) garante, además, del correcto cumplimiento, por dioses y hombres, de sus preceptos, ha avanzado enormemente en el camino hacia la creación de un nuevo orden social. La oposición clásica entre *Themis* y *Dike* es ya observada por Hesíodo que la resuelve concibiendo a la segunda como un perfeccionamiento de la primera merced a la intervención de Zeus. Estamos, sin embargo, adelantándonos a lo que, a continuación, vamos a ver.

2.3. La situación social en Grecia

La sociedad griega del siglo VIII a.C. se articula en torno a dos grupos principales; por un lado, los aristócratas que poseen el monopolio del poder político, legislativo, judicial, religioso y, sobre todo, económico; de ellos depende el gobierno de la comunidad, bien en forma colegiada, bien a través de un rey *(basileus)*. Por otro lado, el grupo que podemos definir como «no aristócratas», sin ahondar por el momento en sus peculiaridades y características. Hay que añadir, por ende, que dicha estructura preexiste a la verdadera configuración de la *polis*, a la que aludiremos en un apartado ulterior, al tiempo que caracteriza los primeros estadios de dicha *polis*; por consiguiente, serán tales estructuras las que contribuyan a formar los primeros estados griegos post-micénicos al tiempo que el cambiante marco de las relaciones entre los miembros de los diferentes grupos entre sí y con los que integran los restantes será lo que caracterice los primeros siglos de esta nueva experiencia histórica que conocemos como el mundo de la *polis* griega (*véase* **3.1**).

2.3.1. Reyes y aristócratas

Las peculiares condiciones que habían caracterizado el desarrollo en Grecia durante los Siglos Obscuros y en las que no entraré en

detalle aquí, habían favorecido el auge de una serie de individuos que, entrelazados por vínculos familiares y basando su creciente poder en la posesión de la tierra, aparecerán en el siglo VIII, cuando disponemos de la información que nos brindan los Poemas Homéricos, al frente de la comunidad. A estos individuos les llamaremos con el término de «aristócratas» y, preferiblemente, por ser el que ellos mismos generalmente emplearon, con el de *aristoi*, literalmente, «los mejores». Aparte de por otros rasgos, a los *aristoi* se les distingue por su pertenencia a familias *(gene)* que se vinculan a antepasados ilustres, ya sean dioses o héroes y por su evidente aspiración a papeles dirigentes dentro de esa comunidad sobre la base, ante todo, de ese privilegio hereditario no exento de cierto matiz religioso (son *diotrepheis*, «alumnos de Zeus»), del que deriva el mismo hecho de *ser* aristócratas.

Naturalmente, junto a ese factor influyen varios otros; entre ellos, la riqueza es el más importante. En efecto, es su posesión o control de la mayor parte de las tierras, o de las más fértiles, así como la disponibilidad de abundante ganado (bueyes, ovejas, cabras, cerdos) lo que les garantiza un nivel de vida elevado, al tiempo que les aporta una serie de recursos suplementarios a los que sabrán dar usos diversos, especialmente en forma de regalo *(doron)*, claramente un procedimiento de redistribución de la riqueza que permite la consolidación de relaciones basadas en el «don-contradón». Todo ello es lo que constituye su «casa» en sentido amplio, su *oikos*; será éste el factor principal, de modo que su familia en sentido estricto, su *genos*, se halla subsumida dentro de este ámbito más amplio.

La disponibilidad de excedentes les permite, al tiempo, contar con la ayuda de otras personas que, bien a cambio de un salario *(thetes)*, bien porque forman parte de las propiedades del *aristos*, desarrollan para él todos los trabajos manuales relacionados con el cultivo de las tierras o con el cuidado del ganado. Esta circunstancia hace que este grupo de individuos, liberados de la atención perentoria a su propia supervivencia y pudiendo hacer uso de los beneficios de la actividad agrícola, desarrollen otro tipo de actividades. De todas ellas es la guerra la más frecuente y la que, en cierta medida, caracteriza a estos *aristoi*. La guerra, entendida tanto en su función de defensa de los intereses de la comunidad, cuanto como medio de medir la propia fuerza física, pero también la habilidad y destreza del sujeto y del grupo al que pertenece, situará en posición preeminente a este grupo social y a cada uno de sus miembros. La propia ritualización de la guerra, que exige el combate personal entre enemigos de *status* semejante, precedido por la presentación y enumeración de los propios méritos, incide claramente en este mismo sentido.

El exclusivismo del grupo se manifiesta tanto en la tendencia endo-

gámica manifestada en el mismo cuanto en el desarrollo de toda una serie de instituciones, como el hospedaje y el simposio, a las que más adelante me referiré que, consagrando la «solidaridad aristocrática» más allá de los límites de la propia comunidad, garantizará su predominio a todos los niveles (*véase* 3.2.2).

Es, pues, en este conjunto de individuos en quienes reside el gobierno de las comunidades helénicas, posiblemente desde el momento en que la descomposición del sistema palacial micénico dejó a las aldeas como únicas células sociales y económicas del mundo griego; al constituirse la *polis* mediante la agregación de tales aldeas, es de este grupo dirigente de donde surge el *basileus*, el rey, términos que utilizaremos indistintamente, si bien hemos de señalar que los reyes, en Grecia y en este período, no asumirán prácticamente ninguna de las connotaciones que en otras culturas y otros momentos suele asignarse al término y a la institución que representa.

La realeza en Grecia pasa, a lo largo del siglo VIII, por un período de profunda transformación, aun cuando el proceso no es uniforme ni sincrónico en todo el mundo helénico. No obstante, puede decirse, en líneas generales, que en este momento se produce el paso de una realeza hereditaria, cuyo carácter definiremos a continuación, a una realeza-magistratura o una simple sustitución del rey por magistrados que realizan sus antiguas funciones. Una excepción significativa en este proceso es Esparta en donde, además de conservarse los reyes con poderes efectivos hasta bien entrado el clasicismo, existe una doble realeza, encomendada a dos familias diferentes, los Agiadas y los Euripóntidas.

Lo habitual, sin embargo, es que la realeza vaya diluyéndose en la mayor parte de las *poleis*. Puesto que este hecho parece haber tenido lugar de forma pacífica y sin que haya constancia en la mayor parte de los casos de cómo y de qué manera se ha producido el tránsito, deberemos concluir que la supresión o la transformación de la realeza no ha afectado, sustancialmente, a las estructuras de poder existentes. Ello tiene que deberse, forzosamente, al peculiar papel que la realeza asumía en esta época crucial para el desarrollo de la *polis* griega.

Quizá no esté de más traer aquí un texto de Aristóteles donde se encuentra resumido ese proceso:

> «Los primeros reyes llegaban a serlo con el consentimiento de los demás y transmitían la realeza a sus descendientes por haber sido bienhechores del pueblo en las artes o en la guerra, o por haber reunido a los ciudadanos o haberles dado tierras. Ejercían su soberanía en los asuntos de la guerra y en los actos de culto que no requerían sacerdotes y además actuaban como jueces en los juicios. Desem-

peñaban su función unos sin juramento y otros con él; éste consistía en levantar el cetro. En los tiempos antiguos los reyes ejercían su autoridad continuamente tanto en los asuntos de la ciudad como en los del campo y en los exteriores; después ellos mismos abandonaron algunas de sus funciones, otras se las arrebataron las multitudes y en unas ciudades sólo dejaron a los reyes los sacrificios tradicionales, y allí donde todavía podía hablarse de realeza conservaron únicamente la dirección de las guerras extranjeras». (Aristóteles, *Pol.*, III, 14; 1285 b; traducción de J. Marías y M. Araujo).

Para comprender el carácter de la realeza del alto arcaísmo, debemos partir de la constatación del carácter del *basileus* como *primus inter pares*, siendo sus iguales, obviamente, los *aristoi*. Otro hecho que debemos mencionar es que si bien la figura del *basileus* aparecerá rodeada de una serie de privilegios, la realeza o *basileia* no radica, exclusivamente, en el *basileus*, sino en el conjunto de nobles que le rodean, asesoran, apoyan y refrendan y que, en los Poemas Homéricos reciben, en cuanto órgano colectivo, el nombre de *basileis* y que estructurados en un consejo (*boule*, *gerousia*) son solidarios con el *basileus* en la toma de decisiones y co-responsables del mismo. Uno de los rasgos que diferencia al rey del conjunto de los *basileis* es su carácter vitalicio y hereditario; algo que, por otro lado, no debe sorprender si recordamos que el prestigio de los *aristoi* (en cuyo grupo el propio *basileus* se incardina) deriva, ante todo, de la transmisión hereditaria de su calidad de tales, así como de los bienes materiales y espirituales anejos a su condición.

Sin embargo, el *basileus* no debe su nombramiento al conjunto de los notables, sino que el mismo se produce como consecuencia de la pertenencia a aquella familia que tradicionalmente ha asumido la realeza, posiblemente por deseo o aquiescencia de los dioses. Como decíamos anteriormente, el rey goza de una serie de privilegios *(gerea)*, inherentes a su persona y a su cargo y que van desde el recibir una parte privilegiada en el reparto de los botines de guerra hasta el derecho a exigir y reclamar regalos como contrapartida a la protección que ejerce sobre la comunidad, pasando por el desempeño de toda una serie de funciones religiosas, diplomáticas, militares o judiciales. Igualmente, dispone de un *temenos* o tierra a él confiada, bien económico y de prestigio a un mismo tiempo. En estos privilegios se aproxima, siquiera remotamente, a la posición del *wanax* micénico y, quizá por ello y en cierto modo como pervivencia, o como «recuperación» de carácter casi arqueológico en los Poemas Homéricos algunos reyes especialmente importantes son llamados con el ya viejo título de *anax*; en los textos posteriores, sin embargo, será *basileus* la única palabra empleada. No deja de ser seductora la opinión expresada reciente-

mente por Mazarakis-Ainian (MAZARAKIS-AINIAN, en EARLY GREEK CULT PRACTICE: 1988, 105-119), según la cual el carácter ciertamente sacerdotal de estos *basileis* haría que su residencia actuase como lugar de culto y que, al decaer la monarquía y surgir el templo exento, quizá a partir del segundo cuarto o la mitad del siglo VIII, el mismo retomaría la misma estructura que este «palacio» tenía, a saber, la construcción de planta absidal.

En la toma de decisiones, el rey se halla asesorado por su consejo de notables (*gerousia*, *boule*, o similares) que, con él, comparten esos privilegios *(gerea)* consustanciales con la realeza, así como el honor *(time)* de la misma; los asuntos son discutidos y, aunque la última palabra corresponde al rey, raras veces éste desoirá los consejos que aquéllos le han dado. Tomado el acuerdo pertinente, será el rey, rodeado de su consejo, quien, personalmente, o a través de un heraldo, dará a conocer el mismo al resto de la comunidad, reunido al efecto en asamblea, que no tendrá oportunidad alguna (aparte de los murmullos, el griterío, o la aclamación) de hacer patente su opinión al respecto.

El texto de Aristóteles que antes he transcrito afirmaba que la realeza le fue concedida a aquéllos que habían beneficiado a los ciudadanos en las artes o en la guerra y quiero detenerme ahora en este aspecto con un cierto detalle. No cabe duda de que aquí nos hallamos ante dos posibilidades de interpretación, dependiendo del punto de vista adoptado. Desde la propia visión homérica, esto es, aristocrática, la justificación de la existencia del rey y de los *aristoi* se halla, ante todo, en los beneficios que pueden rendir a la comunidad; de entre ellos, sin duda, el más importante es el de defenderla frente a cualquier enemigo; es, pues, el monopolio de la fuerza una de las razones, como apuntaba anteriormente, que explicaban el auge social de este grupo de individuos que tienen como ocupación primordial la guerra. Esta actividad, por otro lado, es la que les permite expresar su *arete*, su valor en el combate, al tiempo que su excelencia moral.

Pero analizando el tema con objetividad, no podemos dejar de observar que esta explicación no es más que la superestructura ideológica que enmascara la dominación económica y, consiguientemente socio-política, que este grupo ejerce sobre el resto de la comunidad y que encuentra en el monopolio de la fuerza por parte del mismo su mejor instrumento de control, tanto desde un punto de vista meramente físico como ideológico, al presentarse esta dedicación a la guerra no como utilizable contra los no aristócratas sino en defensa de los mismos.

A cambio de esa protección que brindan, tienen derecho a sus privilegios *(gerea)* y honores *(timai)*, cuya materialización práctica ya hemos enumerado. El *basileus*, además de ellos, tiene derecho a un

temenos, es decir, una concesión de tierra, un regalo, por parte de la colectividad, como contrapartida a la protección que como rey ejerce sobre ella. El ideal que aquí subyace es, claramente, el del mutuo beneficio, si bien el provecho que cada grupo implicado obtiene no es, obviamente, igual puesto que consagra la posición rectora de unos frente al estado de sumisión y agradecimiento de otros.

— *El reparto de la tierra*

Ni qué decir tiene que en el momento en el que esa situación, por las razones que sea, se modifique en lo más mínimo, el «equilibrio» social, ya precario en el mundo a que aluden los Poemas Homéricos, se desmoronará irremisiblemente. Un factor que contribuirá grandemente al desencadenamiento de ese proceso será la cuestión del reparto de la tierra. Consecuencia probablemente de una situación ya iniciada durante los Siglos Obscuros (si no ya en época micénica) la primitiva aldea compuesta por aquéllos que cultivan sus propias tierras o tienen asignadas tierras comunales (cuestión aún no definitivamente aclarada) se va convirtiendo en una comunidad en la que una serie de familias va haciéndose, poco a poco, con el control de esas mismas tierras.

Poco importaría, a efectos prácticos, que si es cierto que las tierras eran inalienables (otra de las cuestiones aún no resuelta satisfactoriamente) más que de acaparación de las tierras en pocas manos debamos preferir el término más aséptico de control. En cualquier caso, uno de los factores que contribuyen a la emergencia de los grupos aristocráticos es, precisamente, su éxito en esta empresa de acaparamiento de tierras y ganados y, eventualmente, en el sometimiento de parte del campesinado (pequeños propietarios o no) que previamente habían explotado las mismas. Poco importa, asimismo, que este proceso no implique siempre la reducción a un estado de semiservidumbre de ese campesinado desde el punto de vista jurídico; en la práctica, sus posibilidades de promoción eran prácticamente nulas.

Otro factor contribuye también a agravar la situación derivada de un reparto de la tierra a todas luces problemático y es la división sucesiva de la propiedad, testimonios del cual encontramos tanto en Homero como en Hesíodo:

> «Sus hijos [*sc.* de Cástor de Creta] soberbios y altivos su caudal dividieron en lotes y echaron las suertes; una casa dejáronme a mí, poco más«. (*Odisea*, XIV, 208-210; traducción de J.M. Pabón.)
>
> «Pues ya repartimos nuestra herencia y tú te llevaste robado mucho más de la cuenta, lisonjeando descaradamente a los reyes devoradores de regalos que se las componen a su gusto para administrar este tipo de justicia». (*Trabajos y Días*, vv. 37-40; traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez.)

Dentro de familias no excesivamente acomodadas, esta práctica podía suponer, en el tránsito de pocas generaciones, el empequeñecimiento progresivo de la tierra cultivable con las consecuencias de ello derivadas, entre las que se encuentran el endeudamiento y, más adelante, la pérdida de la tierra a manos de los poderosos. En cualquier caso, el surgimiento de tensiones sociales y la aparición de individuos desposeídos son situaciones a las que habrá que ir hallando respuestas a medida que se vayan produciendo.

— *Los ideales homéricos y la recuperación del pasado*

Antes de pasar a otro punto, creo que es éste el momento de hacer referencia a un rasgo del comportamiento de los grupos aristocráticos griegos de suma importancia para comprender su universo ideológico y, ulteriormente, para adentrarnos en la cuestión de las relaciones que establecen con los restantes grupos sociales.

Tal y como hemos afirmado, los Poemas Homéricos nos sirven a nosotros para intentar reconstruir lo que pudo ser el mundo en el que los mismos fueron definitivamente compuestos y puestos por escrito. Pero, de la misma manera, tanto la tradición épica en su conjunto cuanto los mismos Poemas Homéricos, en la forma en que los conocemos, estaban destinados, ante todo, al público contemporáneo y, de forma muy especial, a aquellos reyes y *aristoi* que se veían reflejados en los héroes que combatieron ante Troya y que protagonizaron luego largos *nostoi*. Por ello mismo, las imágenes con que los poetas adornaban sus relatos despertaron entre sus oyentes contemporáneos un claro deseo de emulación cerrándose así esta especie de gran círculo. En efecto, la situación contemporánea servía de base factual para que el poeta, enmascarando de forma más o menos evidente esa realidad, recreara épocas remotas; del mismo modo, esa reconstrucción, embellecida y, por ello mismo, ajena en cierta medida a esa misma sociedad, se convertía en el paradigma de lo que aquellos tiempos heroicos habían representado. Los *aristoi* del siglo VIII (y también los de momentos anteriores), pues, de forma bastante consciente, van a intentar imitar en su vida contemporánea aquello que es característico en los héroes de la epopeya. Si no temiera que se me mal interpretara me atrevería a comparar esa situación con aquélla por la que atraviesa nuestro Don Quijote cuando, después de haber leído muchos libros de caballerías, acaba por asumir ese mundo novelesco, fruto de la más o menos desaforada imaginación de sus autores.

El resultado de todo ello es que, además de los rasgos que caracterizan a las aristocracias del siglo VIII y a los que he aludido con anterioridad, he de mencionar como elemento añadido y digno de valorarse lo

que esta imitación, más o menos fidedigna, tiene de «recuperación» de un mundo heroico ya periclitado, pero que, por esta misma circunstancia, es considerado como algo aún vivo y del que pueden extraerse importantes enseñanzas. Las consecuencias que este hecho tiene en la elaboración de la política parecen evidentes. Si bien más adelante volveré sobre el tema de las «recuperaciones», avanzaré aquí que entre las mismas hallamos tanto aspectos referidos al propio ritual funerario cuanto a la misma caracterización del *aristos* dentro del entorno social en el que se mueve. La prueba de ello, al menos en el caso ático, podemos verla en la producción del «Maestro del Dipilón» cuya actividad se inicia, como indicaba en páginas precedentes, hacia el 750 a.C., es decir, en el momento en que este proceso está en pleno auge (*véase* 3.2.1; 2.2.1).

Sin ninguna duda la interpretación que hemos de dar a este fenómeno está en la consciencia de que ha surgido una nueva forma estatal, la *polis*, que necesita de una legitimidad que, en una civilización que, como la griega, ha «olvidado» su historia durante los siglos previos a la Epoca Obscura, se materializa en unas figuras heroicas de la que dan cuenta, exclusivamente, los aedos. Mediante el recurso de remontar sus linajes a esos héroes y a los dioses, los reyes homéricos y, junto con ellos, los *aristoi* que, no lo olvidemos, han sido alimentados por el propio Zeus *(basileis diotrepheis)*, resaltan, en el plano ideológico, sus aspiraciones a la dirección de la comunidad. La recuperación del pasado, por consiguiente, es la garantía de la estabilidad en el presente.

2.3.2. Los grupos no aristocráticos

A pesar de la imagen que nos presentan los Poemas Homéricos, sin embargo, no todos los individuos son *aristoi*, si bien aquéllos que no lo son no se hallan dignamente representados en los mismos. No obstante, no faltan las referencias en Homero a todos los que, en forma más o menos anónima, rodean a los nobles, referencias que son más numerosas en la obra de Hesíodo *Los Trabajos y los Días*. A partir de las mismas podemos hacernos una idea, siquiera parcial, de la composición de la sociedad de las nacientes *poleis* helénicas del siglo VIII.

— ***Campesinos, artesanos, comerciantes***

■ Campesinos

Como corresponde a una sociedad antigua, en la que la agricultura es la actividad fundamental, la figura del campesino está ampliamente representada si bien más en uno de nuestros dos autores principales

para el período que en el otro. La imagen que obtenemos es la de un individuo que se pasa toda su vida arañando un trozo de terreno para extraer de él poco más que lo justo para sobrevivir con su familia; amenazado en muchas ocasiones por las deudas que ha tenido que contraer para proseguir la producción, a merced totalmente de los elementos y de los acreedores, el campesino tiene que complementar sus ingresos con lo que, en la mentalidad griega, era más penoso que otra cosa: trabajar en las tierras de otro a cambio de un salario. Estos eran llamados *thetes* y en los Poemas Homéricos aparecen como meros comparsas, sirviendo a los reyes y a los *aristoi* y sin posibilidad de oponerse a sus designios.

Pero no nos engañemos; no les están negados los derechos políticos, por muy restringidos que éstos sean. Ellos son la espina dorsal del *demos*, del pueblo, y del mismo modo que son reclutados para acciones de guerra, tienen, al menos, el derecho de, reunidos en asamblea (por ejemplo, en *Ilíada*, II, 50-52), recibir información de todo aquello que les atañe, si bien no tienen capacidad ni de oponerse a lo decidido por el *basileus* y su consejo ni, prácticamente, de hablar. Conviene que oigamos al propio Homero, cuando en boca de Ulises, expone la opinión que el *aristos* tiene de estos individuos, ejemplificados en la masa confusa de los aqueos en desbandada hacia las naves:

> «Quédate quieto en tu sitio y escucha las palabras de los que son más fuertes que tú, pues tú eres un bisoño y un cobarde, que no cuentas ni en la guerra ni en el consejo.» (*Ilíada*, II, 200-205; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

No mejor es el trato físico que recibe cualquiera de ellos si, como Tersites, se atreve a mostrar su descontento ante las decisiones de los reyes (*Ilíada*, II, 258-268): golpeado, amenazado y humillado, será obligado a obedecer y a guardar silencio.

Ya en los Poemas Homéricos, sin embargo, nos encontramos ante un hecho interesante, cual es el de la propia función de estos *thetes*, a veces también llamados *hombres del pueblo*, que aparentemente luchan (si bien el poeta apenas se preocupa en aclarar cómo) al tiempo que se desarrollan los duelos aristocráticos. Su presencia en la épica seguramente es el trasunto del nuevo tipo de combate que empieza a surgir en esos momentos y que, si bien no cuajará por completo hasta los años del tránsito del siglo VIII al VII, está ya de alguna forma presente; me refiero, obviamente, al combate de tipo hoplítico, en el que me detendré más adelante pero del que avanzaré que implica la posesión de las rentas suficientes como para poder sufragar un costoso equipo militar e, implícitamente, la posesión de tierras. De los varios

testimonios que podemos elegir de los Poemas Homéricos y que muestran cómo el poeta conoce ya la realidad hoplítica quizá el más expresivo sea el siguiente (*véase* 3.4.2):

> «Y al igual que cuando un hombre ajusta con sólidas piedras el muro de su alta casa para guardarla de la violencia del viento, así estaban ajustados sus cascos y escudos provistos de umbo: el escudo se apoyaba en el escudo, el casco en el casco y el hombre en el hombre. Y los cascos de crines de caballo rozaban sus relucientes conos, cuando aquellos inclinaban su cabeza; ¡tan cerrados se mantenían los unos contra los otros!» (*Ilíada*, XVI, 211-219; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

No cabe duda de que quien ha escrito esto ha tenido ocasión de ver maniobrar en el campo de batalla una falange hoplítica y no es este caso el único en los Poemas en que hay referencias claras a masas de combatientes enfrentadas. Más indicios de la existencia de rasgos hoplíticos durante el siglo VIII nos los proporcionan tanto algunas representaciones sobre cerámicas geométricas cuanto la armadura y el casco de bronce hallados en una tumba tardogeométrica de Argos (la número 45) y que, si bien pueden haber sido usados por un guerrero montado, son un claro precedente ya de lo que caracterizará la futura armadura hoplítica.

Todo ello me lleva a pensar que en el *thes* homérico coexiste una contradicción, de consecuencias trascendentales en un futuro más o menos inmediato. Por un lado, su forma de vida se centra en la práctica de la agricultura, tanto en sus propias tierras cuanto en las tierras de alguno de los terratenientes locales, a cambio de un salario; por otro lado y en caso de guerra, su papel va evolucionando desde el de simple acompañante con funciones subalternas hasta terminar por asumir, progresivamente y de acuerdo con su nivel económico, una posición cada vez más relevante como soldado de infantería pesada, con una responsabilidad mayor en el desarrollo y en el desenlace del combate. El desencadenante de este proceso hay que situarlo a partir del momento en que los *aristoi* montados abandonen, por circunstancias diversas, su viejo estilo de lucha caballeresco y pasen a combatir en formación cerrada (recuérdese el símil homérico recién citado) siendo imprescindible, por obvias razones numéricas, que esta formación, esta *falange*, se vea completada con aquellos de entre los *hombres del pueblo* (por seguir usando la terminología homérica) que dispongan de los medios económicos suficientes para costearse el caro equipo hoplítico y que, naturalmente, no son todos aquéllos que aparecen englobados bajo el nombre de *thetes*.

Por otro lado, sin embargo, pervive inalterado el viejo ideal aristocrático exclusivista, cimentado ante todo en la propia imagen distorsionadora que los Poemas Homéricos contribuyen a formar, que aleja de cualquier posibilidad de acceso a los círculos dirigentes a aquéllos que no comparten los privilegios en cierto modo inmateriales que caracterizan a esa asociación cerrada. Dentro de ese ideal el *thes* no cuenta; como afirmaba el propio Ulises «no es bueno ni en la guerra ni en el consejo» y en su otra faceta, la agrícola, la productiva, se prefiere considerarle con los idílicos tintes que nos muestra el «escudo de Aquiles»:

> «En él puso un campo real *[temenos]* y en él segaban unos jornaleros, que empuñaban afiladas hoces y, mientras unos manojos iban cayendo en tierra a lo largo del surco, los agavilladores iban atando los otros con vencejos. Tres atadores de gavillas permanecían al pie y detrás de ellos unos muchachos iban cogiendo los manojos que, a brazadas y sin parar, se los daban a éstos. En medio de ellos, en silencio, el rey, empuñando el cetro, permanecía de pie a la vera del surco, con el corazón lleno de gozo. Los heraldos, apartados, bajo una encina se afanaban en la comida, preparando un gran buey que habían sacrificado y las mujeres vertían blanca harina en abundancia, comida de los jornaleros.» (*Ilíada*, XVIII, 550-561; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

Así, el *thes*, combatiendo al lado de los poderosos, pero sin ver reconocido su esfuerzo; trabajando en sus tierras a cambio de un salario, pero tratado con un paternalismo no exento de desdén, ocasionalmente desposeído de sus tierras o, al menos, privado del pleno uso y disfrute de las mismas, atenazado por deudas e hipotecas, se debatirá entre la obediencia y el latente descontento. Este descontento, al que dará rienda suelta Tersites en la asamblea de los aqueos, con los resultados conocidos, que canalizará Hesiodo en ciertos pasajes de sus *Trabajos y Días* y para los que buscará una cierta sanción divina en su *Teogonía*, está en la base de procesos históricos de consecuencias duraderas para la historia de Grecia: por un lado, el desarrollo del proceso colonizador griego; por otro y beneficiándose también del cambio de las condiciones que éste favorecerá, el surgimiento de nuevas formas políticas que, a modo de un gran laboratorio experimental, sacudirán a buena parte de la Hélade y que se hallan en la base de las estructuras sociales de las *poleis* de la época clásica. De entre estos experimentos, sin duda los más fructíferos y generalizados serán las tiranías y las codificaciones de leyes. A estos dos aspectos me referiré, como corresponde, en el capítulo dedicado al siglo VII a.C. (*véase* 5.7; 5.8).

■ Artesanos

Otro de los grupos que se dan cita en el mundo homérico, en la *polis* naciente, es el de los artesanos o *demiourgoi*. Son ellos quienes, trabajando con sus manos, dan forma a los materiales que la naturaleza presenta en su aspecto más simple posible: el barro, el cobre, el hierro e, incluso, las palabras puesto que, no hemos de olvidarlo, el aedo no es más que un simple demiurgo que sabe dar forma a las palabras para producir un hermoso discurso, del mismo modo que el herrero, con su martillo y con la ayuda del fuego sabrá sacar del mineral en bruto la pieza más bella que se pueda imaginar. En la propia Odisea hallamos nombrados a adivinos, médicos, carpinteros y aedos (*Odisea*, XVII, 382-385). La posición del artesano es ambivalente; por un lado, su trabajo se aprecia y es, incluso, imprescindible. Los protectores de los demiurgos son divinidades de primer orden como Hefesto o como Atenea. Pero, por otro lado, dependen en todo de la benevolencia de sus patronos ocasionales puesto que el demiurgo es, casi por definición, itinerante. Va de lugar en lugar ofreciendo sus artes a aquellos que pueden recompensarle; recibidos por los reyes, que les encargan aquellos objetos que subrayan su preeminencia y recompensados por su destreza; poseedores de esa cierta aura mágica que en las sociedades primitivas rodea al que sabe tratar con esas materias primas, toscas y amorfas y extraer de ellas su escondida belleza, no tendrán, sin embargo, lugar en la estructura política que está surgiendo.

El demiurgo, el extranjero, venerado y reverenciado en tanto que necesario, será, sin embargo, un hombre sin raíces que, además, vivirá de aquello que, como compensación por su actividad, le dan los poderosos. Su propio carácter itinerante informa de la cierta precariedad en que se desenvuelve la sociedad homérica, puesto que una misma comunidad no puede absorber toda la producción de uno o varios artesanos que trabajen simultáneamente o, acaso, el propio abastecimiento de materias primas no es lo suficientemente importante como para garantizar una actividad continuada del artesano. Por una u otra razón, o por ambas, el demiurgo tendrá que trasladar su taller a aquellos lugares donde se den las condiciones necesarias para poder desarrollar su trabajo.

Como apuntaba antes, entre los artesanos también puede incluirse a los aedos, a los poetas itinerantes responsables de la transmisión durante siglos de la tradición épica; en efecto, además de su carácter itinerante, de la estrecha relación que existe entre él y el *aristos* al que sirve y que le recompensa, trabaja con las palabras, elaborando discursos bellos. Como ejemplo de la actividad del aedo podemos traer aquí la referencia que en la Odisea encontramos a propósito del aedo Demódoco, seguro autorretrato de alguno de los autores del poema:

«Al cantor siempre fiel, a Demódoco, honrado del pueblo, acercó de la mano un heraldo y en medio sentólo del banquete apoyándolo en alta columna; y Ulises, el fecundo en ingenios, cortando un pedazo de lomo, pues quedaba aún mucho del cerdo de blancos colmillos, entrególe al heraldo aquel trozo bosante de grasa. "Lleva, heraldo —le dijo—, esta carne a Demódoco y coma a placer: quiero honrarle aunque esté yo afligido; de parte de cualquier ser humano que pise la tierra, la honra y el respeto mayor los aedos merecen, que a ellos sus cantares la Musa enseñó por amor de su raza." Tal le dijo, tomóla el heraldo, la puso en los dedos del egregio Demódoco y éste alegróse en su alma.» (*Odisea*, VIII, 471-483; traducción de J.M. Pabón.)

No obstante, esta visión tradicional del artesano también está en proceso de cambio durante el propio siglo VIII; es cierto que los demiurgos viajan y reciben influencias muy variadas en sus diferentes artes; aquéllas que han sobrevivido al paso del tiempo y que el arqueólogo ha podido recuperar dan fe de lo abundantes que son las fuentes de las que bebe el artesano. Sin embargo, la aparición de estilos locales, tanto en cerámica (baste recordar la cerámica ática a la que hemos aludido ya) como en broncística (ya en el siglo VIII descuellan los broncistas argivos o los euboicos, por no citar más), obra a su vez de talleres que trabajan ininterrumpidamente durante más de una generación, indica a las claras que se ha ido produciendo un fenómeno de sedentarización de los artesanos y, posiblemente, una mayor integración en las estructuras de la ciudad en formación (*véase* 2.2.1).

Es probable que dicho proceso se haya visto favorecido, además de por la propia consolidación del sistema de la *polis*, que determina una demanda cada vez más constante y regular dentro de la misma y, en algunos casos, la posibilidad de exportar al exterior parte de la producción, por la aparición de una serie de nuevos clientes que, también de forma regular, van a requerir los servicios de estos profesionales. Aparte de las necesidades (quizá no muy elevadas) de las instituciones políticas y, naturalmente, de las de los grupos más poderosos económicamente, los santuarios políadas van a convertirse en clientes importantes de estos artesanos; bien directamente, bien a través de todos aquéllos que, personal o institucionalmente, depositan en la casa de la divinidad todo tipo de objetos con fines cultuales pero, también y en un cierto sentido, económicos. Sobre el papel de los santuarios volveré más adelante (*véase* 3.2.1).

El auge de la actividad artesanal como, en su momento, el de la comercial se va a ver favorecido por la continua afluencia de individuos que, abandonando el campo por no poder soportar las dificultades de todo tipo que en el mismo se le presentan van acudiendo a los centros urbanos, en los que irían siendo absorbidos en todo este con-

junto de actividades que el despegue económico del momento está favoreciendo.

■ Comerciantes

En relación íntima con ese despegue económico al que he aludido a lo largo de las páginas anteriores están también los comerciantes. No olvidemos que ya hacia el 800 a.C. se atestigua la presencia de relaciones comerciales entre Eubea y la región costera siria y que, de poco después, data el establecimiento, también euboico, en Pitecusa, cuya componente comercial parece bastante importante. Sin embargo, el reflejo que en los Poemas Homéricos ha tenido ese tipo de comercio no parece haber sido muy intenso, al menos por lo que se refiere al protagonizado por griegos.

En efecto, el «gran comercio internacional» (por utilizar alguna expresión) aparece, en la *Odisea*, en manos, casi exclusivas, de fenicios o sidonios, como les llama Homero y, ciertamente, la imagen que de ellos da no es, en absoluto, positiva:

> «... presentóse por aquella comarca un fenicio falaz e intrigante, un taimado que ya había traído desgracias sin cuento a otros hombres.» (*Odisea*, XIV, 288-290.)
> «Llegaron un día por allí unos fenicios rapaces, famosos marinos con su negro bajel, portadores de mil baratijas.» (*Odisea*, XV, 414-416; traducción de J. M. Pabón.)

Pudiera pensarse que esta imagen negativa se debe, más que al hecho de que se trata de comerciantes, a que los mismos son fenicios. Sin embargo, en otro pasaje de la Odisea se observa con claridad esta valoración negativa, aplicada al propio Ulises por el feacio Euríalo:

> «No parece, extranjero, que seas varón entendido en los juegos que suelen tenerse entre hombres; te creo uno de esos, más bien, que en las naves de múltiples remos con frecuencia nos llegan al frente de gentes que buscan la ganancia en el mar, bien atento a la carga y los fletes y al goloso provecho: en verdad nada tienes de atleta.» (*Odisea*, VIII, 159-164; traducción de J. M. Pabón.)

Ciertamente y al igual que ocurre con los artesanos, los comerciantes resultan imprescindibles porque son quienes aportan aquellos artículos que sirven para resaltar el auge de los *aristoi* a más de las materias primas que se han vuelto ya artículos de primera necesidad. Ello no obsta para que la moral aristocrática repruebe esa actividad, dirigida hacia la ganancia *(kerdos)*; es eso lo que le achaca Euríalo a Ulises, su preocupación por la ganancia.

Como suele ser habitual, la imagen que nos presenta Hesíodo permite matizar la visión homérica; Hesíodo, quede claro, tampoco aprueba abiertamente el comercio y desaprueba la navegación. En ese sentido, aún permanecen en él residuos de ese ideal aristocrático que en muchos aspectos sigue compartiendo. Sin embargo, más apegado a la realidad, puede entender que se practique tal actividad, aunque para que la misma sea lícita debe tender no a la ganancia, sino a complementar la propia economía doméstica. Naturalmente, se busca una ganancia, aunque la misma sirve, más bien, como medio para evitar otros males:

> «Así mi padre y también tuyo, gran necio Perses, solía embarcarse en naves necesitado del preciado sustento. Y un día llegó aquí tras un largo viaje por el ponto abandonando la eolia Cime en una negra nave. No huía del bienestar ni de la riqueza o la dicha, sino de la funesta pobreza que Zeus da a los hombres.» (Hesíodo, *Trabajos y Días*, 633-639.)
> «Cuando volviendo tu voluble espíritu hacia el comercio, quieras librarte de las deudas y de la ingrata hambre, te indicaré las medidas del resonante mar aunque nada entendido soy en navegación y en naves.» (*Ibid.*, 646-650; traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díaz.)

Hay, además de ésta, otra navegación que en lugar de una ganancia adecuada ya busca claramente las riquezas *(chremata)*; Hesíodo desaprueba por completo este comercio:

> «Por primavera otra época para navegar se ofrece a los hombres ... Yo no la apruebo, pues no es grata a mi corazón; hay que cogerla en su momento y difícilmente se puede esquivar la desgracia. Pero ahora también los hombres la practican por su falta de sentido común; pues las riquezas *(chremata)* son la vida para los desgraciados mortales. Y es terrible morir en medio del oleaje.» (*Trabajos y Días*, 678-688; traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díaz.)

Como ha observado Alfonso Mele (MELE: 1979) en un estudio fundamental por muchos aspectos, este último tipo de comercio es denominado *emporie*, mientras que aquél al que se refería el pasaje homérico citado y los otros dos hesiódicos corresponden todavía a un tipo de comercio-*prexis*. Sin querer entrar en detalle en el tema, podemos decir que el segundo se caracteriza por hallarse vinculado directamente a la producción agrícola, e implica también el control del barco por parte del agricultor-comerciante así como un cierto nivel social, próximo o vinculado al aristocrático. El primer tipo, o *emporie*, se caracterizaría por su especialización e independencia del proceso pro-

ductivo y por la ya mencionada búsqueda de riquezas como fin último y no como medio, como ocurriría en el comercio-*prexis*.

Sin embargo y aun a riesgo de contradecir a Mele, yo considero este esquema algo más complejo, puesto que, en el texto de la Odisea, VIII, 159-164 antes transcrito y a pesar de que según el autor italiano estemos ante un comercio de tipo *prexis*, yo creo observar ya rasgos que parecen indicar una actividad más profesionalizada, hasta el punto de que aquí el que la practica no puede ser *aristos*: es lo que da a entender Euríalo cuando se niega considerar atleta a Ulises. Algo parecido deberíamos pensar con respecto a la amplia actividad comercial euboica a la que me refería en páginas anteriores; es posible que, en parte, podamos considerarla con Mele, comercio-*prexis* pero, por otro lado, la gran extensión e importancia de la misma, así como las implicaciones que llega a adquirir, hacen dudar un tanto de esta imagen. Desde mi punto de vista, las actividades ultramarinas de los euboicos no debían de diferenciarse mucho de las que practicaban los fenicios; y éstos, como es sabido, al menos en la imagen helénica, eran los «comerciantes profesionales». En mi opinión, cuando Euríalo dirige sus ofensivas palabras a Ulises bien podía estar pensando en alguno de estos comerciantes que hacía ya largo tiempo unían con sus naves las costas de Grecia con los más remotos lugares de Oriente y de Occidente.

Como ocurría con los artesanos, hay también ambivalencia frente al comerciante, si bien éste nunca gozará del aprecio social del que disfrutan algunos artesanos. Ampliamente despreciado, como hemos visto, por su afán de riqueza, es también imprescindible porque es quien hace llegar los artículos valiosos que marcan las diferencias sociales; sin duda aquéllos de entre los *aristoi* que se aventuran en el mar no pueden llevar hasta sus *oikoi* todos los artículos que, con esta finalidad, desean atesorar; necesitan, pues, del comerciante para complementar su propia actividad.

Pero, por otro lado, este «desprecio» es también relativo. Yo no creo que en las ciudades de Eubea, donde ciertamente se hallaron implicados los *aristoi* en el comercio durante largo tiempo, fuesen válidas las observaciones ya citadas de Euríalo; en Calcis y Eretria el comercio aristocrático, más o menos contaminado por el ansia de riquezas, podía seguir siendo compatible con el resto de las actividades que caracterizaban a los nobles. Pero como no todas las ciudades griegas eran como las euboicas, determinadas peculiaridades de éstas tal vez no eran comprendidas y ha sido esta visión la que más peso ha tenido. En efecto, no es ejemplo de vinculación al mar un Hesíodo que confiesa no haberse embarcado más que una vez y, naturalmente, como pasajero para atravesar el estrecho brazo de mar que separa Aulide de

Eubea. Personas como Hesíodo, o personajes como el Feacio Euríalo contribuirían a crear la mala imagen del comerciante arcaico.

Siguiendo con el otro elemento de la ya mencionada ambivalencia, es el comerciante el que hace llegar a las manos de los *aristoi* los productos que ellos demandan; las pruebas no hay que buscarlas muy lejos. En los santuarios y en las tumbas ricas de las ciudades griegas han aparecido objetos en bronce, plata, hueso, marfil, fayenza, etc., cuyo origen hay que buscar en Siria, en Egipto, en Urartu, en Anatolia ... y que si bien pueden haber sido transportados por comerciantes fenicios, no es improbable que puedan haberlo sido por griegos, especialmente en aquellos casos en los que una divinidad políada protege a sus comerciantes en la navegación y estoy pensando ahora en el Hereo de Samos, cuyo primer recinto sacro monumental (el primer *hecatompedon*) surge hacia el 700 a.C. (frente a opiniones que remontaban el mismo al 800) pero en el que los objetos exóticos, ya durante el siglo VIII parecen haber sido aportados en buena medida por los propios navegantes samios en agradecimiento a la diosa por su feliz y provechoso retorno. Del mismo modo, en centros como las ciudades euboicas, o como la Atenas del siglo VIII, los responsables de la llegada de productos exóticos deben de haber sido los mismos individuos a quienes hemos visto estableciendo factorías en la lejana costa siria (*véase* 2.2.2).

Por si todo eso fuera poco, en los propios Poemas Homéricos hallamos claras referencias a estos productos que llegan merced al comercio, tales como objetos en oro y bronce, joyas, vasijas de plata, artículos en hierro y cobre, por no mencionar el vino, las pieles o los tejidos. El siguiente pasaje resultará significativo:

> «Se habían presentado allí naves en gran número, procedentes de Lemnos, portando vino que había enviado el Jasónida Euneo... Allí, pues, se procuraron el vino los aqueos que llevan melena en su cabeza, unos por bronce, otros por hierro de color de fuego, otros por pieles de buey, otros por los propios bueyes y otros por esclavos.» (*Iliada*, VII, 465-475; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

El comercio, pues, se configura, por varios motivos, como actividad cada vez más importante; al tiempo, el papel del comerciante aumenta, aun cuando no siempre paralelamente a su importancia política. Por otro lado, hemos de procurar alejarnos de los prejuicios «modernistas» según los cuales los comerciantes pronto alcanzarían altísimos niveles sociales llegando a ser una especie de «burguesía mercantil». Lo cierto es que la precariedad de los medios de navegación, los grandes gastos inherentes a la empresa en cuestión, las grandes distancias a recorrer, etc., harían que los beneficios tampoco fuesen excesivamente elevados.

En este sentido, estoy totalmente de acuerdo con Mele cuando afirma que una diferencia clara entre el comercio aristocrático, de tipo *prexis* y el profesional *(emporie)* radica en el mayor nivel económico y social de los que practican el primero frente a los que hacen lo propio con el segundo. Por último, añadir que junto con el desdén con que el mundo griego trataba al comerciante, convivía la idea de que si la empresa comercial, a pesar de sus riesgos, tenía éxito, permitía un rápido enriquecimiento a aquél.

— ***Los grupos dependientes***

Si hay algo en lo que coinciden casi todos los autores es en la dificultad de definir la situación y el *status* de los grupos dependientes durante el período que estamos estudiando; la causa principal es que los datos de que podemos servirnos son, prácticamente, los procedentes de los Poemas Homéricos; el que en los mismos no aparezca ningún término relacionado con la denominación habitual de los esclavos en siglos posteriores *(doulos)* no debe ocultar la existencia de individuos cuya situación de dependencia y de ausencia de libertad les diferencia del resto de los sujetos que componen la sociedad del alto arcaísmo.

Varios son los términos que los Poemas Homéricos emplean para designar a los servidores: *dmos*, *drester*, *amphipolos*, etc. Los campos semánticos de cada uno de ellos son diferentes y suelen hacer referencia a que son los que realizan los trabajos, o se relacionan con la actividad de la casa y así sucesivamente. Garlan (GARLAN: 1984) observa cómo en la *Ilíada* es más frecuente hallar ejecuciones de los varones vencidos en el campo de batalla, pasando las mujeres a la condición esclava y con suerte alterna para los hijos (hecho que se repetirá con frecuencia en épocas posteriores) y cómo, sin embargo, en la *Odisea* se suelen hallar más casos de esclavos varones, aunque empleados sobre todo en las tareas de la ganadería más que en las agrícolas o domésticas. En aquéllas predominan los libres asalariados o *thetes* y en éstas, las esclavas. Aparte de la guerra, una importante fuente aprovisionadora de esclavos es el rapto, ante todo, de mujeres y niños y su venta en ultramar. Son sobre todo los reales fenicios y los míticos tafios los principales responsables de esta actividad. Por este procedimiento llegan a la propiedad de Ulises individuos como el porquerizo Eumeo y tal vez la propia aya Euriclea.

Fuera del ambiente bélico que describe la *Ilíada*, la *Odisea* muestra el tipo de trato habitual que reciben los esclavos en las residencias y en los campos de los nobles; ciertamente, a primera vista, el mismo parece inmejorable; podemos juzgarlo, por ejemplo, a partir de estos dos pasajes, el primero referido a Euriclea y el segundo a Eumeo:

«Al igual de su esposa la honró [Laertes] en el palacio, mas nunca con la esclava se unió por temor a las iras de aquélla. Iba, pues, allí dando a Telémaco luz; le quería cual ninguna otra sierva y habíalo tenido en su guarda siendo niño.» (*Odisea*, I, 432-436.)
«Me crió [Laertes] con la noble Timena de peplo ondulante, la menor de sus hijas. Igual me cuidaba que a ella y eran poco inferiores mi estima y mi honra.» (*Odisea*, XV, 363-365; traducción de J.M. Pabón.)

Hay que guardarse, sin embargo, de dejarse engañar por este panorama; lo cierto es que estos servidores han llegado a esa situación a causa de la guerra o de la venta; su destino es el que sus amos les imponen y, si bien puede haber un trato en cierto modo familiar, relaciones afectivas intensas e, incluso, verdadero cariño, cualquier desliz o infidelidad puede conducir a la muerte más afrentosa, cruel y ejemplificadora a quien no tenga presente la realidad de su situación. Quien mejor permite ver esto es la desleal Melanto, al frente de las esclavas infieles.

«Penélope habíala criado [a Melanto] como a hija en su hogar, le colmó los caprichos, mas ella para nada cuídabase ya de la reina y sus duelos; con Eurímaco amores tenía, con él se ayuntaba.» (*Odisea*, XVIII, 322-325; traducción de J. M. Pabón.)

Tras la muerte de los pretendientes de Penélope, Telémaco da muerte a las esclavas que habían mantenido relaciones con ellos, pero en lugar de hacerlo con la espada prefiere la horca como procedimiento innoble:

«"No daré yo, en verdad, muerte noble de espada a estas siervas que a mí madre y a mí nos tenían abrumados de oprobios y pasaban sus noches al lado de aquellos pretendientes." Tal diciendo, prendió de elevada columna un gran cable de bajel, rodeó el otro extremo a la cima del horno y estirólo hacia arriba evitando que alguna apoyase sobre tierra los pies... y un nudo constriñó cada cuello hasta darles el fin más penoso tras un breve y convulso agitar de sus pies en el aire.» (*Odisea*, XXII, 462-473; traducción de J. M. Pabón.)

Con estos castigos ejemplares quedaba claro, por un lado, el derecho de vida y muerte que el amo tenía sobre sus esclavos y, por otro lado, que éstos eran una propiedad más de su amo y que cualquier acción que realizasen más allá de lo que se les había encomendado encontraría su pronto castigo.

La esclavitud, pues, a lo largo del siglo VIII, se ha ido afianzando como fenómeno importante en los *oikoi* de los *aristoi*; reservados a tareas domésticas y, quizá en menor medida, a tareas realmente productivas, eran, ante todo, un símbolo más del auge social y económico de ese restringido círculo dirigente, responsable último del proceso que desemboca en lo que conocemos por *polis*.

3.

La configuración de la *polis*

3.1. Introducción. Rasgos generales de la *polis* arcaica

Hasta ahora hemos estado viendo, en forma analítica, los distintos elementos sociales que, como decíamos anteriormente, en cierto modo preexisten pero al tiempo contribuyen a dar forma al fenómeno que conocemos como *polis*. Es ya tiempo, pues, de entrar de lleno en el problema crucial, cual es el de la configuración de esta estructura. Para ir avanzando poco a poco en este espinoso tema, he preferido, igualmente, una aproximación analítica, consistente en ir poniendo de manifiesto algunos de los aspectos que caracterizan dicho proceso, no sin antes realizar algunas observaciones que juzgo de interés, empezando con la propia definición que da Duthoy (DUTHOY: 1986, 5) de la *polis* en cuanto que fenómeno socio-político (*véase* 2.3):

> «La *polis* es una comunidad "micro-dimensional", jurídicamente soberana y autónoma, de carácter agrario, dotada de un lugar central que le sirve de centro político, social, administrativo y religioso y que es también, frecuentemente, su única aglomeración.»

Asumida esta definición, ello nos evita el intentar tan siquiera «traducir» (y «traicionar») el término *polis* a nuestra lengua. Veamos, pues, a continuación, algunos de los rasgos previos que debemos tener presentes para entender lo que la *polis* griega implica.

En primer lugar, hay que decir que la *polis* representa, en un cierto sentido, un equilibrio. Equilibrio, sin duda, inestable en muchos casos pero equilibrio al fin, aun cuando sólo sea porque en ocasiones encarne el único punto de acuerdo entre grupos enfrentados. Por ello mismo, la *polis* necesita, ante todo en los momentos en que la misma está surgiendo, una serie de «puntos de anclaje» que la estabilicen.

En segundo lugar, la *polis* representa una forma de vida, con todo lo que ello implica tanto desde el punto de vista material (desde el propio emplazamiento de la misma, con todas sus necesidades logísticas, incluyendo el fundamental aspecto del abastecimiento) cuanto desde el ideológico. A esa forma de vida, por ende, parece haberse llegado acaso más por reflexión que por azar. Sin querer negar su importancia a los períodos previos al siglo VIII en la historia de Grecia, que en una perspectiva teleológica parecen estar preparando el camino hacia la *polis* hay en su creación una buena parte de intencionalidad. Por ello mismo he hablado de un equilibrio, puesto que, al admitir tal idea de intencionalidad hemos de dar justa cuenta de los intereses enfrentados que son puestos en juego y que son combinados para dar lugar a esta novedosa forma política.

En tercer lugar, la *polis* introduce en la Historia una concepción absolutamente nueva: la posibilidad para una serie de individuos de dotarse de sus propios instrumentos de gobierno y de organización a todos los niveles, prescindiendo de la referencia al ámbito sobrehumano, lo que convierte a la *polis* en la única experiencia de este tipo conocida hasta ese momento en todos los ámbitos que directa o remotamente se asoman al Mediterráneo; de hecho, el poder se hallaba en los ciudadanos, en todos, en muchos o en pocos, pero en cualquier caso *siempre* en un conjunto más o menos amplio de ciudadanos. Sólo en casos excepcionales (tiranías) era uno solo quien ejercía el poder. En ello influye, naturalmente, toda una serie de precedentes históricos, que no es lugar éste para analizar, pero, al tiempo, un conjunto de nuevos planteamientos, en gran medida originales, que, construyendo sobre ese trasfondo, dan su propia personalidad a este «experimento» que, en sus fases iniciales, supone la *polis* griega.

Diré aquí, casi como un inciso que, aun admitiendo que quizá son más importantes los elementos de continuidad que los rupturistas en el período comprendido entre el final del mundo micénico y la época arcaica (MORRIS, en City and Country in the Ancient World: 1991), no parece factible asignar la existencia de *poleis* a momentos anteriores al siglo VIII y, por consiguiente, con mucho menos motivo a la Edad del Bronce, como ha sido propuesto recientemente (por ejemplo, VAN EFFENTERRE: 1985, correctamente contestado por MUSTI: 1989, 74-80).

Tras estas observaciones podemos tratar de analizar los principales

factores que identifican a la *polis* arcaica antes de entrar en algunos de los aspectos que caracterizan su formación.

La *polis* puede ser considerada, ante todo, como una estructura que surge al servicio de unos intereses determinados. Esos intereses son, en su mayor parte, de tipo económico y los beneficiarios directos son los *aristoi*, si bien y en el transcurso de pocas generaciones, otros grupos sociales pueden conseguir beneficios parejos y, en algunos casos, superiores. Podemos añadir que la *polis* implica la existencia de un centro en el que residen los órganos de gobierno y, ante todo, el santuario de la divinidad tutelar; igualmente, que la misma necesita un territorio *(chora)* del que extraer los medios de vida, principalmente agrícolas; ello se traduce en la estrecha vinculación que habrá de existir entre el territorio, mediante cuya unificación política surge la *polis*, y esta misma, cuya base de subsistencia se encuentra en el propio territorio.

Además, habría que indicar que es necesario un ordenamiento jurídico, unas leyes o normas, no escritas en un primer momento y sólo conocidas y aplicadas por los *aristoi*, producto más de la costumbre que de una reflexión abstracta, pero sobre las cuales se ordena la convivencia de quienes viven en esa *polis*. Efectivamente, todos estos elementos son necesarios para que podamos considerar que existe un estado, según el modelo griego.

A pesar de ello, no obstante, los propios griegos si bien consideraban todos esos elementos como importantes, no los veían como fundamentales o imprescindibles; algo que sí lo era, sin embargo, eran los ciudadanos:

> «Pues una ciudad consiste en sus hombres y no en unas murallas ni unas naves sin hombres.» (Tucídides, VII, 77, 7; traducción de F. R. Adrados.)

Aunque pueda parecer una cierta tautología, la *polis* surge cuando surge la idea del *polites* o ciudadano, es decir, cuando un conjunto de individuos se consideran relacionados entre sí por un vínculo común, ajeno a ellos, pero que al tiempo les define como miembros de un mismo círculo. Ese vínculo no es ya estrictamente familiar ni comunal sino, precisamente, «político» (y, en cierta medida, religioso y cultual); Lévy (LEVY: 1985), en un estudio reciente sobre los términos *astos* y *polites*, ha señalado el matiz político que implica el empleo de este segundo término según se va saliendo de la sociedad aristocrática.

Para plasmar ese lazo que les ata, los *politai* necesitan de una serie de puntos de referencia, materiales e ideológicos, que sancionen esa relación por encima de cualesquiera otras que puedan haber poseído originariamente. Es por ello mismo por lo que he hablado anterior-

mente de un equilibrio; en efecto, la *polis* es un equilibrio porque los ciudadanos, los *politai* deben sacrificar algo de su propia libertad en beneficio de un fin común; aceptando una forma de gobierno, unas normas, un marco territorial, posiblemente renuncian a una serie de aspiraciones personales; es en este equilibrio entre lo comunitario y lo individual donde halla su explicación la *polis*.

Un pasaje de Plutarco, referido al sinecismo de Atenas por obra de Teseo, explica bien el proceso, aun cuando hemos de aislar, por un lado, el carácter «personalista» del proceso, representado por Teseo y el carácter «democrático» del mismo, debido a la propaganda posterior:

> «Después de la muerte de Egeo, se propuso [Teseo] una ingente y admirable empresa: reunió a los habitantes del Atica en una sola ciudad y proclamó un solo pueblo de un solo Estado, mientras que antes estaban dispersos y era difícil reunirlos para el bien común de todos e, incluso, a veces tenían diferencias y guerras entre ellos. Yendo, por tanto, en su busca, trataba de persuadirlos por pueblos y familias; y los particulares y pobres acogieron al punto su llamamiento, mientras que a los poderosos, con su propuesta de Estado sin rey y una democracia que dispondría de él solamente como caudillo en la guerra y guardián de las leyes, en tanto que en las demás competencias proporcionaría a todos una participación igualitaria, a unos estas razones los convencieron y a otros, temerosos de su poder, que ya era grande y de su decisión, les parecía preferible aceptarlas por la persuasión mejor que por la fuerza.» (Plutarco, *Vit. Thes.*, 24, 1-2; traducción de A. Pérez Jiménez.)

Por lo que sabemos del proceso de formación de la *polis* en otros sitios, como puede ser Corinto, la población que afluye a lo que en su momento será el centro urbano, en torno al templo de Apolo, procede del resto del territorio, de la Corintia, lo que debe de estar implicando la actuación de un grupo, llamémosle «gobierno», que fomenta y favorece esa concentración, en este caso los Baquíadas. Las fuentes señalan para Corinto, ciertamente, una unificación política bastante antigua y hacia mediados del siglo VIII era capaz de anexionarse definitivamente dos distritos de la vecina Mégara: persuasión y fuerza igualmente, como en el ejemplo recién citado del ateniense Teseo. No obstante, y a pesar de esa unidad política tempranamente alcanzada, Corinto como ciudad no ha surgido realmente hasta un momento bastante posterior; lo importante en Corinto, como se veía antes, eran más sus ciudadanos *(politai)* y su estructura política *(politeia)* que sus muros (inexistentes) o sus casas, aún no unidas para formar un único centro urbano; estos ciudadanos, que podían establecerse en cualquier lugar de la Corintia

y que podían emprender empresas comunes son los que definen a la primitiva *polis* corintia pre-cipsélida. Para resumirlo, diré con Y. Barel (BAREL: 1989, 29) que

> «la nueva ciudad griega es un fenómeno social, político y religioso antes de ser un fenómeno físico.»

Naturalmente, y retomando el hilo, esa idea misma del «ciudadano» implica la del «no ciudadano». Es éste otro dato que debe valorarse. No todos los habitantes de un territorio determinado van a ser considerados sujetos de derechos y deberes al mismo nivel que aquéllos que se convierten en *politai*; en las ciudades que empezamos a conocer mejor a partir del siglo VII podemos hallar grupos enteros de población que, recibiendo distintos nombres, no han sido integrados dentro del cuerpo ciudadano. Ya sean esclavos (una «servidumbre comunitaria» como la denomina Garlan [GARLAN: 1984]), como los hilotas espartanos, o libres, como los periecos espartanos o los metecos atenienses, no gozan de derechos políticos. Y es evidente que, en muchos casos, estos grupos han quedado marginados en el mismo momento en el que la *polis* está surgiendo.

Qué factores pueden haber determinado la exclusión de la ciudadanía de grupos de población enteros, es algo aún no suficientemente esclarecido y, sin embargo, debe de haber sido un fenómeno bastante más común de lo que habitualmente se cree. Pueden haber influido factores económicos, sociales, religiosos incluso, pero todos ellos han tenido una evidente traducción política: ellos no van a contar para la *polis* más que como individuos sujetos a obligaciones, principalmente de tipo fiscal y, en ocasiones, militares. Pero esto no hace sino recalcar un hecho que no debe perderse de vista nunca: desde su inicio, la *polis* es restrictiva; se configura como un conjunto de personas que participan de un «centro» común y en cuyas decisiones todos participan (naturalmente, de acuerdo con la «calidad» de cada uno). Pero junto a este dato negativo, este rasgo de la *polis* también tiene un lado positivo: la exclusión de toda una serie de individuos va a alimentar la idea de la igualdad o semejanza entre todos aquéllos que sí forman parte plenamente del estado; la lucha por lograr la sanción oficial de ese hecho por parte de aquellos ciudadanos que no participan del poder, favorecida por otro conjunto de factores (la recurrencia hesiódica a la *Dike*, la participación en el ejército hoplítico, el ejemplo del mundo colonial, etc.) caracterizará a un amplio período de la historia griega, a partir sobre todo del siglo VII a.C.

Acostumbrados como estamos, desde tiempo inmemorial, a disponer de estados que, al menos desde el Renacimiento (si no antes) nos

han venido dados y que se han erigido, a pesar de lo que se proclama, en un fin último, quizá resulte difícil entender la verdadera «revolución» que el surgimiento de la *polis* supuso en la Historia. No me atreveré a afirmar que la *polis* surgió de la nada, puesto que no sería del todo cierto, pero sí diré que las formas de gobierno, por llamarlas de alguna manera, existentes durante los Siglos Obscuros no implicaban más que un laxo control de un cierto territorio, sin una definición clara de objetivos, sin una conciencia clara de solidaridad territorial, etc. El tránsito a la *polis* implicó edificar, sobre esta base ciertamente endeble, el nuevo edificio. Para ello, obviamente, fue necesario construir cimientos. A los mismos dedicaré las próximas páginas.

3.2. Tendencias centrífugas y tendencias centrípetas

Es evidente que la unificación política, pero también jurídica, territorial, económica, etc., de los individuos que vivían en un espacio determinado implica un importante movimiento centrípeto; el empezar a considerar como «conciudadanos» a individuos con los cuales, previamente, no se había tenido apenas nada en común; en solidarizarse con sus necesidades, siquiera defensivas, el ir reconociendo paulatinamente que son más los factores que unen que los que separan es un logro indiscutible. El mismo se percibe más claramente si pensamos que durante los Siglos Obscuros las relaciones entre los habitantes de una misma región, de producirse, pueden estar teñidas de un claro componente bélico. El ir renunciando a considerar enemigo potencial al vecino próximo y, por el contrario, llegar a reconocerle como partícipe de unos mismos intereses es un paso importante en el proceso de constitución de la *polis*. La integración de lo individual en el ámbito de lo comunal es también una etapa trascendental en este camino.

Sin embargo, no todo el proceso es lineal; en ocasiones la integración en esa unidad en formación se produce en detrimento de determinados intereses particulares; en un primer momento tiende a favorecer más a unos que a otros al privar o reducir el poder de aquéllos que en sus estructuras familiares y aldeanas, marcadamente autárquicas, que caracterizarían buena parte de la situación en los Siglos Obscuros, se ven en la obligación de reconocer la autoridad de un grupo de *basileis* de los que no todos los *aristoi* formarían parte. Fuera del ámbito de los *aristoi*, otros grupos sociales, especialmente el campesinado pueden sentir que la concentración de poder en una serie de manos, limitadas y restringidas, puede empeorar su situación, tanto desde el punto de vista económico cuanto, inmediatamente, desde el jurídico.

Como se verá, la formación de la *polis* significa la elección de un

lugar desde el que dirigir el conjunto de los territorios integrados en la misma y en el cual se ubicarán las rudimentarias instituciones políticas y religiosas iniciales. Será este lugar el que reciba la mayor parte de los recursos de que dispone la comunidad, a fin de dotarle de toda una serie de equipamientos que le permitan cumplir su función; al tiempo, centralizará la mayor parte de los recursos generados con vistas a su reparto y redistribución (*véase* 3.2.1).

Por ello mismo, si bien en la teoría se tratará de evitar, en la práctica se producirá un desequilibrio entre el centro urbano (llamémosle *asty*) y el territorio *(chora)*, así como entre aquél y todas aquellas antiguas «aldeas», especialmente las más importantes, que hubieran podido aspirar, en muchos casos con los mismos o con más títulos, a convertirse en los centros de decisión política, como muestra, a las claras, la siguiente versión de Tucídides del sinecismo de Atenas, algo distinta de la de Plutarco, que veíamos páginas atrás (*véase* 3.1):

> «... pues desde Cécrope y los demás reyes hasta Teseo, la población del Atica estuvo siempre repartida en ciudades *(poleis)* con sus Pritaneos y magistrados... Mas cuando Teseo subió al trono, ..., además de organizar en otros conceptos el territorio, eliminó los Consejos y las magistraturas de las demás ciudades y las unificó con la ciudad actual, designando un solo Consejo y un solo Pritaneo; y obligó a todas las poblaciones a que, aun continuando cada una habitando su propio territorio como antes, tuvieran a la sola Atenas por capital.» (Tucídides, II, 15; traducción de F. R. Adrados.)

Todos estos factores contribuirán, pues, a la creación de tendencias que podríamos calificar de centrífugas y con las que también hay que contar a la hora de explicar el proceso de formación de la *polis*.

3.2.1. Los ejes sobre los que se conforma la *polis*

En los siguientes subapartados analizaré, por consiguiente, algunos de los «anclajes», materiales y simbólicos, sobre los que se configura la *polis*; el éxito de la *polis*, digámoslo ya, radica en la superación constante de las tendencias centrífugas, en beneficio de las centrípetas. No en todas sus épocas se lleva a cabo de la misma manera y no siempre el éxito acompaña a todas y cada una de las *poleis* en la consecución de un equilibrio entre ambos polos. Naturalmente, no son éstos los únicos principios sobre los que se articula la *polis* griega aunque por el momento me referiré fundamentalmente a ellos.

— *Lugares comunes y centrales*

Diversos tratadistas han puesto de manifiesto cómo una de las características del sistema de la *polis* griega, frente a otros sistemas, especialmente los orientales, fue la publicidad de las decisiones. Esta publicidad venía dada, tal y como se apuntaba anteriormente, por la necesaria presentación de las propuestas elaboradas por el *basileus* y su consejo ante el *demos*, reunido en asamblea al efecto. Es cierto, como también se veía, que en estas primeras asambleas la capacidad de discusión de los miembros no nobles de la misma estaba seriamente coartada; sin embargo, es ya un dato importante que los gobernantes se vean en la obligación de contar con el apoyo formal de los gobernados lo que hace, por ello mismo, que la publicidad sea un factor valioso (*véase* 2.3.2).

Dentro del restringido consejo nobiliario, por otro lado, el debate de los asuntos es fundamental; el *basileus*, como habíamos visto, debe resolver lo que corresponda después de haber escuchado y tomado en consideración las opiniones de su consejo, de aquéllos que, con el nombre genérico de *basileis* participan, en cuanto colectivo, de la misma realeza o *basileia* que el propio *basileus*. Son el debate y la discusión los que están también en el origen de la *polis*; palabras como *sinecismo* o *koinonia* destacan, claramente, esta voluntad de integración conseguida mediante el debate. Un debate político implica, en el mundo griego, situar los temas «en el centro», es decir, en aquel lugar que equidista de todos los que se sitúan en torno a la cuestión a tratar. Los *basileis* colocan sus asuntos «en el centro», los debaten y llegan a una resolución; acto seguido, vuelven a presentarla, nuevamente, ante el *demos* reunido, que se encargará de dar su asentimiento. Poco importa que la Ilíada nos describa a los oradores inoportunos con los sombríos tintes de Tersites y nos indique su castigo, tenido por ejemplar por el resto de sus iguales; poco a poco, las asambleas se irían abriendo al verdadero debate y discusión de los problemas. Es entonces cuando se produciría la situación que describe Vernant (VERNANT: 1983, 198) (*véase* 2.3.2):

> «El *meson*, el centro, define por lo tanto, en oposición a lo que es privado, particular, el dominio de lo común, de lo público, el *xynon*. Por diferentes que sean —por la vivienda, la familia, la riqueza—, los ciudadanos o más bien las casas que componen una ciudad constituyen por su participación común en este centro único, una *koinonia* o *xynonie* política.»

Es, pues, en torno a un centro, simbólica y materialmente en el medio mismo de la ciudad, donde surge realmente la *polis*. Este centro

es lo que los griegos llaman *agora* que, antes de pasar a denotar un simple lugar de mercado, era el nombre que recibía la asamblea y el lugar donde la misma se celebraba. Este es, pues, uno de los lugares centrales que permite la constitución de la *polis*.

En las ciudades que surgieron en la costa minorasiática con motivo de las migraciones que se sucedieron después del colapso del mundo micénico, como ocurre con una de la mejor conocidas de ellas en esta época, la Antigua Esmirna, junto con una aparatosa muralla y un templo, es posible que ya existiera un lugar destinado a reuniones públicas durante el siglo VIII; parece existir, al menos, en la nueva ciudad que surge hacia el 700 a.C.. En las ciudades que en la segunda mitad del siglo VIII están siendo fundadas por doquier, impropiamente llamadas colonias, se reserva un espacio con esta finalidad, como puede apreciarse en Mégara Hiblea (Figura 4). En las viejas ciudades del continente, poco a poco se van despejando lugares, previamente ocupados por habitaciones o por tumbas, indicios de un hábitat disperso y no unitario,

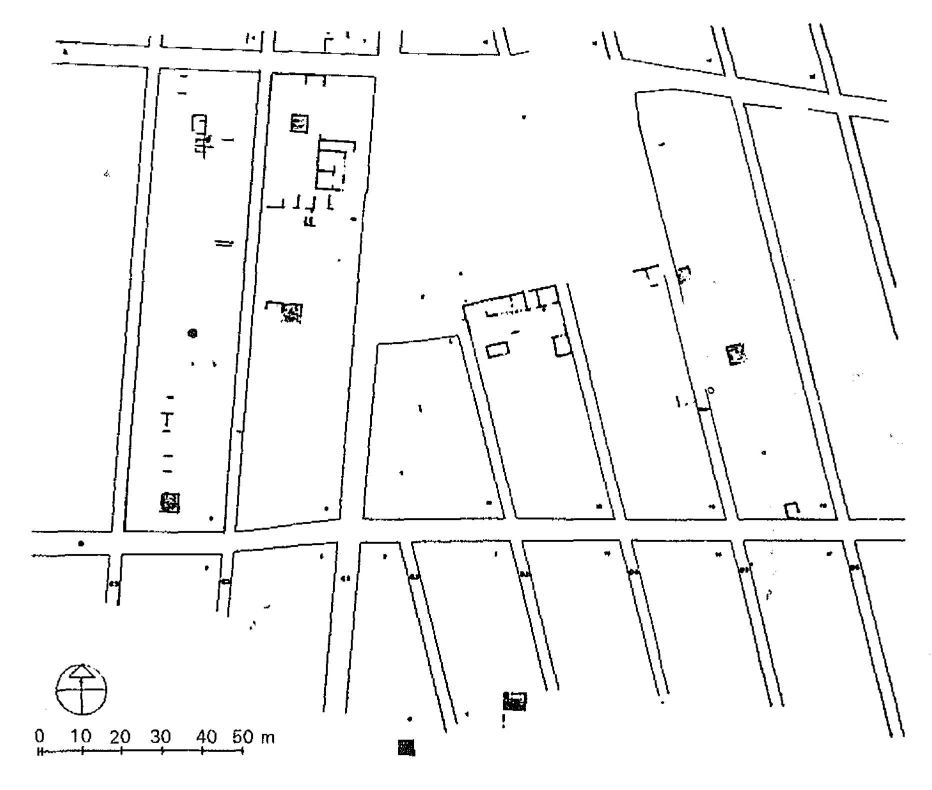


Figura 4. El *agora* de Mégara Hiblea.

a fin de dedicarlos a uso público. Esto ocurre, por ejemplo, en Corinto y en Atenas.

Por si fuera poco, en la propia *Odisea* encontramos la primera referencia a un *agora*, en la (quizá no tan) imaginaria Esqueria, la ciudad de los feacios; transcribamos el pasaje porque, además, nos sirve para introducir el otro elemento importante dentro de estos «lugares comunes y centrales»:

> «Posidón tiene allá un bello templo y en torno se extiende la gran *agora* con suelo de lajas hundidas en tierra.» (*Odisea*, VI, 266-267; traducción de J. M. Pabón.)

Así pues, el *agora*, marco de referencia civil; allí tienen lugar las deliberaciones y allí se produce la comunicación, más o menos fluida, entre gobernantes y gobernados, colocados, todos ellos, en pie de igualdad con relación al «punto central», simbólico y material, que la misma representa. No es, sin embargo, el único; el texto homérico que acabo de acotar menciona otro: el templo o el santuario de la divinidad tutelar a la que acostumbramos a llamar «políada», esto es, guardiana de la *polis*.

La reaparición de edificios destinados exclusivamente a fines religiosos, algo acerca de lo cual hay poco debate, tiene lugar a lo largo del siglo VIII, puesto que no son muy numerosos los testimonios de la existencia de los mismos antes de ese momento. Al igual que el *agora*, el templo tiene un carácter central pues, de algún modo, ambos fenómenos se hallan relacionados; conocemos las plantas de estos primeros templos del siglo VIII a través de la arqueología, que ha mostrado el neto predominio de la estructura absidada; algunos modelos en terracota, procedentes de los templos de Hera en Perachora y en Argos, respectivamente, nos dan una idea del alzado de estas primitivas construcciones (Figura 5) que, a partir de los momentos finales del siglo conocerán una amplia monumentalización y el empleo generalizado de la planta que devendrá canónica, la rectangular.

Trascendiendo del aspecto puramente material, la recurrencia a una divinidad como ente tutelar del bienestar de la comunidad supone, en gran medida, objetivar este concepto. Pero a pesar de lo que el texto homérico mencionado pueda sugerir, el emplazamiento habitual del santuario políada es la acrópolis, es decir, el lugar que, en la época micénica había servido de sede a los reyes y que durante los Siglos Obscuros había permanecido prácticamente deshabitado, aunque recordando a quienes vivían a sus pies que allí se había alzado en tiempos el centro del poder. Es posible, al hilo de las interpretaciones de C. Bérard (BERARD: 1970), que esta misma legitimación de la divinidad

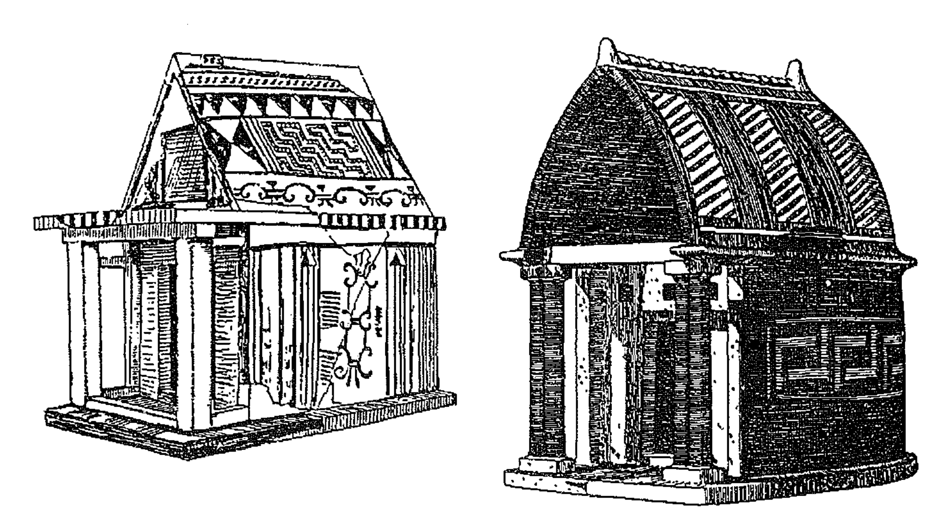


Figura 5. Modelos en terracota procedentes del santuario de Hera en Argos (izquierda) y de Hera en Perachora (derecha).

derive, hasta cierto punto, del «espacio» que ocupa en la *polis* que suele ser, precisamente, el reservado, en época micénica, al poder, al palacio del *wanax*.

El nuevo poder que desarrolla la *polis* radica en la comunidad, bien en su conjunto, bien representada por sus *aristoi*; ellos son quienes lo colocan «en el centro» y, al hacerlo, convierten a todos en partícipes (en mayor o menor grado) del mismo. Igualmente, tal poder trasciende de sus propias personas y es puesto bajo la protección de la divinidad, garante siempre del mantenimiento del equilibrio. No deja de ser significativo que el auge de los templos políadas vaya acompañado tanto de la construcción de los propios edificios de culto cuanto de la deposición en ellos de incontables ofrendas. Parece como si el atesoramiento de riquezas y armas y la amortización de las mismas en las tumbas de sus propietarios estuviese tocando a su fin y ello no es sino la plasmación material de que estamos entrando en otra época, la de *polis*. También da la impresión de que de cualquier transacción, económica o no, la divinidad recibe su parte, su «diezmo» a cambio de proteger la misma.

A partir del siglo VIII el prestigio y el poderío de una ciudad va a medirse por el tipo de santuario dedicado a su divinidad tutelar; en su embellecimiento y en el almacenamiento en él de riquezas va a intervenir toda la comunidad por medio de su acción coordinada. Los aún imponentes muros y sorprendentes tesoros que los arqueólogos están desenterrando en algunos de ellos desde hace más de un siglo son la prueba más evidente de la acumulación de los esfuerzos de toda una comunidad en el auge del templo de su divinidad tutelar. El templo,

pues, es el otro polo sobre el que se cimenta la idea de la comunidad política.

— *Lugares extremos: santuarios extraurbanos*

Hasta ahora nos hemos referido a dos aspectos que consolidan la *polis*; ambos son «lugares centrales» por cuanto a ellos confluyen las personas que se han integrado en la misma y los intereses que cada una de ellas representa. No hemos de olvidar, sin embargo, que la idea de la *polis* implica, necesariamente, la cuestión del territorio, la *chora*

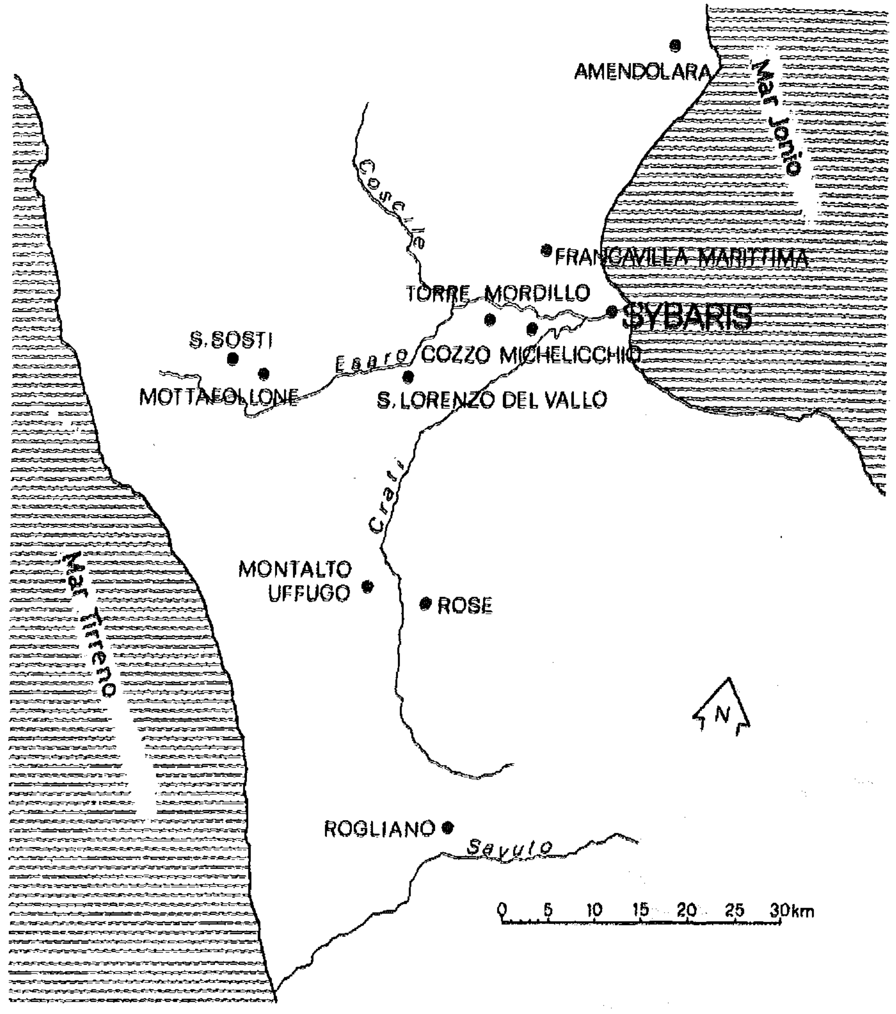


Figura 6. La *chora* de la ciudad de Síbaris y sus localidades más destacadas.

(Figura 6), donde permanece la mayor parte de sus habitantes, de la que se extraen los recursos alimenticios y donde poseen sus propiedades los ciudadanos que configuran el estado. Frente a lo que sucede en otros momentos históricos, la *polis* tiene vocación de integrar en un mismo ámbito al que vive en el centro urbano y al que vive en el campo; no siempre los resultados serán satisfactorios y cada *polis* seguirá modelos que pueden diferenciarse de los del vecino. No obstante, esta integración será una preocupación desde los primeros momentos.

La *polis* debe definir, ante todo, sus propios límites territoriales; tiene que marcar, físicamente si es necesario, dónde acaba su radio de acción y dónde empieza el del estado vecino; igualmente, tiene que definir, ya dentro del propio territorio, «espacios», a saber, qué partes se dedicarán a tierra de cultivo, cuáles serán de aprovechamiento para el ganado, cuáles otras serán de carácter boscoso. Ciertamente, esta definición viene dada en gran medida por la propia naturaleza pero su racionalización implica una labor de reflexión, que afecta a un conjunto de tierras, propiedad, en su conjunto, de la comunidad política. Los *oikistai* que fundan colonias han visto considerablemente facilitada esta labor por el propio carácter del emplazamiento de sus fundaciones, establecidas en tierras no habitadas por griegos, aun cuando algunos rasgos de la organización existente antes de la llegada helénica puedan haber sido tenidos en cuenta. En las ciudades del continente el problema es algo más arduo por cuanto hay que luchar contra las tendencias localistas de aquéllos que desde hacía generaciones habían vivido y disfrutado de su terreno, sin ingerencias externas y se resisten a que una nueva autoridad, residente en una ciudad más o menos distante, interfiera en sus hábitos de siempre.

No obstante, la «toma de posesión» del territorio es inexcusable, tanto en una ciudad recién fundada en país bárbaro, cuanto en una *polis* en proceso de formación en la vieja Grecia. Los procedimientos pueden variar en cierto modo pero el resultado debe ser el mismo: la *polis* tiene que controlar un territorio concreto, someterlo a un ordenamiento determinado y buscar para sus distintas partes un uso apropiado en beneficio de todos los ciudadanos. En definitiva, el territorio también debe ser puesto «en medio», también debe pasar del control privado al control, siquiera teórico, de la comunidad.

Como ocurría en el propio centro urbano, se necesitan unos «puntos de referencia» que sirvan para garantizar la relación del territorio con la ciudad, al tiempo que marquen la especificidad de tales ámbitos dentro de la *polis*. Serán los santuarios extraurbanos los encargados de cumplir esta función. Dedicados, en buena medida, a divinidades que protegen los cultivos, o la caza, o los bosques, o la propia frontera

estatal, según los entornos en los que se hallen emplazados, sirven, además de a su función puramente religiosa (y quizá, demasiadas veces, olvidada o relegada a un segundo plano) de jalones del control de la *polis* sobre su propio territorio.

Puesto que parece evidente (y es mucho más claro en el ámbito colonial) que su surgimiento es una consecuencia directa de la aparición de la *polis*, hemos de ver estos centros cultuales como el medio de que se sirve la misma para dejar sentir su autoridad sobre todas y cada una de las partes que la configuran territorialmente. Así, F. de Polignac (DE POLIGNAC: 1984) ha hablado de la «ciudad bipolar» y, en líneas generales, podemos aceptar esta visión; la *polis*, organizada en torno al *agora* y al templo de la divinidad políada, da cuenta de las diversidades del territorio mediante la erección de edificios sacros a través del mismo que, a la vez, marcan su «toma de posesión». Son, en los puntos más distantes de la *chora*, el recordatorio de que la acción de una *polis*, a través del acto de dedicar un lugar sagrado a una divinidad, se ha garantizado la tutela del entorno en el que el mismo surge. Este, pues, será otro de los polos sobre los que se configure la *polis* y será tanto más importante cuanto que, como los acontecimientos se encargarán de mostrar, esa sustancial unidad centro-periferia (o *asty-chora*) sobre la que se cimenta la *polis*, si bien funcionará desde el punto de vista institucional, en ocasiones se resentirá de la propia heterogeneidad e intereses locales que tendrán como centro los distritos rurales de la *polis*.

— *El héroe y la configuración de la* polis

El culto a los héroes griegos ha sido objeto de atención desde hace considerable tiempo y a partir de descripciones transmitidas por las fuentes escritas ya había quedado claro que en buena parte los mismos solían tener lugar en torno a lo que eran o parecían ser las tumbas de sus titulares. La arqueología ha contribuido decididamente a un mejor conocimiento del aspecto de estos centros de devoción; así, un caso ampliamente difundido fue el del culto surgido en torno a una tumba doble, sin duda de personajes eminentes, puesto que contenía también restos de cuatro caballos sacrificados, de hacia mediados del siglo X, hallada en Lefkandi, Eubea, sobre la que se construyó inmediatamente después un gran túmulo y a cuyo alrededor se extendió una necrópolis; también había llamado ya la atención el hecho de que desde mediados del siglo VIII empezasen a aparecer en algunos lugares señales inequívocas del surgimiento de un culto en torno a antiguas tumbas, habitualmente de época micénica, (re-)descubiertas a la sazón (referencias en BURKERT: 1985). Esto implicaría una recuperación del pasado, bajo la

forma de un culto heroico, en cierto modo indiscriminada, si bien no cabe duda de que el anónimo difunto sería identificado con alguno de los personajes heroicos de la tradición local. Sin embargo, fueron las excavaciones en la puerta Oeste de la antigua ciudad de Eretria, en la isla de Eubea, allá por los años 60, las que reavivaron, sobre una perspectiva algo distinta, el tema de los cultos heroicos, ante todo desde el punto de vista de su incidencia en el proceso de configuración de la *polis*.

Brevemente, diré que, en el lugar en que a inicios del siglo VII se alzará la puerta Oeste de las murallas de Eretria, surge, en el período comprendido entre 720 y 680 a.C. una pequeña necrópolis, indudablemente de carácter «principesco». En ella se hallaron siete tumbas de incineración y nueve inhumaciones, de entre las que sobresalía la número 6. La misma presentaba, dentro de un bloque de toba convenientemente ahuecado, un caldero de bronce en el que se hallaban los restos carbonizados del difunto, así como una serie de pequeños objetos, todo ello envuelto en una tela. Dicho caldero se hallaba cubierto por otro, invertido. Alrededor, seis grandes piedras; entre ellas y los calderos, se hallaban las armas del allí enterrado, convenientemente dobladas con el fin de inutilizarlas: cuatro espadas, así como cinco puntas de lanza de hierro y una en bronce, cuya tipología la remonta al Heládico Tardío, es decir, al final de la época micénica. Entre los objetos depositados con los restos incinerados, hay un escaraboide de origen sirio-fenicio. El resto de las tumbas de incineración retoma, aunque con menos profusión de objetos, este mismo esquema; en alguna de ellas se observan, además, restos de animales sacrificados (caballos sobre todo). La cerámica está prácticamente ausente.

El ritual empleado no puede dejar de recordar el que utilizan en las ceremonias fúnebres los héroes homéricos y puede ser un claro ejemplo de aquello a lo que me refería en un apartado anterior, en el que abordaba la cuestión de la incidencia de la propia tradición homérica sobre los comportamientos de los individuos que son los destinatarios de dicha tradición. Parece probado que en Eretria (como, por lo general, en todo el ámbito euboico) la incineración se reserva a los individuos adultos, quedando las inhumaciones destinadas a los niños y a los jóvenes (*véase* 2.3.1).

Todo el conjunto se rodeó de un *peribolos* delimitado por mojones de madera. Hasta aquí tendríamos simplemente una necrópolis más o menos importante y rica, pero sin apenas ninguna característica extraordinaria más, puesto que tumbas de un tipo exactamente igual, aunque más ricas, aparecen en la colonia euboica de Cumas, como la número 104 del Fondo Artiaco, datable hacia el 720 a.C.. Sin embargo, las tumbas eretrias son objeto de un tratamiento posterior que no se detec-

ta en Cumas; en efecto, hacia el 680 a.C., en el mismo momento en que la construcción de la muralla marca la fijación definitiva de los límites de la ciudad, por encima de esas tumbas se construye un gran triángulo equilátero, de 9,20 m. de lado, realizado a base de losas de piedra. Este empedrado marca, definitivamente, el final de los enterramientos en la zona; además, la recién construida muralla engloba esta área, que queda justamente junto a la puerta. Es claro que lo que se pretende es destacar y monumentalizar este antiguo lugar de enterramiento. Ya desde ese momento el lugar ha recibido constantes ofrendas y sacrificios. Es evidente, por lo tanto, que allí ha surgido, inmediatamente después del cese de los enterramientos, un culto heroico (Figura 7).

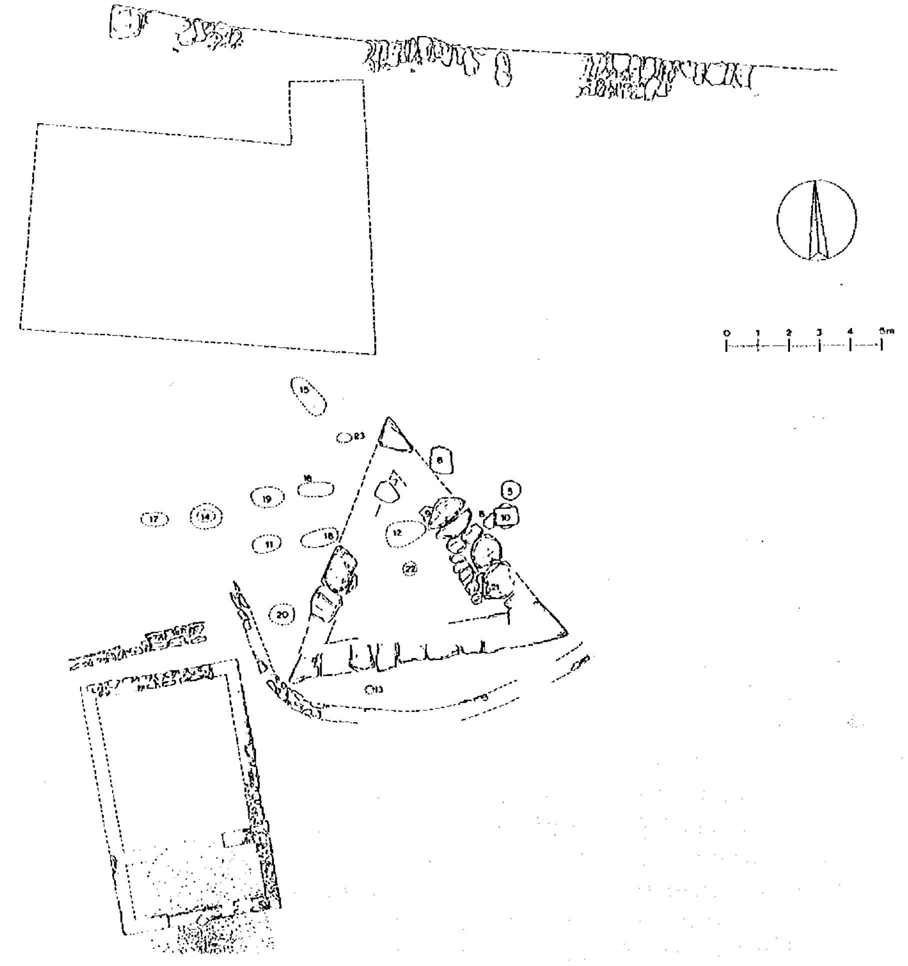


Figura 7. La necrópolis de la puerta Oeste, en Eretria.

El testimonio eretrio ha servido, pues, para replantear toda la cuestión de la relación de los cultos heroicos con el surgimiento de la *polis*. En opinión de C. Bérard (BERARD: 1970), la tumba número 6 sería la de un príncipe eretrio, tal vez un *basileus*; su desaparición implicaría un tránsito hacia una nueva forma de gobierno, seguramente de tipo aristocrático, según el proceso ya definido en un apartado anterior. Para ese autor el símbolo de ese tránsito lo hallaríamos en la punta de lanza micénica de dicha tumba 6, que él interpreta (aunque no es admitido unánimemente) como el cetro de ese príncipe, convertido así en «portador de cetro» *(skeptouchos)* como gusta de llamar Homero a sus *basileis*. Su muerte marcaría el final de una época y, por ello mismo, ese cetro, símbolo de un poder ya periclitado, sería enterrado con su último representante. En la *Iliada* hallamos, curiosamente, el proceso de transmisión del cetro de Agamenón, al que vemos pasar por varias manos durante algunas generaciones (*Iliada*, II, 100-108). Precisamente, y para servir como nexo de unión entre ese período, ya pasado, pero no olvidado y el presente, el *basileus* es convertido en *heros*; la permanencia de su culto legitima a la nueva *polis* eretria en el momento de su mismo nacimiento (*véase* 2.3.1).

El proceso, aunque sin la conversión en héroe de ninguno de ellos, lo tenemos atestiguado en Atenas, donde, posiblemente, a partir de la mitad del siglo VIII, la antigua familia real de los Medóntidas va perdiendo atribuciones en beneficio del conjunto de los Eupátridas mientras surgen paulatinamente magistraturas decenales, poco a poco sustraídas del control Medóntida hasta finalizar el proceso en la aparición de magistraturas anuales en manos, desde luego, de la nobleza ateniense. Significativamente, este último paso tiene lugar entre el 683 y el 682 a.C., más o menos en la misma época en que Eretria «heroiza» al último de sus «reyes». Es un signo de los tiempos; la vieja *basileia* homérica se está transformando en un gobierno de los *aristoi*; ellos heredan sus funciones y sus privilegios; en el mejor de los casos, erigen *heroa* en las tumbas de aquellos reyes y los mismos, si no siempre sí en muchas son ocasiones, son la «partida de nacimiento» de la *polis*.

La vinculación de héroes con procesos de formación de *poleis* ha sido, pues, un tema bastante tratado y desarrollado en los años recientes; ello ha permitido volver a considerar el papel de los *heroa* en las ciudades griegas, que, en una buena parte de casos suelen hallarse, precisamente, en torno al *agora*. Significativamente, sabemos, que en el proceso de configuración de las *poleis* coloniales, a los *oikistai* se les suele reservar como lugar para su entierro, precisamente, el *agora*; del mismo modo, se constata el carácter de *heroa* que sus tumbas adquirirán inmediatamente. En todo caso, la ubicación de tales *heroa* en torno a lugares públicos (el *agora*, la puerta de las murallas ...) es un

indicio más del carácter «central» que asumen; su presencia parece sancionar el carácter «político»de los lugares en los que aparecen: el lugar de reunión, el confín del *asty*, etc..

Al mismo tiempo y como muestran a la perfección las nuevas fundaciones coloniales, todas las demás tumbas van a quedar fuera del recinto urbano; del mismo modo, en las mejor conocidas de entre las ciudades de la Grecia propia (por ejemplo, Atenas), a lo largo de los últimos años del siglo VIII e iniciales del siglo VII, van siendo abandonados los lugares de enterramiento que existían dentro de lo que se está configurando como el centro urbano y las tumbas van siendo situadas más allá de la zona habitada. La zona donde surgirá en el siglo VII el ágora de Atenas va a dejar de ser utilizada con fines funerarios hacia el 700 a.C.; posiblemente hay que ver aquí el signo evidente de la adquisición de carácter «político»por parte de esta área: al dejar de ser una zona reservada al uso privado (y un cementerio del siglo VIII, por lo general, lo era al hallarse vinculado a alguna familia) quedaba abierto el camino para su conversión en un centro cívico y público.

Los cultos heroicos, por consiguiente, han sido otro de los polos en torno a los que los individuos que dan lugar a la *polis* se sitúan; el héroe es, por un lado, el garante simbólico de la continuidad entre las viejas realezas de los Siglos Obscuros y la nueva realidad política; por otro lado, yo veo en este culto una clara referencia al antiguo ideal del noble «homérico», que garantizaba, merced a su *arete*, la defensa de la comunidad. Desde su morada subterránea y gozando de las ofrendas que se le entregan, sigue garantizando esa misma protección que en vida había proporcionado gracias a su fuerza y a sus armas. Igualmente, las *phylai* o tribus, de origen pre-político y llamadas a partir nombres de héroes, aportarán a la *polis* también este componente religioso de gran importancia en su configuración.

3.2.2. Solidaridad aristocrática frente a integración política

Los *aristoi* son, en buena medida, los principales responsables de la creación del sistema de la *polis*; son ellos quienes, en primer lugar, han puesto «en el centro» su autoridad y, al tiempo, han sido los primeros beneficiarios de ese hecho. A ellos les ha correspondido el no desdeñable papel de verse obligados a renunciar a un poder con pocos límites en el ámbito de su familia, de su *oikos* y de su aldea, para someterse a las decisiones emanadas de un *basileus* que no siempre (como muestra el caso de Hesíodo) defiende adecuadamente los intereses más legítimos. Son, en definitiva, ellos quienes, en los momentos iniciales, han tenido más que perder y que ganar con la formación de la

polis. Sin embargo, y por el mismo hecho de que en sus orígenes la ciudad griega ha sido aristocrática, la misma ha tenido que enfrentarse, en diversas épocas, con el eventual factor disgregador que la propia «soberanía» de los *aristoi* ha podido representar. A algunos de estos aspectos me referiré en los siguientes apartados.

— *La institución del hospedaje como manifestación del espíritu de clase. El* symposion

Ha quedado ya claro que los *aristoi* se distinguen del resto de los individuos que constituyen la *polis*, ante todo, por su nivel de vida y por las relaciones que mantienen entre sí, aspectos íntimamente relacionados, como veremos a continuación. Los Poemas Homéricos están plagados de casos en los cuales cualquier individuo de noble cuna puede aspirar a ser recibido por sus iguales, en cualquier lugar en el que se halle, alojado, mantenido y despedido cubierto de regalos. A esta relación podemos llamarla «hospedaje», «hospitalidad» o *xenia*. Naturalmente, la relación es recíproca y el que un día fue huésped al otro puede ser anfitrión, bien de su antiguo huésped, bien de algún otro *aristos*. Ni qué decir tiene que quien debe estar preparado ante cualquier visita inesperada necesariamente debe poseer los recursos suficientes como para honrar convenientemente a su huésped. De la misma manera, quien más recursos posea, más y mejor podrá agasajar a sus invitados que, consiguientemente, podrán ser más numerosos. Puesto que la relación, como hemos visto, implica una eventual reciprocidad (transmisible, incluso, a los hijos), resulta que la *xenia* es un poderoso instrumento de solidaridad aristocrática que adquiere una proyección hacia el futuro en el momento en el que la misma se materializa en un pacto matrimonial; en este caso, la mujer actúa, además de garante del mismo, como el verdadero «regalo» o *doron* que se entrega. Por seguir en el ámbito épico, parece fuera de duda que los aqueos que están ante Troya han llegado allí por la convocatoria de Agamenón; todos sus jefes, en mayor o menor medida, se sentirían en la obligación moral de acudir a la llamada de aquél que:

> «se hacía notar entre todos los héroes, porque era el mejor y conducía las huestes más numerosas con mucho.» (*Ilíada*, II, 580-581; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

Del mismo modo, los acompañantes de los nobles, sus *hetairoi* o «compañeros», participan de la gloria de aquél a quien acompañan y se benefician de sus regalos; claramente, en este tipo de relaciones hay implicaciones tanto sociales como económicas y militares.

Por si sus implicaciones económicas no han quedado suficientemente claras, diré que el comercio-*prexis* al que aludía anteriormente presupone un *status* aristocrático entre sus practicantes (o, al menos, entre alguno de ellos) siendo el intercambio que se produce concebido, en cierto modo, como el resultado de tal relación de *xenia*; las cerámicas del Geométrico Medio ático, a las que aludía en un apartado anterior, halladas en muy diversos puntos parecen haber sido empleadas, igualmente, con esta función de regalo aristocrático, previo o simultáneo al establecimiento de un vínculo de carácter económico, amparado en la relación de *xenia* que une a ambos co-partícipes de la relación (*véase* 2.2.1 y 2.3.2).

Cuando esta solidaridad se manifiesta entre todos aquellos *aristoi* que van a quedar integrados en la *polis*, no hay excesivos problemas, por más que puedan existir tensiones lógicas entre ellos que el paso del tiempo, por lo demás, irá agudizando. Sin embargo, el propio carácter de la relación puede hacer peligrar el equilibrio intracomunitario cuando la *xenia* implica a miembros de comunidades diferentes. Es éste uno de los peligros que amenazan a la *polis* y a los que aludía anteriormente al referirme a las tendencias centrífugas; puede darse el caso (y, de hecho, se da) de que determinados *aristoi* se sientan más vinculados a los *aristoi* de otra ciudad que al *demos* de la suya propia; en ese caso, falla uno de los pilares básicos sobre los que se cimenta la *polis*, es decir, la idea de que todos los que configuran el cuerpo político son iguales *(isoi)* y semejantes *(homoioi)* en cuanto a su participación del poder político conjunto, que emana, precisamente, de todos ellos. En otras palabras, la *polis* se basa en una solidaridad intracomunitaria que vincula a todos aquellos que, como *politai*, forman el estado; la solidaridad aristocrática implica, por el contrario, la preeminencia de los vínculos personales (tipo *xenia*), incluyendo los extracomunitarios, entre los individuos cuyo nivel social y económico es igual, independientemente de la *polis* a que, por otro lado, se hallen vinculados.

Uno de los ejemplos más palpables de este tipo de relación nos lo proporciona el diálogo entre Glauco y Diomedes, cuando éste manifiesta a su oponente en el campo de batalla lo siguiente:

> «Con toda certeza eres mi huésped de padre, un antiguo huésped ... Por ello, ahora yo seré tu caro huésped en el centro de Argos y tú lo serás para mí en Licia, cuando llegue al territorio de éstos. Evitemos, pues, mutuamente las lanzas, incluso en el enfrentamiento en masa, que muchos troyanos e ilustres aliados tengo yo para matar ... Mas intercambiemos las armas para que también sepan aquí que estamos orgullosos de ser huéspedes de padres.» (*Iliada*, VI, 211-231; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

Este pasaje muestra, pues, tanto la hereditariedad del vínculo de *xenia*, cuanto la renuncia al combate que ambos acuerdan, aun cuando Diomedes no renuncia a seguir matando troyanos. No es necesario destacar lo peligrosas que pueden ser las consecuencias de unas actitudes de este tipo para una estructura como la *polis*: el *aristos*, en virtud de una relación personal se considera exonerado de la obligación de combatir contra alguno o algunos de aquéllos que su propia ciudad considera como enemigos. En la Mégara anterior al sinecismo, según nos informa Plutarco (*QG*., 17), incluso la captura de un individuo por parte de su enemigo durante el combate daba origen a un tipo específico de relación de hospedaje, la *dorixenia*, de carácter, igualmente, permanente. En su momento, aludiremos a algunos casos más en los que se materializan, ya en plena época histórica, algunos de esos comportamientos (*véase* 6.5; 9.1.2).

Si la *xenia* vincula al *aristos* con cualquiera de sus iguales, independientemente de su lugar de residencia, el *symposion*, por el contrario, reafirmaría la solidaridad aristocrática intracomunitaria. Recientemente O. Murray (MURRAY: 1983; MURRAY, en HÄGG, 1983) ha dedicado varios estudios significativos al tema del simposio y, si bien otorga al mismo un peso político algo desmesurado, no podemos olvidar que la reunión de nobles, con el fin de festejar, aparece por doquier a lo largo de toda la historia de Grecia; en algunas ciudades, incluso, esa costumbre de la comida en común *(syssitia)* afectará a buena parte del cuerpo cívico, a quienes se extenderán ciertos privilegios aristocráticos, como ocurrirá en Esparta. En gran medida, el simposio es una manifestación más de la *xenia* y de su inevitable secuela, la redistribución en este caso de productos alimenticios, si bien su principal ámbito es, precisamente, el de la *polis*; su finalidad es claramente competitiva («fiestas de mérito», como lo considera Murray) y lo que se consume es, sobre todo, el excedente de la producción agrícola. Ello no excluye, naturalmente, la celebración de *symposia* en homenaje a *xenoi* venidos de fuera, si bien los más habituales son los que reúnen a un conjunto más o menos habitual de comensales.

Su asiduidad permite, por un lado, establecer el carácter de reciprocidad, por otro, reafirmar la vinculación y la solidaridad de los simposiastas y, por fin, atraer a toda una serie de simposiastas, menos beneficiados económicamente, al círculo de *hetairoi* de aquéllos que exhiban mayor prodigalidad y regularidad. En el siglo VIII parece predominar su carácter de reunión de nobles guerreros, el cual se irá perdiendo con el paso del tiempo, cuando nuevos grupos accedan a la milicia y, o bien quedará como simple fiesta aristocrática, vinculada a veces con «grupos de presión» o «clubes» políticos, o bien, y en algu-

nos casos, como veíamos, se extenderá a un conjunto amplio de ciudadanos, conservando su originario carácter de reunión de guerreros:

— *La función política del aristócrata en el marco de la comunidad, manifestación de la integración política*

En líneas generales, podemos decir que la tensión expresada en el apartado anterior y referida a los *aristoi*, entre las solidaridades intra y extracomunitarias es resuelta, por lo general, en beneficio de las primeras, aunque no se excluya jamás la decisión, personal o colectiva, de los *aristoi*, por las segundas, en determinados momentos y circunstancias. La prueba del compromiso aristocrático con la *polis* viene dada, aparte del hecho, ya mencionado, de que a ellos corresponde, ante todo, la iniciativa de su constitución, por las funciones que en ella asumen y que, como hemos ido viendo, abarcan absolutamente todos los aspectos del gobierno, la administración y el ejército, por no hablar de los aspectos rituales y religiosos. Con el paso del tiempo, dependiendo de las *poleis*, irán perdiendo algunas de sus prerrogativas, bien porque pasarán al conjunto del *demos*, bien porque se restringirá el acceso a los cargos dirigentes a unos pocos (*oligoi*, de donde «oligarquía»). Pero, incluso, en ciudades que alcanzarán sistemas democráticos, como Atenas, *aristoi* seguirán siendo sus magistrados principales y el antiguo consejo nobiliario, el Areópago, retendrá competencias sobre delitos de homicidio.

Todo ello no está sino expresando el hecho de que el carácter aristocrático con el que nace la *polis* seguirá formando parte de la misma a lo largo de toda su historia, bien en sentido positivo (mantenimiento de ideales, etc.), bien en negativo (oposición a tal carácter). Será, precisamente, esta asunción y esta resistencia a los *aristoi* o a lo que representan, lo que caracterizará la vida política de las ciudades griegas a lo largo de todo el arcaísmo, siendo las soluciones adoptadas sumamente diferentes en cada caso, a las que tendremos ocasión de referirnos en próximos capítulos. Aquí lo único que me interesa destacar y ello me da pie para pasar al siguiente apartado, es que, como mostraba también en cierto modo el ya analizado proceso de «heroización» de personajes destacados, o la delimitación de espacios comunes, también los *aristoi* ceden algunas de sus características más genuinas durante el proceso de constitución de la *polis*, dentro de ese proceso más amplio de «objetivación» de las relaciones y, en definitiva, de creación del marco político. Me referiré a continuación, concretamente, a *agones* y *athla* (*véase* 5.7; 5.8).

— Agones *y* athla

Con motivo de los funerales de Patroclo, una vez sofocada la pira funeraria y recogidos los huesos de su amigo, Aquiles pone a disposición de los aqueos toda una serie de premios para los que resulten vencedores en una carrera de cuádrigas (*Ilíada*, XXIII, 262 ss.), a la que seguirán competiciones de pugilato, lucha, tiro con lanza y carreras (*Ilíada*, XXIII, 620 ss.). A esas pruebas se le añade un duelo, presumiblemente a muerte, entre dos guerreros armados con el equipo habitual de combate, el lanzamiento de pesos y el tiro con arco (*Ilíada*, XXIII, 799 ss.). En la cerámica geométrica griega (especialmente ática) no suelen ser frecuentes los motivos referidos a la realización de juegos funerarios, aun cuando algunos pueden ser susceptibles de tal interpretación (carreras de carros, danzas de hombres armados y de mujeres con ramas, etc.).

En la *Odisea*, y ya anticipando el futuro de este tipo de certamen, encontramos un claro ejemplo de competiciones «atléticas» sin ninguna connotación funeraria, sino más bien básicamente lúdica. En él parece claro el deseo de los feacios de mostrar a su huésped Ulises sus habilidades en tales lides:

> «Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio, satisfecho nos tiene ya el gusto la buena comida y la lira también, compañera del rico banquete; vamos fuera, por tanto, probemos en todos los juegos nuestras fuerzas y así pueda el huésped contar a los suyos, cuando vuelva a su hogar, la ventaja que a todos sacamos en luchar con el cuerpo y los puños y en salto y carrera.» (*Odisea*, VIII, 97-104; traducción de J.M. Pabón.)

En los versos siguientes asistimos a la mención de toda una serie de actividades atléticas, que el propio Ulises ejerce, igualmente sin carácter funerario (lanzamiento de pesos, tiro con arco, lanzamiento de jabalina) (*Odisea*, VIII, 186 ss.); como ya veíamos anteriormente, estas actividades son siempre aristocráticas y Ulises se ofende cuando su negativa inicial a participar en ese certamen se interpreta como debida a su carácter no aristocrático (*Odisea*, VIII, 159-164).

Tanto las competiciones que figuran en la *Ilíada*, como las que se citan en la *Odisea* reciben el nombre de *aethla*; hay, sin embargo, desde mi punto de vista, ya una modificación importante entre las competiciones recién mencionadas y que se refieren al carácter de las mismas: claramente sacral y funerario en el ejemplo tomado de la *Ilíada*, profano y lúdico en el de la Odisea. No quiero decir, sin embargo, que hayan desaparecido los *athla* funerarios; simplemente, que los *aristoi* van «secularizando» esas ceremonias con la finalidad de mostrar

su propia fuerza y destreza. En Hesíodo, sin embargo, hallamos referencias a *athla* vinculados claramente con un contexto funerario: las ceremonias en honor del *basileus* Anfidamante de Calcis:

> «Entonces hice yo la travesía hacia Calcis para asistir a los juegos *(aethla)* del belicoso Anfidamante; sus magnánimos hijos establecieron los numerosos premios anunciados. Y entonces te aseguro que obtuve la victoria con un himno y me llevé un trípode de asas; lo dediqué a las Musas del Helicón, donde me iniciaron en el melodioso canto.» (*Los Trabajos y los días*, 654-659; traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez.)

En el «Certamen» *(agon)* de Homero y Hesíodo, de composición bastante más tardía (siglo V a.C., con interpolaciones hasta el siglo II d.C.) se nos da algún detalle más acerca de estos «juegos funerarios»:

> «Por la misma época Ganíctor celebró el funeral de su padre el rey Anfidamante de Eubea y convocó a los juegos *(agona)* a todos los varones que sobresalían tanto en fuerza y rapidez como en sabiduría, recompensando con importantes premios.» (*Certamen*, 62-66; traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez.)

De tal manera vemos, a fines del siglo VIII, usos diferentes de estas certámenes aristocráticos, así como modalidades diversas, que no sólo incluyen las competiciones puramente atléticas, sino también la recitación de poemas y composiciones, posiblemente en honor del difunto. En todos los casos (empezando por los homéricos), estaba en juego un premio *(doron)* que acreditaba al vencedor como tal.

En la sociedad del siglo VIII el *aristos*, al tiempo que se responsabiliza en buena medida de la defensa de la comunidad, tiene necesidad de exhibir sus habilidades físicas en competiciones realizadas *ex profeso*. El proceso de integración de la nobleza en la falange hoplítica, al que he hecho una breve referencia con anterioridad, va a ir haciendo menos palpable la función defensiva del noble, al lucharse en formación cerrada. Este proceso va a determinar, indudablemente, el auge de la actividad atlética, bien con carácter «privado», como muestra el pasaje de la *Odisea*, VIII, 97-104, acotado anteriormente, bien con una proyección pública, como mostraba el ejemplo de Hesíodo. No es, en todo caso, extraño, hallar en Calcis las claras reminiscencias homéricas que poseen los *athla* en honor de Anfidamante si consideramos que, a pocos kilómetros de allí y más o menos en los mismos momentos, en la puerta Oeste de Eretria y tal y como nos muestra la arqueología, se estaba enterrando a un personaje, lamentablemente anónimo, de una forma seguramente muy similar a como lo estaba siendo el propio

Anfidamante. No me atrevería a afirmar que Eubea representa una excepción en el panorama helénico, pero, en todo caso, los certámenes atléticos van a ir dejando de tener connotación funeraria para ir quedando relegados al ámbito de lo privado, por una parte, y para acabar sufriendo una transformación de importancia trascendental: su inclusión en festivales en honor de divinidades (*véase* 2.3.2).

Según la tradición, los juegos que se celebraban en Olimpia, en honor de Zeus, fueron establecidos en el 776 a.C.; del mismo modo, otros juegos más o menos similares fueron creados a lo largo del siglo VI a.C.: los Píticos (586/5), Istmicos (581/80) y Nemeos (573/2). En todos los casos, la vinculación con un dios es clara y su carácter panhelénico también queda fuera de duda, aun cuando en el ejemplo más antiguo, el de Olimpia, parece observarse cómo de ser un santuario local ya desde aproximadamente el año 1000 a.C., a lo largo del siglo VIII va recibiendo visitantes de regiones más o menos alejadas de la Elide como Mesenia y Acaya, no iniciándose una apertura a ámbitos más remotos hasta el siglo VII.

El programa de estos juegos no difería demasiado de las habilidades atléticas que los textos de Homero y Hesíodo nos han ido mostrando y, sin embargo, hay una diferencia fundamental, que ya podía observarse en los *athla* de Anfidamante: van unidos en todos esos casos a una esfera claramente política. En efecto, los juegos que celebran los héroes de la Ilíada satisfacen los deseos y aspiraciones de un grupo restringido que, con su acto, honra la memoria del difunto; el hecho, sin embargo, no trasciende más allá y la esfera política parece ausente. Los juegos a los que asiste Hesíodo tienen ya una proyección política: se trata de honrar, por la mayor parte de participantes, a un gobernante en el momento de su entierro; es la *polis* calcídica quien se beneficia de ese certamen. Un paso ulterior significa la institución de juegos «panhelénicos», centrados no ya en ciudades, sino en torno a santuarios frecuentados por griegos de diversas procedencias. Ahora ya no se trata de honrar a ningún ciudadano ilustre desaparecido, sino que el combate de los *aristoi* se objetiva: su esfuerzo es dedicado a la divinidad. Pero, de otro lado, la victoria de un contendiente es asumida, no sólo por el grupo social al que pertenece, sino por la *polis* de la que en ese momento es representante.

Ha habido, ciertamente, un proceso de «transferencia»: el *aristos* que a lo largo de los Siglos Obscuros ha garantizado la defensa de la comunidad, queda subsumido en la nueva formación hoplítica. Pero, al tiempo, el horizonte restringido de la aldea de aquel período se ha ampliado notablemente, hasta el punto de abarcar, progresivamente, a toda la Hélade. Ahora el *aristos*, integrado y vinculado a la *polis* va a defenderla, siquiera simbólicamente, en una competición atlética, en la

que va a seguir contando su habilidad y su destreza. Esa victoria de la *polis*, sin embargo, se halla vigilada por la divinidad en cuyo honor se celebran los juegos; el triunfo, por consiguiente, es controlado y racionalizado. El noble expresa su *arete* mediante la victoria, nuevamente individual; pero es la ciudad en su conjunto la que se beneficia de ella. El prestigio de la *polis* va parejo al prestigio de sus vencedores en los juegos de mayor renombre; los «Olimpiónicos» o vencedores en los Juegos Olímpicos, por ejemplo, servirán de orgullo para sus ciudades respectivas a las cuales, a su vez, dedicarán su triunfo. Ni que decir tiene que ese triunfo se traducirá en un incremento del prestigio exterior de la *polis* y, al tiempo, en la gloria del vencedor y el aumento de la influencia política del grupo aristocrático.

El *aristos* se halla, por fin, plenamente integrado en la *polis*; al fin triunfan las tendencias centrípetas frente a las centrífugas, sin perjuicio de que perviva una cierta «solidaridad aristocrática» durante el arcaísmo y aún después. Por otro lado, los vencedores en competiciones acreditadas recibirán, además del apoyo de su ciudad, importantes contrapartidas materiales y su opinión y consejo serán apreciados. El noble, nuevamente, mediante el ejercicio de esta actividad agonal, justifica también el ascendiente social que la clase a la que pertenece posee. El paso del tiempo hará del «atleta» más un individuo profesional, no necesariamente aristocrático. En los primeros siglos, sin embargo y, sobre todo, en el VIII y en el VII, ambas facetas se hallan íntimamente unidas.

3.3. Factores económicos coadyuvantes

En el origen de la *polis* no podemos perder de vista dos aspectos, sobre los que trataré a continuación: uno del que ya he esbozado algo, el despegue económico; otro, al que me referiré más adelante, la incidencia de la colonización, especialmente en su vertiente económica.

3.3.1. El despegue económico y el incremento demográfico

Como ya veíamos anteriormente, a lo largo del siglo VIII se atestiguaba una serie de indicios que eran señal clara del resurgimiento económico del mundo griego y que se centraban, ante todo, en la recuperación de la intercomunicación entre las distintas regiones griegas, así como en el inicio de las navegaciones hacia Levante y hacia Occidente. Naturalmente eso demuestra que las sociedades helénicas, que están experimentando el proceso de constitución de la *polis*, gene-

ran unos excedentes (unos *outputs*, si queremos expresarlo en términos económicos) que son dirigidos, por un lado hacia la producción de objetos manufacturados y, por otro, hacia la adquisición de materias primas, susceptibles de transformación y de productos exóticos ya elaborados. Ni qué decir tiene que la concentración de recursos en los centros urbanos y el drenaje, en beneficio de los mismos, de la producción agrícola del territorio, favoreció esta concentración de riqueza y contribuyó al despegue económico (*véase* 2.2).

El despegue económico puede atestiguarse, en otro sentido, por el importante incremento que sufre la población, si bien este fenómeno no puede estudiarse en todos los lugares conocidos por falta de datos. El ejemplo mejor conocido es, con mucho, Atenas, cuya evolución resulta altamente significativa. En efecto, los estudios llevados a cabo por Snodgrass (SNODGRASS: 1977; 1980) sobre las tumbas áticas del período comprendido entre el año 1000 y el 700 a.C. muestran un número más o menos similar de tumbas por generación hasta el inicio del Geométrico Medio II, que se sitúan en torno a las 26 ó 28. Esta tendencia se modifica, precisamente, a partir de este período del Geométrico Medio (*ca.* 800-760) en que el número de enterramientos por generación asciende a unos 35. Es, sin embargo, a partir del Geométrico Reciente (*ca.* 760-700 a.C.) cuando se produce un aumento sorprendente, alcanzando el número de tumbas por generación la cifra de 204, siendo más numerosas durante el Geométrico Reciente II que durante el I. Los datos de Snodgrass parecen estar bastante bien comprobados y por las precauciones que toma son dignos de crédito. Es, por consiguiente, necesario dar cuenta de este innegable incremento de población; en Argos, aunque peor conocida, parece haber tenido lugar un proceso similar y hay cada vez más indicios de que lo mismo ha ocurrido en muchos otros lugares.

Seguramente, una causa importante parece haber sido la llegada de individuos procedentes del territorio que se instalan en lo que se está configurando como el centro urbano de la *polis* ateniense; sin embargo, y como el propio Snodgrass apunta, ese incremento tan importante de la población puede haberse debido, igualmente, a la introducción de nuevas técnicas agrícolas, en un territorio cuyos niveles de despoblación eran sumamente elevados con anterioridad. Ese incremento de población en un solo centro habitado implica, además de una diversificación de funciones y una división del trabajo, la producción de excedentes con que alimentar a esos individuos que viven en la ciudad. En efecto, como sabemos por otras *poleis* y por otros momentos, parte de los que viven en la ciudad se dedican, personalmente, al cultivo del campo pero, igualmente, a ella acuden los desheredados o los grandes propietarios que empiezan a convertirse en absentistas.

En un reciente libro, Morris (MORRIS: 1987) ha propuesto interpretar los datos de Snodgrass en el sentido de que no ha existido seguramente tanto un incremento demográfico real, cuanto, sobre todo, la concesión del «derecho de enterramiento formal» a los miembros no aristocráticos de la comunidad lo que ha producido ese «espejismo» del incremento de población. Sea como fuere, de ser cierta la interpretación de Morris, lo que se pierde en el aspecto del despegue económico se gana en el de la integración política de los distintos grupos que configuran la *polis* y así ha acabado por verlo Snodgrass (SNODGRASS, en City and Country in the Ancient World, 1991). De cualquier modo, incluso, el reconocimiento de estos «derechos funerarios» a los grupos no aristocráticos puede venir dado, además de por su creciente intervención en el ejército, por su peso en la actividad económica durante la segunda mitad del siglo VIII. Del mismo modo, es necesario reconocer la existencia de un incremento de población (o de una «disponibilidad», lo que no es exactamente lo mismo) que permita explicar el auge de la colonización a partir, precisamente, de la mitad del siglo VIII a.C.

3.3.2. La incidencia de la colonización

Sin perjuicio de lo que se diga en el apartado correspondiente, sí se puede afirmar que el fenómeno conocido con el término de «colonización» posee una incidencia fundamental en el proceso de constitución de la *polis*; al dar salida a un excedente de población que ha ido acumulándose en las ciudades griegas, alivia la tensión social existente. Pero, al mismo tiempo, la extensión del radio de acción del mundo griego, determinada por el auge del proceso colonizador, va a favorecer el surgimiento de un nuevo ámbito, de tipo mediterráneo, en el que se va a desenvolver a partir de ahora la cultura helénica. En el aspecto puramente económico, el incremento de las actividades comerciales va a ser el factor más destacado; unas actividades que abarcarán varias facetas: relaciones entre las nuevas fundaciones y las poblaciones indígenas circundantes, relaciones entre las colonias y sus metrópolis, en las cuales aquéllas aportarán toda una serie de productos que escasean o son desconocidos en éstas, al tiempo que, como contrapartida, hallarán fácil salida los excedentes agrarios y artesanales que tales metrópolis producen. Igualmente, y más allá del restringido ámbito de las relaciones metrópolis-colonia, cada ciudad (colonial o no) buscará sus propios mercados, tanto desde el punto de vista de las importaciones cuanto desde el de las exportaciones, lo cual favorecerá el tránsito de

objetos y de ideas a lo largo y ancho de todo el mundo griego, de toda la Hélade.

Este auge económico que se detecta como consecuencia de la colonización, al contribuir a la superación definitiva del aislamiento existente durante los Siglos Obscuros, no podrá dejar de afectar al proceso de concentración de recursos y personas que supone la *polis*; del mismo modo, y como he apuntado, también circulan las ideas y los experimentos políticos que surgen en algún lugar del cada vez más amplio mundo griego, tienden a repercutir rápidamente en otros, determinándose, igualmente, unos netos avances, además de en el campo económico, también en el político, social, ideológico, etc.

3.4. La ideología de la *polis* naciente

Como es sabido, entrar en cuestiones ideológicas es siempre arriesgado y es, por ello, muy difícil abordar este punto de la ideología de la *polis* naciente. Como he ido mostrando en los apartados anteriores, parece claro que la *polis* (al menos su estructura política, que no es poco) surge del deseo, voluntad, necesidad, etc. de un grupo de aristócratas que «ponen en el centro» sus respectivas parcelas de poder, limitado a unas pocas tierras e individuos; esta «suma» de parcelas da lugar a una unificación de territorio y población, expresada en la creación de un centro urbano, bien a partir de la nada, bien, generalmente, sobre algún lugar preeminente por una serie de razones (restos micénicos, existencia de algún santuario, lugar residencia del más poderoso o prestigioso de entre los *aristoi*, etc.). Dentro de ese centro urbano, el templo políada y el *agora* serán centros importantes, que expresan una relación de igualdad entre quienes han participado de ese proceso.

Esa unificación política, deseada por los nobles, traerá como consecuencia inevitable la integración política de todos los grupos no aristocráticos que, previamente dispersos y sometidos a la autoridad personal del *aristos* correspondiente, van a comprobar ahora que su unión es su fuerza. La intervención, cada vez más intensa, en la forma de combate hoplítica, de estos elementos no aristocráticos, del *demos*, favorecerá la aparición de nuevos ideales que, si bien contrapuestos a los de los *aristoi*, contribuirán también a la definición de la *polis*. Aunque será necesario un período de luchas políticas, avivadas por las desigualdades económicas y, por ende, sociales y jurídicas, que marcarán la historia de la *polis* en los siglos sucesivos, la dialéctica entre los dos ideales ya definidos se convertirá en el trasfondo del enfrentamiento primero latente y luego declarado. Naturalmente, cada una de las *poleis* solucionará este conflicto de forma distinta y es ello lo que explica-

rá la diversidad de formas políticas que tenemos atestiguadas o, al menos, las peculiaridades de cada ciudad griega.

3.4.1. La ideología aristocrática

De la ideología aristocrática apenas tenemos mucho más que añadir a lo ya visto anteriormente. Los *aristoi*, que en el inicio del proceso que estamos describiendo, tenían en sus manos el control político del estado, de cuya creación son responsables, junto con el control económico y militar, van a ir sufriendo un proceso de transformación a lo largo del siglo VIII. Si bien conservarán el poder político y, por ser propietarios de tierras, el económico, no van a seguir poseyendo el monopolio de la actividad militar, pues irán perdiendo su privilegiada posición en el combate «homérico» al integrarse en la formación hoplítica. Sin embargo, sus aspiraciones en el terreno político, que irán perdiendo sólo tras graves conflictos internos en la mayor parte de los casos, van a ser sustentadas por el desarrollo de unas formas de vida peculiares, apoyadas por una ideología de tipo exclusivista, que tratarán de paliar las consecuencias de este proceso. El desarrollo del atletismo, la práctica del simposio, la ocasionalmente rigurosísima endogamia, la organización de «clubes» serán medios merced a los cuales la aristocracia tratará de superar el proceso. No nos engañemos, sin embargo, acerca del verdadero papel de los *aristoi*, puesto que no podemos olvidar que los círculos dirigentes de las *poleis* griegas fueron siempre de origen aristocrático, incluso en el caso de las ciudades democráticas y que ellos siguieron poseyendo la mayor parte de las tierras. Además, las solidaridades aristocráticas seguirán plenamente vigentes y ocasiones como los *agones* panhelénicos o como pactos y alianzas, a veces sellados mediante matrimonios, una forma más de afirmar la *xenia*, contribuirán a mantenerlas. Sus propias disensiones internas repercutirán, y mucho, en la marcha de la *polis* (*véase* 2.3.1 y 3.2.2).

Durante el siglo VIII los *aristoi* exhibirán sus rasgos diferenciadores, además de en su forma de vida, distinta de la que llevan a cabo otros elementos sociales y en los aspectos ya mencionados, en sus rituales funerarios. Tumbas como las ya comentadas de Eretria, las tumbas atenienses cuyos *semata* o estelas funerarias son las bellas ánforas y cráteras del Maestro del Dipilón, las tumbas de la necrópolis del Fondo Artiaco, en Cumas de Opicia o las muy parecidas de Leontinos y Siracusa, son ejemplos patentes del nivel económico alcanzado y de la manifestación simbólica, en el momento del enterramiento, de esa equiparación con los héroes homéricos que real o simbólicamente se pretende. Y es, ciertamente, la recurrencia a esos ideales homéricos uno de los

rasgos ideológicos más claros del mundo aristocrático del siglo VIII, que perdurará además largo tiempo; por ello mismo, no será casual que según vaya avanzando, con el paso del tiempo, la institucionalización de la *polis*, la misma tienda a restringir, mediante leyes suntuarias, esos dispendios privados en el ámbito funerario, signos de formas de vida pre-políticas que no encajarán en los ideales que la *polis* está contribuyendo a desarrollar.

3.4.2. La ideología hoplítica

A estos ideales aristocráticos que invadirán prácticamente todos los aspectos de la vida griega, podríamos decir que se oponen los que hemos llamado ideales hoplíticos. Con esta precisión (lo hoplítico), quiero dar a entender que, en mi opinión, en el siglo VIII no surge una verdadera ideología que tenga como protagonista al *demos*; eso será un desarrollo ulterior que algunas ciudades alcanzarán, pero seguramente no todas. Por ideología hoplítica entiendo la representación que aquéllos que integran la falange hoplítica se hacen de su situación en el seno de la *polis* y cómo intentan que la misma dé cabida a sus aspiraciones políticas. Se ha hablado en muchas ocasiones de un presunto «estado hoplítico» y, en mi opinión, se ha abusado mucho del término. Como veíamos anteriormente, ya en los Poemas Homéricos se atestigua el empleo de la táctica hoplítica (o, al menos, proto-hoplítica), si bien se dan pocos detalles al respecto. No cometo, pues, anacronismo alguno al plantear una supuesta ideología hoplítica ya para los últimos momentos del siglo VIII; por otro lado, creo que es más preciso este enunciado que uno referido al campesinado en general (*véase* 2.3.2).

Morris (MORRIS: 1987), en su reciente libro, llega a afirmar que los combates en formación cerrada fueron la forma de lucha normal y que la impresión habitual de que lo que se practicaban eran duelos deriva de los propios recursos expresivos del poeta que, por así decirlo, «descompone» el combate general en una serie de duelos representativos. Sin embargo, esta opinión parece contradecir el énfasis que la literatura lírica posterior pone en el combate de tipo hoplítico, donde son las formaciones las que se enfrentan, sin que el poeta lírico, que se expresa habitualmente en un lenguaje muy parecido, haya sentido esa necesidad que Morris atribuye al poeta homérico. Por otro lado, leyendo a autores griegos posteriores, algunos de ellos con una buena preparación filológica, observamos cómo ellos destacan también la importancia del duelo o combate individual (*monomachia*) (p. ej., Estrabón, X, 1, 13).

Por otro lado, los estudios realizados sobre el armamento griego,

así como sus representaciones gráficas en pinturas sobre cerámica, parecen mostrar cómo lo que llegará a ser el equipo habitual del combatiente hoplítico a saber, casco, grebas, pica, coraza y, sobre todo, el escudo u *hoplon* con el innovador sistema de abrazadera *(porpax)* y agarrador *(antilabe),* ha ido surgiendo, paulatinamente a lo largo del siglo VIII para no hallar su pleno desarrollo sino en el siglo VII. Los Poemas Homéricos muestran, ciertamente, ya combates de tipo hoplítico, pero sin que aún se hayan extinguido los ecos del combate individual entre guerreros aristocráticos. El ejemplo de la guerra Lelantina, al que aludiré más adelante, parece mostrar, precisamente, cómo dos concepciones diferentes de la guerra se hallan enfrentadas en el mismo momento. Esta situación de tránsito es la que, en cierta medida, reflejarían los Poemas Homéricos.

De lo anterior parece desprenderse, por consiguiente, que el surgimiento de la táctica hoplítica es consecuencia de un proceso que ha empezado a gestarse en el siglo VIII, mediante el cual se va a ampliar la base militar de la *polis*. Las ya mencionadas innovaciones en el campo del armamento pueden preceder ocasionalmente a la función a la que van a servir pero parece más razonable pensar que es el surgimiento de nuevas necesidades bélicas lo que va a llevar a esos cambios. Incidentalmente, diré que en mi opinión la situación a la que tienen que enfrentarse aquellos individuos que forman parte de las expediciones coloniales griegas ha podido influir decisivamente en la expansión de esta nueva táctica. En efecto, las guerras que habían tenido lugar antes de ese movimiento colonizador tenían como protagonistas a una serie de nobles de aldeas o de territorios distintos, que combatían según una serie de normas de obligado cumplimiento. La situación en ambientes coloniales debe de haber sido netamente distinta, por cuanto las poblaciones no griegas tenían sus propios hábitos de combate y, sobre todo, porque a diferencia de lo que suponía una guerra en el ámbito griego (limitada, habitualmente, a disputas por zonas de cultivo o pasto) en el ámbito colonial una derrota podía implicar la pérdida definitiva de la oportunidad para establecerse. En estas condiciones, se imponía un esfuerzo conjunto de todos los miembros de la expedición, sin distinción de *status*, en el esfuerzo común. Del mismo modo, si los nobles de la Grecia propia combatían a caballo (lo cual tampoco es totalmente seguro), las expediciones coloniales, que sepamos, no iban provistas de tal animal, lo que obligaba a un tipo de combate en el que la infantería tendría el mayor peso.

Dado este primer paso, el sistema se extendería poco a poco por todo el mundo griego, por obvias razones, a las que aludiré a propósito de la guerra Lelantina. Paulatinamente, el sistema de la falange, iría surgiendo como el procedimiento más eficaz para aprovechar el es-

fuerzo físico del soldado de infantería pesada. Esta interpretación «funcional» no debe ocultar, empero, un hecho fácilmente apreciable, cual es la disponibilidad de individuos susceptibles de costearse su armamento y de intervenir en el combate; pero esto tampoco explica por qué se produce la aparición de un ejército hoplítico. En mi opinión es la necesidad de disponer de una fuerza mayor frente al eventual contrincante la que lleva a echar mano de esos individuos capaces de armarse por su cuenta y que habían permanecido infrautilizados. Que ese fenómeno se haya producido antes en ámbitos coloniales o metropolitanos, no sabría decirlo; que, no obstante, el ejemplo colonial haya acelerado un proceso tal vez ya en marcha en la Grecia propia creo que tampoco puede dejar de tenerse en cuenta.

Sea como fuere, la verdadera expansión del sistema no tendrá lugar hasta el siglo VII a.C.; sin embargo, en el siglo VIII, sobre todo en sus momentos finales, ya empezamos a atisbar algún rasgo de la nueva ideología que el nuevo sistema lleva implícita. Ello lo encontramos, claramente, en el discurso de Tersites (*Ilíada*, II, 225-242) y en las referencias a la *dike* de Hesíodo. Ciertamente, yo no me atrevería a afirmar sin más que el papel de Tersites en la *Ilíada* sea el del hoplita pero sí es, en todo caso, un «hombre del pueblo», por usar la expresión homérica, como se observa por el hecho de que es golpeado por Ulises, del mismo modo que golpea a esos «hombres del pueblo» durante la desbandada del ejército aqueo (*Ilíada*, II, 198-206). Y puesto que Tersites parece tener participación en los asuntos militares, hemos de concluir que, tal vez, tenemos en su breve parlamento la primera reclamación explícita de aquéllos que, sin ser *aristoi*, luchan a su lado. Destaco, solamente, la siguiente frase:

> «... volvamos decididamente a casa con las naves y dejémosle a él que digiera sus derechos en la tierra de Troya, para que vea si vale algo o no la ayuda que nosotros le prestamos.» (*Ilíada*, II, 236-238; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

Por lo que respecta a las referencias de Hesíodo a la *dike* y sus quejas del mal gobierno y la amenaza que pende sobre quienes actúan de tal modo, remito a lo que en su momento he dicho (*véase* 2.2.3).

De esta manera, si bien no se puede hablar en propiedad aún para el siglo VIII de «ideología hoplítica», sí podemos observar cómo existe ya un descontento latente entre aquellas personas, integradas en la *polis* aristocrática, a quienes se les exige cada vez un esfuerzo mayor y que no encuentran adecuadas contrapartidas ni en lo social, ni en lo económico, ni en lo político. Están ya sentadas las bases de lo que caracterizará en buena medida al siglo VII griego: la *stasis*, la discordia

civil, que llevará al establecimiento de nuevas relaciones sociales por el trámite del conflicto, muchas veces cruento, entre opciones enfrentadas. Antes de abordar esas cuestiones, sin embargo, tendré que hablar de la colonización griega, pero previamente me referiré, a modo de excurso, a la cuestión de la guerra Lelantina lo que me permitirá seguir abundando en la «cuestión hoplítica».

— *La guerra Lelantina*

En páginas anteriores he esbozado el proceso de expansión del sistema de combate hoplítico y en las mismas proponía como motor importante, pero seguramente no único, el proceso de colonización. El caso de la guerra Lelantina permite comprobar de qué manera ha podido irse extendiendo este sistema desde los lugares originarios (donde quiera que hayan estado éstos) a las restantes *poleis*. De este conflicto, que enfrentó a Calcis y Eretria por la posesión de la llanura del Lelanto, que se hallaba entre los territorios de ambas, no nos interesa aquí la política de alianzas que, en palabras de Tucídides (I, 15), afectó a buena parte del mundo griego, sino más bien el pacto que se concluyó entre ambos contendientes sobre el modo de llevar a cabo el combate. Las principales informaciones de que disponemos, que parecen remontar a la misma fuente, son las siguientes:

> «Tanto es así que convinieron en usar, en las peleas de unos contra otros, ni armas secretas ni arrojadizas a distancia; consideraban que únicamente la lucha cuerpo a cuerpo, en formación cerrada, podía dirimir verdaderamente las diferencias.» (Polibio, XIII, 3, 4; traducción de M. Balasch.)
>
> «En efecto, estas ciudades casi siempre mantuvieron entre sí puntos de vista semejantes, y no cesaron por completo ni tan siquiera cuando se enfrentaron a causa de (la llanura del) Lelanto, lo que hubiera producido que cada uno hubiese actuado en la guerra a su antojo, sino que, por el contrario, se preocuparon de fijar entre ellos las reglas del combate. Es prueba de ello cierta estela que está en el (santuario) Amarintio, en la que se indica que no se podían emplear armas arrojadizas.» (Estrabón, X, 1, 12; traducción del autor.)

El pacto surge de la existencia de dos concepciones tácticas diferentes: por un lado, la tradicional y aristocrática, empleada por Calcis y, por otro lado, una forma aproximada a la hoplítica, usada por Eretria. La incompatibilidad entre ambos sistemas lleva al establecimiento de normas que permitan el combate; eventualmente, Calcis acaba por adoptar, como muestran los términos del tratado, el sistema hoplítico. Se prohibiría, en opinión de Fernández Nieto (FERNANDEZ NIETO:

1975), el uso de armas arrojadizas (dardos, lanzas) y de instrumentos para lanzar otras (arcos, hondas); estaba permitido el uso de caballería como fuerza de ataque y para traslado de tropas y equipo en carros, así como el empleo de espada y pica en lucha cuerpo a cuerpo. La época del conflicto ha suscitado, igualmente, numerosas controversias; es posible, como se ha sugerido (Plutarco, *Sept. Sap. Conv.*, 10), que el *basileus* Anfidamante de Calcis muriese durante el conflicto; igualmente, el «príncipe» enterrado en la necrópolis de la puerta Oeste de Eretria puede haber sido participante y quizá víctima del enfrentamiento. Todo ello y otros argumentos, situarían la Guerra Lelantina entre el final del siglo VIII y el primer cuarto del siglo VII.

No es extraño ver a una ciudad euboica, Eretria, entre las precursoras de este nuevo sistema de lucha: no olvidemos que los euboicos habían estado implicados, de modo muy importante, durante al menos los cincuenta años previos al conflicto, en el proceso colonizador. Ello corroboraría la impresión manifestada anteriormente según la cual las peculiares condiciones del mundo colonial pueden haber favorecido la adopción, incluso en la Grecia propia, del nuevo sistema. Pero, al mismo tiempo, el ejemplo de la guerra Lelantina muestra cómo el sistema hoplítico va siendo aceptado, en la mayor parte de los casos, como necesidad ineludible en el mismo momento en que otras *poleis* ya lo han adoptado. Sería un claro ejemplo de «difusión» de una nueva táctica bélica; el que Eretria disponga de un ejército (pre-)hoplítico y su vecina Calcis, tanto o más involucrada en el proceso colonizador, no lo tenga, sería la prueba de ello. La aristocracia calcídica se resistiría a introducir en el cuerpo combatiente a aquellos ciudadanos capacitados para el mismo, mientras que en Eretria, aunque ciertamente no sabemos muy bien por qué, sus *aristoi* habrían empezado a combatir junto con «hombres del *demos*». Para mantener su capacidad ofensiva, Calcis se ve obligada a incorporar la nueva táctica o, al menos, algunos de sus elementos más característicos. El tránsito al ejército hoplítico es, desde ese momento, inevitable. Es, pues, la fuerza de las circunstancias la que en muchos casos determina el paso al sistema hoplítico, sin que de ahí se deriven las pertinentes contrapartidas. Como adelantábamos anteriormente, la reacción del grupo de los hoplitas no se hará esperar. Nosotros, por nuestra parte, sí aguardaremos antes de acometer dicho tema, puesto que ahora es llegado el momento de abordar la cuestión de la colonización griega (*véase* 5.3).

4. La colonización griega

Quizá convenga recalcar, antes de entrar propiamente en materia, algo que no por repetido deja de ser importante. Ello es que tanto el concepto de «colonización» como el de «colonia» tienen en nuestra lengua unas connotaciones determinadas que no son las que caracterizan el fenómeno que, con esos términos, pretendemos analizar, referido al mundo griego. Lo que nosotros llamamos, impropiamente, «colonia», en griego se decía *apoikia*, término que implica una idea de emigración, más literalmente, de establecer un hogar *(oikos)* en otro lugar, distante del originario. Por consiguiente, si bien en las páginas siguientes utilizaré, indistintamente, ambos términos, quede aclarado desde ahora mismo que cuando emplee la palabra «colonia», debe entenderse que me estoy refiriendo a una «colonia griega», es decir, a una *apoikia*.

Aclarado este aspecto terminológico, diré que a lo largo de este capítulo pretendo esbozar, ante todo, los mecanismos y procedimientos de que se sirven los griegos para establecer nuevas *poleis* en diversas regiones mediterráneas, al tiempo que trataré, igualmente, de insertar, dentro del contexto de la formación de la *polis* griega, este proceso, bien entendido que el panorama que aquí presentaré de forma más o menos monográfica, circunstancialmente tendrá que realizar ocasionales saltos cronológicos que, en algunos casos, nos llevarán incluso hasta el siglo VI a.C.; ni qué decir tiene que en los capítulos que dedique a estudiar los restantes siglos que configuran el arcaismo trataré de inte-

grar, igualmente, los ámbitos coloniales ya existentes o en trance de constitución.

4.1. La colonización, en función de, y al servicio de la constitución de la *polis* griega

El título de este apartado responde a una premisa fundamental que a veces queda, lamentablemente, oculta debido a las necesidades formales del tratamiento de los hechos históricos, a saber, la presentación analítica, que obliga a desmenuzar y a tratar por separado diferentes aspectos referidos a un mismo momento y a un mismo y amplio proceso. Por eso mismo se olvida frecuentemente que el proceso de conformación de la *polis* griega y el inicio de la colonización (que llevará a la inmediata formación, igualmente, de *poleis*) no son sólo procesos sincrónicos sino, además, íntimamente relacionados. Así pues, si en los capítulos previos se han analizado los aspectos generales del mundo griego en el siglo VIII, se deberá ahora, al estudiar la colonización, integrar los datos que se obtengan en ese esquema general, a fin de comprender lo que a partir de ahora se diga pero, igualmente, para que lo ya expuesto adquiera pleno significado.

Es un hecho ampliamente reconocido que la emigración, más o menos masiva, de individuos procedentes del ámbito griego hacia diferentes lugares mediterráneos es una consecuencia clarísima de lo que está ocurriendo en Grecia en ese momento; la reunión de los *aristoi* en torno a centros urbanos y santuarios determina un notable incremento de su poder conjunto. Ello se traduce en una presión mayor sobre aquellas personas que, en muchos casos independientemente de sus orígenes, poseen parcelas de tierra cada vez más pequeñas que apenas pueden cultivar con sus propios medios. Ya se ha visto anteriormente cómo la tierra que posee el hermano de Hesíodo, Perses, le obliga a éste, por más que su situación sea relativamente acomodada, a desarrollar todo tipo de actividades, no con la finalidad de enriquecerse sino, por el contrario, de librarse de las deudas. Aquellos cuya situación no era, ni con mucho, tan relativamente buena como la de Perses, debieron de sufrir grandemente una vez que las relaciones directas entre pequeños y grandes propietarios, dentro del ámbito de la aldea, van siendo reemplazadas, en mayor o menor medida, por la autoridad de un estado, que se ejerce sobre el conjunto de un territorio «común» (*véase* 2.3.2).

Los procesos de usurpación u ocupación de las tierras pertenecientes a los pequeños propietarios no están excesivamente claros, puesto que aún no está resuelta satisfactoriamente la cuestión de la inalienabili-

dad de la tierra; pero, sea como fuere, los *aristoi* van haciéndose con el control de tales parcelas reduciendo, eventualmente, a una especie de servidumbre a sus antiguos cultivadores. No a todos, sin embargo, como veremos. A esta situación hay que añadir el incremento notable de la población en Grecia, a lo que se ha aludido anteriormente y ya perceptible desde mediados del siglo VIII; ello favorecería bien la progresiva fragmentación del lote de tierra, *kleros*, convirtiéndose éste en una pequeña extensión de terreno incapaz de subvenir a las necesidades mínimas de subsistencia del campesino y su familia y agravando la situación de endeudamiento del mismo, o bien, por el contrario, la cesión hereditaria de dicho *kleros* en beneficio sólo de alguno de los descendientes, o, en todo caso, la existencia de herencias desiguales (como ilustra el caso de Hesíodo) que ponen al borde de la miseria al menos favorecido en tal reparto. La única salida que tienen, en un primer momento, estos sujetos es trasladarse a la ciudad, al centro urbano, con el fin de intentar buscar nuevas formas de vida que, por otro lado, tampoco faltan (*véase* 3.3.1 y 5.4.1).

En las ciudades, los recién llegados pueden dedicarse a todas aquellas actividades que generan las mismas (carpinteros, albañiles, simples tenderos, etc.), o bien abrir o emplearse en alguno de los cada vez más florecientes talleres artesanales, o bien dedicarse a la navegación o al comercio por cuenta de otros; igualmente, y dada la estrecha relación entre esa ciudad y el territorio circundante, los trabajos del campo, especialmente los estacionales, pueden dar ocupación, siquiera temporal, a parte de esos individuos. Por fin, otra de las soluciones, pronto empleada, a juzgar por lo que diré a continuación, es la emigración a otros lugares, con la finalidad de establecerse, poder disponer de tierras y reproducir, en otro lugar, no las formas de vida que habían llevado hasta entonces sino, precisamente, las de aquellos *aristoi* cuyo auge político y económico ha terminado desplazándolos. Que la solución de la emigración (si bien no siempre con fines agrícolas) es pronto utilizada viene mostrado por varios factores:

En primer lugar, la presencia de establecimientos griegos (sobre todo euboicos, pero sin descartar otras posibilidades) en la costa siriofenicia, entre los que se encuentran Al Mina, Ras el Bassit, Tell Sukas, Tabbat al-Hamman, Ras Ibn Hani, en todos los cuales han aparecido cerámicas griegas del siglo VIII (y anteriores) en cierta cantidad. Aun cuando no se trate de ciudades propiamente dichas, parece evidente que allí residen durante largas temporadas personas procedentes de Grecia que representan los intereses de sus territorios respectivos o, al menos, de los más poderosos de sus habitantes (*véase* 2.2.2).

En segundo lugar, la temprana presencia estable en Pitecusa (Isquia), también predominantemente euboica, que se inicia, posible-

mente, hacia el 775 a.C., acaso precedida (y es sólo una sugerencia) por pequeños establecimientos (que, de haber existido, serían más modestos que los establecidos contemporáneamente en la costa siriofenicia) en centros indígenas de Italia y Sicilia.

En tercer lugar y, por fin, el inicio de la verdadera colonización, con la creación de establecimientos que controlan su territorio correspondiente y que pretenden, ellos sí, reproducir las formas de vida practicadas en las *poleis* de Grecia. En muchos aspectos y casos, más que una «reproducción» de esas condiciones, se produce un verdadero «invento» y experimentación, como se verá. El punto de partida vendría dado por la fundación de Cumas, tal vez hacia el 750 a.C., inmediatamente seguida por una avalancha de nuevas ciudades, de las que hablaré más adelante (*véase* 4.2.4 y 4.3).

Queda, pues, claro, que el recurso a la emigración es, incluso, previo en muchos casos a la conclusión del proceso de constitución de la *polis*; también es patente que en los años en los que se están produciendo transformaciones importantes en el mundo griego (modificaciones en el tipo de combate, regularización de las asambleas populares, inicio de las demandas del *demos*, etc.), está ya en marcha el proceso colonizador. Por eso, el mismo debe ser considerado, como apuntaba antes, en relación con la formación de la *polis* y ello en varios sentidos:

— Las colonias, medio de dar salida a tensiones dentro del proceso de formación de la *polis*, de definición de espacios, de sustitución de las realezas por las aristocracias, de creación del cuerpo ciudadano. Permitiendo, favoreciendo, incitando, la marcha de determinados individuos, los que quedan pueden llevar a término esos procesos. La *polis*, definida por relaciones de pertenencia-exclusión, se constituiría, precisamente, sobre una pre-selección de su cuerpo cívico.

— Por otro lado, las colonias ejemplo a imitar por las ciudades originarias. En efecto, y como se verá más adelante, los colonos tienen que hacer frente, ellos solos, a una serie de situaciones que aún no se han planteado en la metrópolis: la propia definición del marco urbano y de su territorio, no condicionados (apenas) por una secular tradición de continuidad, como ocurría en Grecia; la necesidad de agrupar a la exigua población originaria, favoreciendo el proceso de concentración en centros urbanos, frente a la situación metropolitana, de población dispersa en aldeas; la necesidad de dotarse, *in primis*, de un marco jurídico y legal para garantizar el buen gobierno, sobre la base de una comunidad, al menos desde el punto de vista teórico, igual o equivalente ya desde un primer momento, frente al lento proceso

que se desarrolla en la Grecia propia; la ya mencionada cuestión de la forma de combatir, que en ambiente colonial debe adaptarse a las particulares circunstancias del entorno, frecuentemente hostil, o tendente a la hostilidad, primando el número y la solidez sobre la destreza individual; en muchas ocasiones la misma definición del ciudadano y del no ciudadano en ambientes, como los coloniales, donde éste último tiende a ser, además, no griego, lo que no suele suceder en la Grecia propia, etc.. Son cuestiones todas ellas en las que el mundo colonial de los primeros momentos parece más innovador (por necesidad, sin duda) que el metropolitano. Esto llega a su mejor expresión cuando consideramos que surgen *poleis* en ambiente colonial que proceden de regiones griegas en las que tal sistema aún no se ha desarrollado (y, eventualmente, tardará mucho en hacerlo): Síbaris, Crotona y Metapontio, del ambiente aqueo; Locris Epizefiria de la Lócride, entre otras.

Podemos, pues, ratificarnos en nuestro epígrafe: la colonización se halla en función de la constitución de la *polis* griega y al servicio de la misma. La colonización, simultánea a dicho proceso, sirve en buena medida de estímulo al mismo, le imprime un dinamismo desconocido hasta entonces; no es casual que, en menos de cincuenta años, se produzcan en Grecia transformaciones de tal calibre y magnitud (y la creación de una forma estatal y de la política lo son) como nunca antes se habían visto en ella (e incluyo, ciertamente, al período micénico); esos cincuenta años son los comprendidos entre el 750 y 700 a.C. y en los mismos tiene lugar la fundación de, al menos, veinte nuevas ciudades. Ambos fenómenos, pues, no sólo van ligados sino que cada uno de ellos es, al tiempo, causa y consecuencia del otro.

Después de esta introducción, pasemos a ver la mecánica de la colonización griega.

4.2. Los mecanismos de la colonización griega

Cuando a fines del siglo IV Alejandro decida fundar por todo Oriente sus «Alejandrías» y cuando sus sucesores, en sus respectivos ámbitos de poder, continúen con esta práctica, ya había detrás de ellos un importante *corpus* de experiencias, no escritas, pero sí implícitas en las mentes de todos, acerca de qué pasos había que dar para llegar al fin deseado, es decir, el establecimiento de una nueva ciudad griega en un ámbito geográfico ajeno al mundo helénico. Bien es cierto que las numerosas fundaciones helenísticas modificaron en cierto modo la ca-

suística tradicional, enriqueciéndola con nuevas figuras y resolviendo nuevos problemas que habían sido ajenos a la colonización arcaica, pero ello no obsta para que los rasgos generales de ese mecanismo estuvieran ya plenamente establecidos desde hacía largo tiempo. A ello contribuyó, sin duda, el proceso colonizador que nos toca aquí describir y que, de ser un movimiento aparentemente espontáneo, acabó adquiriendo un carácter institucional y, por ello, sometido a una serie de normas y sanciones, tanto políticas como religiosas que, en mi opinión, recogieron todas aquellas enseñanzas que la primera tanda de colonias aportó. Igual que en el terreno del establecimiento de la política, en el campo de la colonización los griegos también estaban experimentando; del fruto de sus experiencias surgirán los preceptos que llegarán a ser de obligado cumplimiento si se desea el éxito de la empresa, máxime cuando la misma, como acabo de apuntar, adquirirá pronto una vertiente religiosa, además de la meramente política.

Aquí analizaré algunos de estos procedimientos y mecanismos que, primero de modo casi instintivo y, más adelante, de forma institucionalizada, pretenden colocar a un grupo de individuos en una nueva ubicación geográfica y convertirles en una *estructura de carácter político*.

4.2.1. Configuración de la expedición colonial

No toda emigración implica una colonización; los comerciantes y navegantes que se establecen en la costa sirio-fenicia, de forma más o menos permanente, no forman una *polis*; posiblemente, la que pasa por primera fundación colonial en Occidente, Pitecusa, tampoco sea, realmente, una *polis* o, quizá, no en los primeros tiempos. El padre de Hesíodo que, desde la Cime de Eolia emigra a Beocia no está colonizando. El *aristos* corintio Demarato, que en el siglo VII se establece en Tarquinia tampoco es un *apoikos*; los miles de griegos que en los siglos VII y VI se enrolan como mercenarios al servicio de los reyes asiáticos o egipcios tampoco son, *per se*, *apoikoi*. Para que un acto de emigración trascienda el ámbito puramente individual y podamos considerarlo empresa colonial es necesario que haya una finalidad política, es decir, constituir una *polis*. Ello implica una organización muy superior a la que puede requerir una simple aventura comercial o una emigración particular y concreta, por más que ambos fenómenos puedan estar extendidos y afecten a numerosas personas.

Por lo que hoy en día sabemos, los rasgos básicos de lo que van a ser las expediciones coloniales se hallan ya fijados antes incluso de que las mismas se echen al mar; la configuración de la futura *apoikia*, pues, se produce en la propia ciudad de origen, a la que llamaremos metró-

polis. Esta configuración implica, por un lado, el nombramiento del que ejercerá el mando, el *oikistes*, al que dedicaré el apartado siguiente; por otro lado, la selección de aquéllos que van a formar parte de la expedición; igualmente, la obtención de los medios de navegación y, por fin, la sanción político-religiosa por parte de la metrópolis.

Naturalmente, dependerá de los motivos últimos que impulsan a la marcha, el modo en que se desarrollará cada uno de estos pasos. Los datos de que disponemos acerca de las causas que determinan las fundaciones coloniales no son siempre explícitos; la investigación actual puede tratar de reconstruir en ocasiones los motivos de tal o cual fundación en un determinado emplazamiento y, ocasionalmente, podemos estar razonablemente seguros de que sus resultados son correctos. Sin embargo, ya los autores antiguos señalaron varias de las causas que llevaban a grupos, a menudo procedentes de más de una metrópolis, a establecerse en otro lugar; ciñéndonos a los datos que tales autores nos proporcionan, podemos distinguir entre las causas que determinan la partida de colonos las siguientes: situación de hambre provocada por alguna sequía (Regio, Cirene); conflictos políticos internos (*staseis*) como en Tarento, tal vez en la Heraclea fundada por Dorieo, en Regio, según la versión de Antíoco de Siracusa y en Hímera, al menos por parte del grupo de los Milétidas; finalidad comercial, como en Masalia (por la pequeñez y pobreza del territorio foceo) y seguramente en Zancle (piratas cumanos); evasión de un sistema despótico, generalmente asiático (Siris, Lípara, Elea); obedeciendo a un oráculo, como en Alalia; motivos de índole estratégica, como en Metapontio y en Posidonia, etc.. En cualquier caso, lo que todos estos motivos tienen en común es que se busca una nueva forma de vida fuera de una ciudad que se ha convertido, por diversas razones, en inhabitable para un grupo determinado de ciudadanos. Que muchos de estos motivos están ocultando la carencia de tierras o su escasez (*stenochoria*) parece, asimismo, evidente. Lo que varían son las formas que asume la marcha y, posiblemente, también el modo en el que la misma se produce.

Por lo que las informaciones conservadas nos muestran, el verdadero conflicto dentro de la que se convertirá en metrópolis surge mientras que existe la tensión, cualquiera que haya sido la causa. Una vez que se ha asumido como solución única la emigración, con vistas a la creación de una colonia, las facilidades por parte de aquélla no pueden haber sido mayores: la metrópolis pondría los barcos, entregaría el fuego sagrado, consagrado a Hestia y custodiado en el pritaneo, completaría, incluso, el contingente que había de ser enviado, etc.. Parece como si, en el mismo momento en el que se decide colonizar (*apoikizein*), la *polis* de la que aún no habían partido ni tan siquiera los colonos, empezase a asumir el papel tradicional asignado a la metrópo-

lis. Y eso no es, ni mucho menos, extraño, puesto que esa empresa iba a resolver, aun cuando a veces sólo momentáneamente, uno de los problemas que más afectaban al gobierno de los *aristoi*, cual era el de las demandas de repartos de tierra (*ges anadasmos*) que, cada vez más, se estaban produciendo.

El propio auge del movimiento colonizador, en el que, como veremos, se procedía a ese reparto general de tierras sobre territorios vírgenes, al menos desde el punto de vista griego, no dejará de contribuir a una generalización de esas exigencias, lo cual, si bien por un lado favorecerá el proceso colonizador, por otro, agravará y enconará las tensiones sociales existentes en las *poleis* y que habían determinado, en último término, toda la actividad colonizadora. De cualquier modo, para la metrópolis era fundamental librarse cuanto antes de esa población «sobrante» y, por ello, no son extrañas todas esas facilidades logísticas que nuestras fuentes atestiguan y a las que nos hemos referido. Son éstas las que hacen dudar del carácter «espontáneo» que, aparentemente, muestran algunas expediciones tempranas. Parece, por el contrario, que esa espontaneidad puede influir en la decisión de realizar alguna acción política, generalmente en detrimento del gobierno aristocrático; conjurada la misma, es la ciudad la que asume la tarea de garantizar una salida más o menos honrosa a los que han participado en esa acción, habitualmente mediante la colonización. El siguiente pasaje, referido a la fundación de Tarento, muestra este hecho.

> «Así pues éstos [los Partenios], percibiendo que había habido traiciones, suspendieron su plan y, [los espartanos] les persuadieron, merced a la mediación de sus padres, de que partiesen a colonizar (*eis apoikian*): si ocupaban un lugar que les satisficiese, se quedarían en él y, si no, tras regresar, se repartirían la quinta parte de Mesenia.» (Estrabón, VI, 3, 3; traducción del autor.)

Con más motivo, la ciudad se encarga de todos los preparativos cuando es alguna situación de hambre o carestía, más que estrictamente política, la que fuerza a la emigración. Esto se observa en este pasaje de Heródoto relativo a la fundación de Cirene por Tera:

> «Por su parte los tereos que habían dejado a Corobio en la isla, al arribar a Tera, notificaron que habían colonizado una isla en la costa libia. Entonces los de Tera decidieron enviar, de cada dos hermanos, al que la suerte designase y que hubiese expedicionarios de todos los distritos, que eran siete; su jefe, a la par que rey, sería Bato. Así pues, enviaron a Platea dos penteconteros.» (Heródoto, IV, 153; traducción de C. Schrader.)

Parece, por otro lado, como si las relaciones entre la expedición y la ciudad de la que procede, se modificasen desde el mismo momento en el que los navegantes han abandonado el puerto; el mismo relato de la fundación de Tera que transmite Heródoto es buena prueba de ello:

> «Los colonos, pues, zarparon con rumbo a Libia, pero, como no sabían qué más tenían que hacer, se volvieron de regreso a Tera. Sin embargo, cuando trataban de desembarcar, los tereos la emprendieron a pedradas con ellos y no les dejaron atracar en la isla; al contrario, los conminaron a que volvieran a hacerse a la mar.» (Heródoto, IV, 156; traducción de C. Schrader.)

Plutarco (*Q.G.*, 11), por su parte, narra algo muy parecido a propósito de los eretrios expulsados por Corinto de Corcira y que son recibidos a pedradas al intentar regresar a su ciudad, viéndose obligados a marchar a Tracia, fundando Metone. Este comportamiento indica que la metrópolis ha roto todos los lazos con los que hasta ese momento han sido sus ciudadanos; en todo caso, y por lo que se refiere a Tera y Cirene, al menos, hay algún matiz, como muestra el documento del siglo IV conocido como «Juramento de los Colonos», que señala que se permitía el regreso de los colonos a Tera si en el plazo de cinco años no habían conseguido consolidar el establecimiento; algo parecido se observa en el ya citado texto de Estrabón referido a la fundación de Tarento, que garantizaba a los Partenios la quinta parte del territorio mesenio si no hallaban tierras en abundancia. Pero, de cualquier modo y, aunque puedan haber existido cláusulas de protección (un indicio más del carácter oficial que asume la empresa colonial), éstas pretenden resolver eventuales problemas pero dejando bien claro que sería preferible para todos que los mismos no se produjeran, como muestra el recibimiento a pedradas que dispensan los tereos a los colonos que acaban de enviar a Africa.

En cierto modo, pues, perdidos en el horizonte los colonos, la metrópolis se desentendía de ellos; había resuelto, siquiera temporalmente, sus propios problemas. Era competencia de sus colonos buscar un nuevo lugar donde establecerse y procurarse sus medios de vida. La función de la metrópolis acababa cuando la expedición se alejaba del puerto. Eso no quiere decir, sin embargo, que las relaciones se interrumpan. Como veremos, existirán y serán bastante fuertes en muchos casos; sin embargo, las mismas se establecerán ya entre *poleis*, es decir, una vez que, concluído el proceso de fundación, la colonia surgirá como una nueva *polis*. Será entonces cuando, por iniciativa de las colonias, se instituirán relaciones con sus metrópolis, aun cuando éstas no siempre hayan perdido todo contacto con los contingentes humanos

que de ellas proceden. Más adelante volveré sobre este asunto. Ahora debemos pasar a ocuparnos del *oikistes* o «fundador» de la colonia (*véase* 4.2.4).

— *La figura del* oikistes

> «Habitaban primero estos hombres (los Feacios) la vasta Hiperea, inmediata al país de los fieros Cíclopes que, siendo superiores en fuerza, causábanles grandes estragos. Emigrantes de allí, los condujo el divino Nausítoo a las tierras de Esqueria, alejadas del mundo afanoso; él murallas trazó a la ciudad, construyó las viviendas, a los dioses alzó santuarios, repartió los campos de labor; pero ya de la parca vencido moraba en el Hades y regíalos Alcínoo, varón de inspirados consejos.» (*Odisea*, VI, 7-12; traducción de J.M. Pabón.)

Posiblemente no quepa mejor descripción de la actividad del *oikistes* que la que la *Odisea* realiza a propósito del fundador de Esqueria, Nausítoo. A eso se reducía, ante todo, su actividad; dirigía la expedición, se preocupaba de conducirla a su emplazamiento definitivo y, una vez llegados al mismo, era el encargado de delimitar los diferentes «espacios» que iban a configurar la nueva *polis*, de repartir las tierras y garantizar una asignación equitativa a cada uno de los miembros de la expedición y, eventualmente, de dictar las primeras normas de carácter legislativo por las que iba a gobernarse la comunidad o, como poco, declarar la adopción de las existentes en alguna otra ciudad, habitualmente en la metrópolis. También tenía que ocuparse de recibir, de manos de las autoridades de la metrópolis, el fuego sagrado que ardía en el pritaneo y, por fin, la sanción religiosa que la práctica hizo que recayese en el santuario de Apolo en Delfos.

Lo normal era que el *oikistes* fuese nombrado por la metrópolis, si bien en el caso de que hubiese contingentes de diversas procedencias, podía haber más de uno; esto ocurre, por ejemplo, en Hímera, cuyos *oikistai* son Euclides, Simo y Sacón, o en Gela, cuyos *oikistai* son Antifemo de Rodas y Entimo de Creta. Cuando se trata de fundaciones coloniales promovidas, a su vez, por colonias, suele ser frecuente que, junto con el *oikistes* nombrado por la que se convierte en metrópolis, se solicite otro *oikistes* a la metrópolis originaria. Esto ocurre, por ejemplo, en Selinunte, colonia de Mégara Hiblea, cuyo fundador es Pamilo, llegado de Mégara Nisea. Hay algún caso también, donde parece evidente que no es la metrópolis quien nombra a su fundador, sino los propios colonos; esto parece ocurrir, por ejemplo, en el caso de Tarento, cuyo fundador, Falanto, había sido el jefe de la facción que

pretendía adueñarse del poder en Esparta; también en el caso de Catana se nos dice que los catanenses nombraron *oikistes* a Evarco, aun cuando la expedición colonial parece haber sido dirigida por Tucles, responsable de la fundación de Naxos y Leontinos. Hay, por fin, datos que sugieren que en algunas expediciones han sido los propios *oikistai* los que han decidido emprender, por propia iniciativa (matizada a veces por las órdenes de un oráculo) tal expedición. Entre ellos estarían Dorieo y Bato, el fundador de Cirene. Todos los ejemplos conocidos muestran palpablemente o permiten sugerir, que los *oikistai* son siempre individuos de origen aristocrático, en muchos casos en relación directa con los círculos dirigentes metropolitanos.

La importancia que asume el fundador es sumamente grande; la prueba más evidente de ello es que sus nombres se nos han conservado en cierta cantidad, aun cuando desconozcamos muchos otros detalles de la historia primitiva de las ciudades que fundan. Esto tampoco es extraño si pensamos que tanto griegos como romanos tendían siempre a encarnar en individuos concretos todo aspecto que implicara alguna transformación importante de la situación y, ciertamente, en el caso de ciudades, siempre era necesario para ellos conocer con certeza quién y en qué momento la había fundado, aun cuando ello, en ocasiones, implicase atribuir a dioses o héroes tal hecho. Cuando surgen las colonias griegas nada es más normal que se conserve el nombre de quien ha contribuido a su aparición, máxime si tenemos presente que su recuerdo (y su culto) pervivirá con el paso del tiempo. Y es este, precisamente, un aspecto importante del papel del fundador, la conservación de su memoria, en forma de un culto heroico, celebrado en torno a su tumba.

La existencia de estos cultos al fundador está atestiguada tanto por informaciones de los autores antiguos (como en Zancle), cuanto por la epigrafía (como en Gela) y la arqueología (como en Cirene) (Figura 8). Estos cultos, ciertamente, nos traen a la mente los cultos de tipo heroico que se celebran en las ciudades de la Grecia propia y, sobre todo, aquél que se organizó en torno a la puerta Oeste de Eretria (Figura 7). Tanto en uno como en otro caso, el héroe está sirviendo como punto de convergencia de una serie de intereses en torno a una figura unitaria; en las fundaciones coloniales, por ende, se da la circunstancia de que tal héroe no es otro que el que ha dado origen a las mismas. Heroizando al *oikistes*, pues, la nueva *polis* tiene un nuevo culto heroico, cuya importancia en el proceso de formación del estado ya hemos visto; además, el mismo es propio y genuino de esa ciudad puesto que, salvo alguna excepción (Naxos y Leontinos, por ejemplo) no es habitual en época arcaica que el mismo *oikistes* intervenga en más de una fundación (*véase* 3.2.1).

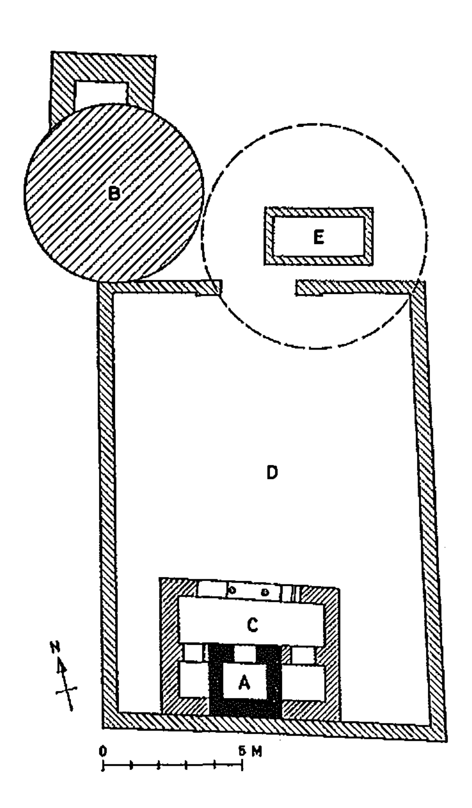


Figura 8. Area de la «Tumba de Bato», en Cirene. A) *Oikos* de Ofeles (s. VII a.C.). B) Primer túmulo, «tumba de Bato» (s. VI a.C.). C) Ampliación del *oikos*. D) *Temenos*. E) Segundo túmulo (450-400 a.C.) con cenotafio.

Por fin, recordando a los *oikistai*, así como su procedencia, seguía vivo en la colonia el recuerdo de su origen, que se materializará, como veremos, de diversas formas; rindiéndole culto tras su muerte, seguiría integrado de forma permanente en la vida de la ciudad que él contribuyó a crear. Además, al tiempo que las ciudades de la Grecia propia, junto a sus dioses, tenían también cultos heroicos, relacionados a veces con personajes de un pasado remoto y centrados ocasionalmente en restos materiales de aquellas épocas, las nuevas fundaciones, que también poseían los recintos habituales dedicados a los dioses, podían disponer, desde muy temprano, de estos cultos heroicos que jugaban un papel tan importante en la religiosidad helénica. Era una forma más de reproducir condiciones existentes en Grecia en medio de un ambiente inicialmente extraño. Para pasar a otro aspecto, por fin, repetiremos que una de las tareas que tiene que llevar a cabo el *oikistes* es, ante todo, la selección del emplazamiento en el que la nueva ciudad surgirá (*véase* 4.2.4).

4.2.2. La selección del emplazamiento. La cuestión de la «precolonización»

La cuestión del porqué los diferentes contingentes coloniales griegos eligen un lugar determinado y no otro, para establecerse, es algo aún no definitivamente resuelto. Algunos casos son más evidentes que otros; en ocasiones los propios autores antiguos nos dan la clave; otras veces son, precisamente, esas informaciones las que despistan al investigador actual; por fin, en algunas circunstancias hay que recurrir a otro tipo de consideraciones que si bien sirven para el historiador moderno tal vez no responden estrictamente a los hechos. De cualquier modo, parece que la responsabilidad última de la elección del emplazamiento corresponde al *oikistes*, bien por su conocimiento directo y personal del terreno, bien porque así se lo ha ordenado una instancia superior, generalmente el oráculo délfico, sobre el que volveré más adelante. Nos quedaremos ahora con el conocimiento personal, perfectamente observable en el siguiente pasaje de Estrabón, referido a las empresas de Tucles (Teocles, en el texto estraboniano) que conducen a la fundación de Naxos y (en la reconstrucción de Éforo), a la de Mégara Hiblea:

> «Y aunque Teocles el ateniense, arrojado por los vientos a Sicilia, hubiese observado la escasez de hombres y la bondad de la tierra, no consiguió persuadir a los atenienses de que regresaran con él, por lo que tomando consigo a muchos calcídicos de Eubea, junto con algunos jonios e incluso dorios, de los cuales la mayoría eran megareos, se hizo a la mar.» (Estrabón, VI, 2, 2; traducción del autor.)

Es este un claro ejemplo que muestra, en este caso, cómo un *oikistes* conoce perfectamente el entorno al que va a dirigir su empresa, porque previamente ha visitado el lugar, si bien en esta ocasión la visita se esconde tras el sospechoso *topos* de que ha sido llevado por los vientos. Este ejemplo nos permite, por otro lado, introducir una cuestión que ha recibido bastante atención y abundante literatura y que, en mi opinión, conviene aclarar en sus justos términos, el asunto de la «precolonización» (en último lugar GRAHAM, en Greek Colonists and Native Populations: 1990).

Con la palabra «precolonización» podemos referirnos a dos realidades muy distintas: por un lado, los viajes que, durante la edad del Bronce, navegantes egeos (cretenses, griegos «micénicos», etc.) realizaron a diversos lugares del Mediterráneo y, especialmente, a Italia y Sicilia. No es éste, obviamente, el sentido que aquí damos al término y, por lo tanto, no insistiré en este tema. Por otro lado, podemos hablar, si no en sentido estricto de «precolonización» sí, al menos, de frecuenta-

ciones, viajes, exploraciones, previos al establecimiento de colonias y, por ello mismo, «precoloniales». Es a este aspecto al que quiero aludir a continuación. En este concepto de relaciones «precoloniales» incluyo todos aquellos viajes que realizaron los griegos a diversos lugares mediterráneos, especialmente a las regiones sirio-palestinas (Al Mina, Sukas, etc.), a los que ya nos hemos referido, sin intención de fundar colonias sino, todo lo más, de establecer en el mejor de los casos pequeños asentamientos dependientes de un poder político superior; este tipo de contactos también está atestiguado en los ámbitos occidentales (Villasmundo en Sicilia, Veyes, en Etruria, Capua y Pontecagnano en Campania, etc.). En todos los casos, este tipo de acción responde al deseo de los griegos de abrir nuevas rutas comerciales en esos años de la primera mitad del siglo VIII en los que estamos asistiendo, como hemos visto, a un franco despegue económico, lo que exige una mayor cantidad de materias primas, especialmente metales (*véase* 2.2).

Ahora bien, si la finalidad de esas navegaciones no es establecer fundaciones coloniales, ¿qué relación guardan con tales establecimientos?; ¿acaso en los lugares en los que tales contactos están atestiguados se fundan posteriormente colonias? La respuesta puede ser la siguiente: lo verdaderamente importante no es si *en el mismo lugar* o *en la misma región* en que han aparecido cerámicas griegas anteriores a cualquier fundación surgirá en el futuro alguna ciudad griega; lo que sí es fundamental es afirmar que han sido todos esos viajes exploratorios los que han permitido un inmejorable conocimiento de todos aquellos lugares susceptibles de servir de fondeadero, con un clima saludable, con una población indígena poco numerosa o poco belicosa, con una potencialidad agrícola considerable, etc. Eso ha sido lo realmente significativo. La vieja disputa de si el comercio ha precedido a la bandera, o viceversa, creo que está fuera de lugar.

Las colonias arcaicas surgen con la finalidad básica de reproducir unas determinadas condiciones de vida y las mismas se basan en el cultivo de la tierra ante todo; el proceso de desarrollo comercial, perfectamente atestiguado y al que nos hemos referido ya, puede haber incidido poco o mucho en el desencadenamiento del proceso colonizador (yo particularmente creo que poco, en este período de los siglos VIII-VII) pero lo que sí ha hecho ha sido proporcionar a aquéllos que, por las razones mencionadas en su momento (sequías, conflictos políticos, etc.) se ven en la obligación de emigrar, el *corpus* de conocimiento básico sobre qué lugares de la costa mediterránea eran *a priori* más aconsejables para poder establecer una ciudad, de acuerdo con los parámetros básicos de lo que un griego de ese período entiende por tal. Y es en este contexto donde personajes como Teocles (o como Corobio, que ayuda a los tereos a elegir un emplazamiento en Africa),

con experiencia directa, derivada de su actividad comercial, resultan imprescindibles: son ellos los únicos que, en principio, poseen los suficientes conocimientos como para establecer una colonia con las garantías necesarias. Esta ha sido la única «ayuda» que el comercio «precolonial» ha prestado a la colonización. No podemos, pues, decir, que la colonización es consecuencia del comercio; sí podemos afirmar, sin embargo, que cuando en la ciudades griegas se vio como solución a determinados problemas la emigración de parte de sus habitantes, éstos aprovecharon los conocimientos de aquéllos que llevaban ya largos años comerciando por ciertas regiones o, simplemente, usando sus facilidades portuarias en sus viajes a destinos más lejanos (*véase* 4.2.1).

Es, pues, harto probable que en los primeros momentos de la colonización los propios *oikistai* dispusieran de la experiencia necesaria para elegir el emplazamiento; más adelante, esa información será reunida y acumulada por el santuario de Apolo en Delfos y entonces el futuro *oikistes* deberá ir a tal santuario a fin de suplir su falta de experiencia personal con los consejos y directrices que la Pitia le dé; ya volveré más adelante sobre este tema.

— *Apoikiai y emporia*

Claude Mossé (MOSSE: 1970), en su clásico estudio sobre la colonización en la Antigüedad, distinguía dos tipos principales de colonias en la época arcaica, las agrícolas o de poblamiento y las comerciales. Este esquema ha sido retomado de forma abusiva en muchas ocasiones y ha producido serias distorsiones en la comprensión del fenómeno colonial griego; partía la autora de la base de que además de la búsqueda de nuevas tierras, los griegos han tenido necesidad de adquirir materias primas, especialmente metales; para obtenerlos surgiría toda una serie de fundaciones cuya finalidad sería el comercio y que darían lugar a rutas comerciales. Igualmente observaba que las zonas de expansión de este tipo de colonización (Galia e Iberia, Mediterráneo Oriental, Ponto Euxino) no coincidían con las propias de la colonización agraria. Ciertamente, el problema que plantean estas opiniones es difícil de resolver porque, por un lado, no podemos negar que los intereses comerciales van a tener cada vez más importancia en el mundo griego, según va avanzando el arcaismo pero, por otro, nos resulta difícil pensar en una especialización radical de las fundaciones coloniales en una actividad que, como el comercio, posiblemente no emplease a un porcentaje excesivamente elevado de la población total de cualquier ciudad «normal» griega.

Como hemos visto anteriormente, la reanudación de los contactos

por vía marítima entre Grecia y Oriente (y Occidente) tenía una finalidad comercial muy clara; sin embargo, no se llegan a crear colonias, esto es, *poleis*. El establecimiento calcídico en Pitecusa, a lo largo de la segunda mitad del siglo VIII tiene un carácter controvertido y aún sigue sin estar del todo claro si nos hallamos ante una *polis* en sentido estricto o no. Por otro lado, del carácter de *poleis* de centros como Regio, Zancle o Síbaris no cabe dudar ni por un momento y, sin embargo, la orientación comercial de cada una de ellas es, si no superior a la de cualquier otra ciudad griega, al menos sí más evidente. Por otro lado, fundaciones presuntamente comerciales como Masalia, o como alguna de sus «subcolonias», como Agate u Olbia, si son analizadas con cierto detalle revelan que en ellas ha existido un interés evidente por el control de un territorio agrícola, tanto en Masalia, como en los otras dos ciudades citadas, en las que se han detectado restos de la parcelación de su *chora* que, si bien datables en los siglos V y IV a.C., posiblemente retoman esquemas anteriores. Y qué decir de las ciudades del Mar Negro que, como Olbia Póntica, Panticapeo o Istria tienen ya claramente definidas sus *chorai* desde, al menos, el siglo VI, siendo considerable su extensión en algunos casos (Olbia, por ejemplo).

Así pues y, para concluir este apartado, no puede negarse que el comercio tuvo gran importancia en buena parte de las ciudades griegas; eso no implica, sin embargo, que en un grupo de ellas el mismo fuese la actividad fundamental. Por el contrario, eso tampoco quiere decir que no pudiesen existir (seguir existiendo) *emporia*, simples factorías o puntos de intercambio, sin pretensiones políticas e instalados en territorios extranjeros. Casos como el de Gravisca o Náucratis, además de los ya mencionados centros en la costa sirio-palestina serían ejemplo de ello. Por todo lo cual y, a pesar de la importancia fundamental que los mismos tendrán en muchos aspectos y no sólo en el económico, no van a ser una característica de la colonización griega: habían existido antes de que surgieran las *poleis* coloniales y, del mismo modo, siguieron existiendo después, aun cuando la ampliación de los horizontes geográficos del mundo helénico favorezca la proliferación de estos centros en las nuevas regiones que irán «descubriéndose».

— *El problemático papel de Delfos en los primeros siglos*

Otro punto que quería abordar, siquiera brevemente, dentro del apartado genérico de la selección del emplazamiento es la cuestión del santuario délfico. La consulta al oráculo de Apolo en Delfos antes de emprender una fundación se convierte en un requisito hasta tal punto imprescindible que aquellos casos en los que no media dicha consulta,

además de ser destacados por nuestros informadores, pueden considerarse fracasados de antemano. Esto es lo que dice Heródoto a propósito del primer intento (fallido) de colonización emprendido por el espartano Dorieo:

> «Dorieo se molestó muchísimo y, como consideraba una afrenta ser súbdito de Cleómenes, solicitó a los espartiatas un grupo de personas y se las llevó a fundar una colonia, sin haber consultado al oráculo de Delfos a qué lugar debía ir a fundarla y sin haber observado ni una sola de las normas habituales«. (Heródoto, V, 42, 2; traducción de C. Schrader.)

El tema de la participación délfica en los aspectos referidos a la composición de la expedición, elección del *oikistes*, selección de la región geográfica y lugar concreto de fundación, etc., ha sido un tema ampliamente recurrente en la investigación relativa a la colonización griega, siendo, por consiguiente, abundantes y en ocasiones divergentes las conclusiones alcanzadas. Sin embargo, creo que podemos afirmar con cierta confianza que, por un lado, ninguna expedición colonial se lanzaba a lo desconocido sin contar con un cierto respaldo religioso y con una cierta perspectiva de éxito, plasmada en un oráculo y, por otro, que el estratégico emplazamiento del santuario délfico (en relación con Corinto) fue convirtiendo al mismo en el punto más idóneo en que manifestar esta devoción a los dioses y, concretamente, a Apolo.

Así, si bien en los primeros momentos el santuario de Delfos (desde fines del siglo IX) acaso no gozase de un papel significativo en el mecanismo colonial, la frecuentación de que fue objeto a lo largo de la segunda mitad del siglo VIII acabaría por convertirlo en un centro idóneo, máxime si consideramos que las consultas y la contrapartida obvia, el agradecimiento tras un eventualmente buen desenlace de la empresa, crearían un *corpus* de informaciones que, sabiamente utilizadas, podían ser de aprovechamiento general. Esto no quiere decir, en mi opinión, que el santuario esté «dirigiendo» la colonización griega, máxime cuando está comprobado que buena parte de las presuntas respuestas oraculares conservadas son espurias, pero igualmente no puede mantenerse que el santuario délfico permaneciese ajeno a aspectos tan interesantes como el lugar más idóneo en el que establecer una nueva *polis*.

En consecuencia, el santuario délfico fue ganando prestigio según iba avanzando el proceso colonizador y a medida que la información recabada a lo largo de los años hacía cada vez más provechosas sus noticias en forma de oráculos para aquellos individuos empeñados en conducir hacia su nueva patria a un grupo más o menos numeroso de

individuos. Eso es lo que hizo que, a partir del siglo VII al menos, fuera realmente imprescindible consultar con el oráculo pero, al tiempo, es ello lo que nos convence que al menos algunas de las fundaciones más antiguas no dispusieron de este oráculo délfico, viéndose obligadas muchas de ellas a falsificarlo *a posteriori* (en último lugar LONDEY, en GREEK COLONISTS AND NATIVE POPULATIONS: 1990), en un momento en el que la consulta délfica se convirtió en una más de las numerosas etapas del proceso tendente a fundar una colonia.

4.2.3. Los indígenas

Otra de las cuestiones que deben ser tenidas en cuenta en la consideración del proceso colonial griego es la referida a las relaciones con los indígenas. Ha venido siendo habitual establecer una diferencia básica en el tipo de relaciones mantenidas entre los griegos y las sociedades ya establecidas en aquellos lugares que serán elegidos para fundar la nueva ciudad, según fuese agrícola o comercial la orientación prioritaria de la fundación griega. Si bien los matices que pueden hacerse en cada uno de los casos conocidos son innumerables, creo que un resultado de la reciente investigación ha sido el poner de manifiesto que cualquier establecimiento griego necesita la «colaboración» del elemento indígena; lo que habrá que definir, sin embargo, serán los términos de dicha colaboración.

Las *apoikiai* griegas se establecen, habitualmente, en regiones en las que el poblamiento prehelénico es ya importante, tanto desde el punto de vista numérico cuanto desde el organizativo, si bien es un hecho que cuando este último ha alcanzado, en el momento de la llegada griega, un nivel determinado de complejidad («pre» o «protopolítica») no se procede a una auténtica fundación colonial, sino que se busca otro tipo de relación, si es que así lo demandan los intereses económicos. Pero, prescindiendo de estos casos, el responsable último de la fundación, esto es el *oikistes*, suele tener presente a los indígenas a la hora de elegir el emplazamiento. Naturalmente, se buscarán aquellos lugares en los que la población preexistente muestre especial receptividad y una actitud favorable hacia los griegos. Hemos también de huir del tópico que presenta a los griegos como conquistadores brutales de los territorios sobre los que se asientan; esta idea se debe, ante todo al hecho de que no siempre las informaciones de que disponemos son contemporáneas a los hechos narrados, sino que son producto de un momento en el que la Hélade ha tenido que enfrentarse al peligro persa y, tras salir victoriosa del mismo, ha recreado toda su

historia previa en una clave en buena medida antibárbara que distorsiona la realidad de lo ocurrido en aras de una representación idealizada de lo griego frente a lo no griego o «bárbaro».

Lo cierto es que tenemos abundantes testimonios escritos que muestran a los griegos estableciendo pactos de muy diversa índole (incluyendo los matrimoniales) con los indígenas y, asimismo, la investigación arqueológica ha puesto de manifiesto huellas evidentes de convivencia o, al menos, coexistencia, entre comunidades de diversa extracción étnico-cultural. El hecho de que ocasionalmente haya pruebas del incumplimiento del acuerdo por alguna de las partes tampoco es óbice para no creer en la fuerza del mismo, como tampoco lo es la existencia cierta de enfrentamientos armados entre griegos e indígenas que en la mayor parte de los casos dan lugar a otro tipo de vínculo, por más que diferente, entre ambos grupos.

La relación, en muchas ocasiones estrecha, establecida entre los ocupantes prehelénicos de un territorio y los griegos recién llegados es, pues, un dato fundamental para entender qué representa la colonización griega, independientemente del tipo concreto de establecimiento de que se trate. La enumeración de qué es lo que aportan los indígenas a la *polis* que está surgiendo convence del valor que hay que atribuir a los mismos en el proceso, bien entendido que no todo lo que aquí mencionemos tiene por qué darse, simultánea o sucesivamente, en todas las colonias griegas.

Teniendo esto presente, podemos decir que la incidencia indígena se materializa en un conocimiento de primera mano del territorio que ocupará la ciudad griega, de sus recursos y potencialidades, de sus vías de comunicación y de sus fronteras, naturales o circunstanciales; igualmente, los indígenas serán, desde el inicio, el complemento demográfico que paliará la escasez numérica de los fundadores griegos, básicamente varones, tanto en forma de mujeres que perpetuarán la *polis* cuanto en forma de ayudantes (a veces, sin duda, esclavos; otras, en cambio, libres; otras, por fin, «semilibres», como los *Maryandinoi* de Heraclea Póntica y tal vez los *Kyllirioi* de Siracusa) que contribuirán a poner en marcha el proyecto político que se halla implícito en toda *apoikia* griega. Aquellos indígenas que no se integren directamente en la colonia constituirán uno de los mercados naturales de las ciudades griegas y en ocasiones los proveedores destacados de las mismas en gran número de productos. Y así podríamos seguir la enumeración de toda una serie de elementos que, procedentes del entorno indígena, inciden sobre las *poleis* coloniales. Sin embargo, baste con tener presente que toda fundación colonial griega implica, necesariamente, un elemento indígena, en parte integrado en ella, en parte conservando su independencia política, que complemente, en todos los aspectos, a la

nueva ciudad griega que, en caso contrario, habría perdido una de sus principales razones de ser.

La propia revalorización del papel indígena implica, igualmente, enfocar el proceso colonizador con otra óptica; la colonización griega, en este aspecto concreto, se traduce en un diálogo (cultural, social, económico, ideológico) entre mundos diversos; el resultado de este diálogo (que a veces es también discusión y enfrentamiento) es el establecimiento de un proceso de circulación de materiales culturales en doble dirección o, por decirlo con otras palabras, de una aculturación que si bien se dejará sentir de forma más palpable en el entorno indígena, no dejará de incidir también en el propio mundo griego colonial.

Si bien las vicisitudes de cada una de las regiones en las que se asientan las colonias griegas no son comparables, como tampoco lo es el propio nivel de desarrollo socio-cultural de las innumerables poblaciones indígenas circunmediterráneas, en algunos casos el resultado alcanzado tras siglos de (inter)cambio cultural puede ser llamado «helenización», esto es, el abandono progresivo de características destacadas del propio acervo cultural para ser sustituídas por las correspondientes de la cultura griega que, no lo olvidemos, en ambiente colonial puede haberse ido, a su vez, aproximando a los rasgos observados entre los indígenas vecinos. Es en ese momento cuando puede aplicarse con propiedad el mencionado término de «helenización»; antes, tendremos unos u otros rasgos que denoten que este proceso está en marcha (aunque no siempre concluya en el modo indicado), si bien cada uno de ellos no constituirá, en sí mismo, helenización. Esta se alcanza cuando se accede a unas formas de organización política, a una ideología, a un modo de vida, a una lengua, etc., que *son* griegas. Hasta entonces podremos hablar, en propiedad, sólamente de un «proceso de helenización» el cual, obviamente, no siempre y no en todos los lugares desembocará en una helenización completa. A pesar de ello, la fisonomía de un buen número de culturas mediterráneas se verá alterada por la acción cultural helénica, la cual contribuirá, en definitiva a conformar las características distintivas de muchas de ellas.

Los indígenas, por consiguiente, son también un elemento no desdeñable a la hora de abordar la historia de la colonización griega.

4.2.4. La creación de una nueva *polis*

El proceso descrito en las páginas anteriores tiende, como también he tenido ocasión de decir, a la constitución, en un territorio distinto y no griego, de una nueva *polis*. La herencia cultural que los colonos

llevan desde sus metrópolis influirá poderosamente en el momento de dar forma a esa estructura pero, del mismo modo y también he sugerido algo al respecto previamente, el ámbito colonial es una especie de laboratorio en el que experimentar soluciones diversas. En efecto, en los momentos más remotos de la colonización aún no se habían resuelto en la Grecia propia todos los problemas que planteaba la convivencia de grupos de diversos orígenes y con diversos intereses pero, mientras que en ella se dispuso de tiempo suficiente para ir dando con las fórmulas adecuadas, el mundo colonial tuvo que hacer frente y resolver con rapidez esas mismas cuestiones. También sugería antes que la experiencia colonial, al menos en algunos terrenos, pudo incidir en cómo se abordaron en Grecia metropolitana algunas cuestiones similares. Con todo ello lo que apunto es la posibilidad de que, al menos por lo que se refiere a los primeros momentos del proceso colonial, digamos el siglo VIII a.C., el proceso de formación de la *polis* tiene lugar, simultáneamente, en el ámbito metropolitano y el colonial, sin que nunca se abandone la intercomunicación entre todos los ambientes que progresivamente van constituyendo el mundo helénico. Y lo que, ante todo, convence de esta afirmación es el carácter de auténticas *poleis* que desde el primer momento asumen las fundaciones coloniales, hecho que, si bien estará presente en casi todo el arcaismo, estará más acentuado en los momentos más antiguos (*véase* 3.4.2 y 4.1).

La colonización griega determina el establecimiento de *poleis* que gozan de todas las características que para la misma hemos definido, de entre las cuales la que ahora más nos interesa es la referida a su propia soberanía, su *autonomía*, esto es, su capacidad de dotarse a sí misma de sus normas básicas de comportamiento, *nomoi* o leyes. Sin embargo, es algo también fácilmente observable cómo tiende a haber una especial afinidad entre una colonia y la ciudad de la que procede, esto es, su metrópolis; afinidad que no implica, necesariamente, ni sumisión, ni dependencia ni, por supuesto, imitación de la metrópolis. La nueva *polis* en que deviene la *apoikia* puede retomar rasgos de la metrópolis, pero sin convertirse necesariamente en un calco servil de la misma, sobre todo porque es frecuente que en la colonización intervengan individuos de diversas procedencias que, aunque minoritarios, sean responsables de la introducción de nuevos elementos dentro de la ciudad que están contribuyendo a crear, sin olvidar que las nuevas circunstancias pueden favorecer soluciones nuevas.

— *Metrópolis y* apoikia

Las relaciones metrópolis-*apoikia* merecen, pues, un tratamiento especial puesto que están sujetas a una cierta ambigüedad, ya que las

mismas derivan, por un lado, del reconocimiento formal, por ambas partes, de la independencia política de la otra pero, por otro lado, se originan gracias al sentimiento de un vínculo inmaterial que une a ambas *poleis*; esta misma ambigüedad será causa, en ocasiones, de enfrentamientos mutuos, al no haber quedado suficientemente delimitado y plasmado de forma incontrovertible qué puede esperar una metrópolis de su colonia y qué debe ésta a aquélla. Un ejemplo típico de intereses enfrentados a este respecto lo hallamos en el tratamiento que da Tucídides en los prolegómenos de la Guerra del Peloponeso, donde se muestran claramente dos posturas enfrentadas. Así, los embajadores de Corcira ante los atenienses, hablan del siguiente modo de su metrópolis Corinto:

> «... que se enteren de que toda colonia, cuando es bien tratada, honra a su metrópolis y cuando es ultrajada cambia de conducta; pues los colonos son enviados no para ser esclavos de los que se quedan, sino sus iguales». (Tucídides, I, 34; traducción de F. R. Adrados.)

La visión de la metrópolis, Corinto, es diferente:

> «... siendo nuestros colonos han estado siempre alejados de nosotros y ahora nos hacen la guerra diciendo que no les enviamos para sufrir malos tratos. Nosotros por nuestra parte afirmamos que no les establecimos en colonia para que nos ultrajaran, sino para tener la hegemonía sobre ellos y ser tratados con el respeto conveniente. Pues las demás colonias nos honran y son nuestros colonos los que más nos quieren ...» (Tucídides, I, 38; traducción de F. R. Adrados.)

Hemos de pensar que la fundación de Corcira, en torno a la que surge esta disputa aquí recogida, tiene lugar hacia el 733 a.C. y que los episodios que está narrando Tucídides remontan al 433 a.C., es decir, trescientos años después y que, a pesar del tiempo transcurrido, ambas partes tienen aún muy claro qué tipo de relación deben mantener entre sí. Naturalmente, pudiera parecer algo anacrónico explicar situaciones referidas al siglo VIII recurriendo a informaciones que relatan sucesos del siglo V pero, precisamente, el que puedan darse (y se den) situaciones como las narradas por Tucídides entre una colonia y su metrópolis, después de tan largo período de tiempo, muestra la importancia del problema enunciado.

Podemos decir que la colonia surge con la clara intención de convertirse en una comunidad política independiente, máxime si consideramos que, en buena parte de las ocasiones, son problemas surgidos en el seno de la ciudad originaria los que han desplazado al contingente de población que va a protagonizar la emigración y posterior esta-

blecimiento en otro lugar. Otra cosa muy distinta es la postura mantenida por la metrópolis, que al tiempo que se desembaraza de unos individuos que pueden resultar potencialmente peligrosos, no puede dejar de considerar como algo propio la nueva *polis* que sus antiguos ciudadanos han constituído. De esta doble visión del mismo problema deriva todo el conjunto de dificultades que caracterizan la relación metrópolis-colonia. Naturalmente, dependerá de los intereses concretos en cada momento de la metrópolis su mayor o menor presión sobre sus colonias y, por el contrario, será la fuerza de cada una de éstas la que, en su caso, facilitará u obstaculizará que aquéllas cumplan sus objetivos.

Pero tampoco hemos de pensar que esta tensión, sin duda existente, se traduce en un estado de hostilidad permanente; por el contrario, en muchos casos los intereses respectivos de ambas partes se concilian acudiendo al ámbito jurídico, lo que permite el establecimiento de toda una serie de tratados que garantizan beneficios mutuos. También en ellos juega un cierto papel la ya mencionada ambigüedad, puesto que, al tiempo que se concluyen sobre la base de la independencia política de los contratantes, subyace a todos ellos ese trasfondo religioso y sacral al que hemos aludido y que consagra la preeminencia, al menos en estos niveles, de la metrópolis. Pero, por ello mismo, no deja de ser revelador para comprender el verdadero carácter de la relación que las colonias, que en muchos casos se hacen más poderosas que sus metrópolis, accedan de buen grado a estas obligaciones morales hacia sus fundadoras. Todo tipo de pactos y tratados, frecuentes entre las ciudades griegas, aparecen entre colonias y metrópolis: amistad (*philia*), alianza militar (*symmachia*), posibilidad de realizar matrimonios legítimos entre ciudadanos de ambos estados (*epigamia*), tratados de «doble nacionalidad» (*sympoliteia*), acuerdos bélicos, etc., constituyen el instrumento que cimenta, más allá del tiempo y de la distancia, la unidad (dentro de la diversidad) del mundo helénico. Y en esta unidad, ni que decir tiene, han desempeñado un papel trascendental las relaciones entre comunidades a quienes, más allá de los intereses inmediatos, les ha unido el sentimiento de la común pertenencia a un grupo más restringido dentro de esa Hélade que se proyecta con fuerza por todo el Mediterráneo.

4.3. Los ámbitos de la colonización griega

Es ahora el momento de intentar elaborar una geografía regional de la colonización griega lo que es, sin duda, una manera de entender la Hélade en toda su extensión (Figura 3). No entraré, por lo general, en

el detalle de las fundaciones y de los fundadores, puesto que nos llevaría excesivamente lejos en nuestro propósito y para ello remito al cuadro cronológico correspondiente, pero sí intentaré caracterizar las principales regiones en las que tenemos atestiguada la presencia estable de *poleis* griegas surgidas como consecuencia de este movimiento colonizador al que vengo refiriéndome en las páginas pasadas. No aludiré a las colonias que son fundadas dentro del propio ámbito Egeo ni a tampoco mencionaré apenas empresas comerciales que no conduzcan a una verdadera implantación colonial.

4.3.1. Magna Grecia y Sicilia

De todos los ambientes en los que se hizo presente la colonización griega, la Península Itálica y la isla de Sicilia (Figura 9) fueron los más destacados y los que más peso tuvieron, en conjunto, en la posterior historia del mundo griego hasta tal punto que algunas de las ciudades que surgieron en ambos territorios rivalizaron ampliamente con el propio mundo griego metropolitano, tanto en riqueza y desarrollo político, cuanto en logros intelectuales y culturales.

La presencia de fundaciones griegas en el ambiente itálico es de las más antiguas, dentro del panorama general de la colonización griega; no en vano Pitecusa, la primera fundación de carácter colonial de que tenemos noticia surge en este ambiente en un momento anterior a la mitad del siglo VIII a.C. y, posiblemente, en torno al 770 a.C. y la fundación de Cumas, ya una auténtica *apoikia*, tendría lugar a mediados del mismo siglo; del mismo modo, en Sicilia se encuentra otra de las ciudades coloniales griegas más antiguas, Naxos, fundada hacia el 734 a.C. por individuos procedentes, como en Pitecusa y Cumas, en su mayor parte, de la isla de Eubea. Si bien en momentos posteriores las historias de la Magna Grecia y de Sicilia presentarán sus propias peculiaridades, a las que no serán ajenos los ambientes no helénicos en los que sus ciudades se integran, el proceso de colonización afecta en buena medida a ambas regiones y son frecuentes las referencias en nuestras fuentes a empresas que tienen como destino último ya uno ya otro territorio.

La antigüedad del proceso allí desarrollado explica, en buena medida, la abundancia de referencias míticas que, en diversas tradiciones, adornan los relatos conservados acerca de las fundaciones griegas y que en algunas ocasiones pretenden remontar al período de la guerra de Troya o al inmediatamente sucesivo; a ello se referían los datos que anteriormente aportaba a propósito de la cuestión de la «precolonización». Sin embargo, parece claro que la presencia, atestiguada sin

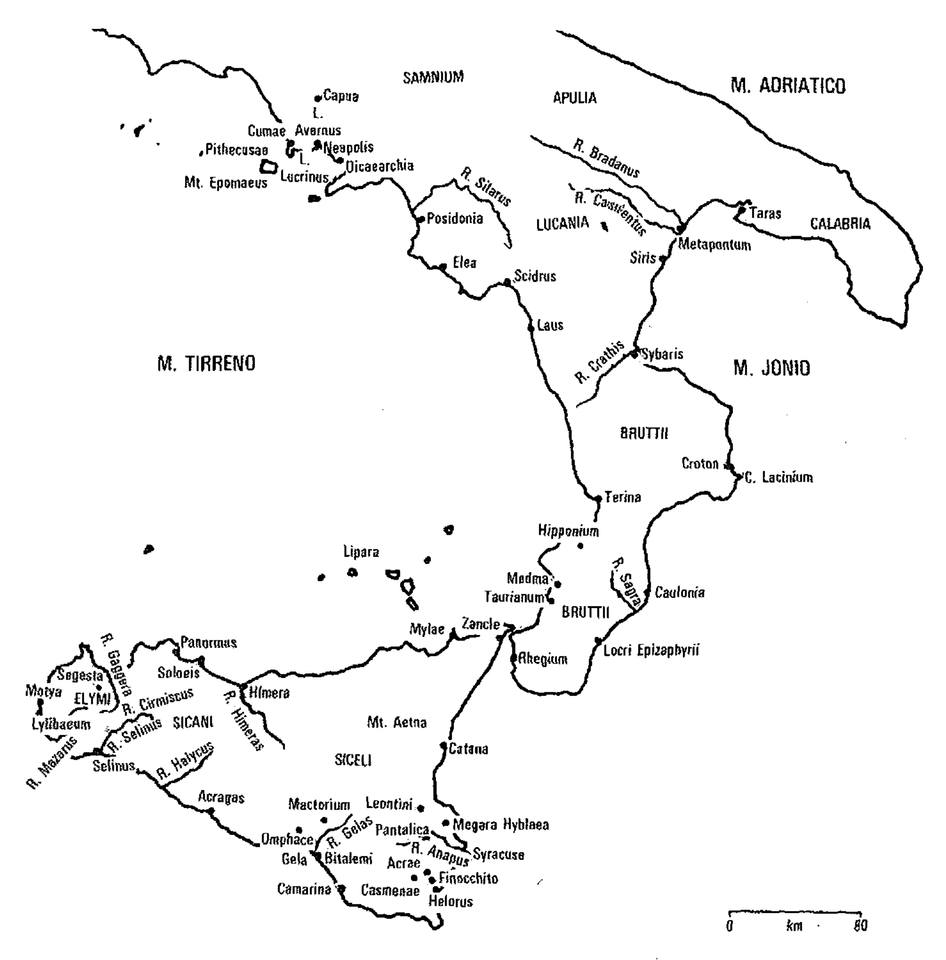


Figura 9. Magna Grecia y Sicilia.

lugar a dudas de navegantes micénicos durante la Edad del Bronce en algunas regiones itálicas y sicilianas, además de las huellas materiales que ha dejado, debió de favorecer un importante grado de desarrollo entre las poblaciones indígenas que pudo propiciar, en muchos casos, un más fácil asentamiento y penetración de los griegos históricos en estas tierras; se excluye sin embargo, una relación ininterrumpida entre ambas regiones durante los Siglos Obscuros (*véase* 4.2.2).

Los griegos que colonizan Italia y Sicilia proceden de diversos ámbitos, destacando, sobre todo, los euboicos (Pitecusa, Cumas, Naxos, Catana, Leontinos, Zancle, Regio), los corintios (Siracusa), los megareos (Mégara Hiblea), los locrios (Locris Epizefiria), los espartanos (Taren-

to), los aqueos (Síbaris, Crotona, Metapontio), los rodios y los cretenses (Gela), los colofonios (Siris), etc., en su mayor parte fundadas durante el siglo VIII o primeros momentos del VII. A lo largo del siglo VII irán surgiendo nuevas ciudades, bien fundadas desde metrópolis egeas, bien en forma de subcolonias de las mencionadas ciudades italiotas o siciliotas, proceso que finalizará en el siglo VI, momento en el que surgirán algunas ciudades, generalmente de procedencia greco-oriental (Alalia en Córcega, Lípara en las islas Eolias, Elea, Dicearquea en la Península Itálica, etc.). También habría que incluir en este contexto a ciudades que, como Corcira, en el Ilírico y otras fundaciones menores, aseguraron el tránsito entre la Grecia propia y el Mediterráneo central.

Sicilia y Magna Grecia (nombre con el que convencionalmente se conoce al mundo griego de la península itálica, aun cuando su origen siga siendo problemático) reciben, pues, desde un momento antiguo una auténtica avalancha de ciudades griegas de muy distintos orígenes; estas ciudades, durante los siglos VIII y VII, sobre todo, fueron ocupando aquellos tramos de costa que iban quedando libres, de modo tal que irán constituyendo un frente costero netamente helénico, donde apenas queda sitio para establecimientos no griegos. De la misma manera, esta densidad en el poblamiento griego va a favorecer el temprano desarrollo de una política de penetración (ora comercial, ora militar y política) en sus respectivos traspaíses, que irá helenizando progresivamente importantes zonas internas y, en algunos casos, como en la isla de Sicilia o algunas regiones de Italia, como la actual Calabria, se conseguirán crear ámbitos en los que las *poleis* griegas se verán rodeadas, en todas sus fronteras, por otras ciudades griegas.

La implantación de ciudades en Sicilia y Magna Grecia obedece, indudablemente, a intereses agrícolas. Se ocupan aquellos valles fluviales más favorables al desarrollo de la agricultura, o las llanuras más extensas; no se pierde de vista tampoco la viabilidad que facilita los contactos con los indígenas del interior, que se constituyen en los principales proveedores de materias primas para los griegos y en los compradores básicos de los productos que se manufacturan en las ciudades coloniales o que, a su través, llegan desde la Grecia propia. Pero, igual que ocurría en ésta, las colonias eligen los mejores sitios costeros, que garanticen una fácil y rápida salida al mar, cuando no se establecen en su misma orilla, o que posean facilidades destacadas a la hora de garantizar su comunicabilidad.

Y es que, no lo olvidemos, en muchos casos es absurdo plantearse cuál haya podido ser la ocupación principal de una colonia griega, si la explotación del territorio o el comercio. Salvo algunos casos excepcionales, en los que las propias condiciones naturales parecen prevenir la práctica de una agricultura rentable (Regio, Zancle, tal vez Naxos),

ninguna nueva fundación podía prescindir ni de un territorio amplio y eventualmente ampliable ni de una salida al mar adecuada; en este sentido, la propia experiencia de sus respectivas metrópolis, no siempre tan favorablemente situadas, tuvo que influir. Ello muestra, al tiempo, que, como corresponde a un momento, el de las primeras fundaciones, contemporáneo de la obra de Hesíodo, las actividades agrícolas se ven complementadas por medio de la navegación que da salida a los eventuales excedentes.

Otro hecho que sorprende de las primeras fundaciones siciliotas e italiotas es su gran vitalidad durante los primeros años de su existencia, puesto que es en los mismos cuando, en líneas generales, se halla ya delineada la que será su política de control del territorio, por más que en muchos casos la misma se ponga en práctica sólo con el paso del tiempo. La sujeción de un territorio inicial y su defensa, parece haber sido en todos los casos una tarea prioritaria, hallando formas de relación con los indígenas que abarcan todo tipo de aspectos; en este momento el establecimiento de unos ejes prioritarios de expansión (insisto, tanto comercial como militar y/o política, sucesivamente) servirá en un futuro para proseguir en esa línea. Y este es el otro aspecto sobresaliente, el de la rápida (en términos relativos) expansión de estas primeras fundaciones coloniales, puesto que, al cabo de dos o tres generaciones, o bien se amplía de forma notable el propio territorio, con un nuevo empuje frente al interior indígena, o bien se procede a la fundación de nuevas subcolonias que absorban el crecimiento de población que ha tenido lugar.

Podríamos pensar, por consiguiente, que los ambientes siciliota e italiota, en los que surgen *poleis* griegas en el mismo momento en que en la Grecia metropolitana se están definiendo los rasgos característicos de esta institución, van a seguir un desarrollo paralelo con respecto a ésta. No obstante, los problemas socio-económicos que en Grecia se plantean y que favorecen un flujo permanente de emigrantes, cuyo punto de destino es el mundo colonial en buena medida, van a ser resueltos en éste mediante la ampliación del territorio y la subcolonización, en un grado mayor que el que pueden permitirse las ciudades de Grecia; es ello lo que va a convertir en verdaderos países helénicos a los mundos siciliota e italiota.

Precisamente por ese motivo debemos guardarnos de comparar, aplicando criterios subjetivos, a Sicilia y la Magna Grecia con Grecia. En ambos (o en los tres) casos, tenemos partes de un mundo griego; sin embargo, en cada uno de ellos el ritmo histórico ha sido distinto y si bien la intercomunicación ha sido evidente, los factores que han intervenido en el proceso han determinado peculiaridades que dentro de una visión «clasicocéntrica» absolutamente rechazable pudieran malin-

terpretarse. Sicilia y la Magna Grecia, deben ser estudiadas como partes que son del mundo griego, pero sin que sea necesaria su comparación con otros ámbitos plenamente caracterizados de la Hélade, como puede ser la Grecia continental o la Grecia del Este. Como en otras ocasiones, la expresión de esta idea la encontramos referida a una época posterior, el siglo V, si bien podemos pensar que la misma ha ido surgiendo como consecuencia de una experiencia y de unas vivencias comunes y está contenida en el discurso de Hermócrates de Siracusa en el Congreso de Gela del 424 a.C., donde la idea de un destino común y propio de Sicilia, dentro del ámbito de la Hélade, es ampliamente desarrollada, como se ve en las siguientes palabras:

> «... pues no es ninguna vergüenza que los hombres de igual raza se hagan concesiones, sea el dorio ante el dorio o el calcídico ante los de su raza, siendo todos vecinos y habitantes de un solo país, es más, de una sola isla y conocidos bajo un solo nombre, el de siciliotas. Haremos sin duda la guerra cuando se tercie y nos volveremos a reconciliar entablando negociaciones unos con otros; pero contra los extraños que nos ataquen, si somos prudentes, nos defenderemos siempre en bloque si, como es cierto, al sufrir pérdidas cada uno de nosotros aisladamente quedamos todos en peligro; y jamás en adelante haremos venir de fuera aliados o mediadores. Si nos comportamos así, no privaremos ahora a Sicilia de dos bendiciones: librarse de los atenienses y de la guerra civil; y en el tiempo venidero la habitaremos nosotros solos, libre ya y menos expuesta a las asechanzas de los extraños.» (Tucídides, IV, 64; traducción de F. R. Adrados.)

4.3.2. El Ponto Euxino y sus accesos

En este apartado trataremos de las fundaciones griegas en las regiones de Macedonia y Tracia, así como en el sistema de estrechos que conducen al Mar Negro (Helesponto, Propóntide y Bósforo) y, por fin, las situadas en este último, el Ponto Euxino de los antiguos (Figura 10). Dentro de esta amplísima región debe distinguirse, netamente, este último, de los otros territorios. En efecto, mientras que en las costas macedonias y tracias y en los accesos al Ponto nos encontramos aún en un ambiente claramente helénico que, en muchos casos, no es más que una mera prolongación de la Grecia propia y de la Grecia del Este, el Mar Negro va a presentar ya unos rasgos claramente diferentes.

Igual que en la Magna Grecia y Sicilia, los euboicos van a ser unos de los primeros interesados en colonizar esas regiones del Egeo septentrional, tanto los de Calcis cuanto, según parece, los de Eretria. A la

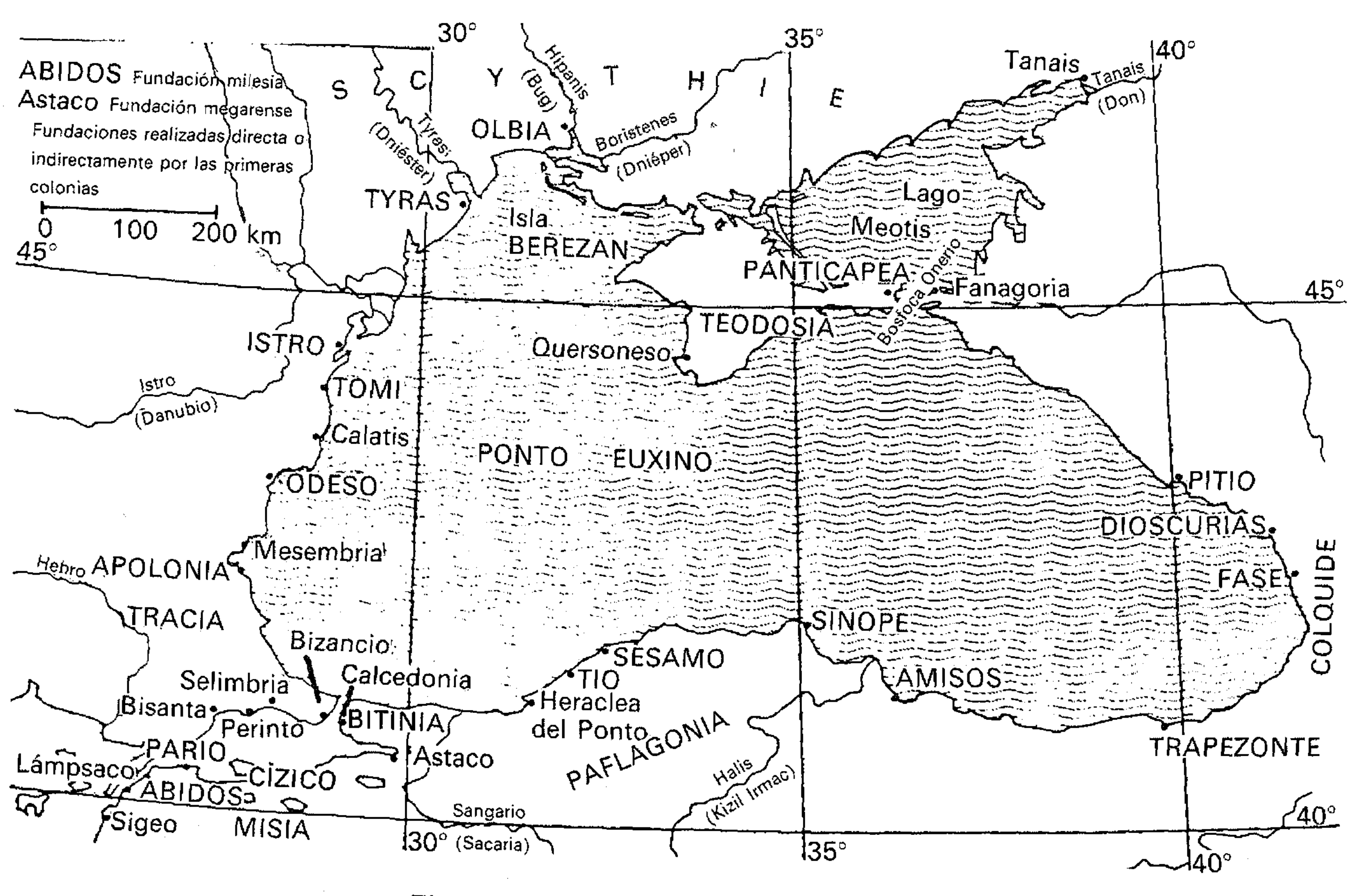


Figura 10. El Ponto Euxino y sus accesos.

proliferación de ciudades de esta procedencia se deberá el nombre que parte de esa región asumirá, el de Calcídica. También algunas ciudades jonias empezaron pronto a interesarse por el mar Negro y sus accesos, como Mileto, que ya en el siglo VIII parece haber establecido una serie de fundaciones en la Propóntide (Cícico), habiéndose transmitido noticias de colonias milesias del siglo VIII en la costa meridional del Ponto (Sinope), si bien la cuestión de las fundaciones coloniales griegas en ese mar antes del siglo VII sigue siendo objeto de debate, no pudiendo descartarse, empero, una frecuentación de tipo precolonial.

Ya en el siglo VII se produce la presencia cada vez más intensa de griegos en toda esa región, con la (re)fundación de Tasos por parte de Paros a mediados del siglo, en la que interviene el poeta Arquíloco, la fundación de Potidea por Corinto, o la fundación de Selimbria, Calcedonia y Bizancio por Mégara. Será, sin embargo, Mileto quien ciertamente monopolice las fundaciones coloniales en el Ponto, dejando sentir también su presencia en sus accesos. Entre las colonias milesias del siglo VII pueden citarse Abidos, Apolonia Póntica, Berezan-Borístenes, Sinope, Panticapeo o Istria, esta última en la desembocadura del Danubio (Istro), o Tanais, el último y más septentrional reducto de la Hélade.

Para los momentos más antiguos, no cabe duda alguna de que los motivos principales que empujaban a los emigrantes eran similares a los que estaban llevando a sus conciudadanos a Italia y Sicilia es decir, la búsqueda de nuevas tierras que poner en cultivo, sin olvidar la riqueza pesquera que la región ofrecía ni, por supuesto, la posibilidad de obtener minerales. No fue hasta más adelante cuando algunas de las ciudades supieron aprovechar, además, su ventajosa situación estratégica en puntos de paso obligado, para conseguir una serie de ingresos suplementarios; ese fue el caso, entre otras, de Calcedonia y Bizancio, que controlaban el Bósforo, pero en cuya fundación intervinieron cuestiones distintas al mero dominio del mismo.

Las colonias griegas del Mar Negro son, en general, poco conocidas, si bien en los últimos años los estados ribereños han emprendido serios estudios tendentes a suplir esta laguna; así, empieza a ser conocido el proceso de formación de la *polis* y de su correspondiente territorio agrícola en muchas ciudades, fenómeno que alcanza su momento de auge a lo largo del siglo VI como, por otro lado, ocurre en Sicilia y en la Magna Grecia; también se ha avanzado mucho en el estudio de la integración dentro de las ciudades del elemento indígena (tracios, escitas), la cual se halla perfectamente atestiguada como lo están también sus intensas relaciones comerciales con la Grecia propia, a la que el Ponto sirve de auténtico granero. Igualmente, es objeto de atención el impacto que la presencia griega tiene sobre los procesos

históricos (urbanización, jerarquización, ideología, etc.) de las poblaciones indígenas que rodean las *chorai* de las ciudades helénicas.

Sin duda alguna, el Ponto se constituye como una unidad dentro del mundo griego y las pruebas del comercio entre las distintas orillas de este mar no son escasas; sin embargo, tanto o más intenso que éste es el existente entre el mismo y los grandes centros de Grecia. Heródoto informa que la navegación entre el Helesponto y el Fasis duraba nueve días y ocho noches y el recorrido en dirección norte-sur ocupaba tres días y dos noches.

Por otro lado, sin embargo, esta unidad no deja de ser «epidérmica», puesto que las ciudades griegas del Ponto, a pesar de la mayor o menor extensión de sus *chorai* y de la existencia de eventuales contactos comerciales con las tierras del interior, se hallan volcadas más hacia el mar que hacia sus respectivos traspaíses. Más que en otros lugares da la impresión de que lo griego es un fenómeno que apenas afecta a las inmensas regiones que se extienden a espaldas de las ciudades costeras. En estas condiciones no podía haber, como sí hubo en Magna Grecia o en Sicilia, una verdadera política de control de los territorios indígenas del interior. En estos dos ámbitos ese interior podía ser fácilmente explorado y conocido porque las distancias así lo permitían; el Mar Negro era un mar interior al que se asomaban numerosísimas ciudades griegas, tras las cuales se extendían tierras inexploradas e inexplorables, especialmente por su parte septentrional, como muestra la sumamente imprecisa y vaga descripción que hace Heródoto (IV, 46-58) y su propia afirmación de que:

> «... nadie sabe a ciencia cierta lo que hay al norte del territorio sobre el que ha empezado a tratar esta parte de mi relato; por lo menos, no he podido obtener informaciones de ninguna persona que asegurara estar enterada por haberlo visto con sus propios ojos; pues ni siquiera Aristeas... pretendió, en la epopeya que compuso, haber llegado personalmente más al norte de los isedones, sino que, de las tierras más lejanas, hablaba de oídas, alegando que eran los isedones quienes daban las noticias que él transmite.» (Heródoto, IV, 16; traducción de C. Schrader.)

Así, los griegos que viven en las costas pónticas tienen sólo un conocimiento muy vago y legendario de la realidad indígena que les envuelve; ello es la prueba, precisamente, de esa orientación hacia el exterior a la que aludía anteriormente; pero al tiempo, el Ponto es poco mencionado en nuestras fuentes seguramente porque es, desde un punto de vista general, considerado un territorio sumamente remoto y en alguna medida marginal, si bien ello no prejuzga la importancia económica que el mismo tendrá para muchas ciudades griegas, inclu-

yendo, además de la exportación de grandes cantidades de trigo, metales, cuero, madera, etc., posiblemente, también la de esclavos.

4.3.3. El Norte de Africa

Otra de las regiones donde se establecieron los griegos fue el norte de Africa, especialmente en la región de Cirenaica, que fue la única que recibió una colonia griega «normal», Cirene, si bien tampoco podemos perder de vista el asentamiento de Náucratis, cuyo *status* real sigue siendo objeto de disputa (Figura 3). Cirene fue una fundación de la ciudad de Tera, establecida en torno al 632 a.C., en una región ya visitada ocasionalmente por los tereos y por otros griegos y que contó desde pronto con la colaboración y participación de los indígenas libios. La historia de Cirene es relativamente bien conocida y sabemos que el fundador, Bato, obtuvo el título de rey y dio lugar a una dinastía hereditaria; igualmente, las informaciones disponibles ejemplifican, más claramente que en ningún otro caso, los motivos que empujan a la colonización, la selección del contingente, la designación del fundador, etc. Bien situada en un fértil territorio, Cirene basaba su economía en el cultivo de cereales y, sobre todo, en la elaboración y exportación de productos de tipo medicinal y culinario confeccionados a base del silfio, planta hoy día desconocida y cuyo proceso se hallaba directamente supervisado por el rey (Figura 11); también tuvo importancia Cirene por ser el punto de llegada de rutas caravaneras procedentes de la región del alto Nilo. Desde Cirene se fundó toda una serie de subcolonias (Barca, Evespérides, Taucheira) que garantizaron el control por parte de los griegos de esa región.

El otro lugar digno de mención en este apartado es, obviamente, Náucratis. Según el relato de Heródoto (II, 178-179) fue el faraón Amasis (570-526 a.C.) quien concedió a los comerciantes griegos un emplazamiento en el brazo occidental del delta del Nilo, permitiéndoles erigir santuarios, en los que se hallaban representadas doce ciudades (Quíos, Teos, Focea y Clazómenas, Rodas, Cnido, Halicarnaso y Fasélide, Mitilene, Egina, Samos y Mileto). Parece, sin embargo, que este faraón únicamente reorganizaría un establecimiento anterior, puesto que es muy posible que ya en época de Psamético I (664-610 a.C.) se hubiera reconocido carácter permanente a ese asentamiento.

En cualquier caso, Náucratis surge como consecuencia del interés egipcio por concentrar, en su propio beneficio, a los comerciantes griegos que, a lo largo del siglo VII y siguiendo en buena medida a los mercenarios de ese origen, habían establecido relaciones comerciales con el país del Nilo. Aun cuando no se sabe a ciencia cierta si Náucratis



Figura 11. El rey Arcesilao II de Cirene, supervisando el pesaje del silfio. Copa lacónica de la primera mitad del siglo VI a.C.

dispuso de instituciones de autogobierno, es difícil pensar que su *status* fuera el de *polis*, aunque sólo sea por hallarse en un territorio cedido por el verdadero titular del mismo, el faraón egipcio. Ello no excluye algún tipo de sistema administrativo, apto para organizar las actividades desempeñadas allí por los residentes y los transeúntes helénicos. Así pues, en sentido estricto, Náucratis no es una verdadera *apoikia* griega aun cuando, sin embargo, su existencia y la del comercio con Egipto debió de ser un motor fundamental para la economía del mundo griego y de sus beneficios participaban tanto aquellas ciudades que se hallaban representadas allí cuanto, al menos en varios casos conocidos, sus colonias y aliados.

Los productos que eran intercambiados en Náucratis eran, por parte griega, madera, hierro, vino, algunos objetos de lujo y, ante todo, la plata y, por parte egipcia, sobre todo trigo, pero también otros artículos de gran demanda, como el papiro, el lino, la sal o el alumbre, por no hablar del marfil, el oro o el alabastro. En suma, un comercio de productos de lujo, a cambio de otros de primera necesidad; todo ello obligaba a movilizar, en un contexto pan-mediterráneo, recursos de muy diversas procedencias y de gran valor específicamente destinados al difícil, selectivo y restrictivo mercado egipcio. El auge de este comercio y, por consiguiente de Náucratis, tendría lugar durante el siglo VI y a esa fecha corresponde buena parte de los hallazgos efectuados durante las excavaciones de principios de este siglo, incluyendo los restos de edificios (templos y talleres, sobre todo) y de cerámicas.

4.3.4. El Extremo Occidente

Por Extremo Occidente entenderemos aquí la amplia región que comprende la Península Ibérica y la Galia Meridional (Figura 3). La presencia colonial griega en este entorno es relativamente tardía, puesto que las primeras fundaciones no tienen lugar hasta el tránsito del siglo VII al VI a.C., no alcanzando cierta consistencia hasta, al menos, la mitad del siglo VI. Ya a fines del siglo VII los mares occidentales son frecuentados por comerciantes y aventureros griegos que, siguiendo en buena medida los pasos de los fenicios, desde hacía tiempo establecidos en la Península Ibérica, llegan hasta Tarteso en busca de beneficios. Tarteso se sitúa, de forma prácticamente unánime, en la costa atlántica peninsular, posiblemente en torno a la región de Huelva. El prototipo de estos comerciantes del último tercio del siglo VII viene representado por la figura de Coleo de Samos, al que alude en una noticia Heródoto (IV, 152). Estas aventuras samias van a verse pronto interrumpidas por una notable modificación de las circunstancias en la ciudad, que va a dar lugar a una nueva orientación de sus actividades. La consecuencia más destacable de ello será que la ciudad de Focea emprenderá por su cuenta la explotación de los recursos que habían dado a conocer los navegantes de la vecina ciudad jónica. No hemos de olvidar, naturalmente, que por esos momentos tanto Focea como Samos estaban interesadas en el mercado egipcio, puesto que ambas se hallaban representadas en Náucratis.

El inicio de las actividades foceas en Occidente se halla perfectamente registrado, igualmente, por Heródoto (I, 163) y en las mismas el interés por Tarteso es evidente; esas noticias se han visto confirmadas en los últimos años merced a las excavaciones que están llevándose a

cabo en Huelva. Como consecuencia de la frecuentación cada vez mayor que los foceos realizan de los mares occidentales, en torno al 600 a.C. se produce la fundación de Masalia y de Emporion que, a lo largo del siglo VI, irán creciendo en importancia, si bien será la primera de ellas la que acabe, en un momento posterior, por controlar las actividades foceas en Occidente y dar lugar, ya en los siglos V y IV, a toda una serie de subcolonias y factorías que jalonarán la costa sudgálica y, en menor medida, la ibérica.

La colonización griega en el Extremo Occidente presenta, pues, ciertos rasgos diferentes con relación a otras regiones. En primer lugar, es obra casi exclusiva de una sola ciudad, Focea. En segundo lugar, el tipo de asentamiento preferido, salvo en Masalia en un momento más avanzado y, en cierto modo, en Emporion, es el *emporion* o factoría sin apenas independencia política y en ocasiones profundamente vinculada al mundo indígena, del que dependerá frecuentemente para su aprovisionamiento de materias primas y su subsistencia. En tercer lugar, la irradiación política sobre ese entorno nativo va a ser escasa, aun cuando no la cultural. Por fin, el inicio de los asentamientos coloniales es netamente posterior al atestiguado en otros ambientes mediterráneos.

4.4. Consecuencias de la colonización griega

Una vez visto, siquiera rápidamente, un panorama general de los rasgos característicos de los distintos ambientes coloniales griegos, es llegado el momento de esbozar las consecuencias que este proceso, iniciado en el siglo VIII y concluído ya prácticamente a fines del siglo VI, tuvo para el mundo griego contemporáneo. Las mismas, con ser de una importancia trascendental, serán observadas desde dos puntos de vista principales: por un lado, su repercusión en la Historia general del Mediterráneo; por otro, su incidencia en el propio desarrollo, interno diríamos, de la Historia griega.

4.4.1. La colonización, creación de una nueva estructura política fuera del ámbito Egeo

En efecto, una consecuencia fundamental de la colonización fue la exportación, a regiones que hasta entonces habían permanecido ajenas al ámbito Egeo (si se exceptúan los contactos, en muchos casos ya olvidados, durante la Edad del Bronce) de un sistema político que en los momentos iniciales del proceso, se estaba desarrollando en el mis-

mo. Este era el modelo de la *polis* griega que, como hemos mostrado en apartados anteriores, presentaba una serie de innovaciones con respecto a los esquemas que en esos mismos momentos se estaban desarrollando en el Oriente Mediterráneo y que estaban, igualmente, siendo difundidos merced a la acción del otro gran pueblo colonizador, el fenicio. No se trata de valorar la superioridad o inferioridad de un modelo sobre otro sino, simplemente, de constatar cómo toda una serie de regiones mediterráneas gozaron pronto de paradigmas organizativos sobre los que plasmar sus propias experiencias. Aquí nos interesa sobre todo el helénico por más que debamos reconocer que en ocasiones las semejanzas entre ambos son mayores que las diferencias.

Las ciudades griegas, independientemente de sus diferencias, poseían una serie de rasgos generales que podemos considerar comunes; así, eran sobre todo centros agrícolas y comerciales. En ellas se tendía a producir los alimentos necesarios para la propia supervivencia y, en caso negativo, las materias primas o productos manufacturados que, convenientemente intercambiados, aportaran los mismos. En cualquier caso, la *polis* tiende a integrarse en el entorno en el que se instala, tanto en el territorio correspondiente o *chora* cuanto en zonas más alejadas. Por ello, una de las consecuencias claras de la colonización es la relación con todos y cada uno de los ambientes indígenas junto a los que se instalan estas fundaciones, dándose origen, en cada caso, a una serie de «procesos de helenización» que, si bien en pocos casos concluirán en una verdadera helenización, aportarán elementos novedosos a las poblaciones no griegas. Estos elementos serán tanto materiales (objetos griegos, como pueden ser las cerámicas o los productos de lujo) cuanto inmateriales (formas de organización política, formas económicas, etc.), sin olvidar los culturales (escritura, arte y artesanía, etc.), que contribuirán a modificar, en mayor o menor grado, la situación preexistente.

Al tiempo que esta transmisión se produce, las sociedades afectadas irán orientando su propia cultura para hacer frente e integrar (o rechazar) estos aportes; a la colonización se debe, en último término, el surgimiento de algunas de las culturas que durante buena parte del primer milenio a.C. alcanzarán cierto protagonismo. Así, no es dudoso que el mundo etrusco tiene una deuda importante con Grecia, como lo tiene también el ibérico, por no mencionar a las poblaciones que habitan en la Galia y Europa Central y que a partir del siglo V darán lugar al conglomerado céltico, todo ello por no hablar de la influencia sobre territorios que, aunque permanecerán más al margen del curso principal de la Historia, también habrán recibido su parte de la herencia helénica, como pueden ser tracios y escitas. Es patente también el peso de lo griego sobre el mundo romano desde época arcaica y, por supuesto, sobre las poblaciones prehelénicas de Italia y Sicilia y sobre

determinados ambientes fenicio-púnicos. En cada uno de estos grupos humanos variarán los elementos helénicos aceptados y los rechazados, así como la intensidad con que ello tiene lugar pero en todos ellos se puede rastrear cómo la acción de las *poleis* que en sus proximidades se instalan tuvo en todos los casos consecuencias importantes.

Una cosa, sin embargo, debe quedar clara: estamos hablando de «procesos de helenización» que yo quiero distinguir de una «helenización» propia la cual, si se quiere, es más utópica (o metodológica) que real. Estos procesos lo que implican no es la copia servil de un modelo aportado por Grecia sino, por el contrario, la posibilidad de elaborar una cultura original partiendo del propio sustrato, pero empleando, en aquellos casos en que sea necesario, tanto un lenguaje formal, cuanto unos modos de expresión, unas formas organizativas e, incluso, una ideología tomadas de los griegos, aun cuando ello implique, dentro del proceso, una reintepretación, en clave no griega, de modelos helénicos. La Hélade, pues, desarrolló, en su ambiente originario un esquema político, con una o varias ideologías a su servicio, con un lenguaje artístico peculiar, con una estructura económica abierta hacia el exterior; la multiplicación de ese esquema, conseguida merced a la colonización, llevó el mismo a todos los rincones del Mediterráneo donde pudo ser observado y eventualmente utilizado en conjunto o sólo en una parte de sus componentes por aquéllos que, sin habérselo propuesto, se habían convertido en vecinos de los griegos. De ello se desprende que, en este terreno, las consecuencias de la colonización no pueden sino haber sido de una importancia extraordinaria que acaso jamás seamos capaces de valorar en sus justos términos.

4.4.2. La colonización, factor básico en la formación de la *polis*

Retomando algo que decíamos en un apartado anterior, diré que la expansión colonial de Grecia, iniciada en el mismo momento en el que se estaba produciendo la definición de la *polis*, va íntimamente ligada, por consiguiente, a su proceso formativo. Surgida como medio de liberar las tensiones existentes en los estados nacientes va, paradójicamente, a introducir unos elementos que van a marcar el desarrollo de los mismos. Así, la implicación comercial que algunos de los centros griegos habían mantenido desde el final de los Siglos Obscuros y que había dado lugar a toda una serie de navegaciones, especialmente a Oriente, va a verse reforzada desde el momento en que las nuevas *poleis* se convierten en nuevos mercados, al tiempo que crean otros propios entre los indígenas junto a los que se instalan. Indudablemente

eso dará lugar a la aparición de individuos que hagan del comercio su principal actividad, proceso que ya hallamos atestiguado en los poemas de Hesíodo. De la misma manera, estas nuevas actividades favorecen un destacable auge económico que no afecta por igual a todos los habitantes de la *polis*, sino sólo a los grupos previamente más privilegiados (los *aristoi*), que tenderán a hacerse con el control de más y mejores tierras, en un proceso que se hallaba en la raíz de las primeras fundaciones coloniales. A todo ello hemos de añadir las transformaciones, ya mencionadas, en los modos de combate, que van dando lugar, paulatinamente, a la táctica hoplítica, con la consiguiente demanda por parte de quienes se integran en la falange de contrapartidas políticas a su participación militar (*véase* 3.3.2 y 5.3).

No quiere decir todo ello que la colonización sea la causa directa de estos desarrollos, pero sí que la misma determinó una transformación cuantitativa importante del marco en el que los conflictos, ya latentes con anterioridad, se desarrollaron, amplificando los mismos. La integración de las *poleis* en una estructura económica con un radio de acción cada vez más amplio, el incremento de la productividad y el aumento demográfico, en relación todo ello con el fenómeno colonial, tendrá un efecto importante sobre las ciudades griegas, al exacerbar las diferencias de trato político de los ciudadanos, en función exclusivamente del nacimiento. El enriquecimiento de sectores significativos de la población, como consecuencia de la prosperidad económica, no se traduce, como hemos visto, en una contrapartida política equivalente y aquí se hallará una nueva causa de inestabilidad. Es también la colonización responsable de ello, en sentido lato. Las soluciones que se adoptarán variarán según los casos, pero fenómenos como el de las tiranías, o los legisladores, que caracterizarán buena parte del arcaismo griego, serán también, en parte, consecuencia del proceso colonial.

En definitiva, la verdadera importancia de la colonización en el desarrollo histórico griego reside, ante todo, en el hecho de que la misma dio origen y liberó toda una serie de recursos y potencialidades que la conformación de la *polis* había contribuído a crear y que, merced a la reproducción hasta la saciedad de tal esquema, propició el desencadenamiento de conflictos internos, pero también puso las bases sobre las que se iba a proceder a su superación (o, al menos, a intentarlo) (*véase* 3.4).

5. El siglo VII en Grecia

5.1. Introducción

Tras haber tratado de forma monográfica la colonización griega, retornamos a un esquema cronológico que nos permita ir comprendiendo el proceso de desarrollo del mundo helénico que, como se irá viendo, se centrará ante todo en la dotación paulatina de contenido de aquellos elementos que, desde su inicio, habían caracterizado la *polis* griega y, muy especialmente, cómo a lo largo del siglo VII, se traducirá en el enfrentamiento social, en la discordia interna, en la búsqueda de un nuevo equilibrio, conceptos todos que los griegos englobaban con el nombre, siempre terrible y ominoso, de *stasis*.

5.1.1. La ampliación del ámbito griego: Las nuevas fundaciones del siglo VII a.C.

Hay que aludir aquí, siquiera brevemente, a que, si el siglo VIII había visto el inicio de la empresa colonizadora griega, el siglo VII verá la prosecución de la misma, con el afianzamiento de este sistema como medio alternativo para solucionar los problemas de tipo económico y social con que se enfrentaban tanto las ciudades que habían iniciado el proceso colonizador cuanto, ya en algunos casos, las propias *poleis* coloniales.

— *Fundaciones secundarias*

En efecto, ya durante el siglo VII aparecen nuevas fundaciones, cuyo origen hay que buscar en las primeras colonias establecidas en el siglo VIII; casos significativos son el de Siracusa, que fundará los centros de Acras, Casmenas y Camarina (esta última ya en el 598 a.C.), o Zancle, que fundará Hímera o Mégara Hiblea que establecerá Selinunte, todas ellas en Sicilia, o, en la Magna Grecia, el caso de Síbaris, que fundó Posidonia, o el de Locris Epizefiria que fundó Medma e Hiponio. La finalidad de estas fundaciones no difiere mucho de los motivos que habían llevado, dos o tres generaciones antes, a la fundación de ellas mismas; naturalmente, y junto a la resolución de problemas internos sobrevenidos en las colonias de primera generación, también hay que tener en consideración que el desarrollo de las actividades comerciales empieza a preocupar seriamente a las ciudades y, por ello, también se tenderá a colocar los nuevos establecimientos en los sitios más favorables de cara a este tipo de empresa, no siendo infrecuente que las nuevas metrópolis traten de establecer un control más o menos intenso sobre sus (sub)colonias, no siempre coronado por el éxito. Práctica habitual, que se generaliza con motivo de estas subcolonias es la participación de la metrópolis originaria, habitualmente mediante el procedimiento de enviar un *oikistes* que, junto con el nombrado por la verdadera fundadora, se responsabiliza de las tareas derivadas de la fundación, contribuyendo a integrar a todas ellas en un amplio conjunto unido por vínculos de amistad y afinidad.

— *Apertura de nuevos ámbitos: Tracia y el Ponto Euxino; el Adriático. La fundación de Cirene y Náucratis*

Junto a la prosecución de la labor colonizadora en regiones ya tocadas desde el siglo VIII, en el siglo VII se produce también la apertura de nuevos ámbitos entre los que cabe destacar la región de los accesos al Ponto y el propio Mar Negro, a la que ya hemos aludido. En efecto, la presencia clara de fundaciones en este mar empieza a atestiguarse desde aproximadamente la mitad del siglo, aun cuando no será hasta el período de tránsito entre el siglo VII al VI cuando tome fuerza el proceso colonizador en estas regiones. En él, las ciudades jonias y, sobre todo, Mileto, tendrán un gran papel, en unos momentos en que el surgimiento del poderío lidio en Asia Menor impedirá cualquier intento por controlar los valles fluviales que surgen a espaldas de las ciudades griegas costeras y, por consiguiente, deberán buscarse nuevas tierras en regiones aún poco o nada frecuentadas por los griegos (*véase* 4.3.2).

Igualmente, se produce, a partir sobre todo de Corinto y de su

colonia Corcira, la colonización del Adriático, con fundaciones como Epidamno, Ampracia, Anactorio, Léucade o Apolonia en Iliria, por no mencionar el establecimiento de Corcira Negra por parte de Cnido. Por fin, y dentro del ámbito norteafricano, es también en el siglo VII cuando se produce el establecimiento tereo de Cirene y el inicio del asentamiento griego (tal vez samio y milesio en un primer momento) en lo que acabará convirtiéndose en Náucratis.

Así pues, el siglo VII es también un momento importante dentro del proceso colonizador, caracterizado bien por el reforzamiento de la presencia helénica en las regiones previamente ocupadas cuanto por la apertura de otras nuevas, en muchas ocasiones originadas, además de por los excedentes de población en las metrópolis, por el deseo de establecer verdaderas redes comerciales que garanticen el bienestar de aquéllas.

5.2. El siglo de la poesía lírica griega

Junto con la ampliación territorial del mundo griego, el siglo VII se va a caracterizar por la aparición de un nuevo género literario, la poesía lírica griega que ya en este momento alcanzará un amplio desarrollo, el cual se prolongará también durante el siglo VI. Las composiciones poéticas que empiezan a surgir por todo el mundo griego presentan, ante todo, y es su novedad principal, ecos de la situación contemporánea frente a lo que era habitual en los Poemas Homéricos y en el ciclo épico. En ese sentido de inmediatez, el precedente más notable lo constituyen *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo. El poeta lírico expresa sus impresiones acerca de toda una serie de cuestiones, a las que aludiré más adelante, hablando habitualmente en primera persona y dejando traslucir, por vez primera, un auténtico sentimiento personal acerca del mundo circundante. Si bien, debido a eso mismo, la utilización de la poesía lírica como fuente histórica está sujeta a la observación de múltiples precauciones, a causa de la subjetividad que, casi por definición, la caracteriza, las vivencias que la misma reflejan son un elemento fundamental a la hora de comprender la mentalidad helénica durante estos momentos cruciales en los que se concluye, de modo casi definitivo, el proceso de conformación de la *polis* griega (*véase* 5.2.1).

5.2.1. Valores expresados en la lírica; la elaboración de una ideología política

Como decía anteriormente, los asuntos tratados en las poesías líricas son tan variados casi como los autores que las componen. El Prof.

Rodríguez Adrados (RODRIGUEZ ADRADOS: 1981), gran conocedor del mundo de la lírica arcaica ha establecido, en un libro fundamental por muchos aspectos, una serie de apartados que pueden resumirse en: «Dioses y hombres»; «Ciudad, ley e individuo»; «Muerte, vejez y juventud»; «Amor»; «Encomio y escarnio, opinión y crítica». Así pues, las relaciones entre divinidades e individuos, la vinculación entre éstos y el estado, los sentimientos puramente personales, entre otros, hallan cabida en la poesía lírica. Por razones obvias, aquí nos interesará, ante todo, la referencia política presente en la lírica, aun cuando no podamos dejar de reconocer que, en el universo lírico, hay una gran interrelación entre los diferentes aspectos abordados.

La preocupación política ocupa un lugar destacado en la lírica y un tema recurrente viene representado por la cuestión de los deberes de los ciudadanos hacia su *polis*; las descripciones de combates y la exhortación a los combatientes a mantenerse en su puesto hasta la muerte es la plasmación más evidente de este sentimiento, como lo encontramos en los poemas de Calino de Efeso (frag. 1 D) o Tirteo de Esparta (frag. 1 D). De paso diremos que los ideales defendidos, si bien con resonancias aristocráticas, son al tiempo el paradigma de la ideología hoplítica, algunos de cuyos rasgos he avanzado ya y sobre la que volveré más adelante. No obstante, una reflexión política profunda no la encontraremos en la lírica hasta el siglo VI, en los poemas de Solón o, en el tránsito del siglo VII al VI en la poesía de Alceo. Tanto Calino como Tirteo, cuyo período de florecimiento se sitúa a mediados del siglo VII, componen buena parte de lo que se conoce de sus obras respectivas bajo la amenaza externa, en el primero de los casos representada por las invasiones cimerias y en el segundo de ellos por la Segunda Guerra de Mesenia. Eso explica, parcialmente, el énfasis en los aspectos bélicos que hallamos en los dos (*véase* 3.4.2; 5.3.2).

De la obra de Calino es, ciertamente, poco lo que se conoce, lo que impide saber si abordó otros temas. La de Tirteo tampoco se ha conservado en cantidad, si bien disponemos de algunos datos más. De ellos el más importante es el fragmento 3 D, que recoge lo que posiblemente sea una paráfrasis de la Retra de Licurgo y del que reproducimos un pequeño pasaje por su evidente interés:

> «Que manden en consejo los reyes que aprecian los dioses, ellos tienen a su cargo esta amable ciudad de Esparta y los ancianos ilustres y luego los hombres del pueblo, que se pondrán de acuerdo para honestos decretos. Que expongan de palabra lo bueno y practiquen lo justo en todo y que nada torcido maquinen en esta ciudad.» (Tirteo, frag. 3 D; traducción de C. García Gual.)

Si se recuerda el énfasis que Hesíodo hacía sobre las decisiones injustas de los «reyes devoradores de regalos», no dejará de sorprendernos este pasaje. Como ya veremos, la Retra de Licurgo presuntamente le es entregada al legislador por el oráculo délfico y quien está hablando, en este pasaje de Tirteo, es el propio Apolo. Si en Hesíodo se solicitaba de *Dike* que velara por el buen orden social, aquí es el propio Apolo quien lo garantiza. Las semejanzas con el lenguaje hesiódico no hacen sino reforzar esta impresión. Aun cuando se le atribuya a Apolo la autoría de estas palabras, hay aquí ya un primer atisbo no sólo de reflexión política, sino de los medios para lograrlo. Parecería como si las demandas de Hesíodo hubiesen hallado la respuesta apropiada, al menos en la ciudad de Esparta. Al tiempo, da la impresión de que ese buen orden social, esa Eunomía a la que alude el fragmento, viene garantizada, precisamente, por la sumisión del ciudadano a la jerarquía que los propios dioses han establecido: reyes, ancianos, ciudadanos, al menos en el caso de Esparta. La adhesión a los reyes y a sus decisiones, la lealtad hacia la ciudad, expresada gráficamente por el propio Tirteo en su fragmento 1 D, es a la vez causa y consecuencia de ese buen orden (*véase* 5.1.2):

> «... avancemos trabando muralla de cóncavos escudos, marchando en hileras Panfilios, Hileos y Dimanes y blandiendo en las manos, homicidas, las lanzas. De tal modo, confiándonos a los eternos dioses, sin tardanza acatemos las órdenes de los capitanes y todos al punto vayamos a la ruda refriega, alzándonos firmes enfrente de esos lanceros.» (Tirteo, frag. 1 D; traducción de C. García Gual.)

No cabe duda, por consiguiente, que en la Esparta de la primera mitad del siglo VII y sin duda no es un fenómeno aislado, se ha elaborado ya un marco de referencia que permite la integración del individuo dentro del organismo de la *polis* y que la misma se ha concebido como un conjunto de contrapartidas mutuas. Es la *polis* la que protege al individuo y a su familia:

> «Que lo más amargo de todo es andar de mendigo, abandonando la propia ciudad y sus fértiles campos y marchar al exilio con padre y madre ya ancianos, seguido de los hijos y de la legítima esposa ... entonces con coraje luchemos por la patria y los hijos y muramos sin escatimarles ahora nuestras vidas.» (Tirteo, frag. 6+7 D; traducción de C. García Gual.)
> «Honroso es, en efecto, y glorioso que un hombre batalle por su tierra, sus hijos y por su legítima esposa contra los adversarios«. (Calino, frag. 1 D; traducción de C. García Gual.)

Sin embargo, esa protección es consecuencia del sentimiento que debe unir al ciudadano con su ciudad natal, que le exige, en caso de necesidad, el supremo esfuerzo de su sacrificio personal en aras de la colectividad. Ciertamente, no podríamos encontrar una prueba más evidente del proceso que está desarrollándose. Surgida la *polis* a lo largo del siglo VIII, a la mera integración de individuos y territorios diversos por razones varias, le sucede la elaboración de toda una serie de temas que no sólo justifiquen sino que, además, refuercen esa solución: los líricos son testigos (y a veces también artífices) de la construcción de la ideología de la *polis*. Lo más curioso de todo ello es que son los ideales aristocráticos los que, poco a poco van impregnando toda la sociedad, siendo asumidos, si bien matizados en algunos aspectos, por el conjunto de la ciudad; al tiempo, la aristocracia propiamente dicha va a ver amenazada su posición, en cuanto clase, dentro de la *polis* que se está dotando de base jurídica. También la lírica es testigo de ese proceso.

5.2.2. El ideal aristocrático, entre la exaltación poética y las amenazas externas e internas

Ya en uno de los pasajes previamente citados de Tirteo (frag. 3 D) se expresaba un nuevo orden social en el que, junto a los reyes y los ancianos (el esquema que hallábamos en los Poemas Homéricos) se hace referencia a los hombres del *demos* como partícipes decididos en la toma de decisiones. Bien poco importa, en este sentido, que en Esparta, como sabemos, la traducción de esta prerrogativa no comportaba votaciones individualizadas sino el arcaico procedimiento de la aclamación; en cualquier caso, el mismo hecho de su mención constituye una importante transformación, si lo comparamos con la situación que se desprende de los Poemas Homéricos o del propio Hesíodo.

Da la impresión, por otro lado, de que la *polis* del siglo VII ha asumido, en su conjunto, aquellos ideales que habían caracterizado a los *aristoi* de los Poemas Homéricos; leyendo los pasajes de Tirteo o de Calino no podemos dejar de tener presentes estos ecos homéricos y, sin embargo, ahora van dirigidos no a un restringido grupo de individuos que, montados en sus cabalgaduras, acuden al combate singular, sino a una masa compacta de ciudadanos, la falange hoplítica, que al tiempo que ha heredado la función defensiva del *aristos* de los Siglos Obscuros se ha revestido de unos atributos, al menos en el plano ideológico, similares. Y no deja de ser interesante, a este respecto, la observación que ha realizado Morris (MORRIS: 1987), en el libro que ya

he mencionado anteriormente, en el sentido de que en determinadas partes del mundo griego se observa, entre los años finales del siglo VIII y los iniciales del VII, una modificación sustancial de las formas de enterramiento, que le llevan a sugerir la extensión de un «derecho a un enterramiento formal» a grupos previamente excluidos del mismo, hecho que puede relacionarse, probablemente, con la ampliación de la base social de las ciudades griegas. Sin embargo, si nos preguntamos por el tipo de su integración política, hemos de responder necesariamente que la misma sigue siendo limitada y el ya mencionado pasaje de Tirteo nos lo presenta, al colocar a los hombres del *demos* en el último lugar en la línea del ejercicio del poder (*véase* 5.2.1).

Deberíamos, pues, pensar que a una extensión de determinados aspectos de la ideología aristocrática a grupos emergentes, que participan de la defensa de la *polis* y de las representaciones aristocráticas en torno a este hecho, no le ha correspondido un reconocimiento real inmediato, esto es, político, de esa nueva situación. Por supuesto que éste será un nuevo factor de inestabilidad, cuyo desenlace se verá en apartados ulteriores. Lo que aquí me interesa mostrar, por no alejarme aún de los líricos, es cómo estos ideales, lejos de ser unánimemente admitidos, son cuestionados y, lo que es peor, se ironiza con ellos de forma explícita. Quien de esta manera obra no es otro que Arquíloco de Paros (*véase* 5.7; 5.8).

Contemporáneo de Tirteo y Calino y natural de la isla de Paros, era hijo del noble Telesicles y de la esclava Enipó; aun cuando las opiniones son dispares, se tiende a considerar a este Telesicles como el *oikistes* de Tasos y se piensa que Arquíloco participaría en un refuerzo pario enviado a su colonia de Tasos. Sea como fuere, ello no nos afecta aquí más que de modo secundario. Lo verdaderamente interesante es que Arquíloco, ante una situación bastante parangonable a las descritas para Efeso (Calino) y Esparta (Tirteo), enfrentado a un enemigo bárbaro (los tracios) que ponen en peligro la supervivencia de Tasos, va a reaccionar de modo distinto. No es que Arquíloco rechace la guerra, antes bien al contrario, buena parte de sus poemas giran en torno a la misma, sino que la representación que de ella misma se hace arroja una cierta sombra de duda acerca de la sensatez de los ideales que los otros dos poetas defienden. Así, la ruptura del tabú de la pérdida del escudo, que implica, necesariamente, una huída y que constituye uno de los pasajes más conocidos del poeta de Paros:

> «Algún Sayo alardea con mi escudo, arma sin tacha, que tras un matorral abandoné, a pesar mío. Puse a salvo mi vida. ¿Qué me importa tal escudo? ¡Váyase al diantre! Ahora adquiriré otro no peor.» (Arquíloco, frag. 6 D; traducción de C. García Gual.)

Esta expresión, inconcebible en otro poeta es, sin embargo, pronunciada por Arquíloco. Se ha hablado en muchas ocasiones del individualismo que este poeta representa y puede que sea cierto. Pero de lo que no cabe duda es de su propia visión de los hechos, profundamente crítica. Crítica con la representación habitual de la *polis* y, sobre todo, del papel del individuo dentro de ella:

> «Siete muertos han caído, que habíamos alcanzado a la carrera, ¡y somos mil sus matadores!» (Arquíloco, frag. 61 D; traducción de F. R. Adrados.)

Esta «hazaña», grotesca por desproporcionada también cuadra bien en este contexto del que Arquíloco se erige en representante así como la descripción del general ideal:

> «No me gusta un general de elevada estatura ni con las piernas bien abiertas ni uno orgulloso de sus rizos ni afeitado a la perfección: que el mío sea pequeño, firme sobre sus pies y todo corazón.» (Arquíloco, frag. 60 D; traducción de F. R. Adrados.)

Lo que aquí tenemos es, en cierta medida, la descripción del «antihéroe»; frente a los personajes homéricos, caracterizados por su belleza física, sólo parangonable a su «belleza moral» o *arete*, connotaciones que posee también el *aristos* arcaico, Arquíloco busca la efectividad en la acción, prescindiendo de esos ideales elaborados por la aristocracia dirigente. No cabe duda de que nos hallamos frente a una crítica formal a la sociedad aristocrática.

Si habíamos considerado a Hesíodo «portavoz» del descontento social de los años finales del siglo VIII, podríamos pensar en Arquíloco como su representante a mediados del siglo VII; lejos de la idílica y en cierto modo utópica visión de la Eunomía de Tirteo, Arquíloco ataca también otras prácticas corrientes en su época, como el afán desmedido de riquezas, que será, a inicios del siglo VI uno de los temas preferidos de la poesía de Solón:

> «No me importan los montones de oro de Giges. Jamás me dominó la ambición y no anhelo el poder de los dioses. No codicio una gran tiranía. Lejos está tal cosa, desde luego, de mis ojos.» (Arquíloco, frag. 22 D; traducción de C. García Gual.)

Aparte de aparecer en este poema la primera mención conocida de la palabra «tiranía», quizá podemos ver aquí una crítica a situaciones contemporáneas que él está presenciando: afán de riquezas, poder absoluto, equiparable al de los dioses, ambición desmedida, etc. Como

acabo de apuntar, por Solón sabemos que en todo ello radica una de las causas del conflicto político, luego no es improbable que connotaciones similares alcance ya con Arquíloco.

La idealización de la *polis* tampoco es practicada por nuestro poeta; refiriéndose a la que parece convertirse en su segunda patria, Tasos, y a sus habitantes, afirma:

> «Esta (Tasos) como un espinazo de asno se encrespa, coronada de un bosque salvaje... Que no es un lugar hermoso ni atractivo ni amable cual el que surcan las aguas del Siris.» (Arquíloco, frag. 18 D).
>
> «Así en Tasos confluyó la basura de toda Grecia«. (Arquíloco, frag. 54 D; traducciones de C. García Gual.)

El desprecio por los propios conciudadanos es algo que también hará fortuna en la lírica griega, como muestran bastantes pasajes de Teognis, en el siglo VI, si bien el acento en este último poeta parece ser de signo contrario.

5.2.3. La lírica, testigo de un proceso de cambio

De lo hasta aquí visto se desprende que ya en la mitad del siglo VII dos concepciones distintas de la *polis* están presentes: por un lado, la «tradicional», representada por Calino y Tirteo, en la cual predominan los valores aristocráticos, por más que se haya ampliado la base social (pero no política) sobre la que se aplican. Es ella la que elabora el tema de lo que en su momento se convertirá en la «bella muerte», la muerte en defensa de la *polis* y la que apela a la vergüenza de la huida y recuerda el espantoso destino del guerrero vencido. Los ecos homéricos (y, por ello mismo, aristocráticos) son evidentes.

Por otro lado, la representada por Arquíloco que cuestiona buena parte de este esquema: la guerra es en sí deplorable y no siempre tan heroica como pudiera aparecer a los ojos de la otra tendencia; la idea de la *polis* está consolidada, pero a su sombra se sigue produciendo el enriquecimiento y la mala actuación de sus gobernantes; a veces es, incluso, dudoso, si merece la pena luchar por los conciudadanos; por fin, se llega a dudar de la efectividad de esas ideas con las que los dirigentes están impregnando a la ciudad. Ciertamente, en Arquíloco no hay una clara respuesta política sino, más bien, la constatación de un malestar. El, lo afirma expresamente, no aspira a la tiranía, pero ello no le impide pulsar el descontento existente, del cual él mismo es partícipe. Es, en cualquier caso, el reflejo de unos descontentos a los que poco a poco habrá que ir dando salida lo que se logrará, como se verá en capítulos ulteriores, de diversos modos (*véase* 5.7; 5.8).

Por último, quiero sólo traer a la consideración del lector el hecho de que Arquíloco es fruto de la unión entre un noble y una esclava, es decir, un tipo de individuo (llamémosle, siquiera aproximativamente «hijo ilegítimo de un aristócrata») que encontramos en ocasiones en el siglo VII y cuyo prototipo más conocido es Cípselo de Corinto, que también representa un estado de opinión parecido al que propugna el poeta. La diferencia con Arquíloco estará en que éste, que sepamos, no intentará ninguna medida efectiva para modificar la situación y que, sin embargo, Cípselo (entre otros) hará algo más que escribir, pasando a la acción política y convirtiéndose en tirano. Quizá el paralelo sea fortuito pero, más allá del mismo, figuras como Arquíloco y Cípselo (rigurosamente contemporáneos) nos muestran que junto con los denunciantes de la situación también había otros dispuestos a buscar un remedio.

5.3. Las innovaciones en el campo de la guerra: El armamento hoplítico

Antes de entrar en las cuestiones económicas considero oportuno traer a colación la cuestión de la reforma hoplítica y de la ideología que, presuntamente, se vincula a ella. Ya en un apartado anterior habíamos hablado de los hoplitas en un contexto del siglo VIII. Parece, como decía entonces, que los distintos elementos que configurarán el armamento hoplítico clásico han ido surgiendo en épocas diferentes a lo largo del siglo VIII y primera mitad del siglo VII; veíamos, igualmente, cómo ya en la Ilíada se aludía a combates en formación y, por consiguiente, cómo era ya lícito plantear para aquellos momentos la cuestión de una cierta «ideología hoplítica». Los testimonios arqueológicos han permitido corroborar la impresión de que los elementos de la panoplia hoplítica han ido apareciendo poco a poco, hasta dar origen a la imagen tradicional de este guerrero y de su forma de combate típica, la formación cerrada. Igualmente, otros testimonios nos han ido mostrando lo paulatino del proceso de adopción del armamento y de la táctica hoplítica y cómo en el mismo interviene, de forma clara, la necesidad de no quedar retrasados en un campo como en el de la guerra, sujeto siempre a rápidas y profundas modificaciones (*véase* 3.4.2).

Tenemos la fortuna de disponer de dos testimonios, prácticamente contemporáneos, que nos muestran cómo a mediados del siglo VII ya se ha llegado a lo que, desde entonces, se convertirá en el medio habitual de combate por parte de los griegos, la falange hoplítica; por un lado, el conocido «Vaso Chigi», una olpe del Protocorintio Medio, datada entre 650-640 a.C. (Figura 12); por otro, un pasaje del ya citado



Figura 12. El «Vaso Chigi», olpe del Protocorintio Medio.

Tirteo (cuyo florecimiento se sitúa hacia el 640 a.C.) y que a continuación transcribo:

> «Así que todo el mundo se afiance en sus pies y se hinque en el suelo, mordiendo con los dientes el labio, cubriéndose los muslos, las piernas, el pecho y los hombros con el vientre anchuroso del escudo redondo. Y en la derecha mano agíte su lanza tremenda y mueva su fiero penacho en lo alto del casco. Adiéstrese en combates cumpliendo feroces hazañas y no se quede, pues tiene su escudo, remoto a las flechas. Id todos al cuerpo a cuerpo, con la lanza larga o la espada herid y acabad con el fiero enemigo. Poniendo pie junto a pie, apretando escudo contra escudo, penacho junto a penacho y casco contra casco, acercad pecho a pecho y luchad contra el contrario, manejando el puño de la espada o la larga lanza. Y vosotros, tropas ligeras, uno acá y otro allá, agazapados detrás de un escudo, tirad gruesas piedras y asaeteadlos con vuestras pulidas jabalinas, permaneciendo cerca de los que portan armadura completa.» (Tirteo, frag. 8 D; traducción de C. García Gual.)

Teniendo presentes estas dos imágenes, proseguiremos el análisis histórico de la llamada «reforma hoplítica».

5.3.1. La reforma hoplítica en el desarrollo histórico griego

Antes de seguir adelante, he de decir que yo creo, realmente, en una «reforma hoplítica», al menos en el sentido de que, en contra de lo expresado en algún trabajo moderno, el modo de combate «homérico», aristocrático por antonomasia, es el duelo, que con el paso del tiempo (y ya también en época «homérica») va combinándose con el combate en formación, como se vio en su momento. Se trata, por lo tanto, de una reforma en el modo de combatir, si bien, lejos de tener lugar en un momento y en un lugar puntuales, abarca un largo período de cerca de un siglo, hasta llegar a su imagen clásica, a mediados del siglo VII (*véase* 3.4.2).

En otro orden de cosas, ciertamente, la existencia de una formación hoplítica, es decir, la falange, implica que una parte importante de la comunidad disponga de los medios económicos suficientes para costearse el complejo equipamiento del hoplita. Si bien los que dispongan de estos medios no van a ser mayoritários en la *polis*, sí parece cierto que su número no coincide, sino que rebasa al de los *aristoi* originarios. Al tiempo, e independientemente de la forma real que asumiera el combate hoplítico, parece cierto que la formación cerrada implica u origina un sentimiento de solidaridad y, en un plano superior, refuerza la idea de la *isonomia*, al tiempo que amplía su contenido al haber admitido a sujetos no aristocráticos, verdaderos depositarios de ese concepto en un primer momento. Lamentablemente, ha sido fácil dar el siguiente paso y hablar de un «estado hoplítico», acerca de lo cual trataré en el siguiente apartado.

Lo único que quiero apuntar en el presente es que si alguna importancia histórica (más allá de la meramente militar) tuvo la reforma hoplítica la misma radicó, ante todo, en la posibilidad que ahora se le abría a una serie de individuos de defender personalmente la *polis* lo cual, sin duda, aumentó su sensación de pertenencia a ella. Una primera y tenue contrapartida fue la «extensión» de las connotaciones aristocráticas de la lucha a ese conjunto más amplio de ciudadanos; en eso estoy de acuerdo con Hammond (HAMMOND: 1982, 340), aunque no comparto su idea de que una aristocracia de nacimiento da paso a una nueva aristocracia de la riqueza y la guerra. Calino y Tirteo son portavoces de esa orientación. Pero tampoco hemos de olvidar a Arquíloco, que representaría a aquéllos que no se dejan engañar por esa «aristocratización» (en un plano meramente formal) de los nos aristócratas. Ciertamente, y como también ha puesto de manifiesto recientemente Starr (STARR: 1986, 81) no existió nunca una «clase hoplítica» como agrupación consciente y unificada económicamente. Eso no quiere decir, no obstante, que el sentimiento de ascenso social que muchos de

estos ciudadanos-soldados experimentaban, acompañado ya de un auge económico, ya del reconocimiento formal del mismo, se viese contrarrestado por la constatación de su tenue o nula participación política. Sin necesidad de convertirse en un grupo organizado (lo que tampoco debe excluirse) lo cierto es que en muchos de ellos debió de ir surgiendo un profundo malestar que los acontecimientos contemporáneos y ulteriores demuestran y que desembocará en la *stasis*, para cuya resolución se pondrán en marcha distintas medidas a las que ya aludiré en su momento (*véase* 5.7; 5.8).

5.3.2. La ideología del ciudadano-soldado. Estado de la cuestión

Hay que deslindar, en primer lugar, el asunto de la «ideología hoplítica» de la problemática del «estado de los hoplitas», puesto que son cosas distintas. El surgimiento de un tipo de representación ideal que englobara a aquellos individuos que, sin ser *aristoi*, tienen participación en los asuntos bélicos lo hemos detectado ya en los Poemas Homéricos y, en sus diversas formas, entre los poetas líricos del siglo VII. Puesto que la visión de Arquíloco es netamente negativa y, por lo tanto, no parece haber contribuído a conformar una auténtica ideología, sino más bien todo lo contrario, deberemos retener lo dicho a propósito de Calino y Tirteo (y muy especialmente de este último) como parte esencial de la misma. Según esta representación el soldado, que es a la vez ciudadano, lucha en defensa de su ciudad y de ello se derivan beneficios generalizados, expresados mediante la recurrencia, además de a la patria (la tierra de los padres) a toda una serie de imágenes (la esposa legítima, los hijos, los padres ancianos) cuyas connotaciones nos remontan, sin duda, a los episodios épicos en torno a la *Iliupersis* (la toma de Troya), ampliamente explotados también por la tragedia ática del siglo V. La acción valerosa, ennoblecida por la *arete*, prerrogativa aristocrática aquí «cedida» al combatiente, la muerte, que se convierte, en este contexto, en algo bello (*kalos*, otro rasgo aristocrático), completan este ideal (*véase* 5.2.1).

El énfasis, sin embargo, ahora, y es un signo de los tiempos, no se sitúa ya en el combate individual (*monomachia*) sino en la lucha en líneas cerradas (*taxis*) dentro de una formación (*phalanx*); pero, por ello mismo, todas esas prerrogativas aristocráticas no le son otorgadas al individuo como tal, sino al conjunto del que forma parte. El *aristos* lo será antes y después del combate; el hombre del *demos* será *aristos* mientras combata en esa formación y, eventualmente, si muere en ella. Acabado el combate y vuelto a su vida cotidiana, no hallará recompen-

sa proporcional a su esfuerzo. Sin embargo, la *arete* del *aristos*, como tantas otras cosas, también se objetiva; del mismo modo que el *agon* es ahora atlético y en torno a un santuario, es a este último al que se le hace la ofrenda de agradecimiento. No es casual, como ha puesto de manifiesto Finley (FINLEY: 1979, 265), que en la misma época en la que hace su aparición el hoplita desaparezcan abruptamente en toda Grecia las tumbas de guerreros, hecho que él interpreta como «la extensión de la función militar del aristócrata "heroico" a un sector más amplio de la población». Eso es un aspecto más del proceso de configuración de lo político; la acumulación de los propios *agalmata* en la tumba desaparece como señal de las transformaciones del momento; ahora el santuario recibirá aquellos artículos que, en los momentos previos, se amortizaban en la tumba. En ésta, las diferencias entre el *aristos* y el hombre del *demos* tenderán a ser cada vez menores, prueba tal vez de la paulatina extensión de estos ideales favorecidos por la generalización de la forma de combate hoplítica, reforzados a veces por leyes, como se sabe, que impedirán todo tipo de ostentación en las ceremonias funerarias (en último lugar GARLAND: 1989).

Teniendo esto presente, retomaremos ahora la cuestión del «estado hoplítico». Este asunto, ciertamente, suele ser uno de los más espinosos en cualquier análisis de la sociedad griega arcaica; en efecto, y simplificando, las posturas existentes son, fundamentalmente, dos: por un lado, aquéllos que defienden que el conjunto de los ciudadanos que forman parte de la falange se constituyen en una especie de «grupo de presión» que exige las contrapartidas políticas a su posición cada vez más importante desde el punto de vista militar; por otro lado, aquellos otros que piensan que no ha existido nunca una verdadera unidad de intereses y de acción entre todos esos individuos. A todo ello se le suma, además, la relación (de anterioridad o de posterioridad) de la falange hoplítica con el ascenso de los tiranos y la vinculación de los mismos a los ideales presuntamente emanados de ese conjunto de ciudadanos integrados en la falange.

Para tratar de resolver el dilema, empezaré diciendo que creo, con Cartledge (CARTLEDGE: 1977), que sólo en Esparta la «clase hoplítica» llegará a equivaler a «cuerpo ciudadano» y ello merced a la peculiar evolución que en la misma se atestigua y a la que aludiré en su momento. Pero, por otro lado, me adhiero, asimismo, a la idea de Salmon (SALMON: 1977), para quien los hoplitas, como tales, eran incapaces de formular una lista coherente de sus agravios aunque sí se hallaban lo suficientemente descontentos como para que alguna facción aristocrática capitalizase el mismo en su propio beneficio (*véase* 5.7.2; 7.1).

En efecto, podemos considerar como algo utópica la idea de un «estado hoplítico», con excepción tal vez de Esparta; lo que sí habrá,

como habíamos visto, serán situaciones de descontento, las cuales serán convenientemente aprovechadas dentro de una dinámica de lucha por el poder que parece afectar a distintos grupos aristocráticos, con sus correspondientes cabezas dirigentes. Esta situación que debió de ser bastante general a lo largo del siglo VII nos es bien conocida gracias al testimonio personal de Solón, en los años del tránsito entre el siglo VII y el VI, que menciona repetidas veces a unos *hegemones* o *prostatai tou demou*, jefes del pueblo, culpables de dirigirlo erróneamente. No cabe duda del carácter aristocrático de éstos y de que su acción se orienta directamente contra el poder establecido, controlado por las instituciones aristocráticas (*véase* 3.4.2).

Así pues, y retomando el hilo de lo que decíamos anteriormente, los *aristoi* habían ido ampliando la base militar de la *polis*, enrolando (de grado o por la fuerza) a aquéllos de entre los campesinos cuyo nivel de bienestar fuese capaz de permitirles costearse el equipo hoplítico, pero sin otorgarles una voz política equiparable al esfuerzo exigido. Esta situación, que ya encontramos esbozada en los Poemas Homéricos y, más claramente, expresada en Hesíodo, no va a producir, durante un tiempo, ninguna respuesta directa. La sensación de malestar, sin embargo, debe de haber ido creciendo, máxime cuando poetas como Calino o Tirteo ensalzaban el esfuerzo heroico del soldado-ciudadano, hacia el que se vertían todos aquellos elogios que habían sido patrimonio exclusivo de la aristocracia, siempre y cuando se le tomase como una colectividad. Será entonces cuando surjan, de entre las propias filas aristocráticas, individuos que, descontentos por los motivos que sea, con la situación existente, tratarán de capitalizar esos no siempre claros sentimientos, centrados en una mejora de las condiciones políticas, pero en los que también intervienen demandas de un mejor trato económico (el problema de la tierra y las deudas), quejas contra la indefensión jurídica, etc.

Pero estas demandas no corresponden a la «clase hoplítica» sino a los ciudadanos que forman la falange hoplítica, lo cual es algo diferente, puesto que no serán los representantes de estos hoplitas los que traten de hacerse con el poder, sino que, por el contrario, serán otros los que, sobre esa situación de descontento, pero no necesariamente en representación de la misma, traten y en muchos casos consigan, acceder al poder. Posiblemente sea afirmar demasiado que hayamos de ver en Arquíloco a uno de estos «jefes del pueblo», sobre todo porque no conocemos en él una aplicación política de su descontento; sin embargo, sí muestra algunos de los rasgos que debían de caracterizarlos, tales como su origen aristocrático, su crítica al sistema social vigente, su visión no aristocrática de la guerra, etc.; ello unido a la ya mencionada «coincidencia» con la figura de otro indudable «jefe del pueblo», en

esta ocasión coronado por el éxito, Cípselo de Corinto, permite, en mi opinión, ver en la poesía de Arquíloco parte al menos de la visión de aquéllos que, siendo *aristoi* se veían perjudicados por el sistema de gobierno aristocrático.

5.4. Planteamiento de los conflictos políticos, sociales y económicos en las *poleis* del siglo VII

Entramos con ello en la cuestión de los conflictos que atenazan a las *poleis* en el siglo VII y que no son, en último término, más que una consecuencia de las diferentes contradicciones que se habían dado cita en el momento de la constitución del sistema de la *polis*. Como quiera que de los problemas sociales y políticos ya he apuntado algo en los apartados anteriores y que volveré sobre el tema más adelante, aquí me detendré en la consideración del otro grave tema presente en el siglo VII griego, la cuestión de la tierra, a la que va ligada la crisis del sistema aristocrático.

5.4.1. *El problema de la tierra.* La crisis del sistema aristocrático

Por lo ya visto hasta ahora, parece un hecho evidente que la cuestión de la tierra está presente en el mundo griego desde, al menos, el último tercio del siglo VIII a.C., como muestra el auge del fenómeno colonial propiciado por la mala distribución de la misma; por ende, Hesíodo nos había proporcionado indicios interesantes con relación a lo mismo. La situación que todo ello denuncia es la de la formación de grandes propiedades (entiéndase el «grandes» en sentido relativo, puesto que, salvo algunas excepciones Grecia no es una tierra de extensas llanuras), que, naturalmente, se van formando en detrimento de los pequeños propietarios.

Si bien la colonización había aliviado durante algún tiempo la situación, aunque con el traumático medio de enviar a ultramar a una parte de la ciudadanía, tanto el auge demográfico cuanto la continuación del proceso, que no se había interrumpido, terminaría por provocar, en un plazo no muy largo, una situación similar a la que la colonización había tratado de paliar. La diferencia básica radica ahora en el hecho de que la nueva forma de combate que ha ido consolidándose entre tanto, la falange hoplítica, acabará imponiendo unas soluciones distintas.

Una vez admitida la necesidad de disponer del sistema hoplítico (lo que en muchas ocasiones, como vimos, obedecía a la presión exterior) era imprescindible mantener a un campesinado estable, del que se reclutaría la falange; por otro lado, y por parte de aquéllos que ya habían perdido todas sus propiedades y habían quedado reducidos a la categoría de trabajadores urbanos o jornaleros, surgía la demanda de proceder a un nuevo reparto de tierras (*ges anadasmos*) que les devolviera su poder adquisitivo y les permitiera ingresar en el grupo de los hoplitas. Ni qué decir tiene que en esta pretensión el ejemplo de las colonias no podía dejar de influir, puesto que en las mismas una de las primeras medidas era repartir el territorio a razón de un lote por cada individuo; del mismo modo, un nuevo reparto de tierras podía favorecer también al pequeño propietario (*véase* 3.4.2).

Lamentablemente, la reconstrucción de la situación de la tierra en el siglo VII está, en gran medida, sometida a conjetura, puesto que nos faltan documentos directos; el único caso conocido es, paradójicamente, Atenas, merced a la conservación de la «Constitución de los Atenienses» atribuída a Aristóteles. Y digo paradójicamente porque hay serios motivos para pensar que la situación de Atenas durante el siglo VII no es tampoco típica de lo que ocurre en otros lugares puesto que en ella parece haber pervivido a lo largo de todo ese período un sistema netamente aristocrático, sin que se haya producido una verdadera estructuración política antes del inicio del siglo VI a.C.; no obstante, aludiremos al mismo, e intentaremos ver qué puede aplicarse al contexto general del mundo griego en esa época. Empezaremos viendo el texto atribuido a Aristóteles:

> «Más tarde sobrevino discordia (*stasis*) entre los nobles y la multitud durante mucho tiempo. Pues su constitución era en todo oligárquica y además eran esclavos de los ricos los pobres, ellos mismos y sus hijos y mujeres. Y eran llamados clientes (*pelatai*) y hectémoros, pues por esta renta de la sexta parte cultivaban las tierras de los ricos. Toda la tierra estaba repartida entre pocos. Y si no pagaban su renta, eran embargables ellos y sus hijos. Y los préstamos todos los tomaban respondiendo con sus personas hasta el tiempo de Solón, pues éste se convirtió el primero en jefe del pueblo. Era ciertamente el más duro y más amargo para el pueblo, entre los muchos males del régimen, la esclavitud.» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 2; traducción de A. Tovar.)

La situación que refleja Aristóteles y a la que pondrá remedio Solón, muestra, pues, la tierra en pocas manos y a buena parte de la población dependiendo, económica y socialmente, de los *aristoi* propietarios de las tierras. ¿Es esta situación equiparable a la existente en otras ciudades griegas? La respuesta debe, necesariamente, ser matizada. Es cier-

to, por un lado, que la base económica del mundo griego fue, a lo largo de toda su historia, la agricultura; por consiguiente, las ciudades griegas del siglo VII seguían siendo centros básicamente volcados hacia el campo y, como muestran los nombres que en algunos lugares llevan los grupos aristocráticos (del tipo de *geomoroi*), parece que ellos siguen siendo quienes controlan más y mejores parcelas de tierra. Del mismo modo, aun cuando tal vez el proceso no se desarrolle en ellas con tanta rigidez como en el caso ateniense, lo cierto es que los pequeños propietarios tendrían serias dificultades para sustraerse al endeudamiento ante los grandes, que actuarían de prestamistas. Igualmente, los medianos propietarios podrían ir viendo reducirse peligrosamente las distancias que les separaban de los no propietarios. A todo ello se une y contribuye, la tendencia al reparto sucesivo de la propiedad que, como habíamos visto, se atestiguaba tanto en los Poemas Homéricos como en Hesíodo. Si el caso de Atenas es aplicable a otras ciudades el proceso de endeudamiento podría acabar convirtiendo en esclavos a parte del campesinado insolvente, habida cuenta que los préstamos se realizaban teniendo como garantía tanto las propiedades como las personas (*véase* 2.3.1).

En otro orden de cosas, esta situación podría ir en detrimento de la propia composición de la falange hoplítica y propiciar un peligroso debilitamiento de la *polis*, lo que no podría dejar de ser percibido por las mentes más preclaras del momento, lo que a su vez podría llevarles a buscar soluciones y, eventualmente, a intentar ponerlas en práctica.

Sin embargo, además de las actividades agrarias muchas de las ciudades, implicadas en el proceso colonizador desde el siglo VIII, o recién iniciadas en el mismo en el siglo VII, desarrollarán toda una serie de actividades paralelas en función del comercio y la artesanía que permitirá paliar, en alguna medida, los devastadores efectos de la política aristocrática de concentración de tierras. Pero esto también puede repercutir sobre la situación del campo, puesto que, al menos en algunos casos, parecen existir tendencias a una especialización en el cultivo de un determinado producto, en detrimento de otros, lo cual no puede dejar de perjudicar a aquéllos que no tienen los recursos suficientes para pagar los precios que la importación del producto deficitario impone. La salida del producto excedentario se garantiza mediante el comercio con el exterior y también la importación del alimento escaso. Así pues, el comercio también contribuye al agudizamiento de la crisis agraria, ya que el mismo actúa en beneficio del gran propietario que vende sus excedentes en el exterior por un precio mejor y puede comprar, también a un precio más aceptable, bienes de primera necesidad producidos en el extranjero, lo que acabará por hundir a los campesinos de la propia ciudad, que no podrán competir con esos

precios; esto, por consiguiente, enlaza con el proceso descrito en párrafos anteriores.

Pudiera parecer que esta situación de crisis agraria, en la que quien resulta favorecida es, ante todo, la aristocracia, implicaría un período de auge de ésta. Sin embargo, ello no es así. La propia existencia de la *tiranía*, cuyo desarrollo más genuino tiene lugar durante el siglo VII, nos convence de lo contrario. Del mismo modo, por consiguiente, hay que pensar que los momentos previos al establecimiento del tirano nos muestran la crisis del sistema aristocrático manifestada en el enfrentamiento entre facciones aristocráticas *(stasis)*. Tampoco son muy numerosos los datos de que disponemos, pero sí podemos rastrear en las fuentes algunos indicios de esta situación; quizá el más significativo se refiera a la situación en Corinto, en la que, según relata Heródoto

> «... el régimen político que tenían los corintios era, concretamente, una oligarquía, cuyos integrantes, llamados Baquíadas, gobernaban la ciudad y concertaban los matrimonios de sus hijas y los suyos propios, en el ámbito de su familia.» (Heródoto, V, 52.)

La situación de Corinto parece indicar que no toda la aristocracia, sino sólo un clan (por numeroso que fuera), el de los Baquíadas, ejercía allí el poder, eligiendo de entre ellos a un magistrado (*prytanis*) con un mandato anual, pero controlando, seguramente mediante un Consejo, la marcha de los asuntos. Posiblemente ello es una prueba de lo que decíamos: la tendencia a la concentración del poder en pocas manos hace que se excluya del mismo a todos aquellos que quedan fuera del grupo dirigente. Esto y la mencionada presencia de «jefes del pueblo» que se hacen portavoces de las aspiraciones del *demos*, en parte, sin duda, por un sentimiento de descontento, pero también por no poder participar plenamente de ese poder, son ingredientes suficientes para poder detectar una crisis del sistema aristocrático que contribuirá, pues, tanto al establecimiento de las tiranías, como a otras medidas más coyunturales como pueden ser las legislaciones escritas, aspectos a los que aludiré más adelante (*véase* 5.3.2).

5.5. El desarrollo económico del alto arcaismo griego

En páginas anteriores he hecho alguna referencia al comercio y al papel que, eventualmente, juega en el desencadenamiento de la crisis agraria que afecta al mundo griego. En el presente apartado analizaré el papel fundamentalmente económico del mismo.

5.5.1. El comercio y su papel económico en las *poleis* arcaicas. La artesanía

Ya en Hesíodo habíamos encontrado datos clave acerca de la práctica del comercio en Grecia y también habíamos observado cómo dos concepciones distintas del mismo se hallaban enfrentadas: el comercio como parte fundamental del ciclo agrario y el comercio de tipo profesional en busca de beneficios y desvinculado de la agricultura. El siglo VII verá un auge importante de este segundo tipo, en relación innegable con la apertura de nuevos mercados que propició la colonización, si bien los dos modelos citados coexistirán hasta, al menos, el inicio del siglo V, momento en el que el comercio profesional será el único presente. Los productos que eran objeto de intercambio deben de haber sido muy numerosos, si bien lo único que abunda en el registro arqueológico es la cerámica y, en algunos casos más afortunados, artículos de metal o de algún otro material no perecedero. Sin duda alguna, la cerámica más extendida por el ámbito mediterráneo durante el siglo VII es la cerámica corintia lo que implica tanto un comercio directo desde Corinto, cuanto la difusión de la misma por comerciantes de otras procedencias entre los que destacan los eginetas.

Algunos casos afortunados como son los santuarios, en donde se acumulaban ofrendas de todo tipo y de muy diversos orígenes, muestran, si no el ámbito comercial directo de la ciudad que lo alberga, sí, al menos, los lugares visitados, seguramente a veces en expediciones de exploración, por los devotos de esa divinidad. Así por ejemplo, si tomamos como ejemplo el santuario de Hera en Samos, las excavaciones que en él ha desarrollado la expedición alemana han demostrado que los objetos que allí llegan, generalmente en forma de ofrenda, proceden de buena parte del mundo griego, pero también de Chipre, Siria-Palestina, Mesopotamia, Africa, Egipto y lugares aún más remotos. Su variedad es, asimismo, sorprendente (cerámicas, bronces, marfiles, fayenzas, huevos de avestruz, etc., así como, seguramente, otros que no han dejado apenas huella bien por su valor intrínseco, bien por estar realizados en materiales perecederos). Entre los hallazgos también los hay que proceden de ambientes occidentales, como unos marfiles decorados cuyo origen se halla, con casi absoluta certeza, en el valle del Guadalquivir o los bronces de procedencia etrusca, recientemente revalorizados y que vienen a unirse a los ya conocidos fragmentos de *bucchero* y a otros objetos de procedencia itálica como fragmentos de escudos y fíbulas, tampoco extraños en otros santuarios helénicos. Olimpia, Delfos y otros santuarios más locales muestran también el radio de acción de las navegaciones emprendidas, desde toda una serie de ciudades griegas en el siglo VII.

El comercio de productos de lujo, sin embargo, no debe engañarnos ni deslumbrarnos; en muchos casos, y tanto por parte de los griegos como de los no griegos un artículo de lujo puede no ser otra cosa que un regalo que ratifique un pacto de *xenia* y que sirva para, en el futuro, iniciar una relación más marcadamente económica. Hemos de pensar que, a mayor o menor escala, eran los productos de primera necesidad los que eran objeto principal de comercio, especialmente a partir de la aparición del proceso de especialización en un cultivo preferente por parte de algunas *poleis* el cual, igualmente, se ve beneficiado por la confianza en poder adquirir, precisamente mediante el comercio, todo aquello que se ha renunciado a seguir produciendo. Naturalmente, junto con cargamentos de trigo, vino o aceite podían ir también artículos de pequeño tamaño y gran valor (intrínseco o simbólico) que proporcionarían ganancias adicionales al comerciante al venderlo en aquel puerto en el que el mismo resultase exótico y, por consiguiente, apreciado. Lo mismo podía aplicarse al comercio de retorno.

La gestión de este comercio tiene que estar, necesariamente, en manos de comerciantes profesionales que dediquen todo su tiempo a esa actividad. Ello no excluye, como se ha dicho, a aristócratas, que lo mismo podían estar desempeñando el papel de armadores o el de «socios capitalistas» de la empresa, cuando no el de prestamistas, que participando directamente en el comercio ultramarino como algunos de los casos que conocemos: el Baquíada Demarato, en Etruria, Sóstrato de Egina, en Etruria y Egipto, Coleo de Samos, en Egipto y Tarteso, Caraxo, el hermano de Safo, en Egipto, Solón de Atenas, en Egipto, Chipre y Asia Menor, etc.. Pero como no todos los *aristoi* optaban por embarcar, se iba haciendo más habitual usar los servicios de comerciantes profesionales. Así, al mismo tiempo, la propia dinámica del movimiento comercial facilitaba que individuos que podían haber iniciado su carrera de comerciantes al servicio de un poderoso pudieran obtener pronto beneficios suficientes como para poder dirigir su propia empresa comercial. Del mismo modo, se iría avanzando en la idea de utilizar un patrón fijo de referencia que garantizase los intercambios y que, aun antes de la invención de la moneda, sirviese de dinero: este patrón metálico parece haber sido la plata y seguramente a su establecimiento no fue ajena la propia tradición oriental, que no hemos de perder de vista, especialmente en el siglo VII (*véase* 2.3.2).

Por lo ya visto, el auge del comercio determina, igualmente, el de la artesanía, especialmente de aquellos productos que, como la cerámica pueden tener una fácil salida en mercados ultramarinos. Las producciones de los alfares corintios llegan masivamente a prácticamente todos los centros coloniales fundados en el siglo VIII y su expansión prosegui-

rá durante el siglo VII en el que el estilo Protocorintio alcanzará altas cotas de calidad. Naturalmente, y como se ha demostrado convincentemente, las personas implicadas en todo el proceso de producción de las cerámicas no debieron de ser muy numerosas y cada taller existente podía producir un importante número de objetos, lo que nos debe alertar a la hora de sobrevalorar la importancia económica de esta actividad dentro de la ciudad.

Otro tipo de actividades artesanales, como la broncística, la orfebrería, la escultura, la arquitectura, etc., alcanzaron también un destacado auge en las ciudades griegas del siglo VII, todas ellas a la sombra del apogeo económico que se vive en la época.

— *Modernistas y primitivistas*

El planteamiento del papel del comercio y el artesanado dentro de la *polis* arcaica no es, sin embargo, tarea fácil, puesto que el tema se halla viciado por la aplicación de teorías, en muchos casos sin un análisis serio de la documentación, que asumen presupuestos que no son, ni mucho menos, aplicables al período histórico que estamos analizando. Se trata, sobre todo, de las teorías que podríamos llamar «modernistas» y «primitivistas». Como su propio nombre viene a sugerir, los sostenedores de las teorías modernistas defienden que la economía griega es de tipo mercantilista y no limitada al marco urbano sino más bien de ámbito mediterráneo, impulsada por el estado y tendente a crear «imperios comerciales»; ello implica la necesidad de producir gran número de artículos manufacturados con vistas a la exportación, así como la importación masiva de artículos alimenticios con los que suplir la escasa atención que las tareas del campo reciben en los centros de este presunto comercio a gran escala. Del mismo modo, la consecuencia inmediata es la aparición de una economía monetaria y el surgimiento de una «burguesía rica» o de una «aristocracia mercantil».

Por su parte, los «primitivistas» consideran que la economía griega no será nunca mercantil, sino que se centrará en la agricultura, mientras que los intercambios son poco significativos y la actividad artesanal ocupa a un porcentaje muy pequeño de la población urbana; naturalmente, esta escasa actividad no puede dar lugar sino en una medida muy relativa a una economía de tipo monetario y, obviamente, no puede surgir en estas condiciones ninguna aristocracia mercantil; el único beneficio que las ciudades obtendrían de la existencia del comercio (especialmente centrado en productos alimenticios) sería en forma de tasas e impuestos.

En cuanto a la interpretación que prevalece hoy día puede señalarse el predominio de una visión más próxima a la primitivista pero con

algunos matices correctores, al menos por lo que se refiere a la evaluación de la incidencia del elemento comercial y artesanal dentro de la vida política y económica de la *polis*. Por consiguiente, aunque hoy día no parece poder sostenerse la existencia de esas presuntas aristocracias que, enriquecidas por el comercio, exigen una contrapartida política, al tiempo, tampoco podemos rechazar por completo la importancia verdadera del comercio, al que no podemos limitarnos a considerar como una actividad de carácter casi doméstico.

El problema social, como he intentado presentarlo, hay que verlo más vinculado a la crisis agraria en la que pueden haber intervenido factores derivados del (innegable) auge del comercio que a una (más hipotética que real) transformación de la base económica de la *polis* griega y, por consiguiente, a una modificación de la base social. Hay motivos para pensar que aquéllos que se enriquecían con el comercio eran, o bien aristócratas, o bien hombres nuevos (incluso de origen aristocrático en ocasiones) que tratarían de invertir parte de sus beneficios en tierras, tratando de equipararse con la antigua nobleza terrateniente, por no mencionar a aquéllos que, aunque establecidos en una ciudad, simplemente no gozaban del derecho de ciudadanía de la misma por lo que su participación política era nula.

En los dos primeros casos el comercio puede haber acentuado diferencias políticas anacrónicas cuando las económicas no existían y ello puede explicar a veces el surgimiento de facciones que, aprovechando el descontento latente en otros niveles sociales, desembocarán en la solución violenta de la tiranía o en la menos violenta de las legislaciones. En cualquier caso, el ejemplo de Solón es significativo puesto que Plutarco nos informa de que su padre, a pesar de pertenecer a una de las familias más distinguidas de Atenas, sólo disponía de una consideración social media, lo que su hijo, el futuro legislador y «jefe del pueblo» trata de paliar mediante la dedicación al comercio (Plut. *Vit. Sol.*, 1-2); además, en la visión de Plutarco es, precisamente, el desempeño de esta actividad lo que explicará parte de sus posteriores actos. Sirva este caso como paradigma de la importancia que, en la conformación de los grupos sociales enfrentados, puede tener la actividad comercial.

5.5.2. Transformaciones económicas: la aparición de la moneda

Dentro de los problemas económicos a que se enfrenta la *polis* griega del siglo VII hay que incluir la cuestión de la aparición de la moneda. Ciertamente, y como decía antes, previamente a la aparición de una pieza metálica (de electron o de plata, preferentemente) con

una pureza elevada y con un peso estable, todo ello garantizado con el sello del estado emisor, el concepto de dinero ya había aparecido en Grecia. Más allá de los *agalmata* o *keimelia* que atesoraban los *basileis* homéricos ya en los últimos años del siglo VIII empezamos a encontrar en algunas tumbas (como en varias excavadas en Argos) y, más adelante, en el siglo VII, en santuarios, puñados (*drachmai*) de asadores (*obeloi*) generalmente en número de seis. Suelen ser de bronce, pero también los hay de hierro que en esos momentos, habida cuenta de la escasez de ese metal, tendrían más valor. La función «premonetal» de esos espetones parece evidente pues es un intento de objetivar la riqueza mediante la referencia a un patrón, a una «medida», que va conformándose poco a poco (*cf.* Heródoto, II, 135); en algunos lugares, como en Esparta, parecen haberse seguido empleando estos asadores en la época clásica con la misma función que tuvieron en el resto de Grecia antes de la acuñación de monedas auténticas (*cf.* Plutarco, *Vit. Lys.*, 17, 2-5) (*véase* 5.5.1).

Heródoto (I, 94) afirma que fueron los lidios los primeros en acuñar monedas y ello tendría lugar en el último tercio del siglo VII; en Grecia las primeras monedas propiamente dichas aparecieron a inicios del siglo VI (595 a.C.), en Egina y hay una tradición, ciertamente no excesivamente creíble, que atribuye al semi-legendario Fidón de Argos su creación:

> «El primero de todos en acuñar moneda fue Fidón de Argos, en Egina; y no sólo aportó la moneda, sino que además, retirando todos los espetones (*obeliskoi*), los dedicó a Hera en Argos«. (*Etymologicum Magnum*, 613, 12-15; traducción del autor.)

Lo verdaderamente importante, sin embargo, es que si bien la moneda griega se inicia en el siglo VI las bases de una economía monetaria se habían sentado hacía ya bastante tiempo mediante la transferencia a un patrón estable y establecido de la idea del valor material que, al tiempo, llevaba implícita, mediante la citada objetivación, esas ideas de justicia, equidad, proporción, que encontramos en otros ámbitos del desarrollo helénico en esos momentos.

Parece claro que, aunque estas «pre-monedas» que eran los asadores u *obeloi* pudieran haber tenido cierta utilidad en el comercio ultramarino su carácter de unidades de cuenta predominó desde el primer momento en su utilización y a ello se debería la gran cantidad de piezas de este tipo que han aparecido en numerosos santuarios griegos que, como es sabido, actuaban no infrecuentemente como verdaderos «bancos» de las ciudades sobre los que sus respectivas divinidades tutelares ejercían su protección. Por otro lado, y en una línea que, al final,

convergerá con la anterior, dando lugar a la moneda griega, estaba el aprecio por los metales preciosos, oro y plata, que se convertirán, también, en instrumentos de cambio en las transacciones comerciales, habitualmente mediante su pesaje en una balanza (*talanton*). La innovación consistió en establecer cuánta cantidad de plata iba a ser considerada *equivalente* a un puñado de asadores.

Así pues, al menos dos líneas diferentes confluyen en la creación de la moneda griega: por un lado, y heredero de prácticas más antiguas, el valor referencial atribuido al hierro, en forma de asadores, inseparable de un ámbito cultual y ritual, como muestra su aparición primero en tumbas y, más adelante, en santuarios; por otro, el aprecio a los metales nobles, empleados en las relaciones personales también como marco de referencia, e, igualmente, no ausente de los santuarios. En estos dos aspectos incide la invención lidia de garantizar la pureza y el peso de una pieza groseramente circular mediante la contraseña del estado. Los griegos seguirán esa práctica, asumiendo el lenguaje tomado de los antiguos puñados de asadores aunque aplicándolo al patrón argénteo, de larga tradición entre ellos. Pero interesa insistir en el hecho de que ya antes de la acuñación de moneda el mundo griego había hallado un marco de referencia, la plata, que agilizó notablemente las transacciones comerciales, al tiempo que permitió la creación de un nuevo tipo de riqueza en bienes muebles, susceptible de usos diversos, entre ellos, la reinversión en tierras, como he apuntado con anterioridad.

Posiblemente desde la introducción de la moneda, y sin duda como pervivencia de los sistemas de pesos y medidas preexistentes, las acuñaciones se realizarán en dos patrones básicos, el egineta centrado en una dracma de 6,22 g y el euboico, cuya dracma pesaba tan sólo 4,36 g.

5.6. Las transformaciones urbanísticas, sociales y culturales de las *poleis* griegas

Antes de entrar de lleno en las cuestiones políticas más acuciantes del siglo VII, creo necesario mencionar que en este período y en íntima relación con el proceso que describiremos, se inicia un camino de suma importancia en el mundo griego, que conduce, por un lado, a una primera monumentalización del marco urbano, junto con unos desarrollos culturales importantes. El siglo VII se caracteriza, desde el punto de vista de la cultura material por un auténtico florecimiento en todos los sentidos y por un aperturismo hacia los focos culturales de Oriente, que tendremos ocasión de comentar más adelante; en el terreno arquitectónico y urbanístico, que es el que ahora me interesa, Greco y

Torelli (*GRECO; TORELLI*: 1983) han destacado tres tipos de intervenciones que tienen lugar de forma casi generalizada en toda Grecia: las obras tendentes a garantizar el abastecimiento de agua; las obras portuarias y la erección de grandes edificios públicos, entre los cuales destacan los templos (*véase* 5.9).

Si bien, en opinión de estos autores, buena parte de estas actividades son debidas a la acción de los tiranos, ello no parece siempre imprescindible puesto que, como muestran muchas de las ciudades coloniales fundadas durante el siglo VIII, es en el siglo VII cuando se dotan de toda una serie de obras públicas, equiparables a las que en la misma época están surgiendo en algunos centros metropolitanos. Eso lo muestran casos como los de Mégara Hiblea o Siracusa, aunque los ejemplos pueden multiplicarse. En la primera de ellas, sobre todo, es obra del siglo VII la monumentalización del *agora* y la erección de edificios públicos en torno a la misma; hay que tener en cuenta, además, que en este caso es evidente que la monumentalización tiene lugar sobre un lugar ya reservado a ese fin desde el mismo momento de establecimiento de la *apoikia*.

También del siglo VII, como acabo de decir, datan los primeros grandes templos en piedra del mundo griego, que asumen ya, en la mayoría de los casos, la que será luego la planta típica; muchos de ellos corresponden a las divinidades polladas pero también hay santuarios extraurbanos y santuarios panhelénicos. En casi todos los casos estos nuevos edificios del siglo VII sustituyen y se superponen a las primeras estructuras, existentes desde el siglo precedente o desde antes, según los casos.

Podemos, pues, decir, que en el siglo VII cristalizan definitivamente todos aquellos elementos en torno a los cuales se organizaba la *polis* y que he enumerado en un capítulo previo; y el proceso afecta del mismo modo a las ciudades de la Grecia propia y asiática que a las fundaciones coloniales creadas en el siglo VIII, prueba evidente, por lo demás, del ritmo sincrónico que, al menos en este momento, existe entre estos diferentes ámbitos griegos. El significado simbólico que esta monumentalización asume no puede dejar de ser significativo; parece como si, más allá de los profundos conflictos internos que atenazan a la *polis* griega, hubiese ya toda una serie de hechos adquiridos a los que resulta difícil renunciar. Estos, surgidos o desarrollados en el siglo VIII, se plasman en forma estable y definitiva en el siglo VII como consecuencia, además, de la nueva prosperidad alcanzada (*véase* 3.2.1).

Entre los logros culturales, además de los propiamente derivados de este auge de las artes, hay que destacar, ante todo, la extensión y generalización de la escritura que, surgida en el siglo anterior, conoce ahora un importante incremento, empezando a ser utilizada para con-

feccionar todo tipo de documento, incluyendo los literarios; igualmente, aparece y se desarrolla un nuevo tipo de institución que, seguramente, complementa la instrucción del ciudadano en aquellos aspectos que más aprovechables van a serle a la *polis*, como puede ser el gimnasio que, en algunas ciudades, como en Esparta, tendrá una importancia trascendental. En último término, todo aquello que podríamos relacionar con lo que con el paso del tiempo se convertiría en una especie de «moral hoplítica» empezará, obviamente, a interesar en el marco de las ciudades griegas contribuyendo a la elevación del nivel cultural. Ciertamente, aún no se ha introducido la especulación filosófica y la educación gira en torno a Homero, pero la nueva moral (en sus diversas variantes) que transmite la *poesía lírica* no deja de ser un elemento cultural. Ni que decir tiene que serán los grupos aristocráticos y aquéllos más directamente implicados en el sistema hoplítico quienes tendrán acceso a todas estas formas de instrucción, a la que será ajena una parte considerable de los habitantes de las *poleis* helénicas.

5.7. Establecimiento de las bases jurídicas de la *polis* griega

Paralelamente a estos avances en la dotación material e intelectual de la *polis* griega hay un proceso cuya relevancia será, indudablemente, mayor en el ulterior desarrollo griego. Me refiero, naturalmente, a las compilaciones de leyes por escrito que completan las estructuras de la naciente *polis*. Como se recordará, las pretensiones de una justicia independiente o, al menos, objetiva, habían sido ya formuladas claramente por Hesíodo y hemos de pensar que debió de ser una reivindicación importante entre los grupos sociales cuya fuerza se fue dejando sentir a lo largo del siglo VII. Ciertamente, la importancia que los no aristócratas van teniendo en la falange hoplítica, unida al componente ideológico de que se dota a esta forma de combate y, al tiempo, la nula participación política de los mismos producen los descontentos a los que ya hemos aludido. Esta situación se traduce, ante todo, en una primera exigencia, cual es el hacer públicas las normas por las que se rige la justicia de los *aristoi*. Sin duda la queja de Hesíodo (*Trabajos y Días*, vv. 263-264) a los veredictos torcidos de los reyes está haciendo alusión al desconocimiento que todo aquél que se encuentra fuera del círculo de los que gobiernan tiene de las normas según las cuales se administra justicia y a la posibilidad, por lo tanto, de que se produzcan esas sentencias injustas (*véase* 5.3).

Hemos de pensar, por consiguiente, que antes de cualquier reivin-

dicación de naturaleza verdaderamente política lo que los grupos de descontentos exigían era esta necesaria publicidad. Como también he mencionado con anterioridad, parece claro que determinados *aristoi* capitalizan estas demandas y se encargan de darlas curso. La presión social ejercida parece haber sido determinante a la hora de emprender esta importante obra de codificar el derecho. Veremos a continuación alguno de los casos más representativos de legislaciones arcaicas para pasar a ulteriores observaciones de carácter general (*véase* 5.3.2).

5.7.1. Legisladores: Carondas, Zaleuco, Dracón

Las fuentes nos han transmitido los nombres de algunos de los legisladores y, parcialmente, el contenido de algunas de sus leyes; sin embargo, hallazgos epigráficos, como el que contiene una serie de disposiciones legales de la ciudad cretense de Dreros y datables a mediados o en la segunda mitad del siglo VII indican que, sin duda, la puesta por escrito de las leyes fue un fenómeno mucho más generalizado que lo que a primera vista pudiera parecer, aun cuando los responsables de esas recopilaciones no alcanzaran siempre la fama de Zaleuco, Carondas o Dracón. Precisamente la conservación en un epígrafe contemporáneo de las leyes de Dreros (Figura 13) certifica su no contaminación con sucesos posteriores, lo que frecuentemente ha ocurrido con los otros casos citados; reproduzco, por ello, una de las leyes:

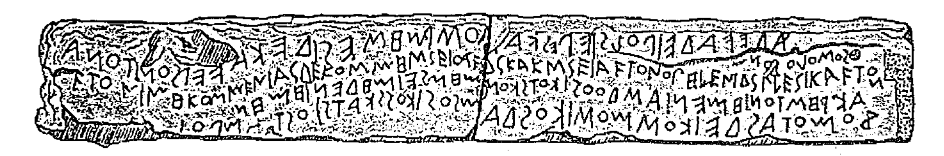


Figura 13. Inscripción procedente de Dreros, con una de sus leyes arcaicas. Segunda mitad del siglo VII a.C.

> «La ciudad ha decidido así; cuando un hombre haya sido *kosmos* (magistrado), el mismo hombre no será *kosmos* de nuevo durante diez años. Si actúa como *kosmos*, cualesquiera juicios emita, deberá pagar el doble y perderá sus derechos sobre el cargo de por vida y todo lo que haga como *kosmos* no tendrá validez. Los que realizan el juramento son los *kosmoi*, los *damioi* y los Veinte de la ciudad». (MEIGGS, LEWIS: 1969, 2-3.)

Por lo que se refiere a los legisladores conocidos por la tradición literaria, de Zaleuco y Carondas Aristóteles (*Pol.*, 1274 a 22 ss.) mencio-

na que se consideraba al segundo discípulo del primero, aunque él mismo parece dudarlo; acerca de su cronología exacta, es difícil pronunciarse con certeza, si bien parece que sus actividades deben situarse bien a lo largo de la segunda mitad del siglo VII bien muy a inicios del siglo VI, aun cuando hay autores que prefieren pensar en momentos anteriores a la mitad del siglo VII. En todo caso, la tradición es prácticamente unánime al considerar a Zaleuco el primer legislador griego. Curiosamente, su actividad se desarrolla en una ciudad colonial, Locris Epizefiria, de carácter marcadamente aristocrático y se contaba que su nombramiento como «legislador» o *nomothetes* fue consecuencia de la existencia de conflictos internos en la ciudad. También se nos dice que recibió sus leyes directamente de Atenea, a través del sueño.

Por lo que se refiere a Carondas, su actividad legislativa se desarrolló en Catana, pero afectó a todas las ciudades calcídicas de Sicilia e Italia. El tenor de la legislación de Zaleuco es decididamente aristocrático y tendía a preservar la inalienabilidad de la tierra, a castigar el lujo excesivo, a impedir la venganza privada y se caracterizaba también por la gravedad de sus penas y prácticas, entre las cuales se incluía la «ley del Talión»; una interesante información que nos trasmite Estrabón (VI, 1, 8) indica que una de las leyes de Zaleuco determinaba las penas que había que aplicar en cada caso, en lugar de permitir a los jueces que las establecieran según su propio criterio, a fin de evitar que el mismo delito diese lugar a penas injustamente diferentes. En muchos autores aparecen mezcladas las normas de Carondas con las dictadas por Zaleuco y Aristóteles le atribuye como única innovación la persecución de los falsos testimonios. Igualmente, establecería una ley que prohibiría acudir a la asamblea armado. En ambos casos, las legislaciones de estos griegos coloniales apuntala y afianza el sistema aristocrático vigente y, por lo que sabemos, de forma duradera: doscientos años permaneció en vigor en Locris la legislación de Zaleuco, como informa Demóstenes (*Adv. Timocr.*, 140 s.).

El otro importante legislador arcaico al que me voy a referir es Dracón de Atenas, cuya cronología se sitúa, tradicionalmente, hacia el 621 a.C.; parece que en su nombramiento y actividad jugó un papel muy importante el frustrado intento tiránico de Cilón al que aludiré más adelante. Según nos informa Aristóteles en su *Constitución de los Atenienses*, 3-4, ya bastante tiempo antes de Dracón existían en Atenas seis tesmotetas cuya función parece haber sido transcribir y custodiar las sentencias emitidas por los jueces (*thesmia*), lo que indica ya una preocupación anterior por crear un embrión de jurisprudencia. Sin embargo, el *affaire* ciloniano debió de parecer lo suficientemente peligroso a los Eupátridas áticos como para encargar una verdadera recopilación

legislativa. Lamentablemente, de toda la labor legislativa de Dracón lo único que se conoce con cierta seguridad son sus normas sobre homicidio, que no fueron abolidas por la legislación de Solón; si bien todos los tratadistas antiguos eran unánimes al considerar de una severidad desmesurada las leyes de Dracón, su ley sobre el homicidio, conservada en una inscripción del siglo V, no parece serlo tanto y de hecho, en comparación con las normas consuetudinarias en vigor previamente, no lo serían; ciertamente, es de destacar en la misma el interés por convertir en competencia del estado todo lo relativo al castigo por homicidio, evitando en lo posible la práctica de la venganza por parte de los deudos de la víctima (*véase* 5.8.1).

Ha sido también considerablemente estudiado el método de publicación de la legislación de Dracón, en *axones* y *kyrbeis*, acerca de cuyo verdadero carácter ha habido infinidad de discusiones, si bien el trabajo de Stroud (STROUD: 1979) parece resolver de forma bastante convincente el problema: los *axones* serían largos pivotes de madera, con cuatro lados planos, montados horizontalmente en un bastidor, mientras que los *kyrbeis* serían estelas de bronce o piedra, de tres o cuatro lados y con remate piramidal (Figura 14). Solón, algún tiempo después, utilizaría el mismo sistema para hacer públicas sus leyes, aspecto tan importante en las legislaciones arcaicas como su propia recopilación; en bloques de piedra fueron publicadas, igualmente, las leyes de Dreros.

En su reciente trabajo sobre la primitiva legislación griega Gagarin (GAGARIN: 1986) concluye que los legisladores griegos pre-solonianos se ocuparon de legislar sobre tres asuntos principales, a saber, delitos contra las personas, legislación familiar y, sobre todo, cuestiones de procedimiento judicial. No será hasta Solón cuando aparezcan leyes de carácter político. Naturalmente, el caso de Solón debe ser analizado en otro contexto distinto a éste y así lo haré, aunque no se debe perder de vista a estos predecesores. Otra cuestión que se ha suscitado y que será de difícil o, al menos, problemática resolución, es hasta qué punto los legisladores arcaicos se limitan a recopilar viejas normas consuetudinarias y hasta qué otro introducen algunas innovaciones. En cualquier caso, el propio hecho no ya de recopilar leyes, sino de intentar objetivar las penas de acuerdo con la mayor o menor gravedad del delito, y el propio principio de que a igual delito correspondía igual pena, no dejan de ser indicios que permiten sugerir que algunas de las pretensiones formuladas, más o menos en abstracto, por Hesíodo, estaban empezando a hallar una clara respuesta que, en algunos casos (Locris, Catana, por ejemplo) fue considerada suficiente durante largo tiempo, aun cuando en otros (Atenas) no fue sino un primer paso para ulteriores desarrollos.

5.7.2. El problema de Licurgo de Esparta y la Retra

Dentro de las legislaciones arcaicas un problema especial lo plantea el caso de Esparta, tanto por la figura de su cuasi legendario legislador, Licurgo, cuanto por el carácter de la normativa que se encargó de otorgar (o, simplemente, de transmitir) a los espartanos. Dentro de las contradicciones que nos suele deparar la historia espartana, en la pieza clave de la normativa ancestral de la ciudad, la Retra, a la que ya aludía Tirteo en uno de los pasajes anteriormente citados, se prohibía la existencia de leyes escritas y sabemos que los éforos seguían juzgando de acuerdo con su propio criterio, esto es, en la más pura tradición homérica. Y, con todo, las propias historias referidas a Licurgo y a su Retra no dejan de constituir, a lo que parece, un ejemplo de codificación de normas ancestrales, quizá entremezcladas con elementos novedosos que, por ello, no puede dejar de incluirse en este panorama de las legislaciones arcaicas (*véase* 5.2.1).

Es bastante problemático el contexto que determinó la acción legislativa de Licurgo, pero habitualmente se ha relacionado su actividad con una situación conflictiva en Esparta y los momentos más apropiados, en el siglo VII, son tanto la batalla de Hisias (669 a.C.), en la que Esparta fue severamente derrotada por Argos, como la consecuencia inmediata de la misma, la Segunda Guerra de Mesenia. En ese momento, Esparta debió de modificar sus estructuras militares, introduciendo el ejército hoplítico que posiblemente no poseería en la época de la batalla de Hisias, lo que habría propiciado su derrota. La introducción de la falange hoplítica, que requeriría un mayor esfuerzo por parte de más individuos produciría desequilibrios importantes en la *polis*, agravados por la dureza y longitud de la guerra. Ciertamente, nuestras principales fuentes aluden a un período de conflictos internos, que justificarían la acción de Licurgo. En otro contexto, sabemos que la fundación de la única colonia espartana arcaica, Tarento, a fines del siglo VIII y tras la Primera Guerra de Mesenia, tuvo también como causa conflictos protagonizados por individuos que aspiraban a la plena ciudadanía y a sus beneficios. De tal manera, los enfrentamientos que tienen lugar en el siglo VII encuentran ya su precedente inmediato en esos acontecimientos ocurridos en la centuria previa.

Por otro lado, tampoco es fácil fechar la época en que tuvo lugar la vida y la obra de Licurgo de cuya existencia, incidentalmente, se tiende a dudar incluso por una parte de los historiadores modernos; pero parece bastante probable que la misma haya que datarla en el siglo VII y, con más precisión, a lo largo de la primera mitad del mismo. Como ocurre en ocasiones entre los legisladores arcaicos, Licurgo recibe la sanción divina, en este caso del Apolo Délfico, en su intento de dotar de

un buen gobierno (*Eunomia*) a su ciudad; es este el sentido del siguiente pasaje de Plutarco:

> «Concebidos estos planes [cambiar la constitución], viajó, primero, hacia Delfos y, tras sacrificar y consultar al dios, regresó trayendo aquel célebre oráculo donde la Pitia le llamó amado de los dioses y dios más que hombre y, ante su petición de eunomía, dijo que el dios le concedía y otorgaba el que iba a ser mucho más fuerte que todos y cada uno de los demás sistemas de gobierno.» (Plutarco, *Vit. Lyc.*, 5, 4; traducción de A. Pérez Jiménez.)

La acción de Licurgo, según la tradición dictada personalmente por Apolo en Delfos y conocida como la *Gran Retra*, contempla varios frentes, entre los que cabe destacar la reestructuración política del estado, definiendo no sólo el papel de los reyes (*archagetai*) y del consejo (*gerusia*) sino también el de la asamblea popular (o *apella*); el ya mencionado fragmento 3 D de Tirteo, antes transcrito, define las funciones de cada grupo; de los diversos testimonios conservados parece desprenderse el predominio, al menos en los primeros momentos de vigencia de estas normas, de los reyes y de la *gerusia*, lo que se garantizó, por ende, mediante la adición de una norma, pretendidamente durante los reinados de Teopompo y Polidoro (primer cuarto del siglo VII), según la cual la decisión última, en caso de discrepancia con el *damos* correspondería a aquéllos (Plutarco, *Vit. Lyc.*, 6, 8). Más problemático es el momento al que corresponde el establecimiento de la magistratura del eforado (*véase* 3.2.1).

Asimismo contemplaba la Retra el problema de la tierra que también afectó a Esparta, si bien la solución aquí adoptada, la conquista militar, permitía la existencia de unos individuos sin derechos ciudadanos (los periecos) y otros, los hilotas, auténticos esclavos propiedad del estado, destinados a cultivar las parcelas (*klaroi*) asignadas, de por vida, a los ciudadanos, tanto en Lacedemonia cuanto, sobre todo, en Mesenia, que tanta sangre les había costado controlar junto con sus habitantes. Los ciudadanos, por otro lado, debían participar de comidas en común (*syssitia*), medida pretendidamente igualitaria y, al tiempo, de carácter suntuario, al combatir los dispendios privados. Esta institución formaba parte de todo un conjunto más amplio de disposiciones que garantizaban una educación, unas normas de comportamiento y un trasfondo ideológico que sirviese de guía a todos los ciudadanos y que recibía el nombre de *agoge*; la relación de todo el sistema con la nueva estructuración militar de la falange hoplítica, organizada según las tres tribus dorias, como muestra el fragmento 3 D de Tirteo y reclutada, seguramente, a partir de las aldeas o distritos (*obai*) de residencia, parece evidente. El resultado más patente de este conjunto de medidas

fue dar lugar a una materialización, en la acción de gobierno, de la *Eunomia*; en Esparta y como manifestación palpable de ello, los ciudadanos serán llamados *homoioi*, «iguales».

Además de la Gran Retra, a Licurgo se le atribuían otras «retras» o «dichos», una de las cuales era, precisamente, no hacer uso de leyes escritas, lo que parece haber sido respetado rigurosamente en Esparta.

La labor de Licurgo, a juzgar por los datos que ha transmitido la tradición, es más amplia que la que correspondería a un simple legislador; en último término, incluso, y según esta visión, su quehacer habría consistido en transmitir y hacer cumplir a sus conciudadanos oráculos dictados por Apolo. Ciertamente, hoy no podemos seguir defendiendo esta idea. La actividad de Licurgo obedece, sin duda, a una larga situación de inestabilidad en la que el problema de la tierra debía de ser acuciante, como muestra tanto la expansión hacia Mesenia como la colonización de Tarento y las propias medidas atribuidas a Licurgo al respecto; ocurre, simplemente, que la solución que dio Esparta a tal asunto consistió, ante todo, en proceder a un amplio reparto de la tierra de Mesenia (un *ges anadasmos*) que, sin duda, acalló los descontentos en su mayor parte. Al tiempo, el cese de la agitación social debió de favorecer la puesta en práctica del sistema político atribuído a Licurgo, en el que los grupos oligárquicos tenían un claro protagonismo y salían especialmente beneficiados; es el establecimiento de la *Eunomia*, del buen gobierno, aunque en Esparta ese buen gobierno es consecuencia de una adecuada distribución de la tierra. Por eso Tucídides (I, 18) podía decir que, mientras que en el resto de las ciudades griegas había tiranos, Esparta se libró de ellos y, ciertamente, fue así. Pero, habida cuenta del ulterior desarrollo espartano, con su consiguiente endurecimiento, consecuencia del sistema policial que, a fin de vigilar a hilotas y mesenios sometidos, hubo de crear, no podemos dejar de pensar en el precio que tuvo que pagar la ciudad para alcanzar ese ideal de *Eunomia*.

En definitiva, al menos en un primer momento, la legislación de Licurgo acabó con la crisis mediante el expediente de conceder tierras a los ciudadanos, con la consiguiente contrapartida de su participación en el ejército hoplítico. A cambio de ello, el ciudadano quedaba sometido al gobierno de los «mejores», de los *aristoi*, que formaban la *gerusia*, encabezados por los reyes. Ciertamente la Retra de Licurgo, como el resto de las legislaciones arcaicas, consagraba el gobierno aristocrático (o, quizá con más propiedad, oligárquico) en Esparta y, como en muchas otras ciudades, iba a permanecer durante largo tiempo sin modificaciones aparentes. Sólo el auge de la magistratura del eforado, cargo al que podía optar cualquier ciudadano, podría poner cierto freno a ese sistema, personificado en los grandes poderes de los reyes

y del consejo de ancianos; sin embargo, ese apogeo no parece haber tenido lugar antes del siglo VI.

5.7.3. Las recopilaciones de leyes, respuesta aristocrática a la crisis

La floración de legislaciones y legisladores que se producen en Grecia en el siglo VII no es fruto de la casualidad; por ende, su abundancia sugiere que responden a una situación generalizada, que he tratado de describir en apartados previos. El problema de la tierra, centrado en el proceso de usurpación progresiva de la misma por parte de los pudientes y agravado por las nuevas condiciones económicas determinadas por el auge de la colonización y la navegación, deviene problema militar y social; el descontento crece por doquier porque las normas consuetudinarias, sólo conocidas y aplicadas por los *aristoi*, no dan satisfacción a las demandas planteadas por los perjudicados. A ello se añade que la vieja concepción del poder aristocrático, cerrado y obscurantista, choque cada vez más con las demandas de publicidad que surgen por doquier. Este ambiente, como también se ha visto, es propicio para que surjan «jefes del pueblo» que traten de sacar provecho personal de la situación (*véase* 5.4).

Sin embargo, en ocasiones los que ejercen el poder reaccionan y tratan de adelantarse a los hechos atendiendo a una de las demandas que circulan por el ambiente: la de poner por escrito las normas por las que se pretende gobernar a la comunidad; y si ello queda más o menos claro en los casos mencionados, donde con más contundencia se observa es en la legislación de Dreros, que además de establecer castigos para aquellos magistrados (sin duda *aristoi*) que abusen de sus prerrogativas, da a conocer de forma palpable la estructura de la *politeia*, obviamente aristocrática y restrictiva, pero también sujeta a limitaciones, impuestas por los mismos círculos dirigentes a aquéllos que, procedentes de sus propias filas, pueden aspirar a ejercer el poder. Por eso mismo he afirmado en este epígrafe que las recopilaciones de leyes son una «respuesta aristocrática a la crisis».

Parece que la innovación no es mucha, aun cuando no pueda dejar de reconocerse el avance que supone la puesta por escrito, la «objetivación» de esas normas. Prácticamente todas ellas (al menos las conocidas), son de un carácter marcadamente aristocrático y conservador; por ende, las prevenciones de tipo sacral que suelen acompañar a estos códigos para evitar su reforma o modificación durante centenares de años son otra prueba de la inmutabilidad que se pretende, garantía indudable del dominio aristocrático. Las legislaciones, emitidas casi

siempre por individuos de reconocido prestigio (ya sea por su sanción divina, o por su sabiduría) pretenden mantenerse, pues, indefinidamente. Tal y como sabemos, en muchos casos así ocurrirá; en otros, sin embargo, abrirán el camino para ulteriores desarrollos, como ocurrirá en Atenas, donde una generación después de Dracón fue necesario un profundo cambio, encomendado a Solón. En ocasiones, como en la propia Atenas, una labor legislativa (la soloniana) precede y, en cierta medida, sienta las bases de la tiranía; en otras, es la tiranía la que suple a la legislación; en otras, por fin, el propio tirano es el legislador. Son respuestas diversas a una misma crisis que se extiende a lo largo y ancho de toda la Hélade. Mientras que la codificación es la respuesta aristocrática podemos pensar que la tiranía es la respuesta del *demos*. Veamos si esto es así o no.

5.8. Las tiranías en Grecia

Si algo caracteriza al siglo VII griego es la tiranía; en mayor medida que las codificaciones de leyes o los logros sociales o artísticos, es la tiranía la que define buena parte del alto arcaísmo en Grecia; y, sin embargo, las causas que explican su surgimiento son las mismas que dan cuenta de las ya citadas legislaciones. Es, simplemente, una forma diferente de responder a la situación existente. Empecemos, ante todo, por analizar algunos casos de tiranías de entre las mejor conocidas del siglo VII.

5.8.1. Algunos casos de tiranías

— *Los Cipsélidas de Corinto*

Cípselo se hace con el poder en Corinto hacia el año 655 a.C.; era hijo de Labda, miembro de los Baquíadas, y de Eetion, que no pertenecía a ese grupo y ni tan siquiera era dorio. Su poder dura treinta años y es sucedido por su hijo Periandro y acerca del tipo de gobierno que desempeña hay versiones contrapuestas, pues Heródoto le considera un tirano cruel, mientras que otras tradiciones, que remontan a Éforo, le tienen por un buen gobernante y nada duro. Parece que ocupó el cargo de polemarco, lo que indicaría que ciertos rasgos de la tradición posterior, que le hacían objeto de persecución por parte de los Baquíadas, no serían fiables. Es destacable, igualmente, la circunstancia de que ocupó una magistratura, relacionada posiblemente y, a juzgar por el nombre, con la guerra. Aunque a partir de nuestras fuentes apenas se puede saber el mecanismo merced al cual Cípselo accedió al poder,

parece que no pueden descartarse conflictos internos, que acaban con la muerte del último magistrado epónimo Baquíada, Patroclides o Hipoclides, tras lo cual y, con el apoyo de sus partidarios, Cípselo se haría con el control de la situación. Que ya había descontentos lo muestran las noticias de que Cípselo permitió el regreso de aquéllos que habían sido expulsados de la ciudad por los Baquíadas.

Se ha resaltado también que en esta acción jugó, ante todo, la hostilidad que el conjunto de la ciudad mostraba hacia los Baquíadas y, en mi opinión, no cabe descartar el propio descontento de grupos aristocráticos incluyendo quizá miembros de los propios Baquíadas, que no tendrían posibilidades reales de acceder a cargos superiores, entre los cuales acaso se encontrase el propio Cípselo, a cuenta de su no plena pertenencia al clan Baquíada y, en general, la aristocracia no doria de la que procedía el padre del tirano. Además, en Corinto no puede perderse de vista el peso que pudieran tener aquellos individuos que, aunque dedicados a la agricultura, podían haber visto incrementar sus ganancias a causa del comercio centrado en Corinto y que, por ende, habían accedido hacía poco tiempo a la falange hoplítica, en una época en la que, por lo que sabemos, Corinto se halla enfrentada a su colonia Corcira, a Mégara y a Argos. No podemos olvidar, por fin, a los desposeídos, cuya existencia se atestigua, sobre todo, por la reanudación de la colonización bajo la inspiración de Cípselo y de su hijo Periandro, con las fundaciones de Léucade, Anactorio, Ampracia y Apolonia en la región ilírica y Potidea en el istmo de Palene, en la Calcídica; Epidamno fue colonia de Corcira, pero con participación corintia. De los Baquíadas que consiguen huir, sabemos que muchos se refugian en Corcira, otros en Esparta y algunos, incluso, en Etruria, como mostraría la no demasiado clara tradición sobre Demarato, el que llegaría a ser padre de Tarquino Prisco.

A Cípselo se le atribuye un reparto general de tierras, acaso no improbable habida cuenta las confiscaciones de las tierras de los Baquíadas que llevó a cabo, pero el propio fenómeno colonial sugiere que, o bien, los demandantes de nuevas tierras eran muy numerosos, o bien que no había tierras suficientes para todos. También se le atribuye una política de tasación sobre la décima parte de los ingresos de los ciudadanos, pero este asunto permanece bastante obscuro.

Si la tradición sobre Cípselo no es excesivamente hostil, la existente sobre su hijo y sucesor Periandro se complace en destacar su crueldad y su gobierno despótico; muy vinculado al entonces tirano de Mileto, Trasibulo, su política parece haberse caracterizado por la supresión violenta de los disidentes; no obstante, el que haya sido contado entre los «Siete Sabios» hace también sospechosa esta atribución. A Periandro se le asigna, además de la prosecución de la política colonial y

comercial de su padre (fundación de Potidea, relaciones con Egipto), una serie de disposiciones para combatir el lujo excesivo y la arqueología ha puesto de manifiesto su amplio y ambicioso programa de obras públicas en la ciudad, en el que se incluía el *diolkos* o calzada empedrada que atravesaba el istmo de Corinto y unía por tierra el Golfo Sarónico con el de Corinto, facilitando el tránsito entre los dos mares controlados por la ciudad.

El final de la tiranía tuvo lugar cuando, tras la muerte de Periandro, hacia el 585 a.C., el poder recayó en su sobrino Psamético, que tras tres años de gobierno fue asesinado.

— *Los Ortagóridas de Sición*

El conocimiento que tenemos de la tiranía que se desarrolló en esta pequeña ciudad, vecina de Corinto, se debe ante todo a la circunstancia de que un nieto del tirano sicionio Clístenes, fue Clístenes el Ateniense, lo que despertó el interés de los historiadores, no tanto hacia Ortágoras y sus inmediatos sucesores cuanto al abuelo del famoso Clístenes, que era a su vez sobrino nieto de Ortágoras; también fue célebre la boda de la hija del tirano, Agarista, que tras duras competiciones casó con el ateniense Megacles el Alcmeónida (*véase* 6.5).

La tradición en torno a Ortágoras muestra rasgos que la asemejan a la existente para Cípselo, lo que parece mostrar la recurrencia a *topoi* más o menos legendarios; de Ortágoras, sin embargo, se destaca su papel entre las tropas fronterizas, en sus años jóvenes (detalle que también encontramos a propósito de otros tiranos, como Aristodemo de Cumas); a partir de ahí, consigue el mando de estas tropas y con el favor popular se convierte en polemarco bien a mediados del siglo VII, bien en algún momento de su último tercio. Aunque no se conoce apenas nada de la situación en Sición antes de Ortágoras, las medidas que tomará Clístenes más adelante parecerían indicar que, aunque de origen aristocrático, no formaba parte de los círculos dirigentes sicionios; por lo demás, aparte de su benévolo gobierno, apenas conocemos nada más del gobierno de Ortágoras.

Por lo que se refiere a Clístenes, su ascenso, después de acabar con Mirón II, hijo de Ortágoras, tiene lugar en los años de tránsito entre el siglo VII y el VI. Se ha aludido en ocasiones, a propósito de su política en relación con el carácter e importancia de las tribus dorias, en una orientación anti-doria, si bien ello es algo que no queda suficientemente claro. Lo que sí parece, a mi juicio, más claro es que la modificación de los nombres de las tribus dorias a él atribuída posiblemente vaya relacionada con una reforma de la estructura militar y acaso con un aumento de los efectivos, en un momento en el que se nos informa

de conflictos con la vecina Argos, habida cuenta de la estrecha relación que en el mundo griego existía entre la pertenencia a una tribu y la participación en el ejército. Quizá haya sido responsable de una redistribución de la población en nuevas tribus, con fines políticos además de los estrictamente militares; de ser así, la orientación anti-aristocrática sería evidente, al tratar de quebrar la «solidaridad aristocrática» que podría existir entre los miembros de tribus homónimas en Sición y en Argos. Tampoco hemos de perder de vista el nombre que, según Heródoto (V, 68), da Clístenes a la tribu a la que él pertenece, Arquelaos («jefes del pueblo», o «jefes del pueblo en armas») pues quizá incida en esta dirección.

Por fin, no menos importantes son las medidas que el tirano adopta en dos campos muy concretos: por un lado, prohíbe la recitación pública de los Poemas Homéricos (posiblemente no la Ilíada y la Odisea, sino otros del ciclo épico) y, por otro, sustituye el culto rendido en el *agora* sicionia al héroe Adrasto por el de Melanipo. El pretexto que aduce Heródoto (V, 67) es que en ambos casos se ensalzaba excesivamente a los argivos; aun cuando no tengamos por qué dudar de ello, no deja de ser interesante el empleo político que los poemas épicos tienen en el esquema de gobierno del tirano sicionio, seguramente en su aspecto de recuerdo perenne de unas formas de vida, las aristocráticas, que él pretende combatir. La relación del culto al héroe Adrasto con la propia esencia de la *polis* sicionia también parece clara y en su sustitución por otro personaje, igualmente heroico, hay que ver un cambio de orientación y de vinculaciones ideológicas en el estado sicionio, responsabilidad directa del tirano.

Esta eventual política anti-aristocrática en el interior contrasta tanto con su carácter de Olimpiónico (triunfador en una de las competiciones de los Juegos Olímpicos) cuanto con la cantidad de aristócratas de todas procedencias que se dan cita para solicitar la mano de su hija Agarista (Heródoto, VI, 126-130). Pero ello, en todo caso, tampoco debe sorprendernos por cuanto que no es infrecuente hallar comportamientos aparentemente contradictorios entre los tiranos.

— *Cilón de Atenas*

El caso de Cilón en Atenas es, como vamos a ver, el de una tiranía fallida; sin embargo, nos puede servir para estudiar qué elementos intervienen y favorecen el auge de los tiranos, siquiera sea porque en Atenas los mismos aún no parecen haberse desarrollado. Hacia el 632 a.C., un joven Olimpiónico, Cilón, casado a la sazón con la hija de Teágenes, en aquél momento tirano de Mégara, intentó convertirse en tirano para lo cual, con un grupo de partidarios y con ayuda militar

proporcionada por su suegro, se apoderó de la Acrópolis. La reacción no se hizo esperar y de los campos acudieron los ciudadanos que les sitiaron; el asunto acabó con la muerte de muchos de los partidarios de Cilón si bien sus ejecutores, encabezados por los Alcmeónidas, incurrieron en sacrilegio, puesto que aquéllos se habían encomendado a la protección de los dioses. El episodio, por consiguiente, debió de ser poco duradero y de la aparentemente escasa incidencia que tuvo dan cuenta las pocas informaciones que nos han transmitido los historiadores antiguos (sobre todo, Heródoto, V, 71; Tucídides, I, 126-127).

Parece claro, al menos a partir de ellos, que no había tras Cilón un amplio respaldo popular y que en la fallida intentona ciloniana jugó un papel importante la ayuda megarea; el caso de Atenas, por lo tanto, debe considerarse como ciertamente peculiar. No hemos de olvidar, a este respecto, que en la línea que ha defendido recientemente Morris (MORRIS: 1987), en Atenas el proceso de conformación de la *polis* habría sufrido un brusco corte en los años de tránsito del siglo VIII al VII, que fomentaría, a unos niveles muy superiores a los de otros estados griegos, la situación de dependencia del campesinado (los *pelatai* y hectémoros que mencionaba Aristóteles); ello explicaría, precisamente, que la situación fuese mucho más grave aún para el campesino ático que para los de otras ciudades, donde si bien el problema de la tierra era acuciante y, seguramente, la cuestión de las deudas también, no parece haberse llegado a esos extremos de sometimiento de la población campesina a que se llega en Atica. Sin embargo, y en esto Atenas sí se equipararía a otras *poleis* griegas, sí había algunos círculos aristocráticos que intentaron, recurriendo al expediente de la tiranía, modificar esa situación lo que muestra también un estado de enfrentamiento entre facciones aristocráticas. Si bien el intento de Cilón resultó fallido, no deja de ser significativo que diez u once años después se proceda a la recopilación legislativa que lleva el nombre de Dracón. Esto también permite pensar que, aunque los Eupátridas consiguieron controlar este brote tiránico, cada vez habría más presiones (y, seguramente, no necesariamente populares) para modificar el estado de cosas. El nombramiento de Solón, al que nos referiremos en un próximo capítulo, trataría de resolver de forma definitiva el conflicto (*véase* 6.2).

— *Fidón de Argos*

Aun cuando buena parte de las figuras del arcaísmo griego aparecen rodeadas de una bruma espesa que impide a veces discernir los acontecimientos, la personalidad de Fidón es de las más controvertidas, puesto que las tradiciones a su nombre llenan prácticamente todo

el siglo VII (e, incluso, épocas anteriores), siendo difíciles de conciliar entre sí en la mayor parte de los casos. Igualmente problemática es la cuestión de su ascenso al poder, puesto que Aristóteles afirma (*Pol.*, 1310b 26) que accedió a la tiranía desde la realeza y, ciertamente, parece haber sido miembro de la familia real Teménida. Se le suele relacionar con la importante victoria de Argos sobre Esparta en la batalla de Hisias hacia el 669-668 a.C., lo que ha hecho que se le vincule con la implantación en Argos de la táctica hoplítica; igualmente, se le atribuye la introducción de la moneda. Si bien esto último no parece probable, hay práctica unanimidad en considerarle creador de un sistema de pesos y medidas comunes, cuyo radio de acción se extendería a todo el Peloponeso y que serviría de patrón monetal en el momento en el que, ya en el siglo VI, se acuñasen las primeras monedas. Por fin, un hijo suyo aparece como pretendiente a la mano de Agarista, la hija de Clístenes de Sición.

De cualquier modo, si realmente se relaciona con la batalla de Hisias, parece difícilmente admisible que pueda atribuírsele una cronología tan baja como la que implica que un hijo suyo esté pretendiendo la mano de Agarista hacia el 580 a.C.; esto ha llevado a numerosos debates cronológicos y a ingeniosas teorías en las que no voy a entrar, si bien mi opinión personal tiende a desvincularle de la introducción del sistema hoplítico en Argos y considerar su acción, como ocurre en otras *poleis* una consecuencia de las transformaciones a que ha dado lugar la modificación de las tácticas de combate. Por otro lado, parecería que la victoria argiva en Hisias habría sido consecuencia de una temprana introducción de la táctica hoplítica lo que proporcionaría una neta superioridad táctica a los argivos; no obstante, quizá sí pueda atribuirse a Fidón el haber dado cabida en la falange hoplítica a parte de los individuos de origen no dorio, quizá englobándolos en una nueva tribu. Eso sería lo que le haría aparecer, ante los ojos de ciertos elementos, más como un tirano que como el rey legítimo que era. De ser cierto eso, su reforma podría haber sido parecida a la que Clístenes introdujo en Sición.

— *Otros casos menos conocidos*

Además de los tiranos ya mencionados, nuestras fuentes nos han transmitido toda una serie de nombres de otros personajes que, en el siglo VII se hicieron con el poder en sus respectivas ciudades; entre ellos, cabría citar a Teágenes de Mégara, suegro y colaborador de Cilón de Atenas, a Trasíbulo de Mileto, amigo y aliado de Periandro de Corinto, a Pítaco de Mitilene, que parece haber sido, más bien, un «árbitro» (*aisymnetes*), surgido tras las verdaderas tiranías de Melan-

cro y Mírsilo, que derriban al gobierno oligárquico de los Pentílidas y encargado también de dictar una serie de leyes, si bien el lírico Alceo, miembro de una facción opuesta también le considera tirano; en Samos se menciona, a fines del siglo VII, al por otro lado obscuro tirano Demóteles, destituido por una conjuración de propietarios de tierras (*geomoroi*).

También en Occidente aparece el fenómeno, como muestra la tiranía de Panecio de Leontinos, datable a fines del siglo VII y prueba, tal vez, del gran desarrollo socio-económico alcanzado por las ciudades calcídicas occidentales, testimonio de lo cual sería, igualmente, la legislación de Carondas en la también calcídica y vecina Catana, si bien esta última, de carácter aristocrático, parece haber seguido una orientación opuesta a la acción de Panecio, que se colocaría al frente de los pequeños propietarios, enfrentándose a los terratenientes de Leontinos. Yo no excluiría la posibilidad de que la amenaza de una tiranía en Leontinos, hubiese animado a la aristocracia de Catana a dar el paso de recopilar sus viejas normas consuetudinarias, aun cuando la falta de precisión cronológica impide relacionar ambos fenómenos. Para Siracusa disponemos de noticias que aluden a una situación de *stasis* a mediados del siglo VII, saldada con la expulsión de un grupo, los llamados Milétidas, que se refugiarán en Zancle y acabarán co-fundando Hímera; no sería improbable que ese grupo que acaba marchándose hubiese apostado por la tiranía.

La lista, obviamente, podría seguir alargándose, pero no lo considero necesario; prueba, en todo caso, que, por más que sólo nos sean algo mejor conocidas unas pocas figuras, el fenómeno de la tiranía afectó a prácticamente todo el mundo griego del siglo VII y, como tendremos ocasión de ver, también lo hará en el siglo VI. Del mismo modo que el fenómeno colonial afectó también a regiones muy dispares de la Hélade hacia la misma época, de la misma manera que el sistema de combate hoplítico fue difundido también rápidamente por todo el mundo griego, así la solución de la tiranía se extendió por toda Grecia durante el siglo VII. La principal consecuencia que puede extraerse de todo ello es que, ciertamente, problemas similares se plantean en toda la Hélade desde el siglo VIII y a esos problemas se le dan soluciones muy similares, al menos en sus líneas generales. Y, a propósito de esos rasgos conjuntos, hablaré en el siguiente apartado (*véase* 6.4; 7.2; 8.2; 9.1.2).

5.8.2. Rasgos generales del sistema tiránico

El análisis llevado a cabo de distintos sistemas tiránicos, de los que hemos conservado un mayor número de noticias (aún dentro de la

habitual precariedad), permite elaborar una serie de características que, de forma más o menos general, se repiten en casi todos los casos, al menos un número determinado de ellas. Del mismo modo, estos factores deberán tenerse presentes a la hora de interpretar las tiranías del siglo VI, algunas de las cuales no diferirán apenas de las ya presentes en el siglo VII.

— *Ilegitimidad*

Uno de los rasgos que le sirven a Aristóteles para distinguir la tiranía de otros tipos de monarquías (es decir, de gobiernos individuales) es su carácter de ilegítima y de irresponsable. Según sus propias palabras,

> «... hay una tercera forma de tiranía, que es la que más propiamente parece serlo, por corresponder a la monarquía absoluta. Es necesariamente una tiranía de esta clase la monarquía que ejerce el poder de un modo irresponsable sobre todos, iguales o superiores, en vista de su propio interés y no del de los súbditos; por tanto, contra la voluntad de éstos, porque ningún libre soporta de grado un poder de esta naturaleza.» (Aristóteles, *Pol.*, 1295 a 17-24; traducción de J. Marías y M. Araujo.)

Esta ilegitimidad le viene dada al tirano por la circunstancia de que su acceso al poder se realiza mediante algún acto de fuerza, seguramente protagonizado por sus propios partidarios, si bien no se excluye en algunas ocasiones la intervención exterior. A pesar de ello, en varios de los casos citados anteriormente, el futuro tirano se vale del desempeño de algún cargo constitucional, lo que posiblemente le permite, además de tener un conocimiento de primera mano de la situación del momento, valerse de resortes legales o, en su caso, de la debilidad de los mismos. Dependiendo también de los casos esta ilegitimidad no implica siempre una suspensión *de facto* de la legalidad vigente, sino que la misma puede continuar, aun cuando el tirano tendrá buen cuidado de conseguir que partidarios suyos desempeñen los principales cargos; además, su poder se verá afianzado por lo que podríamos llamar apoyo popular.

— *Apoyo popular*

Es difícil en muchas ocasiones saber en qué puede consistir este «apoyo popular» que, habitualmente, se les supone a los tiranos. Ciertamente y, como se ha visto antes, Cilón fracasó, precisamente, porque

no disponía de este apoyo, pero sigue siendo cuestionable hasta qué punto los ciudadanos, en la *polis* del siglo VII, se hallaban organizados y, sobre todo, concienciados políticamente. Da más la impresión de que son los cabecillas aristocráticos, esos «jefes del pueblo» a los que ya he aludido, quienes han sabido rodearse de partidarios y han prestado su apoyo al tirano, tanto durante su gobierno cuanto en los momentos previos al acceso al poder del mismo, lógicamente a cambio de jugosas contrapartidas. Estos partidarios no aristocráticos procederían, naturalmente, tanto de la población urbana cuanto de la campesina y, sobre todo, de aquéllos que se consideraban más perjudicados por la política practicada por los sistemas aristocráticos, como podían ser los pequeños propietarios (*véase* 5.3.2).

Es una idea hasta cierto punto común que son los hoplitas, como tales, los que apoyan al tirano; en mi opinión esto no queda lo suficientemente claro. Sin duda, buena parte de los pequeños y medianos propietarios se hallaban integrados en la falange hoplítica y este mismo hecho, tal y como he mostrado en apartados previos, acompañado de su no participación política y del riesgo de perder sus tierras y, eventualmente, hasta su propia libertad y la de los miembros de su familia, debió de producir descontentos. Pero también es cierto que estos últimos se manifestaban como miembros que eran del cuerpo cívico o *demos* y en ello coincidían con otros grupos, incluyendo también a veces sectores aristocráticos, que tenían sus propias quejas. La situación de descontento parece haber sido tan generalizada que es difícil establecer una relación directa entre la pertenencia a la falange hoplítica y la cristalización del apoyo al tirano. Ese hecho ha debido de contribuir y, quizá de forma decisiva, a hacer patente para un conjunto amplio de ciudadanos la injusticia reinante, pero no ha sido el hecho determinante. El apoyo popular ha sido capitalizado y capitaneado por facciones aristocráticas, dentro de un contexto más amplio de lucha por el poder. Ni que decir tiene que los elementos populares esperan, a cambio de ese apoyo (que en ocasiones puede ser simplemente pasivo), una serie de contrapartidas de entre las cuales la principal parece haber sido, como se apuntaba anteriormente, el reparto de tierra o *ges anadasmos*; sin embargo y, a pesar de que esa demanda existió, las reparticiones de tierra *ex novo* no se atestiguan claramente en ninguno de los casos de tiranías arcaicas conocidos (*véase* 5.4.1).

— *Hostilidad hacia la aristocracia*

A pesar de ello, el tirano va a comportarse de forma hostil hacia los *aristoi*, aunque también aquí conviene hacer precisiones. Si bien en algunos casos, como en Corinto, los Baquíadas han debido abandonar

la ciudad, el mismo ejemplo parece mostrarnos que la persecución hacia la aristocracia, en cuanto clase o grupo social, no ha sido, ni mucho menos, generalizada. Han sido perseguidos, por lo general, aquéllos que tenían responsabilidades políticas. Lo que ocurre es que parece haberse ido desarrollando un proceso que ha otorgado el poder efectivo a un grupo cada vez más restringido de *aristoi*, seguramente como consecuencia de relaciones matrimoniales de carácter endogámico, propiciados al tiempo por la pérdida de poder económico y, por consiguiente, de prestigio social y por una disminución en el nivel de vida de grupos antaño incluidos en los círculos de poder, víctimas, asimismo, del proceso de fragmentación de la propiedad y, acaso, del endeudamiento progresivo. Así, factores económicos y sociales pueden haber ido convirtiendo en oligárquicos sistemas que en tiempos fueron aristocráticos, según un proceso bien descrito por Aristóteles (*Pol.*, 1307 a). Esos son los grupos hacia los que muestra habitualmente hostilidad el tirano, puesto que su función es resolver la mala situación que tal régimen ha creado. Y, por ende, difícilmente podría existir una hostilidad hacia la aristocracia en su conjunto cuando los propios tiranos (y parte de sus sustentadores) proceden de familias aristocráticas.

— *Origen aristocrático de los tiranos*

En efecto, en todos los casos que he analizado y, seguramente también en los menos conocidos, el tirano es, por su origen y ascendencia, un *aristos*. En ocasiones, además, ha sido triunfador en los Juegos Olímpicos; a veces, ha desempeñado cargos reservados sólo a aristócratas; en su comportamiento mantiene el *ethos* aristocrático. Por si fuera poco, sus relaciones, especialmente con miembros ajenos a su *polis* se rigen por el código de comportamiento aristocrático, como muestra con todo detalle la boda de Agarista, la hija de Clístenes, a cuyo llamamiento acude la más poderosa y linajuda aristocracia de toda la Hélade o como se desprende de la incorporación de Periandro de Corinto al elenco de los «Siete Sabios», cuyo ideal de *sophia* se vincula, además de al mundo délfico, a la extracción aristocrática de todos sus miembros. Es, precisamente, el carácter aristocrático del tirano el que convence definitivamente de que todos los conflictos sociales (*staseis*) que se suceden en Grecia a lo largo del siglo VII han estado movidos por *aristoi* descontentos, por más que hayan buscado y hallado apoyos importantes en otros círculos sociales y por más que éstos hayan acabado recibiendo su recompensa por el apoyo brindado. Naturalmente, el que aquéllos hayan tenido posibilidades de triunfo viene determinado por el descontento generalizado en la población hacia el gobierno aristocrático.

5.8.3. Los tiranos como creadores del marco político de la ciudad

Quizá este epígrafe pueda parecer demasiado extremo, si tenemos en cuenta lo que venimos viendo hasta el momento, si pensamos, asimismo, en la labor de los legisladores y si valoramos el hecho de que no todas las *poleis* han sufrido las tiranías ni, en caso de que sí hayan pasado por ellas, lo han hecho en el mismo momento. Pero, a pesar de ello, creo que debo mantener ese enunciado inalterado por una razón fundamental: hasta que surge un tirano, la *polis* se ha gobernado según formas cuyo origen remonta, en la mayor parte de los casos, a los Siglos Obscuros. Un sistema regio, transformado en aristocracia, que adaptado en un primer momento a las necesidades de una laxa organización aldeana ha sido reaprovechado en el momento de la formación de la *polis*, no podía dejar de arrastrar tras de sí un pesado lastre. La figura del tirano, precisamente por su carácter de ilegitimidad, ha roto y, de forma tajante, esa indudable continuidad. Nada será igual a partir de la labor del tirano, su actuación dejará unas secuelas irreversibles: las viejas familias que habían ejercido el poder desde tiempo inmemorial o han desaparecido o han perdido fuerza; ascenderán nuevos grupos, bien aristocráticos, que apenas habían tenido oportunidades de gobernar previamente, bien no aristocráticos, que de momento no aspirarán (o no lograrán) un poder efectivo, aunque sí conseguirán reafirmar su carácter de ciudadanos, obteniendo garantías tan fundamentales como la de conocer las leyes que han de servir para juzgarles, o como tener garantizada la inalienabilidad de sus personas y las de sus familias.

Si los conceptos de *polis* y de *polites* surgen en el siglo VIII, su verdadera realización no va a empezar hasta el siglo VII cuando, en la mayor parte de los casos por la intervención traumática de un tirano, van a llenarse de contenido. Así, surgirán políticas de reparto de tierras, que al tiempo que alivian la situación, permiten dar más fuerza a la falange hoplítica; políticas de pesos y medidas, atendiendo tanto a nuevas formas de evaluación de la riqueza cuanto a las cada vez mayores relaciones externas; políticas de fomento de la artesanía y del comercio y de las obras públicas, siquiera como medio de dar ocupación a los menos beneficiados, pero también en respuesta a la propia crisis agraria. En efecto, se tiende a ir reconvirtiendo cultivos y a una mayor especialización de los mismos lo que a su vez implica una adecuada política de importación de aquellos alimentos en los que es deficitaria la ciudad. Además, el auge del comercio favorecerá también el desarrollo de las primeras flotas de guerra; como se ve en el si-

guiente pasaje de Tucídides, parece haber una relación directa entre la tiranía y el auge del poderío naval:

> «Al hacerse Grecia más poderosa y adquirir aún más riquezas que antes, surgieron en general en las ciudades tiranías, pues los ingresos crecían (antes había monarquías hereditarias con atribuciones limitadas) y Grecia comenzó a equipar escuadras y a ocuparse más del mar. Se dice que los corintios fueron los primeros que innovaron el arte naval, dejándolo muy cerca del estado actual; y que fue Corinto el primer lugar de Grecia donde se construyeron trirremes.» (Tucídides, I, 13; traducción de F.R. Adrados.)

Las flotas, el poderío naval son también un medio importante de emplear a individuos sin tierras y sin recursos y, en su momento, ya en época clásica, se revelarán como un ingrediente fundamental para explicar los sistemas democráticos.

Por fin, suele ser frecuente que los tiranos reorganicen viejos festivales, restauren o reconstruyan santuarios políadas, lleven a cabo, en definitiva, una política que podríamos llamar «religiosa»; el sentido de la misma hay que relacionarlo con el reforzamiento de la ideología política, en cuanto enfrentada al exclusivismo de los cultos y lugares de culto vinculados ancestralmente a las aristocracias a las que se combate.

Con todo lo anterior lo que quiero mostrar es que las tiranías crean o, a veces, solamente, capitalizan un movimiento de alcance, que consiste en la transformación de una sociedad aristocrática y cerrada en un entramado mucho más complejo y con intereses sumamente divergentes; pero, más significativamente aún y, según se vaya implantando la idea del buen gobierno o *Eunomia*, por lo general incompatible con la figura del tirano, pero que su acción ha contribuído a impulsar, se afianzará definitivamente la idea de la *polis* como comunidad que tiende al bien más principal, según la definición de Aristóteles (*Pol.*, 1252 a 1-7), aun dentro de la heterogeneidad de sus componentes.

5.8.4. La tiranía, respuesta del *demos* a la crisis

Es, precisamente, por ello, por lo que considero a la tiranía como respuesta del *demos* a la crisis, no tanto porque éste haya sido su protagonista principal, sino sobre todo porque sí ha sido su beneficiario y, además, porque a diferencia de los legisladores, que en último término trataban de perpetuar el sistema ancestral de gobierno, el tirano ha roto, violentamente incluso, con un pasado, sentando las bases del porvenir, lo cual no ocurría con los legisladores, al menos en tan

gran medida. Además, al haberse enfrentado con la aristocracia gobernante, el tirano tiene que buscar otros apoyos y éstos sólo los va a hallar entre los grupos populares, entre el *demos*.

En otro orden de cosas, también puede ser considerada una respuesta del *demos*, aunque su intervención activa no haya quedado excesivamente clara, desde el momento en que existía una presión social, manifestada ya desde los albores del sistema de la *polis* en demandas de justicia, de medios de vida, de consideración social y política, etc. Fueron, ciertamente, aristócratas quienes escucharon esas demandas e, incluso, quienes las formularon en forma coherente e inteligible pero tras ellos había unas necesidades que los *aristoi* gobernantes no habían sabido atender. Aun cuando la labor del tirano se desarrollase autocráticamente (de *autocrator*, esto es, el que es dueño de sí mismo) había unos intereses objetivos que defender y unos grupos que se iban a beneficiar de los resultados de su labor aun cuando no siempre de sus métodos. En ese sentido, pues, el tirano representa los intereses del *demos* entendido, en estos momentos del arcaísmo, como el pequeño y mediano campesinado.

5.9. La época del orientalizante

Para completar la panorámica aquí ofrecida, parece interesante aludir a los rasgos que, desde el punto de vista de la inserción de la Hélade en su contexto mediterráneo, especialmente en el oriental, caracterizan a este momento del siglo VII. El término que aquí empleo, el de «orientalizante», alude, sobre todo, a los aspectos arqueológicos y artísticos, puesto que es en ellos en los que, con más propiedad, se puede distinguir este influjo, si bien su importancia fue también grande (aunque más difícilmente cuantificable) en aspectos como la religión, la economía o la cultura.

Definir qué es el período orientalizante es una tarea harto compleja pues, a pesar de lo que opinen recientes autores y teorías, parece claro que, al menos desde el inicio de la Edad de los Metales, el Oriente ha influido de forma decisiva en distintos ámbitos y aspectos del restante mundo mediterráneo, en un sentido, por ende, progresivo. No obstante esta salvedad, hay un período concreto dentro de la Historia cultural del Mediterráneo que merece, con propiedad, el nombre de orientalizante y es aquel espacio de tiempo que abarca, *grosso modo*, los siglos VIII y VII a.C., por más que sus prolegómenos puedan ya observarse en ciertos ámbitos en el siglo IX y sus secuelas perduren aún, en áreas marginales, en el siglo VI.

No cabe duda de que fueron los fenicios los primeros en extender

los rasgos distintivos de lo «oriental» a lo largo y ancho del Mediterráneo, pero conviene ver por qué se produce un auge precisamente a partir del siglo VIII. Tras los obscuros incidentes que sucedieron a las incursiones de los llamados «Pueblos del Mar» (*ca.* 1200 a.C.) y la desaparición del poderío micénico, el hueco que los navegantes egeos dejan como intermediarios entre Oriente y Occidente es rápidamente ocupado por los habitantes de la franja costera comprendida entre Tell Sukas y Gaza, es decir, los fenicios. Estos son herederos de las tradiciones náuticas desarrolladas por las poblaciones costeras del Levante mediterráneo, representadas por Ugarit, pero también aprovechan los conocimientos micénicos por lo que se refiere al aspecto técnico de los viajes a larga distancia y , en el aspecto político, se benefician, asimismo, de la excelente situación internacional, que contempla el debilitamiento y desaparición de los dos grandes imperios del momento con intereses en el Levante, Egipto y Hatti. Como consecuencia de todo ello, los fenicios se lanzan a la creación de toda una red de rutas comerciales y fundaciones, con vistas a la obtención de materias primas, notablemente metales, a cambio de los cuales entregan productos manufacturados. Estos productos, debido a lo intenso de los contactos de esos navegantes, muestran un gran eclecticismo en lo que se refiere a sus aspectos formales e iconográficos y son el precedente de lo que será el gran momento orientalizante.

Dentro del período orientalizante y aunque el estímulo, como su propio nombre indica, proceda del Próximo Oriente, habrá que distinguir una doble vía de difusión: la vía fenicia y la vía griega, aquélla con prioridad cronológica, como se ha visto, sobre ésta (*véase* 2.2.2).

Por lo que se refiere a los fenicios, su comercio y frecuentación de las costas mediterráneas e, incluso, atlánticas, jalonadas por una serie de fundaciones (o, quizá, sólo meros puntos de atraque) entre las que destaca Gadir (*ca.* 1110 a.C.) aumenta sensiblemente desde el siglo VIII debido al hecho de que, a partir de ese momento y como culminación de un proceso que se había iniciado casi un siglo antes, las ciudades-estado fenicias van a actuar como abastecedoras de materias primas de la poderosa máquina estatal neo-asiria que, sobre todo, a partir de las campañas de Tiglat-Pileser III (745-727 a.C.) ejercerá un estrecho control sobre todo el ámbito sirio-palestino. De esta forma y, ahora más que nunca, en las ciudades fenicias confluirán productos de las más diversas procedencias dentro del ámbito controlado por los monarcas asirios, es decir, el Oriente Medio. Los fenicios comercializarán esos productos a una escala hasta entonces desconocida y elaborarán ellos también un arte, mezcla de muchas artes que, a pesar de ello, poseerá una indiscutible personalidad y en el que partiendo de una base netamente egiptizante (y no hay que olvidar que la influencia egipcia en la

zona, al menos desde el siglo XVIII a.C. había sido inmensa) hallarán acogida temas de las más dispares procedencias. Y es este arte el que inundará el Mediterráneo de figuras de corte oriental.

Pasando al segundo difusor de esta corriente artístico-cultural, Grecia, diremos que, por una parte, las tradiciones culturales micénicas perduraron en esta nueva Grecia de la Edad del Hierro, hallándose entre ellas también la navegación, nunca abandonada a pesar de la regresión generalizada; por otra parte, que la propia dinámica del período tardomicénico y sub-micénico, determinó la emigración de importantes contingentes helénicos hacia la costa anatólica, donde se establecieron ciudades que desde un primer momento mantuvieron contactos con las culturas allí existentes. Todo ello, unido a la acción que los fenicios ejercerán sobre el mundo griego continental e insular que no por desconocida debe ser infravalorada, así como el importantísimo papel que desempeñará Chipre, donde encontraremos coexistiendo a una población de origen griego junto con una serie de establecimientos fenicios, determinarán que, una vez apagados los ecos de la conmoción que acabó con el mundo micénico, se inicie un resurgimiento del mundo griego, ya detectable desde los momentos finales del siglo IX a.C.

No cabe duda de que entre los asentamientos griegos ultramarinos más antiguos de la época pos-migratoria, se encuentra Al Mina, en la desembocadura del Orontes, al que ya he aludido en capítulos previos, representante en cierto modo de un conjunto más amplio de centros de características similares, donde es posible que haya una presencia más o menos estable de griegos junto a, o formando parte de, poblaciones indígenas, al menos desde el último cuarto del siglo IX. El contacto con la realidad anatólica (ciudades jonias, eolias y dorias de Asia Menor), con la realidad siria (Al Mina y otras) y fenicia (Chipre y presencia fenicia en la propia Grecia), determinarán un amplio movimiento económico comercial, acerca del cual algo se ha dicho también en capítulos anteriores (*véase* 2.2.2; 4.2.2).

Todo este movimiento va a hacer que en Grecia arraigue con gran fuerza la cultura y el arte de inspiración oriental en el cual, debido a los diferentes resortes que actúan, pueden distinguirse, ya en el siglo VIII, cuatro corrientes artísticas distintas:

— La fenicia, caracterizada, como hemos visto, por su eclecticismo y que absorbe continuamente nuevos temas y motivos de otras artes.
— La corriente representada por la tradición de tallas de marfil, especialmente arraigada en Siria Central, región en la que, a diferencia de lo que ocurre en Fenicia, hay una vuelta a los

repertorios y tradiciones mesopotámicas y no una recurrencia al arte egipcio.

— La escultura de las ciudades del norte de Siria, con unas claras características neo-hititas.

— Los metales de Urartu, que llegan al mundo griego a través de las *poleis* anatolias.

Todas estas corrientes van a converger en el mundo griego y van a ser asimiladas con más o menos acierto y, en todo caso, empleando criterios diferentes según las regiones; esto hará que el orientalizante griego posea una entidad mayor que el fenicio, a pesar de que beben ambos, en ocasiones, en fuentes comunes.

Tanto la expansión griega como la fenicia van a determinar la extensión de elementos culturales orientalizantes por el Mediterráneo, tanto en artículos perecederos (tejidos, tallas en madera) como no perecederos (cerámicas, metales), que serán adquiridos e imitados por doquier. Sin embargo, en esta extensión del orientalizante hemos de tener en cuenta también el factor cronológico: será más intenso cuanto más antiguo sea el impacto, porque ya en el siglo VII empiezan a observarse las señales inéquivocas que indican que en sus zonas de origen (y muy especialmente en Grecia, ya que Fenicia va a quedar pronto dentro del ámbito político y cultural de los sucesivos imperios próximo-orientales) se ha cubierto esa etapa sobre la que surgirá un nuevo modo de vida y, por consiguiente, unos nuevos conceptos artísticos; sin embargo, en las regiones marginales, como suele ser frecuente, los estímulos iniciales, actuando sobre sociedades aún en un estadio preurbano, acompañarán a las mismas en su proceso de constitución de sociedades estatales, cuyo ulterior desarrollo vendrá marcado por la cultura gracias a la cual se produjo el paso a la «civilización» y lo que en ellas tendrá lugar será fundamentalmente una síntesis entre esa cultura «orientalizante» y las propias tradiciones autóctonas, que marcarán definitivamente el desarrollo de las mismas. Esto ocurrirá claramente en el caso etrusco y, hasta cierto punto, en el tartésico-turdetano, ámbitos en los que es predominante, desde un momento antiguo, la influencia griega y fenicia, respectivamente y que son, por otra parte, los ejemplos más conspicuos de la extensión de esta corriente artístico-cultural, al tiempo que pueden ser vistos como corolario de la política expansiva de estos dos mundos.

Finalmente, la cultura orientalizante, en contra de lo que viene siendo frecuente creer, no se transmite (o no se transmite fundamentalmente) mediante la imitación espontánea de la «pacotilla» o de las chucherías que aporta el que en ese momento actúa de transmisor (aunque en ocasiones pueda haber sucedido así): la transmisión de un

arte o unas formas artísticas determinadas son una manifestación más de un proceso de aculturación mucho más amplio que implica, además, transformaciones de todo tipo (políticas, socio-económicas, «espirituales», etc.) y que requiere, sobre todo, un contacto mucho más estrecho. El fenómeno orientalizante no se produce en regiones tocadas esporádicamente por navegantes orientales, sino que tiene lugar, precisamente, en aquéllas donde la convivencia o el contacto entre individuos de culturas diferentes es mucho mayor. Aun cuando en un primer momento los aspectos que definen lo orientalizante aparecen asociados a las elites la dinámica de las sociedades afectadas por el mismo determinará, en cada caso, los mecanismos mediante los cuales los grupos menos privilegiados respectivos puedan acceder o, eventualmente, no lo consigan, a todos o a parte de los productos culturales que definen esta cultura.

En este sentido, el período orientalizante en el Mediterráneo significa el fin de una época de aislamiento entre las distintas regiones y el primer momento de un proceso de unificación o, mejor, nivelación cultural, que a nosotros se nos manifiesta, fundamentalmente, en el arte, aunque abarca, como he mostrado, muchos más aspectos.

6. Atenas en el siglo VI

A partir del inicio del siglo VI, Atenas se presenta como una de las regiones más innovadoras de Grecia; resurgiendo después de un período de relativa obscuridad, parecería como si sólo fuera a partir de este momento cuando surge realmente la *polis* ateniense; esa es, al menos, la reciente interpretación de Morris (MORRIS: 1987) que tiene bastantes visos de verosimilitud. Analicemos el peculiar caso ateniense.

6.1. Las bases económicas atenienses y la situación de Atenas a inicios del siglo VI

Como en buena parte del mundo griego, las bases económicas del Atica eran, básicamente, agrarias. El gran auge económico del siglo VIII parecía haber dado paso, en el siglo VII, a una sociedad cerrada, basada en una serie de grandes familias de *aristoi*, los Eupátridas, que poseían buena parte de las tierras áticas, habiendo sometido a servidumbre o esclavitud, a causa de las deudas, al antiguo campesinado libre, en un proceso al que ya habíamos aludido previamente. La mencionada interpretación de Morris quiere que el proceso de conformación de la *polis*, iniciado en Atenas, como en otros centros helénicos, en el siglo VIII, sufra, por causas no conocidas, un parón y un retroceso a

lo largo del siglo VII; la fallida intentona tiránica de Cilón, a la que se ha aludido también, sería una prueba. La labor legislativa de Dracón, marcadamente aristocrática, intentaría hacer frente a los primeros descontentos (*véase* 5.8.1).

Sin embargo, los años finales del siglo VII ven, ya de forma definitiva, el planteamiento de un agudo problema económico en Atenas, que seguramente repercute en el plano militar, en un momento en el que Atenas, además de afianzar su control en el Atica, trata, con variada fortuna, de afirmar su poderío en la isla de Salamina, disputada a Mégara. También los años finales del siglo VII y los iniciales del VI ven la reanudación de las actividades ultramarinas atenienses, como muestran sus fundaciones de Sigeo y Eleunte, a ambos lados de la embocadura del Helesponto; asimismo, parece atestiguada su intervención en los asuntos de la Grecia Central a través de su participación en la Primera Guerra Sagrada en cuya problemática (si tuvo o no realmente lugar) no entraré.

No sería improbable que el *affaire* de Salamina, que serviría para encumbrar a Solón, sea la prueba de que Atenas está necesitando una reorganización militar, consistente, obviamente, en la adopción de la táctica hoplítica, lo que implicaría la existencia de un campesinado libre, que parece ser, precisamente, lo que escasea en Atenas al hallarse buena parte de la población reducida al *status* de hectémoros ,o, a veces, sometida a esclavitud por deudas. Al tiempo, empresas como la colonización en el Helesponto y la guerra por Salamina pueden tener como finalidad básica dar salida a un excedente de población originado por el mal reparto de la tierra en el Atica. Los intereses de las distintas facciones aristocráticas surgidas al calor de la polémica acerca del modelo estatal necesario se hallan enfrentados y la situación ateniense es, ciertamente, explosiva y a punto de estallar. En este contexto hemos de situar la figura de Solón.

6.2. Solón, hombre político y poeta

Uno de los rasgos que caracterizan a la figura de Solón es que, aparte de su vertiente de hombre político, fue también un poeta lírico que nos ha dejado en sus composiciones (conservadas sólo fragmentariamente) parte de sus impresiones acerca de la situación ateniense contemporánea así como de las medidas que él mismo establece. Esto le convierte, por obvias razones, en un testigo de primer orden para intentar comprender su obra aun cuando su eventual parcialidad debe hacer precavido a aquél que desee interpretar sus testimonios.

6.2.1. Orígenes y ascenso

Solón pertenece a los círculos aristocráticos de Atenas; hombre cultivado y viajero, tal vez también dedicado a actividades comerciales, se destaca en Atenas por su decisiva intervención en la reanudación, aparentemente exitosa, de la lucha de los atenienses contra los megareos por la posesión de Salamina y, según alguna tradición, por haber dirigido personalmente la guerra. Este hecho le permitiría gozar de un auditorio cada vez más amplio al que exponer sus ideas centradas, sobre todo, en una crítica a la ambición desmedida de los «jefes del pueblo» causantes en su opinión de los males que aquejan a la ciudad. No cabe duda, por otro lado, de que Solón también adquiere este carácter de «jefe del pueblo», como afirma Aristóteles (*Ath. Pol.*, 2) y como se desprende de su propia actuación. Será eso lo que le llevará al poder.

6.2.2. El compromiso político: arconte y mediador

En el año 594, Solón fue elegido arconte pero también fue hecho *diallaktes*, árbitro o mediador, a fin de resolver la penosa situación a que se había llegado. Teniendo en cuenta no tanto su labor política, a la que aludiré a continuación, sino sobre todo los propios poemas de Solón en los que alude a la misma, da la impresión de que, efectivamente, se produjo un compromiso entre distintas facciones atenienses, tendente a buscar soluciones; pero parece también como si las expectativas que había despertado Solón en todos aquellos grupos que confían en él o no eran lo suficientemente claras o, por el contrario, estaban expresadas conscientemente en una forma ambigua. No cabe duda de que, al menos algunos de los que apoyaban a Solón esperaban que éste asumiera la tiranía y, desde esa posición, arbitrase las medidas necesarias. Entre los sustentadores de Solón parece que hemos de ver tanto a los partidarios del mantenimiento del régimen aristocrático (posiblemente herederos de aquéllos que habían facilitado la labor de Dracón) cuanto a los más radicales propugnadores de un reparto general de tierras, a más de la abolición de las deudas y la emancipación de las tierras y de sus cultivadores. Fue mérito (o astucia) de Solón conseguir el apoyo de todos ellos para poder acceder al arcontado y poner en marcha sus reformas.

6.2.3. Las medidas de choque: la *seisachtheia* y la redención de los hectémoros

Habiendo accedido al arcontado, Solón empieza por tomar medidas que solucionen radicalmente la situación de los hectémoros: por un

lado, la llamada *seisachtheia* o «descarga», consistente en la abolición y cancelación de todas aquellas deudas que ligaban a los campesinos áticos a sus acreedores y la consiguiente liberalización de las tierras, simbolizada en el arrancamiento de los *horoi* o hitos que las señalizaban. Del mismo modo, prohibió que en lo sucesivo se realizaran préstamos con garantía sobre las personas lo que, definitivamente, acabó con la existencia de los hectémoros. Sin duda, todos estos individuos que se convirtieron en hombres libres, muchos de ellos con tierras propias que cultivar, terminarían constituyendo la espina dorsal del nuevo sistema social y político diseñado por Solón; parece, sin embargo, que las pretensiones de este grupo y de sus valedores aristocráticos, iban más alla, al reparto general de tierras, como he apuntado anteriormente o, al menos, esa era la pretensión que, a juzgar por la respuesta de Solón, parecen defender.

6.2.4. Reforma de la *politeia*: el sistema censitario; la *Boule*; los Tribunales; el Areópago

Superado, posiblemente no sin traumas, el acuciante problema de las deudas, a su vez relacionado con el del *status* jurídico de los ciudadanos, Solón procede a una reestructuración general del marco político. De entre sus medidas en este terreno la más destacable es la referida al reparto, de acuerdo con sus bienes e ingresos, de la ciudadanía en cuatro grupos, cuyos nombres son: pentacosiomedimnos, *hippeis* o caballeros, zeugitas y *thetes*. La adscripción a uno u otro grupo se hacía, como se ha dicho, conforme al censo, evaluado en medimnos (medida aproximadamente equivalente a 51,80 litros) para los áridos y en metretes (unos 39,39 litros) para los líquidos (vino, aceite) y si bien sigue habiendo disputas acerca de todo este asunto, parece que al grupo de los zeugitas se adscribirían todos aquellos individuos que reunieran hasta 200 medimnos entre áridos y líquidos; los *hippeis* reunirían entre 200 y 300 medimnos, los pentacosiomedimnos entre 300 y 500 y los *thetes* no dispondrían de propiedades o su pequeñez les impediría obtener recursos más allá del autoabastecimiento. Las apreciaciones realizadas permiten afirmar que para producir 10 medimnos de cebada es necesaria una hectárea de terreno; habida cuenta de los distintos tipos de cultivos (y quizá también del distinto patrón de evaluación, ya fuese el producto en cuestión grano, ya vino o aceite), parece que, en todo caso, las propiedades de los zeugitas no superarían en extensión las 40 hectáreas, debiendo colocarse la media en torno a las 12 hectáreas, que producirían unos 120 medimnos de cebada. De ser así, se comprenden perfectamente las estrecheces por las

que atraviesan los pequeños propietarios (los zeugitas) que hay bastantes razones para considerar como los antiguos hectémoros emancipados y nuevamente dueños de sus tierras.

Si hay algo que difícilmente puede engañarnos, ello viene constituído por los rendimientos potenciales de un territorio; a partir de estos hechos, más o menos objetivos, puede concluirse que el territorio cultivado del Atica necesita en torno a los 11.000 ó 12.000 braceros; ese sería, aproximadamente, el número de *thetes*. Por lo que se refiere a los otros grupos, se ha sugerido que entre los dos primeros reunían entre 600 y 675 ciudadanos y que el grupo de los zeugitas contaba con unos 1.000 individuos. Todo ello, a principios del siglo VI. A ese cómputo habría que añadir a un número indeterminado de individuos dedicados a otras actividades menos vinculadas con el trabajo de la tierra. Estas cifras no comprenden, bien entendido, ni a las mujeres ni a los niños ni a los esclavos. Para el 500 a. C. se ha sugerido una población total en el Atica de unas 25.000 personas (*cf.* MORRIS, en CITY AND COUNTRY IN THE ANCIENT WORLD: 1991).

La función primordial de esta división es fácilmente observable: dependiendo del nivel económico se accede a las diferentes magistraturas; las más importantes, entre ellas el arcontado, estarán abiertas sólo a los ciudadanos de los grupos superiores, estando en proporción directa la importancia de la magistratura y el nivel económico de quien la desempeña. Los *thetes* no participan de las magistraturas y sólo lo hacen de la Asamblea o *ekklesia* y de los tribunales. Además de esta vertiente política, está también la militar. Aquéllos que reunían los medios suficientes, es decir, a partir de los zeugitas, eran susceptibles de formar parte de la falange hoplítica, cuya ampliación, si no verdadera constitución, data seguramente de esta época. Para garantizar la ecuanimidad Solón introduciría el sorteo en la designación de los magistrados, aun cuando posiblemente el mismo tuviese lugar de entre candidatos previamente elegidos en el seno de las tribus.

El sentido de estas medidas es claro: para evitar los problemas de las épocas precedentes, el gobierno absoluto de los *aristoi* y la cerrazón de los mismos (manifestada, incluso, en la legislación de Dracón) es necesario quebrar el principio gentilicio y, para ello, hay que buscar un nuevo elemento más o menos objetivable, cual es el nivel económico. A nadie se le oculta que los Eupátridas quedaron englobados, en su mayor parte o en la totalidad, en los dos primeros grupos pero un hecho nuevo se había introducido en la práctica política ateniense: los magistrados ya no lo eran por ser Eupátridas, sino en cuanto pentacosiomedimnos y, por lo tanto, la adscripción a este grupo (y el acceso a las magistraturas) quedaba abierto a aquéllos ciudadanos que pudiesen reunir el censo requerido; además, el recurso al sorteo debilitaría el

poder de estos «jefes del pueblo» a los que Solón había combatido en su poesía y a los que seguiría combatiendo.

Se le atribuye también a Solón la creación de una *boule* o consejo, compuesto de cuatrocientos hombres, elegidos a razón de cien de entre cada una de las viejas tribus jónicas, seguramente con la finalidad de dar un contenido concreto a la asamblea o *ekklesia*, al tiempo que no hay que descartar que pudiera servir de eventual freno a pretensiones excesivas por parte de aquélla, si bien la asamblea ateniense del inicio del siglo VI poco o nada tendría en común con el modelo que acabaría por desarrollarse en la misma ciudad en el siglo V. Del mismo modo, se pone en relación con Solón la creación de la *heliaia* o tribunal popular al que, como hemos visto, tenían acceso los *thetes*. Su función inicial parece haber sido el derecho de apelación contra las decisiones de los magistrados y, si bien aún no gozaría de las extensas atribuciones de que gozó en el siglo V, cuando podía pedir cuentas a aquéllos de su administración e, incluso, acusarles y condenarles, sin duda constituía una pieza importante en el esquema de hacer que el *demos* recuperara parte de su soberanía, arrebatada por el largo período de gobierno aristocrático.

Pero, por encima de todo, hemos de reconocer que la labor de Solón se topó con unas resistencias que el arconte no pudo (o no supo, o no quiso) vencer; la prueba la tenemos en el papel que asigna o reafirma para el viejo consejo aristocrático del Areópago, al cual, en palabras de Aristóteles:

> «... lo colocó como guardián de las leyes, igual que ya antes existía como inspector de la constitución y vigilaba la mayor y mejor parte de los asuntos de la ciudad y corregía a los delincuentes como soberano de multar y castigar y depositaba en la Acrópolis las multas, sin escribir el motivo de cada una y juzgaba a los que se levantaban para quitar el poder al pueblo, por haber puesto contra ellos Solón la ley de *eisangelia* o acusación por conspiración.» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 8, 4; traducción de A. Tovar.)

Un rasgo del modo de actuación del Areópago, que nos remite a procedimientos antiquísimos es la oralidad que preside sus actuaciones, sin poner nada por escrito.

De este modo, Solón avanza en la creación de un cuerpo cívico, convenientemente estructurado según unas bases que no son ya las del nacimiento; las magistraturas y los cargos, así como el servicio militar, se reparten proporcionalmente al censo; los «mejores» (los *aristoi*), por su parte, vigilan, por encima, el normal desarrollo de los acontecimientos. Teniendo presente éste podemos interpretar las, por otro lado obscuras, palabras del propio Solón:

«Al pueblo le di toda la parte que le era debida, sin privarle de honor (*geras*) ni exagerar en su estima (*time*). Y de los que tenían el poder y destacaban por ricos, también de éstos me cuidé que no sufrieran afrenta.» (Solón, frag. 5 D, 1-4; traducción de C. García Gual.)

6.2.5. La labor legislativa; la *Eunomia*

Pero un cuerpo cívico, además de repartirse los cargos y las cargas, necesita, igualmente, un marco jurídico que regule sus actividades. Habida cuenta del hecho de que ya la legislación draconiana había nacido obsoleta, era imprescindible proceder a la elaboración de nuevas leyes que garantizaran el ideal que ya había defendido en sus poemas de juventud Solón, la *Eunomia* (Solón, frag. 3 D) y que había sido una demanda generalizada desde la época de Hesíodo al menos. Obsérvense, si no, estas palabras de Solón y las claras alusiones hesiódicas que en ellas se encuentran:

«Mi corazón me impulsa a enseñarles a los atenienses esto: que muchísimas desdichas procura a la ciudad el mal gobierno (*disnomia*) y que el bueno lo deja todo en buen orden y equilibrio y a menudo apresa a los injustos con cepos y grillos; alisa asperezas, detiene el exceso (*koros*) y borra el abuso (*hybris*) y agosta los brotes de un progresivo desastre, endereza sentencias torcidas, suaviza los actos soberbios y hace que cesen los ánimos de discordia civil y calma la ira de la funesta disputa y con Buen Gobierno (*Eunomia*) todos los asuntos humanos son rectos y ecuánimes.» (Solón, frag. 3 D, 30-39; traducción de C. García Gual.)

La reconstrucción de la labor legislativa de Solón es harto compleja puesto que, aparte de que la mayor parte de ella se ha perdido irremisiblemente, hay que tener en cuenta el hecho de que a su *corpus* originario se le fueron añadiendo nuevas normas, que acabaron por ser consideradas también solonianas, lo que dificulta el establecimiento exacto del contenido de su legislación. Esto ha dado lugar a la aparición de tendencias hipercríticas, que niegan validez a todo tipo de ley que lleve el nombre de Solón y que no permiten avanzar en el conocimiento histórico y, al tiempo, de otras tendencias que, sometiendo al heterogéneo conjunto de disposiciones conservado a una cuidadosa crítica, pueden aportar datos valiosos. Sin entrar con detalle en todas las normas que, con cierto grado de seguridad, pueden adscribirse a Solón, sí puede decirse que abordaban problemas de casi todo tipo: delitos y faltas y sus castigos; derecho procesal; derecho familiar; normas relativas al campo, sus límites, derechos de vecindad, etc.; leyes

suntuarias; derecho político; derecho religioso. Además, una ley que prohibía modificar todo el *corpus* legislativo durante cien años. Estas leyes fueron publicadas en *axones* y *kyrbeis*, acerca de cuyo carácter ya hablé anteriormente (Figura 14) (*véase* 5.7.1).

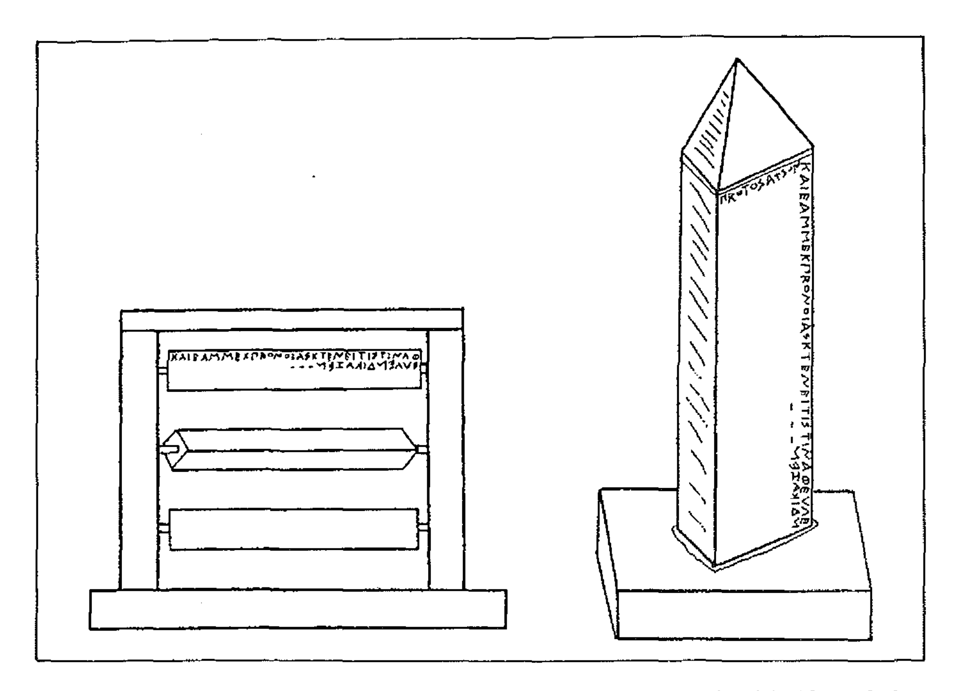


Figura 14. Reconstrucción de un *axon* (izquierda) y una *kyrbis* (derecha).

Queda también claro, de la consideración de su labor legislativa, que hay un intento evidente de crear un marco objetivo que regule las relaciones entre los ciudadanos; ese marco sería la ley, el *nomos*; con el mismo se intenta, además, conducir al ciudadano a un verdadero sentimiento y, por consiguiente, comportamiento como tal. La idea de la solidaridad entre todos los miembros de la comunidad política es algo que se observa perfectamente a través de muchas de sus leyes, si bien hay una de ellas, recogida por Aristóteles, especialmente reveladora:

> «Viendo que la ciudad muchas veces se dividía y que algunos ciudadanos por indiferencia gustaban de lo que buenamente ocurría, puso una ley especial contra éstos, de que "el que cuando hubiese discordia (*stasis*) en la ciudad no hiciera armas ni con unos ni con otros, quedaba sujeto a *atimia* y dejaba de ser ciudadano".» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 8, 5; traducción de A. Tovar.)

El sentido de esta norma es incuestionable: nadie debe considerarse indiferente ante lo que ocurre en la ciudad; es necesario tomar partido por una u otra opción. Ello será la prueba de que el *polites* considera como algo propio todo lo que se refiere a la *polis*. Si a algo va dirigida la legislación de Solón es a conseguir esta identificación, dentro del marco de la Eunomía o Buen Gobierno.

6.2.6. Otras medidas de Solón

Además de las mencionadas, a Solón se le atribuye todo un conjunto más amplio de medidas, en las cuales apenas nos detendremos, puesto que buena parte de las mismas no son sino aspectos de su labor legislativa; sí recordaré, sin embargo, la cuestión de los pesos y medidas y la polémica sobre el inicio de la moneda ateniense. Aun cuando las opiniones también aquí se hallan enfrentadas, parece casi seguro que en la época de Solón Atenas aún no acuña moneda, la cual se iniciará algunos años después (hacia el 575 o, incluso, hacia los 540). Sin embargo, eso no quiere decir, sino más bien lo contrario, que Atenas no dispusiese de unidades de peso y de medida a las cuales debe referirse la noticia de Aristóteles (*Ath. Pol.*, 10), que fueron luego empleadas por la ciudad cuando inició sus acuñaciones. De tal forma, lo que parece haber hecho Solón en este campo ha sido abandonar el patrón ponderal eginético (atribuido a Fidón de Argos) y pasar a un sistema diferente, el euboico. En el viejo sistema egineta la mina constaba (o «pesaba») 70 dracmas; el sistema que adopta Solón es el de una mina de 100 dracmas; la relación 70:100 es aproximadamente la que existe entre el sistema egineta y el ateniense, de modo tal que la mina ática es en torno a 1,8 veces más ligera que la egineta. Los fines pueden ser diversos, pero posiblemente tienen en cuenta la nueva orientación comercial que inicia Atenas, en parte por la propia instigación de Solón, aspecto al que aludiremos más adelante (*véase* 6.3.2).

6.3. Las consecuencias de las medidas de Solón

Una vez enumeradas las principales medidas que tomó Solón y, antes de proseguir, he de hacer referencia a un hecho importante: en algunos de sus poemas, presumiblemente posteriores al abandono de su cargo, tras consumirse el plazo establecido, alude a su rechazo a desempeñar la tiranía (por ejemplo, frags. 23 D.; 24 D) lo que indica, sin duda, que esa posibilidad no sólo se le ofrecía, sino que además se le había solicitado desde varios sectores; incluso, da la impresión de que

aquéllos que querrían haber visto como tirano a Solón habrían sido desengañados *sólo por éste a posteriori*. Aquí enlazo, por consiguiente, con lo que decía anteriormente acerca del carácter de «jefe del pueblo» de Solón, seguramente tan parcial en un primer momento como el que más y ello me lleva también a insistir en la sagacidad de Solón que, si leemos en «negativo» sus autoexculpaciones, había dado motivos más que suficientes a todos aquéllos que, miembros de facciones enfrentadas, habían posibilitado su ascenso al arcontado en la esperanza, cada uno, de que, convertido Solón en tirano, apoyara sus intereses en contra de los de sus oponentes. Por ello también la insistencia de Solón en aparecer como un mojón fronterizo, como un lobo entre perros, como armado de un escudo e impidiendo que unos se impongan a otros, etc. (*véase* 6.2.1).

Todo ello me lleva a pensar que Solón, con un programa abstracto de actuaciones consiguió aparecer como el candidato idóneo de las facciones enfrentadas, cada una de las cuales esperaba, mediante un gobierno tiránico, conseguir sus aspiraciones y, al tiempo, la eliminación (política y físicamente incluso) de sus adversarios. Ello prueba hasta qué punto había llegado el enconamiento de la situación en Atenas. La sagacidad de Solón consistió, precisamente, en no exhibir sus verdaderas intenciones hasta el momento en que, al frente del estado ateniense, dispuso de los medios para dotar a Atenas de una ley, un *nomos*, que se pretendería que fuera, desde entonces, el auténtico gobernante de la ciudad o, al menos, el garante del Buen Gobierno. Como se irá viendo, sus pretensiones se cumplieron sólo en parte.

6.3.1. Descontento generalizado y acatamiento de las leyes

Los ya mencionados poemas de Solón se hacen eco del descontento existente con su labor; ninguna de las facciones enfrentadas estaba contenta porque no habían llegado hasta el final en sus reivindicaciones; las medidas adoptadas, que pretendían poner fin a la *stasis* eran consideradas por unos demasiado tibias (no se había producido una redistribución general de tierras) y, para otros, escandalosas (habían perdido grandes sumas de dinero y la posibilidad de recuperarlas mediante el trabajo servil de los deudores). Como afirma Aristóteles:

> «Pues el pueblo había creído que él lo iba a repartir todo y los nobles, que iba a volverlo al estado anterior o a cambiarlo poco. Solón se había puesto frente a unos y a otros (estando en condiciones de apoyarse en unos u otros, como quisiera y hacerse así tirano), prefirió hacerse odioso a unos y a otros, salvando a la patria y estableciendo las leyes mejores.» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 11, 2; traducción de A. Tovar.)

La situación, por consiguiente, no podía ser peor. Y, sin embargo, hemos de pensar que la legislación y demás normas dictadas por Solón fueron acatadas, siquiera porque una de las leyes prohibía la modificación de todo el conjunto, la finalidad de lo cual era, obviamente, facilitar su arraigo y, por consiguiente, que se cumpliese la función prevista para las mismas. Para tener la seguridad que sus leyes se iban a respetar, Solón hizo que sus compatriotas se comprometieran a ello mediante un juramento cuya violación acarrearía graves penas al infractor. La prueba de la vigencia de estas leyes, al menos durante los primeros años, viene dada por el hecho de que Solón recibía numerosas consultas acerca de su interpretación hecho por el cual el legislador optó por marcharse de la ciudad, a fin de no influir sobre la obra concluída. Es lógica, ciertamente, esta postura si pensamos que Solón había huído de todo protagonismo político y que debía de considerar que los jueces y tribunales serían los responsables ordinarios de la interpretación de tales normas. Así, pues, Solón se embarca para visitar buena parte del Mediterráneo Oriental y permanece ausente diez años. A su regreso se le atribuye alguna intervención política, especialmente en vistas del ascenso de Pisístrato, si bien parte de las tradiciones sobre los viajes y sobre sus relaciones con el futuro tirano son sospechosas y no entraré apenas en ellas; tampoco abordaré, por exceder del límite cronológico a tratar aquí, la recuperación que de la figura y obra de Solón se hará en la Atenas de época clásica.

6.3.2. *Stasis* y facciones: La lucha por el arcontado

La solución de compromiso que Solón había adoptado y que había obligado a aceptar a los atenienses, no satisfacía las necesidades contrapuestas de los distintos grupos de Atenas; en este estado de cosas, la *stasis*, el conflicto interno, estaba servido y nuestras fuentes, especialmente Aristóteles, muestran cómo las rivalidades entre los grupos en Atenas, aunque tuvieran un reflejo en otros aspectos de la vida política, eran mucho más acuciantes por la cuestión del arcontado, es decir, de la principal magistratura ateniense. Como el propio caso de Solón mostraría, el acceso al arcontado podía haberse convertido en una prueba del consenso social existente y, a la inversa, los conflictos en torno a la designación del arconte epónimo pondrían de manifiesto las tensiones latentes.

Así, se nos informa que al quinto año tras el arcontado de Solón no pudo nombrarse arconte a causa de la discordia (*stasis*); cinco años después, esto es, hacia el 582-580, el que había sido nombrado arconte, Damasias, en lugar de abandonar el poder, se mantuvo en el mismo

por espacio de dos años y dos meses, lo que determinó su expulsión violenta sin que sepamos exactamente ni qué intereses representaba ni quién se encargó de expulsarle. Lo que sí parece claro es que el arcontado se convierte en una pieza importante en el mecanismo político post-soloniano, seguramente por el gran prestigio de la magistratura y por los poderes a ella atribuídos. Pero quizá también haya que ver en estas disputas una colisión entre el viejo sistema, anterior a Solón, según el cual los arcontes eran escogidos y nombrados por el Areópago (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 8, 2) y el establecido por el legislador, que contemplaba como medio de designación el sorteo de entre los elegidos por las tribus.

La situación de irregularidad por la que atravesaba Atenas no podía continuar indefinidamente y, por lo tanto, se hacía necesario llegar a un nuevo consenso, como el que había facilitado el ascenso de Solón. Sin que conozcamos muy bien las causas y los pormenores, Aristóteles nos informa de que al año siguiente del arcontado de Damasías,

> «... resolvieron, por causa de la discordia, escoger diez arcontes, cinco de los eupátridas, tres de los labradores (*agroikoi*), dos de los artesanos (*demiourgoi*) y éstos mandaron durante el año que siguió a Damasias.» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 13, 2; traducción de A. Tovar.)

Este compromiso tiene lugar en el 580/579; ciertamente y, aunque ha existido bastante debate al respecto, no está claro ni qué intereses concretos representa cada uno de estos tres grupos, ni cómo se insertan dentro del marco constitucional vigente, que contemplaba la existencia de cuatro tribus a quienes competía la nominación de candidatos al arcontado, etc.. Por otro lado, es difícil no ver en esos diez arcontes a miembros del grupo censitario de los pentacosiomedimnos pues difícilmente hubieran podido acceder de lo contrario a la suprema magistratura. Es tanto esto como lo anterior lo que me lleva a creer que este compromiso está poniendo de manifiesto tanto la resistencia de los antiguos *aristoi*, los Eupátridas, ante el cambio propugnado por Solón, cuanto las presiones de los grupos no aristocráticos por hacer valer aquellos derechos que les había reconocido el legislador. La solución de compromiso garantizaría, durante un tiempo más o menos largo, la gobernabilidad de Atenas y permitiría que, paritariamente, la antigua aristocracia eupátrida y los no aristócratas, pero con rentas suficientes, se repartiesen el poder. Así, aunque no en su totalidad, se cumplía esta práctica introducida por Solón.

— Introducción de nuevos elementos: el artesanado y el comercio

Como hemos visto, además de los cinco Eupátridas, tres de los diez arcontes del 580/579 van a proceder de los «campesinos», posible-

mente aquellos propietarios que, mediante diversos procedimientos, se habían hecho con extensiones importantes de tierra, suficientes para proporcionarles una renta de quinientos medimnos. Los dos restantes van a proceder de los «artesanos» (*demiourgoi*), lo que no deja de plantear problemas, especialmente por lo que se refiere al procedimiento de evaluación de sus ingresos si es que, como parece, no poseerían tierras o no las tendrían en abundancia. Es posible que la reforma ponderal de Solón tuviese también como fin básico el establecer una paridad entre los productos del campo y un patrón metálico. No me detendré, sin embargo, en esto.

Lo que sí me parece interesante es que, tan sólo unos pocos años después del arcontado de Solón los grupos artesanales han alcanzado un peso social tal que se han convertido en auténticos árbitros de la situación, seguramente detrás de los propietarios no aristocráticos. Este auge se debe, muy posiblemente, a algunas de las medidas tomadas por Solón y que nos detalla Plutarco:

> «Como viese [Solón] que la ciudad se iba llenando cada día de hombres atraídos de todas partes al Atica por la seguridad, que la mayor parte del terreno era ingrato y estéril y que la gente de mar nada solía introducir para los que nada tenían que darles en retorno, inclinó a los ciudadanos al ejercicio de la artesanía (*techne*) e hizo ley sobre que el hijo a quien no se hubiese enseñado oficio no estuviese obligado a alimentar a su padre ... Pero Solón ... *como observase que el territo*rio, por su calidad, apenas bastaba para proveer de lo necesario a sus cultivadores, lejos de que pudiese mantener a una muchedumbre ociosa y desocupada, concedió estimación a las actividades artesanales (*technai*)...». (Plutarco, *Vit. Sol.*, 22; traducción de A. Ranz Romanillos, ligeramente modificada por el autor.)

No cabe duda de que esta serie de medidas está en la base de la situación que se desarrolla en los años siguientes a su arcontado; este auge en el artesanado se debe, en buena parte, a la emigración a Atenas de individuos de otras procedencias, pero sólo se les concedería la ciudadanía si se dedicaban en Atenas a la artesanía:

> «Da también que pensar su ley acerca de los que habían de ganar el derecho de ciudadanos, porque no lo concedió sino a los que salían de su patria a destierro perpetuo y a los que se trasladaban con toda su familia para ejercer alguna actividad artesanal (*techne*).» (Plutarco, *Vit. Sol.*, 24, 4; traducción de A. Ranz Romanillos, ligeramente modificada por el autor.)

Naturalmente, las actividades artesanales desarrolladas en la ciudad abarcarían gran cantidad de campos, aunque de entre ellas sólo la

producción cerámica ha dejado huellas intensas; en efecto, tal y como sabemos, despúes de un período a finales del siglo VII, en el que se desarrolla el trabajo de unos cuantos precursores, entre los que destaca el «Pintor de Neso», el primer cuarto del siglo VI ve el florecimiento de los primeros artistas del estilo de las Figuras Negras: el «pintor de la Gorgona», el «pintor del Cerámico», las «Anforas con cabeza de caballo», el «Grupo de los Comastas» y Sófilo, que crean las pautas básicas de este nuevo y pujante estilo. En muchos casos, la deuda con el arte corintio es evidente, lo que pudiera deberse a la emigración de algunos de estos artesanos desde la vecina y rival ciudad del Istmo.

Si bien los comerciantes no han recibido una consideración social similar a la que recibieron los artesanos, no hemos de olvidar que el propio Solón se dedicó al comercio en varias ocasiones y que el comercio de productos áticos alcanza en este momento una gran importancia, aunque da la impresión de que ahora se exportarán productos artesanales más que derivados de la agricultura. Esto sugiere aparentemente la noticia que transmite Plutarco según la cual,

> «De los productos de la tierra solamente concedió la exportación a país extranjero del aceite, prohibiendo la salida de todos los demás...» (Plutarco, *Vit. Sol.*, 24, 1; traducción de A. Ranz Romanillos.)

Parece que hay aquí una medida de tipo proteccionista, que parece verse corroborada por la información arqueológica; en efecto, mientras que durante parte del siglo VIII y el siglo VII las ánforas «SOS» (así llamadas por llevar pintadas esas letras en el cuello), que transportaban aceite ático, habían conocido una amplia difusión por el Mediterráneo, a partir del 580 a.C. ese tipo desaparece, siendo sustituído seguramente por las ánforas *à la brosse* áticas, lo que sería un indicio del declive definitivo de ese producto ático. Sin embargo, en el mismo momento, las cerámicas áticas de figuras negras de los estilos citados están apareciendo en prácticamente todo el Mediterráneo, lo que marca un cambio de énfasis en el comercio ático. La situación de la cerámica de figuras negras contrasta con la situación previa de la cerámica pintada que, desde el Geométrico Reciente (a lo largo de la segunda mitad del siglo VIII) deja prácticamente de aparecer fuera del Atica. El auge de la actividad artesanal ática no parece estar acompañado por un aumento del comercio desempeñado por atenienses, y es harto probable que sean comerciantes de otras procedencias quienes se encarguen de la distribución de las producciones cerámicas áticas y de cualesquiera otros artículos elaborados por los talleres de la ciudad de Atenas.

6.3.3. Tendencias centrífugas en el Atica postsoloniana: *diacria, pedion, paralia*

No sabemos si el acuerdo al que se llegó para nombrar a los arcontes del 580/579 se mantuvo en años sucesivos o no puesto que no disponemos de informaciones concretas referidas al período comprendido entre esos años y el 561/560, en el que Pisístrato se hace tirano. Sí tenemos, en cambio, unas vagas referencias al contexto en el que se produce su acceso. Narrando los momentos previos a este hecho, Heródoto afirma:

> «Pisístrato... con ocasión del enfrentamiento entre los atenienses de la costa (*paralios*) y de la llanura (*pedieos*) —de aquéllos era jefe Megacles, hijo de Alcmeón y de los de la llanura, Licurgo, hijo de Aristólides— formó, con miras a la tiranía, un tercer partido, reunió secuaces y, una vez erigido en presunto caudillo de los montañeses (*hiperacrios*), puso en práctica... (un) plan.» (Heródoto, I, 59, 3; traducción de C. Schrader.)

Aristóteles (*Ath. Pol.*, 13, 4) expone los hechos de forma muy parecida, si bien a los *hiperacrios* les llama *diacrios* y, a fin de que sus contemporáneos, en el siglo IV, comprendan mejor estos sucesos del siglo VI «explica» qué caracterizaba a cada una de estas facciones. Así, según él, los seguidores de Megacles defenderían una constitución moderada, los de Licurgo la oligarquía y Pisístrato era más partidario del pueblo. Acerca del carácter exacto de estas facciones se ha debatido mucho, pero parece que, si se exceptúa la de Pisístrato, aparentemente creada para la ocasión, los del llano y los de la costa estarían representando intereses en parte coincidentes, pero en parte opuestos. Coincidentes en cuanto a la extracción social (aristocrática) de sus jefes y de sus clientes, pero opuestos en cuanto que lo que está juego es el control del estado. Las facciones aristocráticas, ya existentes antes de la actividad de Solón, seguían siendo fuertes; el acuerdo ya mencionado en torno al arcontado mostró la vitalidad de las mismas, al conseguir para los Eupátridas la mitad de los arcontes. La novedad, sin embargo, pudiera ser el cierto componente «centrífugo» que tal vez quepa detectar en las denominaciones respectivas: los de la llanura, los de la costa y, por fin, los de la montaña. No quiero decir con ello que se esté en un camino de desestructuración política en el Atica, pero sí que me da la impresión de que en los continuos conflictos que se venían sucediendo la recurrencia a lo local podía acabar por alcanzar unos límites peligrosos, máxime cuando los grupos enfrentados parecían disponer de fuertes raíces locales. Como se verá la reforma de Clístenes tratará, en

parte, de quebrar esta excesiva vinculación con lo local, que en buena medida implicaba un detrimento de lo nacional (*véase* 6.5).

6.4. La «necesidad» de la tiranía: Pisístrato, nuevo mediador entre facciones

Las facciones aristocráticas enfrentadas; los elementos no aristocráticos relegados cada vez más de la política y perjudicados económicamente, al tiempo que resentidos «históricamente» por la insatisfacción de sus demandas; las distintas partes del Atica insolidarias entre sí. Solón, que moriría entre el 561 y el 559 a.C., fue testigo del proceso de paulatino deterioro de su sistema político, aunque parece no haberse percatado del error básico del mismo: no se podía satisfacer a grupos con intereses tan radicalmente opuestos como los que se enfrentaban con el poder en Atenas solamente con medidas legislativas. Era necesario un nuevo «mediador», pero esta vez ya no relativamente (que no totalmente) imparcial como Solón, sino más comprometido con una de las facciones, puesto que la práxis política griega había puesto de manifiesto que un cambio importante en las condiciones reinantes en la *polis* sólo podía resultar de la actividad, traumática al tiempo que terapéutica, de un tirano. Así, Atenas también necesitaba «su» tirano, papel que recayó en Pisístrato. Como afirma Plutarco:

> «... todavía regían en la ciudad las mismas leyes pero se esperaban nuevos acontecimientos y se deseaba por todos un nuevo trastorno, aguardando, no ya una *igualdad, sino salir cada uno mejor* librado en la mudanza y dominar a los adversarios.» (Plutarco, *Vit. Sol.*, 29, 1; traducción de A. Ranz Romanillos, ligeramente motificada por el autor.)

— *Expulsiones y retornos*

No voy a entrar en el detalle de los procedimientos a través de los cuales Pisístrato se convierte en tirano; entran en el terreno de lo habitual en otros casos, incluyendo la fama obtenida por un triunfo militar, en este caso la toma de Nisea, el puerto de Mégara. Sí diré, sin embargo, que Pisístrato no se mantiene en el poder de forma ininterrumpida, sino que es expulsado dos veces, ejerciendo, en total, su actividad en tres períodos. Parece que su primera tiranía debe situarse hacia el 561/560, durando hasta el 555. Regresaría hacia el 550, debiendo marcharse en 549, para retornar en 539, permaneciendo en el poder hasta el momento de su muerte en 528/527. Un hecho se desprende de

estas peripecias: a pesar de haber sido expulsado en dos ocasiones, seguía contando con importantes partidarios en la ciudad, que apoyaban su gestión; entre ellos figuran, en ocasiones, también jefes aristocráticos, empezando por el propio Megacles el Alcmeónida, cuyas relaciones con Pisístrato oscilarán desde la amistad y familiaridad más absoluta hasta el odio e inquina más declarados.

6.4.1. Las bases del poder de Pisístrato: el respeto a la ley; la moderación; el apoyo popular

Acerca de la figura y del gobierno de Pisístrato, prácticamente toda la tradición antigua es unánime al destacar la moderación que presidió su actuación; parece que la misma fue debida, ante todo a un hecho quizá poco destacado: su respeto a la ley y, por consiguiente, la dirección de la ciudad de acuerdo con esa ley. Ya he mencionado antes, siquiera de pasada, que existe toda una serie de tradiciones que señalan las intensas relaciones entre Solón y Pisístrato; aun cuando un buen número de ellas son harto sospechosas, no cabría excluir que en parte recojan una situación real. Así, si sospechoso es que Pisístrato convirtiera en consejero y asesor a Solón (Plutarco, *Vit. Sol.*, 31, 2), ante todo porque seguramente el viejo legislador moriría apenas Pisístrato alcanzase la tiranía, no lo es tanto que (*véase* 6.3.1):

> «aquél conservó la mayor parte de las leyes de Solón, guardándolas primero él mismo y precisando a ello a sus amigos.» (Plutarco, *Vit. Sol.*, 31, 3; traducción de A. Ranz Romanillos.)

De tal forma, no parece aventurado pensar que, al menos en el aspecto formal, el respeto a la ley y el mantenimiento de las magistraturas ordinarias, se conjugase con el poder supremo ejercido, gracias a sus apoyos, por el tirano, habitualmente mediante el expediente de colocar a sus allegados en los cargos públicos (Tucídides, VI, 54, 6). Es por ello por lo que la moderación es empleada también como arma política, ante todo de cara a las facciones aristocráticas y, ciertamente, como hemos visto, esto le será de gran utilidad en determinados momentos.

Por fin, el apoyo popular lo tiene garantizado, puesto que entre los que le secundan estaban los que habían sido privados de sus créditos (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 13, 5) y los *thetes*, (Plutarco, *Vit. Sol.*, 29, 1); además, como muestran los episodios de sus regresos, son los elementos populares los que le proporcionan verdadero soporte.

6.4.2. Las medidas de Pisístrato para resolver la crisis

Una vez ocupado el poder, Pisístrato tiene que resolver la situación por la que atraviesa la ciudad, bien entendido que el verdadero problema seguía siendo el de la tierra como muestra, al menos, que prácticamente todas las medidas que nuestras fuentes adscriben al tirano, se relacionen con este asunto. Las luchas entre facciones aristocráticas son resueltas de formas diversas: bien mediante pactos matrimoniales, bien por medio de la marcha de algunos de los más destacados oponentes del tirano.

— *Alivio de las condiciones económicas del campesinado*

No tenemos noticias claras en el sentido de que Pisístrato procediese a ningún reparto generalizado de tierras, pero sí se nos informa de las medidas que tomó para facilitar la vida de los campesinos, especialmente de los pequeños y medianos propietarios. En efecto, lleva a cabo toda una política de préstamos que benefician a los agricultores y que les permiten mantener el ritmo de la explotación (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 16, 1-2). Sin duda esta medida implicaría una cierta emancipación del campesinado, al que se le evita incurrir en deudas con los terratenientes, evitándose, así, la acumulación de tierras en pocas manos. En este sentido, además de ser una medida popular lo es también anti-aristocrática. Al tiempo, la prosperidad del campesinado tenía también un componente fiscal importante, puesto que de lo obtenido, Pisístrato recibía una parte (el 10% o el 5%). Desde el punto de vista político, aparte de sus frecuentes visitas por el territorio para comprobar la buena marcha de las actividades, instituyó también los jueces de los demos o aldeas, que impartirían justicia en los mismos, posiblemente sustrayéndolos al control ejercido por los notables locales.

— *La política de obras públicas*

Como también venía siendo frecuente, el tirano desarrolla una vasta política de embellecimiento de la ciudad, con la construcción de numerosas obras públicas, que fue proseguida por sus hijos (Tucídides, VI, 54, 5), siendo en ocasiones difícil adscribir a uno u otros tal o cual realización concreta en este terreno. La arqueología ha mostrado que en época tiránica se inicia la construcción del templo de Atenea Polias en la acrópolis, la del Olimpieion, el altar de los Doce Dioses en el ágora, un sistema de alimentación de agua, que llegaba hasta la fuente de los nueve caños (Enneacrounos), etc.. Esto contribuye a la conversión de Atenas en un centro monumental o, si se prefiere, los nuevos edificios subrayan el carácter «político» que asume la ciudad, máxime

si tenemos presente que buena parte de las construcciones son de carácter religioso; entre ellas destaca, obviamente, el templo a Atenea Polias, la divinidad políada que, por vez primera, se monumentaliza y la reorganización de las Panateneas, en honor a Atenea y símbolo de la unidad política del Atica. Al tiempo, no se oculta la importancia económica que esta política tiene para los miembros menos beneficiados económicamente de la *polis*.

— *Otras actividades económicas; la artesanía: la cerámica ática de Figuras Negras; el comercio. La moneda*

Por último, hay que aludir, siquiera brevemente, al desarrollo que adquiere en época tiránica la actividad artesanal, ya iniciada merced a la favorable política de Solón. Quizá sea problemático conectar un hecho artístico-artesanal, como es la producción de cerámicas de Figuras Negras, con una situación política determinada y quizá, ciertamente, no haya una conexión causal entre ambos fenómenos. Pero, sea como fuere, a partir del 560 a.C. empieza a trabajar en Atenas toda una serie de ceramistas y pintores que llevan este estilo cerámico a sus cotas más altas. Entre ellos destacan Lido, Amasis, Exequias como figuras señeras, aunque no únicas en el panorama de la fabricación cerámica, pues en este momento aumentan considerablemente los talleres productores. Además, hacia el 530 a. C., aún en el período tiránico, empiezan a aparecer las primeras cerámicas en la nueva técnica de Figuras Rojas. Este hecho debemos valorarlo tanto más si tenemos presente que, dentro de las actividades artesanales de cualquier *polis* griega, la cerámica no ocuparía sino un lugar relativamente poco importante, lo que permite traslucir un auge en otras actividades que como la broncística, o la metalurgia en general, eran de un interés más directo para la ciudad. No es improbable, por consiguiente (y lo mostraría el mismo interés que Pisístrato exhibe por la realización de obras públicas), que el tirano hubiera fomentado este tipo de actividades artesanales, en cierto modo en la misma línea de Solón.

También es interesante destacar que, como había ocurrido ya en época del legislador, podemos rastrear, a través de la cerámica pintada, qué ámbitos mediterráneos eran frecuentados por los comerciantes que empleaban, como medio de intercambio, esas producciones alfareras. La imagen que se obtiene no puede dejar de ser sorprendente, puesto que estas cerámicas de Figuras Negras, invaden literalmente todos los mercados mediterráneos. Como se decía anteriormente, no todos esos productos eran transportados por comerciantes atenienses, pero sí muestran, sin embargo, cómo Atenas se ha introducido en una tupida red de intercambios comerciales que la tienen a ella como punto

importante (imprescindible, diría) de referencia. Los productos áticos, transportados por comerciantes de muchas procedencias y sujetos a intercambios múltiples, proceden en último término de Atenas, lo que significa que su puerto es punto de paso casi obligado para cualquier comerciante que se precie y, por ello mismo, Atenas es punto de llegada de mercaderías de orígenes muy diversos, que empiezan a configurarla como uno de los centros redistribuidores del momento. A esta posición tampoco serían ajenos los intereses de Pisístrato en establecer su dominio o su influencia en puntos estratégicos del Egeo, como Naxos (Heródoto, I, 64, 2), o en recuperar posiciones en Sigeo (Heródoto, V, 94, 1) y el Quersoneso Tracio (Heródoto, VI, 35), por no mencionar los conocidos intereses económicos que mantiene con la región del Monte Pangeo, en la desembocadura del río Estrimón, en Tracia (Heródoto, I, 64, 1) región conocida en la Antigüedad por su riqueza metalúrgica en oro y plata.

También parece corresponder a la época de Pisístrato la introducción de la primera moneda ateniense, primero en la forma de las didracmas llamadas *Wappenmünzen*, o «monedas heráldicas», por llevar como símbolos figuras que se hallan representadas en los escudos de guerreros que aparecen en las cerámicas áticas contemporáneas, seguidas un tiempo después por las primeras «lechuzas», que emplearán el que se convertirá en sello oficial de Atenas, el símbolo de su divinidad epónima. En ambos casos, parece que son las minas de plata de Tracia (en las que tenía intereses el propio Pisístrato) quienes propician las acuñaciones. Las fechas exactas del inicio de las emisiones oscilan, según los autores más fiables, entre 575 y 540, aunque tal vez más próximas a esta última, pero si algo ha quedado absolutamente descartado es la posibilidad de que en época de Solón existieran monedas. A diferencia de lo que ocurría con la cerámica, los intereses en Tracia del tirano, parecen indicar que hay una relación más directa entre las primeras acuñaciones y las propias intenciones del mismo. La finalidad de la moneda parece, en vista de lo antes dicho, evidente. Al convertirse Atenas en un importante centro redistribuidor, surge la necesidad de disponer de una unidad de cuenta, que sería una de las primeras funciones a las que serviría la moneda, más que de auténtico medio de cambio. Hay autores, empero, que prefieren retrasar aún más la aparición de las primeras monedas y situarlas a partir del 525 a.C., ya durante el gobierno de Hipias. Al ser un debate aún no cerrado, no me pronunciaré al respecto.

6.4.3. El gobierno de los hijos de Pisístrato y el final de la tiranía en Atenas

Pisístrato murió, como se dijo, hacia el 527 a.C., de muerte natural y, como era habitual entre los tiranos, el poder lo ocuparon sus hijos legítimos Hipias e Hiparco y los ilegítimos Iofonte y Hegesístrato, estos dos últimos aún muy jóvenes. Hay contradicciones entre nuestras fuentes acerca de si un tal Tésalo es otro de los hijos legítimos de Pisístrato o un sobrenombre del segundo de los ilegítimos. El poder efectivo lo asumió Hipias, pero Hiparco mantuvo cierta autoridad y, ciertamente, actuaba como promotor de la cultura (presencia en Atenas de Anacreonte y Simónides, entre otros). Todas nuestras fuentes son unánimes al afirmar que la situación cambió poco en los primeros tiempos del gobierno de los hijos de Pisístrato y que fue el asesinato de Hiparco el que modificó la situación. Aunque las versiones también difieren, parece que la muerte de éste fue en todo accidental y motivada por un asunto de celos entre uno de los pisistrátidas, bien Tésalo, bien el propio Hiparco, y Harmodio, del que se hallaba enamorado y que, junto con Aristogitón, su amante, tramaron dar muerte a Hipias, si bien acabó muriendo Hiparco. Ni que decir tiene que esta tradición es harto sospechosa y, seguramente, está enmascarando un *complot* promovido por los numerosos oponentes a la tiranía y partidarios de un sistema democrático. La muerte de Hiparco tuvo lugar en el 514 y, como afirma Aristóteles,

> «después de esto sucedió que la tiranía se hizo mucho más áspera y por vengar a su hermano y por haber matado y desterrado a muchos, a todos se les hizo temible y odioso. Hacia el cuarto año después de la muerte de Hiparco, como iban mal las cosas, intentó amurallar Muniquia, como pensando en trasladarse allí; pero mientras estaba en esto fue expulsado por Cleómenes, rey de los Lacedemonios, pues continuamente les eran dados oráculos a los lacedemonios de que derribasen la tiranía ...» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 19, 1-2; traducción de A. Tovar.)

Esto último sucedía en el año 510. Tras un tiempo en la región del Quersoneso, Hipias acabará refugiándose en la corte persa y, en 490, regresará con ellos en un último y vano intento de recuperar su posición en Atenas. La decisiva intervención espartana se explica en parte por la excelente labor propagandística que los Alcmeónidas habían desarrollado en Delfos y de la que quizá no se excluya el soborno y también por las ambiciones personales del rey Cleómenes, que no sería ésta la última vez que se viese involucrado en los asuntos de Atenas, como se verá más adelante (*véase* 6.5; 6.6; 7.1.3).

6.4.4. Balance del gobierno pisistrátida

Desde mi punto de vista y, aunque con cerca de un siglo de retraso, la labor de los pisistrátidas en Atenas había acabado por configurar a Atenas como una verdadera *polis* y ello sobre dos de los puntales básicos que caracterizaban al sistema, la obligación de respetar una legislación, por un lado y, por otro, el garantizar a aquellos grupos no aristocráticos de Atenas, realmente surgidos en época de Solón, un espacio económico y político incuestionable. No cabe duda de que mientras que los tiranos gobernaron y, aunque tuteladas por ellos, las instituciones que Solón había ideado funcionaron; del mismo modo, la propia presencia de Pisístrato y su interés personal en todo el asunto, facilitaron la recuperación económica y, diríamos, moral, del campesinado ático que además fue el destinatario de una amplia y generosa política de préstamos; ellos serían la espina dorsal del nuevo *demos* ateniense. Igualmente, los grupos más desfavorecidos, *thetes*, tuvieron ocasión de beneficiarse de la labor del tirano gracias a la amplia política de construcciones y, posiblemente también, merced a la proyección exterior de Atenas durante el gobierno pisistrátida, que incluiría la existencia de una flota. Con respecto a este último punto, es cierto que Atenas no fue una potencia naval hasta la época previa a la Segunda Guerra Médica pero no hemos de olvidar que he mencionado anteriormente ciertos intereses en el Egeo septentrional lo que implica, necesariamente, la existencia de un poderío naval, por rudimentario que éste sea y directamente bajo su control, lo que tampoco excluiría eventuales iniciativas personales de algunos jefes aristocráticos (*véase* 6.4.2).

La experiencia de la tiranía en Atenas sacó provecho también de la existencia previa de un legislador que, como Solón, no se limita a recopilar las viejas normas consuetudinarias, sino que, por el contrario, introduce serias innovaciones; la labor de Pisístrato se vio, por ello, netamente favorecida. Su función era la de garantizar que tales leyes fueran cumplidas por todos. Pero, a diferencia de Solón, Pisístrato era un tirano y ello le permitió, además de tomar partido y garantizarse unos sólidos apoyos, forzar a aquéllos que tradicionalmente habían ejercido el poder a la obediencia a estas nuevas normas. Su gobierno moderado sentó las bases sobre las que Clístenes pudo desarrollar su labor y que sirvieron de preludio al sistema democrático del siglo V.

6.5. Clístenes el Alcmeónida

La expulsión de Hipias reavivó la lucha política en Atenas; Clístenes, nieto del tirano de Sición y Alcmeónida, familia que había propiciado la

intervención de Cleómenes, no era, sin embargo, bien visto por los espartanos; además, las reformas que había iniciado ponían en serio peligro el predominio de la aristocracia. Su rival principal, el arconte Iságoras, *xenos* de Cleómenes, instó a éste a regresar al Atica. Clístenes, prudentemente, desapareció de la escena y entre el rey espartano e Iságoras llevaron a cabo la expulsión de setecientas familias atenienses seguramente Alcmeónidas o vinculadas a ellos, e intentaron introducir nuevas reformas en la constitución, lo que produjo un levantamiento general, que acabó con el sitio de la acrópolis, donde se habían refugiado Cleómenes e Iságoras y la vergonzosa capitulación del rey espartano. Tras ello,

> «Hecho el pueblo dueño del poder, Clístenes era su jefe (*hegemon*) y caudillo (*prostates*) del pueblo.» (Aristóteles, *Ath. Pol.*, 20, 4; traducción de A. Tovar.)

Su liderazgo sobre el pueblo le permitió llevar a cabo un ambicioso plan de reformas que iban a afectar grandemente al desarrollo posterior de Atenas y que había iniciado ya en el 508 a.C., antes, seguramente, de la intervención de Cleómenes y durante el arcontado de Iságoras.

6.5.1. Las reformas de Clístenes

Las medidas que adopta Clístenes abarcan un amplio abanico, yendo desde la propia estructuración local del territorio, hasta la organización de la *polis* en su conjunto, pasando por la reforma o la creación de nuevos órganos que garantizasen, ante todo, la unidad que quería dársele al estado.

— ***La integración territorial del Atica: Demos, tritíes y tribus***

En este sentido, de todas las medidas que adoptó Clístenes posiblemente la más importante fue la que replanteó, desde unos presupuestos bastante nuevos la reestructuración territorial del Atica, sobre la base de la definitiva integración de las diferentes partes y de sus habitantes. La piedra angular de su reorganización viene constituída por los demos áticos, término que si bien debe traducirse como «poblado» o «aldea», parece indicar, en el sistema de Clístenes algo así como un distrito. Su labor en este terreno debió de consistir en establecer los límites de cada demo que, por lo general, respetarían los antiguos territorios de las aldeas y poblaciones que constituían el territorio ateniense (aunque no siempre), si bien en los núcleos urbanos sería necesaria una subdi-

visión, más o menos artificial, en llamémosles «barrios», que dieran cuenta de su carácter no rural. Cada demo tenía, a su frente, un demarco y había también una asamblea del demo que, en algunos casos, en épocas posteriores (siglos V y IV) fueron intensos centros de debate político, que preparaban a los jóvenes demotas para su futura participación en la política nacional.

Así, dividida la *chora* en un número de demos que puede oscilar entre 100 y 139, procede a agruparlos de acuerdo con el lugar del país en el que se hallaban, siguiendo, *grosso modo*, la vieja distinción de ciudad (*asty*), costa (*paralia*) e interior (*mesogeia*). En la ciudad se englobaba, además de ella misma, el puerto del Pireo y la llanura entre el Monte Egaleo y el Monte Himeto (Figura 15). Determinados los límites de estas regiones, agrupó los demos de cada una de ellas en diez unidades superiores, a cada una de las cuales le dio el antiguo nombre de *trittys* por lo que resultaron treinta *trittyes* en total. El último paso fue la creación de diez nuevas tribus (*phylai*) que sustituirían a efectos prácticos a las cuatro tribus jónicas que, sin embargo, no son suprimidas, aunque dejan de ser operativas. Se dice que, mediante sorteo, incluye en cada una de las nuevas tribus tres *trittyes*, una de la ciudad, otra de la costa y otra del interior, de modo tal que en cualquiera de las

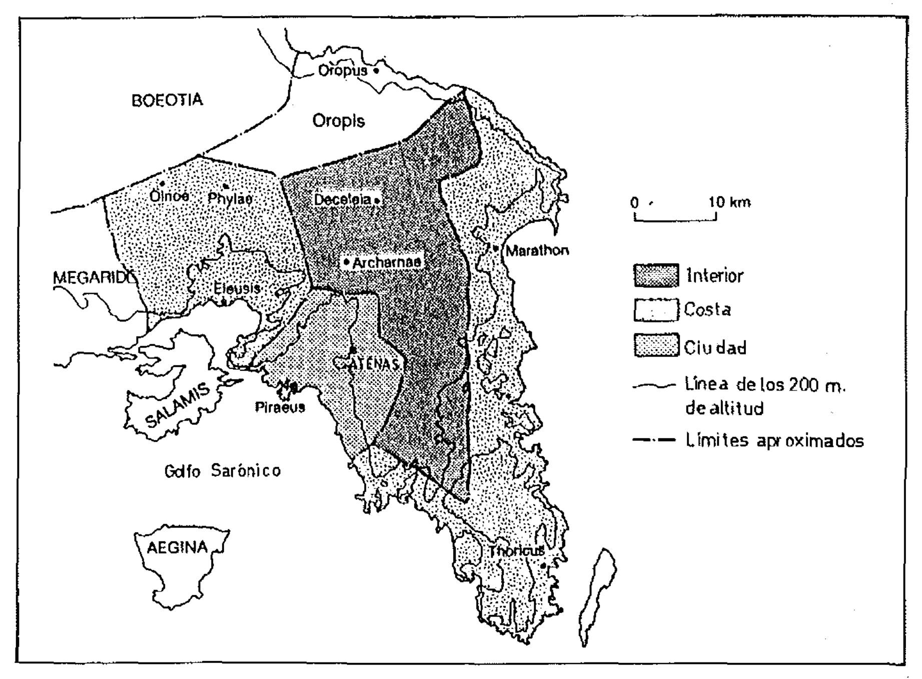


Figura 15. La división regional del Atica promovida por Clístenes.

phylai hubiese ciudadanos de todas las partes del Atica, lográndose así que la tribu fuese un compendio de todos los intereses y necesidades de la sociedad ateniense; los nombres de esas nuevas tribus son tomados de diez héroes epónimos, elegidos por la Pitia de entre un total de cien propuestos y escogidos de entre los héroes áticos.

El sentido de esta reforma aparece bastante claro: las viejas tribus, las antiguas aldeas, las solidaridades locales, habían sido una causa importante de conflicto en los años precedentes porque, como sospechaba anteriormente, al referirme a la época previa al ascenso de Pisístrato, podían ser factores centrífugos no desdeñables. Por otro lado, desde las reformas de Solón se estaba en trance de superar, siquiera a efectos políticos, la necesidad de un origen aristocrático para acceder a los cargos públicos y posiblemente la época de Pisístrato contribuyó bastante en este sentido. Pero como mostraron los años siguientes a la expulsión de Hipias, aún pesaba mucho la vieja solidaridad aristocrática, la *xenia*, que impulsó a Cleómenes a acudir al llamamiento de Iságoras. Clístenes no podía, seguramente, evitarlo pero sí podía crear un sistema, apoyado por el *demos*, que dificultase en lo posible si no el mantenimiento, sí al menos la materialización práctica de ese peligroso factor centrífugo que el localismo y la solidaridad aristocrática representaban para la *polis*. Esa misma idea, aunque con una mentalidad distinta (aristocrática) subyace a la ciudad ideal de Platón (por ejemplo, *Leg.*, VI, 760 b-e), ya en el siglo IV, cuyos ciudadanos deben conocer y sentir como propias las diferentes regiones que configuran su *polis*, como único medio de evitar conflictos. La diferencia de Clístenes con Platón es que aquél no sólo elaboró un marco teórico sino que, dentro de sus limitaciones, lo puso en práctica.

Al ser la *phyle* la institución que se encarga de proponer a los candidatos para las magistraturas, la única posibilidad de actuar en este sentido era modificar radicalmente el número y la conformación de cada una de ellas. Por medio del sistema descrito, completamente artificial, se quebraba la solidaridad local, al integrar en cada tribu a cada una de las tres regiones áticas y también la aristocrática, puesto que aunque la misma siguió existiendo sus posibilidades de materializarse en la vida política, siempre que se mantuviese el sistema clisténico, eran ciertamente difíciles. A ello contribuye también la aparentemente amplia política de Clístenes de concesión de la ciudadanía ateniense a metecos y otros individuos que, como los «esclavos metecos» (Aristóteles, *Pol.*, 1275 b 36-37; *cf.* PLACIDO: 1985) muestran hasta qué punto habían permanecido fluidos los límites entre los distintos grupos sociales que a partir de ahora configurarán el (nuevo) cuerpo ciudadano de Atenas.

Con todo ello quien ganó fue, aparte del *demos*, verdadero benefi-

ciario de la reforma, la integración política y territorial del Atica. Clístenes establecería, pues, la *isonomia*, la «igualdad de derechos», dando un paso más, con respecto a la idea de la *eunomia*, aun cuando aquélla conduzca a ésta. Por fin, hay que señalar que las nuevas tribus serán la base del reclutamiento del nuevo ejército ciudadano, a cuyo frente habrá, también, diez generales o estrategos, uno por tribu.

— *La Boule de los Quinientos; la Ekklesia*

De resultas de la nueva organización tribal, modificó también la composición de la vieja *Boule* soloniana que, a partir de ahora pasó a tener quinientos miembros, cincuenta de cada tribu; 130 ó 129 procedían de la ciudad, 174 ó 175 del interior y 196 de la costa. La nueva *Boule* tuvo una articulación más efectiva y funcionaba por medio de comisiones, pritanías, asignadas, por riguroso turno, a los prítanos o representantes de cada una de las diez tribus. La introducción del sorteo en todas sus actividades evitaba cualquier posibilidad de corrupción y el nuevo calendario político contemplaba la división del año entre cada una de las diez pritanías. Cabe pensar que a una *Boule* como la clisténica, de gran agilidad, correspondería una asamblea popular o *ekklesia* igualmente activa, a la que se le daría suficiente información como para poder decidir puesto que parecía claro que ésta era el auténtico órgano de decisión, máxime después de que el sorteo presidiera casi todos los nombramientos del estado, salvo los de los generales; los arcontes siguieron siendo elegidos hasta *ca.* 487 siendo sorteados después de esa fecha.

Así, el vaciamiento casi total de contenido de las viejas magistraturas en los años siguientes, es sustituído por el gobierno efectivo de la *Boule*, que no es sino una representación de la *ekklesia*, al tiempo que los estrategos, cuyas funciones militares son las más importantes, acabarán gozando de un protagonismo cada vez mayor, tanto por el período de guerras con el que se abre el siglo V en toda la Hélade cuanto por tratarse de personas elegidas (y no sorteadas) por el pueblo en su conjunto. Hacia el año 500 parece haberse organizado definitivamente la nueva *Boule* y parece haber tomado posesión el primer grupo de estrategos.

■ El ostracismo

Por fin, a Clístenes se le atribuye otra medida, el ostracismo, tendente a librar a la ciudad de aquellos individuos que pareciesen aspirar a la tiranía, o resultasen sospechosos para el conjunto del *demos*. El procedimiento era como sigue: en la reunión principal de la sexta pritanía se decidía si durante el año en curso se quería realizar algún

ostracismo; en caso afirmativo, tenía lugar algunos meses después, en la octava pritanía, una votación con esa finalidad para la que parece que era necesario un *quorum* de seis mil ciudadanos. Cada uno de ellos escribía en un tiesto cerámico (*ostrakon*) el nombre de aquél que, en su juicio, merecía ser ostracizado. El ciudadano que recibiese una mayoría de votos en su contra era expulsado de Atenas durante diez años, pero sin perder sus derechos políticos o sus propiedades. El primer ostracismo, sin embargo, no tuvo lugar inmediatamente, sino que se produjo en el año 487.

Sean cuales sean las causas últimas de este procedimiento lo que parece cierto es que Clístenes ha introducido, nuevamente, un método para racionalizar la vida política ateniense. El mismo había experimentado la persecución política, aunque de signo contrario, tanto en época de Hipias como de Iságoras; posiblemente con este método intentase evitar nuevas violencias, nuevas *staseis* en una ciudad que, en los cien años previos, había sufrido tantas.

6.6. Atenas al final del siglo VI

Clístenes no introduce la democracia en Atenas, pero la democracia empleará, sin apenas alteraciones, el esquema que había concebido el Alcmeónida. Al final del siglo VI Atenas se halla en un momento no del todo fácil; aún Cleómenes volverá a amenazar el Atica, llegando hasta Eleusis, para tratar de reponer a Iságoras, aunque su fracaso tendrá serias consecuencias para la realeza espartana. La tensión interna no había desaparecido porque, aunque nuestras fuentes apenas nos informen de ello, el Areópago ha salido indemne del proceso reformador y hemos de creer, por consiguiente, que seguirá siendo el último reducto de los Eupátridas atenienses y de su oposición a las reformas. La situación internacional, por otro lado, cada vez era más inquietante. Los persas, que ya habían hecho suya la Jonia, aparecían como una amenaza cada vez más real.

Fue, paradójicamente, la guerra, la que facilitó la plena culminación de todas las potencialidades que encerraba el sistema diseñado por Clístenes; el profundo desarrollo a todos los niveles que propició el gran esfuerzo bélico que supusieron las Guerras Médicas acabó por modificar radicalmente la situación en Atenas, acelerando y orientando en sentido democrático su desarrollo. Pero eso excede ya a nuestro tratamiento.

7. Grecia continental en el siglo VI

7.1. Esparta

7.1.1. Esparta en el siglo VI. El *mirage* espartano

La legislación de Licurgo había traído una relativa paz social a Esparta que le permitió salir no excesivamente mal de la cruenta Segunda Guerra de Mesenia. Los espartiatas, al frente de sus tierras, se habían constituído en una minoría privilegiada; hilotas y mesenios trabajaban para ellos. Los periecos, por su parte, no parecen haber estado en una posición excesivamente mala, gozando de una amplia autonomía local dentro de sus aldeas y disfrutando de la propiedad de sus tierras, de las que tenían que detraer sólo una pequeña parte, en forma de *temenos*, de la que se beneficiaban los reyes y formando parte, a todos los efectos, salvo el de la ciudadanía, de la *polis* espartana. La política exterior se caracteriza, además de por su ancestral enemistad con Argos, ante la que Esparta había sido derrotada en Hisias en 669-668 a.C., desastre que no fue olvidado por los laconios, por sus intentos contra Tegea (575-550) y la Tireátide, arrebatada finalmente a Argos en el 546; con ellas se conformaría casi definitivamente el territorio espartano y su liderazgo en el Peloponeso, que le llevaría a organizar la Liga del Peloponeso a lo largo de la segunda mitad del siglo donde era, precisamente, Tegea una de sus primeras aliadas.

Desde otro punto de vista, la cultura espartana quizá no fuese tan refinada como podía serlo la de otras ciudades del continente y, posi-

blemente, se hallaba lejos de la que se estaba desarrollando en Jonia; sin embargo, parece que, aunque con un mayor aire de tosquedad y rusticidad, Esparta no difiere grandemente de otras ciudades griegas del momento; ya en el último tercio del siglo VII, había conocido la actividad poética de Alcmán, cuyos cantos muestran una rica vida llena de ceremonias y fiestas, semejantes a las de cualquier otra *polis* del momento. Además, y ya durante el siglo VI, a Esparta llegan artistas importantes, en parte procedentes de la Grecia del Este, que desarrollan su actividad en la ciudad como muestran los estilos cerámicos laconios y su importante broncística, por no mencionar la escultura o las tallas en marfil halladas en gran número en el santuario políada de Artemis Ortia. Este mismo santuario fue objeto de reconstrucción hacia el 580-570, construyéndose un nuevo templo y un altar de piedra caliza. Igualmente, se emprendieron importantes programas constructivos en el Meneleo y en el santuario de Atenea Poliouchos («la protectora de la ciudad») o Chalkioikos («la de la casa de bronce»).

Además y, como veremos más adelante, durante el siglo VI Esparta intervino en varias ocasiones en asuntos que iban más allá de sus estrictos intereses peloponésicos; ello viene demostrado por la importancia que, desde mediados del siglo VI asume la navarquía, lo que implica la existencia de una flota y de unos intereses ultramarinos más o menos intensos, tanto propios cuanto de sus aliados. El navarco, elegido anualmente por los éforos y la asamblea, tenía el mando supremo sobre la flota y sus poderes debían de ser tan importantes que Aristóteles compara esta magistratura con una segunda realeza (Aristóteles, *Pol.*, 1271 a 40) (*véase* 7.1.3).

Así pues, como se ve, Esparta presenta sus particularidades propias, pero que no la hacen un caso excepcional dentro del confuso panorama del mundo heleno durante el siglo VI. Y, sin embargo, se ha insistido tantas veces, ya desde la Antigüedad, en las peculiaridades de Esparta que ello obliga aquí, siquiera brevemente, a aludir a esta falsa impresión, a este «espejismo» (*mirage*) espartano. Si Esparta tuvo, a partir del siglo V, una imagen externa que, para bien o para mal, la caracterizó en adelante, ello se debería más a la enemistad con Atenas que a otra cosa. La ya mencionada intervención de Cleómenes en la expulsión de Hipias y en el intento de reponer a Iságoras empezaron a hacer de ella en el ambiente cada vez más democrático de Atenas un enemigo serio. De ahí a la creación de una imagen hostil no había más que un paso. Pero, al tiempo, para aquéllos que podían considerarse beneficiarios de una eventual intervención laconia en sus asuntos, nada más natural que considerar a Esparta como paradigma de todas las virtudes imaginables. El desarrollo histórico del siglo V no hará más que ir exacerbando estas posturas y la Guerra del Peloponeso y la

victoria espartana también contribuirán grandemente. Al tiempo, no puede negarse una esclerotización de las estructuras socio-políticas de Esparta, sometidas, como no podía ser menos, a estas tensiones que tan brevemente he insinuado. Pero lo que me interesa destacar es que esta imagen distorsionada de Esparta, de gran influencia ideológica y cultural, sin duda, no puede retrotraerse hasta el siglo VI; en este momento, como acabamos de ver y, como seguiremos viendo a continuación, Esparta se halla en un proceso de intenso debate político, que algunos autores han bautizado como la «revolución del siglo VI» (*véase* 6.4.3).

7.1.2. Quilón y la reforma del Eforado

Buena parte del siglo VI espartano se halla dominado por las figuras de dos reyes prominentes, padre e hijo, ambos de la familia Agiada. Se trata de Anaxándridas II (560-520 a.C.) y su hijo Cleómenes I (520-490 a.C.). Aunque a estos personajes aludiré en el apartado siguiente, sí diré que fue durante el reinado del primero de ellos cuando tiene lugar una importante transformación política en Esparta, atribuída al éforo Quilón, que ejercería esta magistratura hacia el 556 a.C.

Como veíamos anteriormente, posiblemente el eforado surgiese como consecuencia de la legislación de Licurgo, si bien no se descarta su existencia ya durante un momento anterior, ya que las listas de éforos remontan a la mitad del siglo VIII. Su número de cinco parece relacionarles con las cinco aldeas (*komai*) que configuran Esparta. Las atribuciones de estos magistrados aparentan haber sido básicamente de supervisión, si bien es difícil saber cómo se coordinaba la misma con los restantes órganos, especialmente con los reyes. Una función que les era propia era la de declarar anualmente la guerra a los hilotas, lo que ha sido interpretado por Oliva (OLIVA: 1983) en el sentido de que los reyes sólo podían abrir las hostilidades contra estados soberanos, mientras que al ser los hilotas individuos sometidos debía corresponder a otros esta declaración. Quizá, pues, sus funciones originarias fuesen de supervisión de los hilotas al tiempo que representantes cualificados y con una cierta participación en el poder, de las comunidades de aldea espartiatas originarias ante los reyes (*véase* 5.7.2).

Nuestras informaciones, sin embargo, apenas muestran durante buena parte del arcaísmo a los éforos en acción, de lo que cabe deducir que debido a la reforma licurguea habían perdido buena parte de su fuerza. Así, en el fragmento 3 D., ya citado, de Tirteo, aparecen los reyes, los ancianos y el pueblo, pero no los éforos; igualmente, en el texto de la Retra que transmite Plutarco (*Vit. Lyc.*, 6) tampoco aparecen y este autor indica, más adelante, que los primeros fueron nombrados en el reinado de Teopompo, unos ciento treinta años después de Licur-

go (Plutarco, *Vit. Lyc.*, 7, 1). Prescindiendo de cuestiones sobre la cronología de Licurgo, es interesante cómo en el texto de la Retra y el poema de Tirteo, que remontarían ambos a un período en torno a la mitad del siglo VII, no hay una referencia explícita a los éforos, lo que indicaría, seguramente, que su importancia política era muy pequeña.

La situación, sin embargo, se va a modificar de modo importante a lo largo del siglo VI y en este proceso parece haber jugado un papel importante el éforo Quilón. Del mismo modo que Solón, Pítaco o Periandro, a los que ya me he referido, Quilón figuró entre los Siete Sabios circunstancia que, si bien contribuye a que dispongamos de algunas anécdotas a su nombre, no ayuda en exceso al conocimiento del Quilón histórico. Por testimonios papiráceos sabemos que el éforo, que se hallaba vinculado por matrimonio con la familia real Agiada, tuvo una intervención importante en la deposición de Esquines, el último tirano de Sición y quizá actuó, asimismo, en Mégara y en Atenas; parece que, igualmente, tuvo algo que ver con la resolución de la situación provocada por la falta de hijos del rey Anaxándridas. Seguramente intervino también en el conflicto que enfrentaba a Esparta con Tegea e inspiró la alianza que dio fin a la guerra e inició la construcción de la Liga del Peloponeso y hay, incluso, quien le atribuye la creación de la leyenda de Licurgo.

Todo ello indica, sin duda, una fuerte personalidad, que consiguió imponerse a los reyes y que contribuiría a dotar al eforado del verdadero poder de supervisión que, en adelante, tendría. Se sabe que, durante la época clásica al menos, los éforos podían iniciar debates en la *apella* sin necesidad de la aprobación de la *gerousía*, eran los únicos que no tenían que levantarse en presencia del rey, podían convocar a los reyes, en ocasiones podían suspenderles de sus funciones y podían multarles y aprisionarles. Si bien es difícil de averiguar el momento exacto en el que todos estos rasgos distintivos del eforado surgen, en mi opinión debe de haberse producido a lo largo del siglo VI y acaso no sea inexacto atribuir a la época de Quilón y de sus sucesores el inicio del auténtico poderío de la magistratura eforal. En otro orden de cosas y, si las noticias a que he hecho referencia son ciertas, parece claro que Quilón y, posiblemente, los éforos que le sucedieron, fueron partidarios de una política exterior tendente a afianzar la naciente alianza y sin grandes intervenciones exteriores, política que, como se verá más adelante, no fue seguida por Cleómenes (*véase* 7.1.3).

7.1.3. Anaxándridas y su herencia

El eforado de Quilón y buena parte de su influencia transcurren durante el reinado de Anaxándridas. Fue este rey, junto con el Euri-

póntida Aristón el responsable último del final de la guerra con Tegea, después de numerosos e infructuosos intentos. No sería extraño que el inicio del auge de los éforos se relacione con los continuos fracasos que los espartanos habían tenido ante Tegea; de cualquier modo, la debilidad de Anaxándridas queda puesta de manifiesto cuando, como consecuencia de la esterilidad de la mujer del rey, los éforos y los ancianos le obligan a tomar una segunda esposa, sin necesidad de repudiar a la primera, lo que convirtió al rey en bígamo. Esta segunda esposa parece haber estado emparentada con Quilón. De su segunda mujer tuvo a Cleómenes, pero poco tiempo después, de la primera nació Dorieo, bajo la atenta mirada de los éforos, que querían asegurarse de ese nacimiento. Más adelante nacieron los mellizos Cleómbroto y Leónidas, el que murió en las Termópilas. A la muerte de Anaxándridas le sucedió Cleómenes.

— *Cleómenes y el expansionismo en el Peloponeso*

El reinado de Cleómenes parece marcado, ante todo, por el intervencionismo militar, después de que la política de su padre se había caracterizado por la consolidación de la alianza peloponésica aun cuando no había dudado en intervenir fuera de sus fronteras para derrocar tiranos. En este sentido, al menos, Cleómenes se asemeja a su padre. En efecto, ya he mencionado anteriormente la campaña que dirige el rey contra Atenas para expulsar a Hipias y que se ve coronada por el éxito, en el 510; también aparece en el 508 para apoyar a Iságoras, aunque en esta ocasión tiene que retirarse ignominiosamente. Poco después y, sin anunciar claramente sus intenciones reúne un ejército reclutado en varios puntos del Peloponeso, posiblemente la primera acción militar de la Liga. Al llegar a Eleusis hizo público su deseo de reponer a Iságoras, lo que produjo la inmediata desintegración del ejército, al abandonarlo parte de los aliados y regresar a Esparta el otro rey, el Euripóntida Demarato. Como consecuencia de esta acción, parecen haberse tomado serias medidas para evitar en el futuro disensiones entre los dos reyes en campaña. Igualmente, se puso de manifiesto que Esparta no podría llevar a cabo ninguna guerra al frente de la Liga recién creada si no contaba con el apoyo de la misma, lo que implicaba unos fines claros en cualquier empresa. Sin embargo, los intereses de Cleómenes y de sus aliados no iban mucho más allá del estricto marco de la Grecia propia, como muestra la negativa a la petición formulada por Aristágoras de Mileto de ayudar a los jonios, a punto de sublevarse contra los persas.

En los últimos años de su reinado se produjo un hecho importante, como fue el debilitamiento, durante una generación al menos, de su

vieja rival, Argos. Cleómenes dirigió un ejército que derrotó a los argivos en Sepeia en el 494 a.C. y, aunque no conquistó la ciudad, sí consiguió acabar con buena parte de la aristocracia argiva. Sin embargo, también hay que atribuirle el error de haber conseguido que su colega, el rey Demarato, que con su retirada en Eleusis le había dejado en mal lugar, terminase por ser desposeído de la dignidad real por su presunto nacimiento ilegítimo, porque, descubierta toda la superchería urdida por Cleómenes, él también tuvo que huir de la ciudad, muriendo poco después, de vuelta en Esparta en el año 490 a.C., en vísperas de la invasión de Darío y completamente loco.

— *Dorieo y la búsqueda de nuevas tierras*

El hermanastro de Cleómenes, Dorieo, hijo de la primera esposa de Anaxándridas, poco tiempo después de la elevación de aquél al trono, emprendió una curiosa expedición colonizadora que, sin contar con apoyo délfico, se dirigió primeramente a Libia para, tras su fracaso allí y previa consulta con la Pitia, dirigirse a Erice, en Sicilia a fundar una ciudad. Antes, interviene en la conquista de Síbaris, en ayuda de los crotoniatas. En total iban cinco naves espartanas a la que se unió la trirreme de Filipo de Crotona. En Sicilia establecen una ciudad, Heraclea, cerca de Erice pero, enfrentado a los segestanos, ayudados por los fenicios, Dorieo es derrotado y muerto y la ciudad es destruída. En todo este obscuro asunto debe de haber algo más que un simple enfado de Dorieo con su hermanastro y posiblemente haya que ver una secuela de la política intervencionista que el rey Cleómenes estaba llevando a cabo en la Grecia propia; no obstante, acaso no haya que descartar la existencia de nuevas tensiones sociales en la propia Esparta, que se pensaba podrían resolverse mediante el envío de una *apoikia*, como había ocurrido en los viejos tiempos. Esto no tendría nada de extraño si recordamos que unos cuantos años antes Anaxándridas había intentado hacerse con el territorio tegeata, que se había arrebatado a Argos tras la batalla de Tirea toda esa región del Peloponeso oriental y que en estas acciones parece haber un claro interés en someter esas regiones e hilotizar a sus habitantes; por ello, puede pensarse que el sistema espartano estaba conociendo problemas que se intentaría resolver por la vía de la colonización. El interés primero por Libia, luego por la llanura del Cratis y, por fin, por la región de Erice, tres zonas aptas para la práctica de la agricultura, indica que son tierras lo que está buscando Dorieo.

En otro orden de cosas, parece claro que, salvo los jefes de la expedición, el resto del contingente estaría compuesto por no espartiatas, posiblemente periecos o, incluso, hilotas.

El fracaso de la expedición de Dorieo no parece haber tenido serias repercusiones en Esparta y pocos años después el tirano de Siracusa, Gelón, echa en cara a los enviados espartanos (y en Esparta reinaba entonces Leónidas, hermano de Dorieo) el que no hubiesen acudido a su llamada para vengar la muerte de Dorieo (Heródoto, VII, 158, 2). Las causas pueden haber sido variadas pero si se tienen presentes los cruciales hechos que en ese final del siglo VI está viviendo Esparta y que le afectan más directamente, puede comprenderse el cierto desinterés que en esta nueva orientación política puede haber tenido para Cleómenes y para su sucesor Leónidas el centrar su atención en la desafortunada expedición de Dorieo, el hombre que pudo reinar, como nos dice Heródoto (V, 48).

7.2. Otras ciudades

Después de haber visto el desarrollo de Esparta en el siglo VI, veamos rápidamente lo que ocurre en algunas otras ciudades de la Grecia continental durante el mismo período. Por toda una serie de cuestiones que sería prolijo enumerar aquí, me detendré tan sólo en cuatro *poleis*, no tanto porque «representen» al conjunto sino, ante todo, porque disponemos de algo más de información con respecto a ellas. No entraré en el análisis de todas aquellas regiones helénicas a las que podríamos calificar como «marginales» (Tesalia, Epiro, Macedonia, etc.) no porque su conocimiento histórico no sea intrínsecamente importante sino, ante todo, porque en ellas no se produce, en el período que estamos abordando, un proceso que lleve a esos territorios a organizarse en *poleis* sino que en ellos predominan laxas formas organizativas que descansan al tiempo sobre una amplia autonomía de las comunidades de aldea y sobre la conciencia de la pertenencia a un mismo conjunto «étnico». No en vano estas estructuras reciben el nombre de *ethne*, «pueblos». Los obscuros mundos del Peloponeso central y occidental o de la Grecia central (Focenses, Locrios, Etolios, Acarnienses, Aqueos, Arcadios), en buena medida organizados también en *ethne* y que forman parte de lo que se ha dado en llamar, en mi opinión anacrónica e impropiamente el «Tercer Mundo Griego» tampoco serán, consiguientemente, abordados en este apartado.

7.2.1. Corinto

El inicio del siglo VI ve a Corinto aún bajo el dominio de la tiranía Cipsélida y es la figura de Periandro la que predomina y a la que ya me

he referido con anterioridad. El final de la tiranía en Corinto, como también he dicho, tiene lugar hacia el 585 a.C., tras ese período, Corinto recobró la normalidad constitucional y estableció un régimen encabezado por ocho magistrados llamados *probouloi* y un consejo de setenta y dos miembros; estos ochenta individuos regirían el estado corintio, si bien puede que existiese también alguna asamblea popular, poco significativa. Según parece y aunque hubiera alguna modificación de detalle, este régimen, típicamente oligárquico, pervivió en Corinto al menos hasta el siglo IV y se mantuvo estable largamente. No se conocen apenas, sin embargo, los mecanismos internos de este sistema, quiénes tenían derechos políticos, cómo se elegía a los magistrados o se accedía al consejo, etc. (*véase* 5.8.1).

Acerca de la política exterior corintia, apenas sabemos nada después del final de la tiranía; lo único que se conoce con certeza es la participación de Corinto, del lado de Esparta, en una expedición contra Polícrates de Samos hacia el año 525/4, posiblemente como consecuencia de la entrada de la ciudad del istmo en la Liga del Peloponeso algún tiempo atrás. También los corintios participaron en la última expedición de Cleómenes al Atica, si bien, como la mayor parte de los aliados, dejaron al rey solo en Eleusis. Durante la última parte del siglo, no es infrecuente la presencia de contingentes corintios junto a los espartanos, como consecuencia de la alianza existente entre ambas *poleis*. Así pues, a la vigorosa y personalista política exterior impuesta por Periandro, sucede en Corinto un largo período de silencio, durante el cual debió de gestarse la alianza con Esparta, que vemos ya plenamente madurada al inicio del último cuarto del siglo VI. Posiblemente, el profundo cambio político producido en la ciudad fue el responsable de ese extraordinario giro.

Como suele ser frecuente en estos casos, es siempre arriesgado intentar combinar datos de tipo político con la situación que, contemporáneamente, revelan los restos arqueológicos. Sin embargo, no deja de ser interesante el hecho de que las exportaciones de cerámica corintia pintada inicien su decadencia hacia el 575 a.C., cuando hasta entonces las producciones corintias habían dominado todos los mercados mediterráneos. Ese declive en la producción de cerámicas finas y en la exportación de las mismas coincide, como se ha señalado, con el auge de la exportación de la cerámica ática de figuras negras, que por esos mismos años está iniciando su vertiginosa expansión. Dependiendo de las regiones, las importaciones corintias, coexistiendo en cada vez mayor medida con las áticas, irán desapareciendo durante el segundo cuarto del siglo VI y, por lo general, apenas rebasarán la mitad del mismo. Las causas de este proceso, si bien no del todo claras, pueden estar en la mayor perfección técnica de las pinturas áticas, en la mayor

calidad de las vasijas e, incluso, en modificaciones en las estructuras del comercio; en este sentido, bien pudiera ser que Atenas, que será quien suceda en la exportación cerámica a Corinto, se haya convertido en un centro más atractivo para los comerciantes que, al tiempo que cargan sus naves con productos disponibles en la ciudad, llenan los huecos con cerámicas áticas. Así, y es el punto al que quería llegar, el ocaso de la exportación cerámica corintia hay que relacionarlo, sobre todo, con la pujanza que adquiere Atenas desde la época de Solón y con la política ciertamente pasiva que asume Corinto tras la caída de los tiranos. La cerámica, nuevamente, no es más que un mero reflejo de un proceso de mucho mayor calado.

7.2.2. Mégara

La ciudad de Mégara, profundamente afectada en su integridad territorial durante el proceso de constitución de la *polis*, en el siglo VIII, llevó a cabo durante el siglo VII una intensa política colonizadora, tanto en Occidente como, sobre todo, en la Propóntide y el Mar Negro. Conoció, asimismo, una tiranía, la de Teágenes, y asentó las bases de su política exterior en el eje Salamina-Nisea (su puerto). Posiblemente la tiranía había acabado ya hacia el 620 a.C. y al inicio del siglo VI vamos a ver en Mégara la sucesión de una serie de tensiones y conflictos de los que el principal testigo e informador es el poeta Teognis, a pesar de los problemas de autenticidad que plantea buena parte de la obra a él atribuída. Aunque sigue habiendo discusiones acerca de si nació en esta Mégara o en su colonia, Mégara Hiblea, en Sicilia, la mayor parte de los críticos parece inclinarse por aquélla, si bien no se descarta que residiese o visitase la ciudad siciliota durante su exilio. Se tiende a situar la fecha de su nacimiento entre el final del siglo VII y los inicios del siglo VI y, por lo tanto, asistiría al desmoronamiento del régimen moderado de propietarios establecido tras Teágenes y al ascenso de la democracia radical, como muestran los siguientes versos:

> «Ninguna ciudad, oh Cirno, han arruinado aún los hombres de bien (*agathoi*); mientras que cuando los malvados (*kakoi*) se deciden a mostrar su insolencia, corrompen al pueblo y dan las sentencias a favor de los injustos para buscar ganancias y poderío propio, no esperes que esa ciudad, aunque ahora esté en la mayor calma, permanezca tranquila por mucho tiempo una vez que los malvados se aficionen a las ganancias con público perjuicio. De esto nacen las luchas civiles, las matanzas de ciudadanos y los tiranos.» (Teognis, vv. 43-52; traducción de F.R. Adrados.)

No hay que perder de vista el doble sentido de las palabras *agathoi* y *kakoi*, tanto «hombres de bien» y «malvados», cuanto aristócratas y gentes del pueblo, respectivamente. El nuevo régimen, propiciado por la mala situación del campesinado y por el endeudamiento de los mismos, parece haber llevado a cabo una política de severa represión contra los ricos, incluyendo expropiaciones, exilios y redistribución de tierras. El propio Teognis parece haberse visto afectado y buena parte de sus poemas serían escritos en el exilio. Un eco de la nueva situación lo hallamos en estos versos:

> «Ah, Cirno, ésta es aún nuestra ciudad, pero es otra su gente. Los que antes no sabían de leyes ni derechos, los que cubrían sus flancos con pieles de cabras y fuera de esta ciudad, como gamos, pastaban, ahora son gentes de bien (*agathoi*), Polipaides; y los nobles de antes (*esthloi*) ahora son pobres gentes (*deiloi*). ¿Quién puede soportar el ver eso? Unos a otros se engañan burlándose entre sí y desconocen las normas de lo bueno y lo malo.» (Teognis, vv. 53-60; traducción de C. García Gual.)

Nuevamente juega aquí Teognis con las oposiciones de palabras, mezclando las connotaciones referidas a la valoración moral con las que aluden a la posición social. Es posible que estos versos correspondan a un momento inmediatamente posterior a la transformación social que ha tenido lugar. Las noticias que fuentes más tardías han transmitido de este período son altamente negativas; Plutarco llama a este régimen la «democracia desenfrenada», acusando a sus promotores de borrachos y sacrílegos y al régimen de anárquico (*Quaest. Graec.*, 59; *cf.* Aristóteles, *Pol.* 1302 b 31) y resaltando su persecución de los ricos y la gran influencia de los demagogos (*Quaest. Graec.*, 18).

Posiblemente hacia el 550 (o, incluso, antes, hacia el 580 a.C.) finaliza este régimen y ocupan el poder aquéllos que habían sufrido el destierro, repartiéndose entre ellos las magistraturas:

> «De un modo muy semejante se destruyó también la democracia en Mégara, donde los demagogos expulsaron a muchos de los notables para confiscar sus bienes, hasta que llegó a ser grande el número de los desterrados y éstos, de regreso, vencieron por las armas al pueblo e instauraron la oligarquía». (Aristóteles, *Pol.*, 1304 b 34-39; *cf. Ibid.*, 1300 a 17-19; traducción de J. Marías y M. Araujo.)

Este sistema oligárquico parece haber permanecido a lo largo de todo el resto del siglo VI sin grandes modificaciones. No sería extraño que la caída de la democracia desenfrenada se hubiese visto acelerada por sus fracasos en política exterior. En efecto, ya hacia el 600/590 los

megareos habían sufrido una derrota ante Samos, a causa de la colonia de Perinto, ocupada por los samios. Es probable que Mégara estuviese ya bajo el régimen democrático porque los generales samios consiguen la ayuda de los prisioneros megareos para derrocar al gobierno de la isla, en manos de los terratenientes o *geomoroi*. (Plutarco, *Quaest. Graec.*, 57). Hacia la misma época tiene lugar la pérdida de Salamina, ocupada por Mégara en el siglo VII, a manos de los atenienses, instigados por Solón, si bien es posible que algún tiempo después fuese recuperada por los megareos. Sin embargo, estos fracasos, la declarada impiedad de los demagogos y sus acciones sacrílegas, provocarían el desprestigio del régimen y su caída.

El nuevo régimen oligárquico no tuvo tampoco excesivos éxitos en política exterior, pues fue durante su gobierno cuando Pisístrato conquistó el puerto de Nisea (Heródoto, I, 59, 4-5) y quizá recuperó Salamina, lo que colapsó las actividades navales megareas. La cuestión sería zanjada por medio de un arbitraje de Esparta, que reafirmó los derechos atenienses sobre la isla (Plutarco, *Vit. Sol.*, 10). Quizá en relación con las tensiones políticas de Mégara y también para resolver la crisis de población creada por el desalojo de Salamina, Mégara funda, con otro contingente procedente de Tanagra en Beocia, la colonia de Heraclea Póntica (*ca.* 560 a.C.).

Es posible que la debilidad política por la que atravesaba Mégara le obligase a firmar un pacto con Esparta que acabaría por integrar a esta ciudad en la naciente Liga del Peloponeso. Es posible también que la estabilidad que acaba por lograr repercuta positivamente en su recuperación económica, centrada en su intenso comercio ultramarino y soportado en una de las mejores flotas de Grecia y en su reconocido carácter emprendedor, plasmado en sus numerosas colonias.

7.2.3. Argos

De la historia más antigua de Argos poco es lo que se sabe, quizá prescindiendo de lo relativo a Fidón de Argos, sobre el que ya he hablado. Su ciudadanía, de origen dorio, se hallaba agrupada en las tres phylai típicas y hay una escueta noticia de Pólux (III, 83), en la que se menciona, entre los individuos «entre libres y esclavos», junto con los hilotas de Esparta o los penestas de Tesalia a los *gymnetes* (los «desnudos») de Argos. Es difícil saber exactamente el *status* y el origen exacto de estas poblaciones, pero se ha sugerido que los *gymnetes* serían, fundamentalmente, individuos libres y, por lo tanto, de condición radicalmente distinta a la de los hilotas, si bien la escasa documentación disponible hace este asunto sumamente hipotético.

Durante el siglo VI, los últimos miembros de la dinastía Teménida se hallaban exiliados en Cleonas y la ciudad estaba gobernada por un colegio de nueve *damiorgoi*, más adelante reducidos a seis, lo que se ha interpretado como reacción oligárquica a la política de Fidón; quizá en algún momento ese régimen fuese interrumpido temporalmente por la acción de un tirano, aunque las pruebas no son concluyentes.

La batalla de Hisias, del 669 a.C., ya mencionada con anterioridad, marcó el punto final del proceso de configuración del territorio argivo; desde ese momento, la política de Argos se concentró en mantener el mismo frente a los ataques y agresiones externas, principalmente espartanas. El inicio del siglo VI ve también un cierto declive de la tradicional influencia argiva en Sición, como mostrarían las medidas que su tirano Clístenes toma al respecto, si bien es difícil saber si eso afectó o no directamente a Argos.

Como también se vio, hacia el 546 tiene lugar la disputa entre Esparta y Argos por la posesión de la Tireátide, una vieja zona en conflicto entre ambas *poleis* y la zona hasta el cabo Malea y la isla de Citera, resuelta por medio de la lucha de trescientos «campeones» por cada uno de los bandos, de los que murieron todos, con excepción de dos argivos y un lacedemonio, si bien el combate tampoco resolvió el asunto porque las dos partes no se pusieron de acuerdo en el resultado real aunque finalmente, bien por victoria espartana, bien por arbitraje délfico, Argos perdió definitivamente ese territorio (*véase* 7.1.1).

Algunos años después (hacia el 539 a.C.) y con motivo del tercer regreso de Pisístrato, se nos informa (Heródoto, I, 61, 4) que el tirano lleva consigo mercenarios argivos, lo que se ha puesto en relación con eventuales dificultades en Argos como consecuencia del desalojo de la Tireátide unos años antes; además, Pisístrato mantenía vínculos personales con Argos, como mostraría que la madre de su hijo Hegesístrato había sido una mujer argiva (Heródoto, V, 94, 1) y se ha pensado, igualmente, que en estos momentos Argos podría estar gobernada por un tirano, un tal Perilao hijo de Alcenor, vencedor de pugilismo en las Nemeas, del que Pausanias (II, 20, 6) afirma que había una estatua en la que aparecía dando muerte al jefe de los trescientos espartanos que combatieron en Tirea, Otríades. En todo caso, nada más se conoce de este individuo y esta gesta debe ser una interpretación local, puesto que la mayor parte de las fuentes sobre la batalla de Tirea informa de que el tal Otríades se suicidó.

Por fin, la batalla de Sepeia, del 494 a.C., supuso el final, durante un tiempo, de la amenaza argiva para Esparta, al haber sido diezmado traicioneramente su ejército, cometido sacrilegio en su Hereo y humillada la ciudad. Lo que ocurre en Argos entonces es harto interesante; Heródoto informa que, debido a la gran mortandad de argivos, los

esclavos (*douloi*) se hicieron con el gobierno, ejerciendo las magistraturas, hasta que los hijos de los caídos en Sepeia fueron unos hombres y les expulsaron (Heródoto, VI, 83, 1). Por su parte, Aristóteles lo expone de modo más razonable, afirmando que los ciudadanos tuvieron que admitir a algunos periecos entre ellos (Aristóteles, *Pol.*, 1303 a 6-8), lo que también dice Plutarco (*De mul. virt.*, 4). La cuestión aquí es si estos individuos que completan los cuadros ciudadanos proceden de los *gymnetes*, que serían considerados esclavos por Heródoto, o si, por el contrario, de los habitantes libres de la Argólide, pero sin derechos políticos, que podría ser uno de los significados de periecos, pero que quizá también pudiera aplicarse a dichos *gymnetes*. También aquí la cuestión sigue sin poder dilucidarse por completo. Sea como fuere, durante el siglo V Argos ha sido un estado democrático.

7.2.4. Tebas

Tebas figura aquí no tanto por su importancia en este momento histórico al que me estoy refiriendo cuanto por la relevancia que asumirá en una época posterior; por otro lado, es también interesante mencionarla porque muestra un modelo que, en cierto modo, se halla a medio camino entre la *polis*, el *ethnos* y el «estado federal»; en efecto, durante buena parte de su historia, Tebas y Beocia vienen a ser términos casi sinónimos. Por fin, este territorio nos muestra cómo el marcado interés que la arqueología ha puesto en el mismo, permite ir reconstruyendo, laboriosamente, su historia durante este período acerca del cual apenas informan las fuentes escritas.

Si para los años en torno al 700 la situación de Beocia aparece algo iluminada por las informaciones que pueden extraerse de las obras de Hesíodo, en el siglo siguiente los datos son muy escasos. La intensas prospecciones realizadas en la Beocia suroccidental (Haliarto, Ascra, Tespias) ponen de manifiesto que, *grosso modo* hasta el 600 a.C., la densidad de población es muy escasa; en lo que más adelante serán ciudades, apenas se atestiguan pequeñas concentraciones y el campo aparece prácticamente despoblado. Posiblemente este hecho se debe a que ninguno de los centros de esta región consiguió constituir un estado territorial unificado. La situación en torno a Tebas parece ser, empero, algo diferente.

No será hasta los años en torno al 600 cuando se produzca un importante incremento demográfico, tanto en los centros urbanos como en el campo; en ese momento y según la reconstrucción de Buck (BUCK: 1979, 87-101) Beocia se hallaba articulada en distritos, dentro de cada uno de los cuales había varias comunidades, en pleno proceso

expansionista, gobernada cada una de ellas por aristocracias y con sus propias magistraturas. Todo ello parece encontrar también reflejo en el registro arqueológico de la propia Tebas a pesar de que no es mucho lo que se conoce del siglo VI en ella: algunos restos epigráficos en la acrópolis (llamada «Cadmea») y algunas tumbas y restos de algunos santuarios (Apolo Ismenio y Deméter y Dioniso) en los alrededores, si bien informaciones literarias permiten reconstruir, sobre todo, las áreas sacras, tanto las de la propia Tebas cuanto las del resto de Beocia.

A unos veinte kilómetros al norte de Tebas se hallaba el santuario de Apolo Ptoios, que ha producido gran cantidad de obras escultóricas, sobre todo *kouroi*, así como nombres de artistas que estaban trabajando en el santuario desde fines del siglo VII. El santuario dependía, realmente, de la ciudad de Acrefia y se observa, a lo largo del siglo, un proceso habitual en otras ciudades, cual es la progresiva disminución de riqueza en las tumbas, al tiempo que aumenta el número y la calidad de las ofrendas en los santuarios. La posible relación del santuario con Tebas ya en ese momento podría indicar que Tebas había iniciado un proceso unificador que abarcaría, al menos, las zonas más próximas, si bien el inicio de su auge tendría lugar con la constitución de la Liga Beocia. En efecto, parece haber sido la Liga la que revitalizó el territorio beocio; sin embargo, su época de formación, sus primeras vicisitudes y sus miembros siguen siendo objeto de debate. A pesar de las opiniones encontradas, parece que la iniciativa hay que atribuírsela a Tebas y que contaría, para alcanzar el éxito, con las aspiraciones de la mayor parte de los Beocios a la unidad aun cuando no faltarán las resistencias, especialmente al papel hegemónico de Tebas.

Según sus propias tradiciones, el pueblo Beocio procedía de Tesalia y se habría establecido en Beocia, conducido por sus reyes, sesenta años después de la Guerra de Troya y ocuparía, sobre todo, la parte oriental de la región, mientras que al oeste del Lago Copais seguían viviendo los Minias, con centro en Orcómeno. Es posible que el asentamiento de los Beocios, procedentes, ciertamente, de Tesalia, tenga lugar entre los años 1150/1100 y 950 a.C.

De los acontecimientos que se suceden a principios del siglo VI en la Grecia central la Primera Guerra Sagrada es de los más importantes y de los más controvertidos; la misma concluiría con el establecimiento de la Anfictionía Délfica, que velaría por el santuario de Apolo; sin embargo, a pesar de la vecindad con la Fócide los beocios no parecen haber intervenido en la guerra, aunque participaron en esa anfictionía. Creso envió ofrendas al santuario de Anfiarao que en época de Heródoto (I, 52, 4) se conservaban en Tebas, en el templo de Apolo Ismenio. Hacia el 560-550 a.C. un contingente de Tanagra participaría, con Mégara, en la fundación de Heraclea Póntica, hecho al que ya he aludido y es

posible que la Confederación Beocia surgiese un poco después (entre 540 y 510 a.C., tal vez hacia el 525) (*véase* 7.2.2).

De cualquier modo, en la segunda mitad del siglo VI hay indicios de conflictos en Beocia que parecen implicar a Tebas y a Orcómeno, directamente o por medio de otras ciudades aliadas; hacia el 506, finalmente, Orcómeno es obligada a ingresar en la Liga Beocia. También hay relaciones con Atenas, tanto con miembros de la familia Alcmeónida, cuanto con individuos del círculo Pisistrátida, incluyendo al propio tirano y a su hijo Hiparco; estas relaciones amistosas acabarían definitivamente tras el paso de Platea a la alianza con Atenas hacia 519 ó 509 a.C. y tras la intervención tebana contra Atenas durante la campaña del 506 del rey Cleómenes de Esparta.

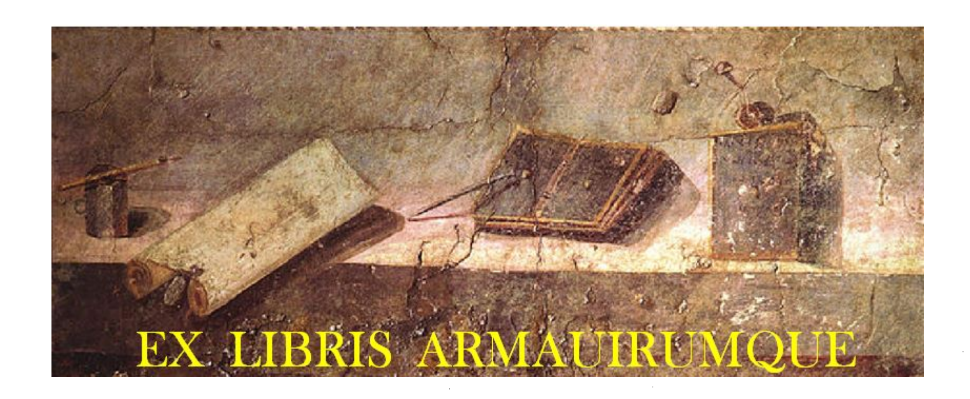
En un momento impreciso tendría lugar la batalla de Céreso, en la que la victoria fue de los beocios contra los tesalios; Plutarco es nuestro informador, aun cuando en sus dos relatos presenta fechas irreconciliables: o hacia el 570 a.C. (Plutarco, *Vit. Cam.*, 19) o poco antes de las Termópilas (480 a.C.) (Plutarco, *De Herodoti Malignitate*, 33); ambas fechas han sido defendidas por unos y otros de entre los historiadores modernos, llegándose también a soluciones intermedias que la situarían hacia el 520 a.C. contemplándola como la causa principal de la formación de la Liga Beocia (sobre todo BUCK: 1979, 107-117). A pesar de la importancia que posiblemente tuvo esta batalla, la utilización histórica de la misma es, por esa misma imprecisión cronológica, prácticamente nula aunque no cabe duda de que la misma acabó con el predominio tesalio en la Grecia Central.

Centrada en una comunidad de lengua, cultos y tradiciones, la Liga Beocia tendría un marcado carácter étnico y en ella coexistirían rasgos diversos: por un lado, sería una alianza laxa, que dejaba a sus miembros su propia política exterior y, por otro, dispondría de toda una serie de estructuras federales desarrolladas, como magistrados federales (beotarcas; *cf.* Heródoto, IX, 15) y moneda común, con el emblema del escudo, si bien ésta no se empieza a acuñar hasta el final del siglo VI. Sin embargo, no debe ocultarse el hecho de que Tebas parece dominar la liga desde el primer momento, lo que marcaría el rechazo permanente de Orcómeno, siempre hostil a Tebas, y de Platea que prefiere aliarse con Atenas (Heródoto, VI, 108) a fines del siglo VI (519 ó 509 a.C.). Las causas de la supremacía de Tebas se han buscado en una noticia aislada de Aristóteles (*Pol.*, 1274 b 1-5) según la cual Filolao de Corinto daría leyes a los tebanos a fin de conservar el número de los lotes de tierra, lo que propiciaría la presencia de una importante clase hoplítica, responsable de su poderío militar; quizá ya desde la primera mitad del siglo VI dispusiese de un sistema político estable, que le permitiría iniciar su expansión en detrimento de los centros vecinos;

con los más alejados propiciaría una política de alianzas de carácter básicamente militar, que darían lugar a la Liga Beocia arcaica.

7.3. Consideraciones generales

Como se ha visto, es difícil hallar muchos puntos de contacto entre todas esas ciudades a las que me he referido. Corinto y Mégara, acabarán por integrarse en la Liga del Peloponeso; Argos seguirá siendo la rival permanente de Esparta; Tebas y Beocia no tendrán excesiva proyección exterior. Esparta, por fin, profundizará en su también peculiar modelo social y político y creará una sólida alianza militar. En cada una de ellas, el desarrollo estatal va a conocer diferencias notables entre sí y sus propias actividades económicas van a conocer peripecias diferentes. Posiblemente la conclusión más importante que podemos obtener de esta rápida visión de algunas de las ciudades de la Grecia continental es que, sobre un trasfondo general, cual es el del proceso de conformación de la *polis*, sujeto a esquematización a pesar también de los diferentes matices que pueden considerarse, el siglo VI contempla cómo en cada parte de la Hélade se desarrollan sistemas que luego los tratadistas del siglo IV podrán sistematizar y estudiar pero cuyas diferencias en el detalle nos muestran la gran vitalidad y la capacidad de innovación del mundo heleno. Las bases esenciales de lo que será Grecia en, al menos, los dos siglos siguientes, ya están sentadas en el siglo VI. Pasemos ahora a ver otros ambientes helénicos para completar el panorama.



8. Asia menor e Islas del Egeo durante el siglo VI a.C.

8.1. Colonización y comercio jonios

El siglo VI es el período del auge, pero también del declive, de las actividades ultramarinas de los griegos del Este. Como se ha visto en el apartado correspondiente a la colonización, el siglo VI marca un momento de apogeo en la fundación y expansión de las ciudades griegas del Ponto; igualmente, se abre el Extremo Occidente al comercio y colonización helenos, teniendo un protagonismo especial los griegos del Este; se viaja asiduamente a Tarteso, surgen centros empóricos junto a las grandes ciudades etruscas, como ocurre con Gravisca (Tarquinia), Pyrgi (Caere), etc. El centro de Náucratis adquiere su definitiva organización también en este momento. Los jonios tuvieron un papel fundamental en el comercio de metales (electron lidio, estaño, bronce y seguramente plata de Iberia, plata también de Tracia, hierro de las zonas interiores de Anatolia); sirvieron de transportistas de las cerámicas pintadas más apreciadas del momento, las áticas y, en áreas de poblamiento jonio, también distribuyeron sus propias cerámicas; igualmente, exportaron productos agrícolas (aceite, vino de Quíos, etc.).

Por otro lado, los dramáticos acontecimientos que tendrán lugar en la Grecia del Este, con la presión primero lidia y, más adelante, persa, liberarán también gran cantidad de individuos que encontrarán nuevos hogares en otros puntos del Mediterráneo, difundiendo sus logros culturales y políticos, llegando a crear, incluso, nuevas ciudades o a repoblar algunas ya existentes.

Las ciudades de la Grecia de Este ocupaban una franja más o menos extensa a lo largo de toda la costa occidental de Anatolia y algunas de las islas anejas y en ellas se reflejaba la variedad (étnico-)dialectal del mundo griego, con poblaciones eolias, jonias y dorias, distribuídas de norte a sur. De las ciudades eolias las más importantes eran Mitilene, en la isla de Lesbos y Cime y Esmirna (más adelante ocupada por jonios) en el continente; las jonias sumaban en total doce (Focea, Clazómenas, Eritras, Teos, Lébedos, Colofón, Efeso, Priene, Mileto y Miunte en el continente y Quíos y Samos en las islas homónimas) y en el siglo VI se hallan estructuradas en una laxa federación en torno a un santuario llamado Panjonio; entre las dorias destacan las que se hallaban organizadas en una liga de seis ciudades en torno al santuario de Apolo Triopio y eran las tres ciudades de la isla de Rodas (Lindos, Yaliso y Camiro) y Cos, Cnido y Halicarnaso, si bien esta última fue excluída ulteriormente de la liga. Además, habría que mencionar todas las islas que, agrupadas en archipiélagos (Cícladas, Espóradas...) jalonan la ruta entre la Grecia propia y la del Este y que, habitadas ya por jonios ya por dorios, gravitarán bien sobre la Grecia oriental bien sobre el continente.

De todo el conjunto de ciudades greco-orientales son, sin duda, las ciudades jonias las que gozan de una entidad mayor, tanto por la importancia del territorio ocupado cuanto por la gran incidencia económica y cultural que propiciaron; fuera de Jonia sólo Rodas habrá llevado a cabo empresas de importancia comparable. He mencionado que los dos conjuntos principales, las ciudades jonias y las dorias se hallaban organizadas en sendas ligas. Heródoto lo expresa de la siguiente manera:

> «En cambio, las doce ciudades en cuestión se sentían orgullosas... y erigieron un santuario para ellas solas, al que pusieron por nombre Panjonio y decidieron no compartirlo con ningún otro pueblo jonio (por lo demás, nadie solicitó su admisión salvo los de Esmirna), exactamente igual que los dorios de la actual región de Pentápolis —la misma que anteriormente se llamaba Hexápolis— se guardan muy bien de admitir en el santuario triópico a ninguno de los dorios vecinos...» (Heródoto, I, 143, 3-144, 1; traducción de C. Schrader.)

No se sabe con certeza cuándo surge la federación panjónica, organizada en torno al santuario de Posidón Heliconio, en el Monte Mícale; la primera ocasión en que tenemos noticias de que se produce una reunión en ese centro es con motivo de la amenaza persa hacia el 546 a.C. y, significativamente, a esa asamblea no acude Mileto, que había pactado ya previamente con Ciro (Heródoto, I, 141). Posiblemente, en la época de la revuelta jonia jugó un papel más relevante, si bien es poco

lo que sabemos de cierto acerca de qué implicaba la pertenencia a esta alianza, más que el mero reconocimiento de la unidad cultural y religiosa jonia.

8.2. Las transformaciones políticas en la Grecia del Este

Como excede del presente ámbito el abordar pormenorizadamente los rasgos históricos de todas y cada una de las ciudades greco-orientales, he seleccionado dos casos que, por mejor conocidos, nos pueden mostrar sobre qué bases se establece la confrontación política en estos ámbitos del helenismo. Así pues, me centraré ante todo, en los casos de Mileto y Samos, dos de las ciudades más importantes durante el siglo y, por ende, rivales en muchos aspectos. Acerca de la situación política en otra ciudad greco-oriental, Mitilene, baste lo ya dicho en un apartado anterior; por lo que se refiere a Focea, sin duda otro de los grandes centros jonios del momento, o a la isla de Rodas, la escasez de informaciones acerca de su situación interna evita que nos detengamos en ellas. Sólo diré que también en ambas se atestigua la tiranía, en manos de un tal Execéstides en Focea, durante la primera mitad del siglo VI y de Cleobulo en Lindos, a mediados del mismo siglo. Igualmente, en Halicarnaso se dió en los últimos años del siglo VI la tiranía de Lígdamis, que sería el padre de la tirana Artemisa, que condujo el contingente enviado por su ciudad contra Grecia en el 490 a.C. Este último caso, sin embargo, parece corresponder más a la situación creada tras la conquista persa de la zona (*véase* 5.8.1).

8.2.1. Mileto y la tiranía de Trasibulo

La Grecia del Este no escapó a la tónica general que caracterizaba al arcaismo griego en cuanto a los problemas políticos y también sus ciudades conocieron las tiranías aunque parece que, en líneas generales, una o dos generaciones después que en la Grecia continental.

Mileto se había destacado ya desde el siglo VII por su gran vitalidad económica y social, que le había llevado a emprender una vasta labor colonizadora en el Ponto Euxino y en sus accesos que se vio proseguida también durante el siglo VI. Importante centro cultual, el santuario oracular de Apolo en Dídima, que dependía de Mileto y a cuyo cargo estaba la familia sacerdotal de los Bránquidas, conoció una importante monumentalización en el siglo VI, prueba evidente del florecimiento económico de esta ciudad, la más meridional de Jonia. Su vitalidad cultural se pone de manifiesto, ante todo, por el hecho fundamental de

que allí surge por vez primera la especulación filosófica y política, protagonizada por personajes como Tales, Anaximandro y Anaximenes, acompañada de intentos aún tímidos de sistematizar el conocimiento del mundo circundante y también del pasado, de los que un conspicuo representante es Hecateo.

Será en esta floreciente ciudad donde, a principios del siglo VI Trasibulo, posiblemente aprovechando algún éxito militar contra el lidio Aliates y seguramente desde el ejercicio de alguna magistratura (tal vez la pritanía), se hace con el poder. La tradición hace a este tirano amigo de Periandro de Corinto, al que aconseja (por medio de una alegoría) deshacerse de los elementos más destacados de la aristocracia (Heródoto, V, 92, 2-3), lo que sugiere que él había hecho algo parecido en Mileto. De cualquier modo, las informaciones sobre Trasibulo no son muy numerosas y tampoco se sabe cuánto tiempo duró su gobierno; Heródoto parece implicar que pasaron dos generaciones entre el final de la tiranía de Trasibulo y sus sucesores y la tiranía de Histieo (Heródoto, V, 25). Sobre sus sucesores, unos tales Toante y Damasenor, sabemos aún menos; Plutarco (*Quaest. Graec.*, 32) indica que tras ellos ocuparon el poder dos facciones, la llamada Plutis y la conocida como Quirómaca, que parece implicar, por un lado, a los propietarios de tierras y, por otro, a los «trabajadores manuales». La situación en la ciudad debe de haberse ido enconando cada vez más y es posible que junto con un conflicto en el que los intereses agrarios y los comerciales están en disputa, haya también que ver problemas derivados de un mal reparto o una mala gestión de la tierra. La situación es resuelta recurriendo a un arbitraje encomendado a los parios que, a juzgar por el relato de Heródoto (V, 29), entregan el gobierno a un grupo de propietarios que al inspeccionar los árbitros el territorio se habían revelado como buenos gestores de sus haciendas, lo que les hacía recomendables para gestionar todo el estado.

Este arbitraje parece haber tenido lugar algo antes del 525 a.C.; hacia ese año asume el poder en Mileto otro tirano, Histieo, si bien éste, como su yerno, colaborador y sucesor, Aristágoras, presentan ya una problemática distinta, puesto que su poder deriva del apoyo que reciben de los persas, merced a los cuales gobiernan, si bien no se excluye, como la propia revuelta jonia y el caso de Aristágoras muestran, que puedan tomar una opción radicalmente opuesta a la que hasta ese momento habían estado defendiendo.

8.2.2. Samos y la tiranía de Polícrates

Samos, por su parte, había sido también una ciudad próspera durante el siglo VII, cuando inició una serie de navegaciones a gran distancia

y estableció todo un conjunto de vínculos económicos con buena parte del mundo conocido, como atestiguan las ricas ofrendas atesoradas en el santuario de Hera. Estos intereses coexistían con los de los terratenientes, empeñados durante todo el arcaísmo en ocupar parte de la región costera continental enfrente de la isla para constituir su perea, en detrimento, ante todo, de Priene. En los años iniciales del siglo VI parecen haberse iniciado los conflictos y se nos menciona a un tal Febias, con el título de *aisymnetes*; algo después tendría lugar la tiranía de Demoteles, tras cuya caída retornaría el gobierno de los *geomoroi*, aristócratas terratenientes. Ellos, a su vez, serían derrotados por un complot urdido por los generales que reforzaron la colonia de Perinto, con la ayuda de los prisioneros megareos, a lo que ya he aludido anteriormente. Ello tendría lugar hacia el 590 y unos años después, Silosón, quizá uno de los generales sublevados, se hizo con la tiranía la cual se iba a mantener entre sus descendientes hasta el inicio del siglo siguiente de forma casi continua, según muestra el reciente estudio de Shipley (SHIPLEY: 1987) (*véase* 7.2.2).

Según el mismo autor, hacia 560 el padre del futuro tirano Polícrates, Eaces, era ya tirano si bien es probable que fuese derribado por los *geomoroi*. A los tiranos pre-policrateos hay que adscribir, seguramente, la reconstrucción del santuario de Hera, con la erección del llamado «Templo de Roico», posiblemente edificado entre 570 y 560 a.C., muestra palpable de la importancia económica de Samos, favorecida, además de por su presencia en Náucratis, por toda una serie de colonias que, desde las regiones pónticas hasta el Egeo meridional, facilitaban sus transacciones comerciales.

Hacia el 546 se produciría el reestablecimiento de un poder tiránico, esta vez a manos de Polícrates y sus dos hermanos Pantagnoto y Silosón (II), el primero de los cuales fue pronto asesinado y el segundo desterrado (Heródoto, III, 39, 2). El retrato que Heródoto hace de él le presenta como uno de los personajes más poderosos de su época, en buenas relaciones con Egipto, controlando gran cantidad de islas y con una extraordinaria flota de cien pentecónteras y un importante ejército (Heródoto, III, 39) y le atribuye un claro interés en dominar sobre Jonia y las islas (*Ibid.*, III, 122, 2); Tucídides, en su apretada relación de aquéllos que habían tenido el dominio del mar, no olvida mencionar a Polícrates (Tucídides, I, 13). Como era habitual entre los tiranos, también Polícrates llevó a cabo un vasto programa de obras públicas (Aristóteles, *Pol.*, 1313 b 24) incluyendo un acueducto tallado en la roca, un puerto y una nueva reconstrucción del santuario de Hera (*cf.* Heródoto, III, 60). También fue un protector de las artes y de los trabajos artesanales en general y el comercio marítimo a gran escala se desarrolló igualmente en su época, como demuestra la gran cantidad de

exvotos que representan a barcos que siguen apareciendo en el Hereo durante todo el siglo VI.

El que su política perjudicaba seguramente a los *geomoroi* puede observarse en la marcha de ciudadanos samios durante su gobierno; los casos mejor conocidos son el de Pitágoras, que después de permanecer en Egipto un tiempo, estaría en Babilonia, desde donde marcharía a la Magna Grecia y el de aquéllos que hacia el 526 fundaron en Italia la ciudad de Dicearquea (Puteoli), o los que tras el fracaso de la expedición espartana y después de largas peripecias fueron esclavizados por los eginetas hacia el 520 a.C., tras cinco años de haberse establecido en Creta (Heródoto, III, 57-59), a más de todos aquéllos que, más o menos anónimamente, acabaron por establecerse en diversos puntos de la Hélade, muy especialmente en Occidente.

Si bien el carácter insular de Samos la había salvado de caer en manos persas al tiempo que el resto de Jonia, la adquisición por Cambises del territorio fenicio al inicio de su reinado y la puesta a su servicio de su poderío naval (Heródoto, III, 19) situaron a Polícrates en una delicada situación; ello le llevó a ofrecer su ayuda a Cambises para invadir Egipto, gobernado por su antiguo amigo Amasis y con ello la oposición de parte de los samios que, derrotados por Polícrates, convencieron a los espartanos de que atacaran al tirano, si bien la expedición fue un fracaso. Al final, el sátrapa Oretes tiende una trampa a Polícrates, le atrae a Magnesia y allí le da muerte hacia el año 522 a.C. Pocos años después, Silosón (II), el hermano desterrado de Polícrates consigue de Darío que se le entregue Samos, pero ya bajo la autoridad del Gran Rey y a él le sucederá su hijo Eaces II, depuesto en el 499, al inicio de la Revuelta Jónica, aunque reestablecido en el 494; gobierna hasta un momento indeterminado anterior al otoño del 480 a.C.

8.3. Las amenazas al helenismo asiático

En el apartado previo he tenido que mencionar en varias ocasiones acciones bélicas llevadas a cabo por ciudades greco-orientales contra lidios y contra persas; conviene, por lo tanto, que me detenga ahora, brevemente, en esta cuestión.

8.3.1. Lidia y los Mérmnadas. Creso

Algo antes de la mitad del siglo VII surge, con centro en Sardes del Hermo, un nuevo y poderoso estado en Anatolia; se trata de Lidia y de

la dinastía fundada por Giges, los Mérmnadas, que inicia sus asaltos contra Jonia, atacando Colofón, Esmirna y Mileto. Heródoto señala la contemporaneidad de esos acontecimientos con la época de Arquíloco de Paros, que mencionaría a Giges en un poema. La apertura de los lidios al mundo griego es temprana, puesto que Giges vería confirmado su ascenso al trono por el propio oráculo de Delfos y esa vinculación no se romperá con ninguno de sus sucesores. Estos, por su parte, proseguirán su política de ataques a las ciudades griegas: Ardis atacó Mileto, aunque tuvo que ver cómo los cimerios tomaban Sardes; a él le sucede Sadiates (630-618), que inicia la guerra con Mileto y a éste Aliates (618-560 a.C.), que guerrea contra los medos y acaba con la amenaza cimeria, ataca Clazómenas y Mileto y toma Esmirna. Este último hecho parece tener lugar hacia el 600 a.C. y las excavaciones británicas pusieron al descubierto el gran terraplén erigido por Aliates para conquistar y destruir esta ciudad, que permaneció abandonada durante casi una generación. El poeta Mimnermo, tradicionalmente considerado como colofonio, pero quizá esmirneo (Esmirna pasaba por ser fundación colofonia) puede haber sido testigo de la última batalla contra Aliates (Frag. 13 D). Esta situación de guerra casi permanente, junto con la impermeabilidad a la penetración griega del *hinterland* de las *poleis* costeras, juega un papel muy importante a la hora de explicar el inicio de la expansión colonial de las ciudades jonias a partir, sobre todo, de la segunda mitad del siglo VII.

La destrucción de Esmirna y los continuos ataques lidios dejaban claro que el propósito de éstos era hacerse con el control de las ciudades costeras griegas. El hijo y sucesor de Aliates, Creso (560-547 a.C.), fue quien llevó a cabo esta política y así nos informa de ello, lapidariamente, Heródoto:

> «El tal Creso fue, que nosotros sepamos, el primer bárbaro que sometió a algunos griegos, obligándoles al pago de tributo y que se ganó la amistad de otros; sometió a los jonios, eolios y dorios de Asia y se ganó la amistad de los lacedemonios. En cambio, antes del reinado de Creso, todos los griegos eran libres, pues la incursión de los cimerios realizada contra Jonia —que fue bastante anterior a Creso— no supuso la sumisión de las ciudades; se limitó a un pillaje con ocasión de una correría.» (Heródoto, I, 6, 2-3; traducción de C. Schrader.)

Así, empezando por Efeso, poco a poco se hizo con el control de prácticamente toda la Grecia del Este y la sometió al pago de un tributo. Personajes críticos, como el poeta Jenófanes de Colofón no dejan de atribuir una culpa importante a sus propios compatriotas:

«Habiendo aprendido de los lidios inútiles lujos mientras estaban exentos de odiosa tiranía, acudían al ágora no menos de mil en total, con mantos teñidos de púrpura todos, jactanciosos, ufanos de sus muy ciudadas melenas, impregnados de ungüentos de aroma exquisito.» (Jenófanes, frag. 3 D; traducción de C. García Gual.)

Qué lejos estamos ya del ideal de Arquíloco (fragmento 60 D), cuando rechaza precisamente todo aquello en que los jonios del siglo VI han acabado por caer.

Creso es uno de los personajes más famosos de toda la época arcaica, tanto por su conquista de Jonia cuanto, paradójicamente, por su vinculación délfica y su carácter filoheleno. Así, Heródoto afirma que mantuvo relaciones, aparte de con el santuario Délfico, con el de Abas en Fócide, con Dodona, con el santuario de Anfiarao y con el de Trofonio y con el de los Bránquidas, en Mileto (Heródoto, I, 46, 2).

Sin embargo, Creso no pudo resistir el creciente poderío del estado persa, creado por Ciro. Tras unos encuentros preliminares, Ciro sitia Sardes y acaba tomándola en el año 547/6, haciendo prisionero a Creso.

8.3.2. La conquista persa de la Grecia del Este. Resistencia y colaboración

Ni qué decir tiene que tras la caída de Sardes, como informa Heródoto, los griegos enviaron delegados a Ciro con propuestas de capitulación a cambio de seguir en las mismas circunstancias que bajo Creso; sin embargo, el rey persa rechazó el ofrecimiento puesto que durante el enfrentamiento con Creso había propuesto a los jonios condiciones aceptables si abandonaban al lidio y se pasaban a su bando, que aquéllos habían rechazado. Como consecuencia de ello, los jonios y los eolios, salvo Mileto, se preparan para la guerra, solicitando ayuda a Esparta, que rechaza participar.

A partir del 545 a.C., por consiguiente, se inicia la conquista de Jonia; Focea es abandonada por la mitad de su población, así como Teos. El resto de las ciudades ofreció resistencia a los persas, pero poco a poco fueron cayendo todas, incluyendo las ciudades costeras de origen dorio. A partir de entonces, en los ejércitos persas serán cada vez más frecuentes los contingentes jonios y eolios.

— *La Grecia del Este, satrapía persa*

Jonia quedó integrada, tras la conquista, en la satrapía de Lidia, con sede en la vieja capital real, Sardes. Aunque no se conocen excesiva-

mente bien los detalles, la política que llevaron a cabo los persas consistió en favorecer el surgimiento de regímenes tiránicos, que controlaran a la población; la unipersonalidad del régimen y el apoyo persa que el tirano y su entorno recibían, hicieron de este procedimiento el más adecuado para mantener bajo control las aún poderosas ciudades greco-orientales. Al tiempo, los persas se garantizaban así el apoyo del tirano e, indirectamente, podían disponer de los interesantes recursos humanos, en ocasiones sumamente cualificados, que habitaban esas ciudades.

Todo ello puede ejemplificarse en la expedición que dirige Darío, hacia el 513, hasta Tracia y Escitia, llegando hasta el río Istro (Danubio). Así, por ejemplo, el ingeniero encargado de construir el puente sobre el Bósforo es Mandrocles de Samos (Heródoto, IV, 87, 1); buena parte de la flota de Darío en esta ocasión (integrada según Heródoto por seiscientos barcos, lo que debe de ser una exageración) estaba compuesta por jonios, eolios y helespontinos y, en todo caso el mando de la misma también estaba en manos de estos griegos (Heródoto, IV, 89, 1). Ahora bien, donde más claramente se pone de manifiesto la sumisión de los tiranos griegos al rey persa es en el momento en el que los escitas creen estar a punto de acabar con los persas y tratan de convencer a los jonios de que abandonen a Darío y obtengan su libertad, ante lo cual Histieo de Mileto opina que:

> «... cada uno de ellos era tirano de una ciudad gracias a Darío; y que, si el poderío de este último quedaba aniquilado, ni él podría imperar sobre los milesios, ni ninguna otra persona sobre sus respectivas ciudades, pues cada ciudad preferiría adoptar un régimen democrático antes que vivir bajo una tiranía. Al manifestar Histieo esta opinión, todos se adhirieron inmediatamente a ella ...» (Heródoto, IV, 137, 2-3; traducción de C. Schrader.)

Los tiranos más importantes de los allí presentes lo eran de Abidos (Dafnis), Lámpsaco (Hipoclo), Pario (Herofanto), Proconeso (Metrodoro), Cícico (Aristágoras), Bizancio (Aristón), Quíos (Estratis), Samos (Eaces), Focea (Laodamante), Mileto (Histieo) y Cime (Aristágoras) (Heródoto, IV, 138, 1-2). El pragmatismo de estos tiranos muestra cuán acomodaticios se habían hecho los gobernantes de las ciudades greco-orientales, las cuales sólo con ocasión de la revuelta jónica demostrarían por última vez, aunque infructuosamente, tanto su poderío militar cuanto de nuevo, lamentablemente, hasta qué punto el oportunismo particular de una ciudad y de su tirano (en este caso Eaces de Samos) podía resultar desastroso para toda la Grecia del Este en la decisiva batalla de Lade (494 a.C.).

8.4. El gran siglo de la cultura jónica

El auge económico que caracteriza a buena parte de la Grecia del Este durante el siglo VI favorece una monumentalización a gran escala de las ciudades; ya hemos mencionado los testimonios que hay de las obras de Polícrates en Samos y la arqueología ha puesto de manifiesto cómo en este momento surge con gran fuerza el estilo jónico en arquitectura, con grandes obras como el Hereo de Samos, el Artemisio de Efeso (con dedicatorias del propio Creso), el templo de Apolo en Dídima, etc.. También la escultura produce piezas interesantes, algunas de las cuales aparecen en los santuarios. En estas dos actividades se han señalado influencias de procedencia egipcia, quizá más en el sentido de la impresión que debieron de causar los grandes monumentos egipcios sobre los griegos que allí acudían que en una copia directa de los modelos del país del Nilo: no podemos olvidar que éste es también el gran momento de Náucratis. En la pintura, en cerámica sobre todo, pero también en una serie de sarcófagos conocidos genéricamente como de Clazómenas, la Grecia del Este no va a ser una seria competidora de las producciones áticas y aunque hay cerámicas de estas procedencias atestiguadas fuera de su región de origen, suelen aparecer ante todo en lugares frecuentados por los navegantes greco-orientales y habitualmente conviven con las producciones áticas. Como se ha señalado en algunas ocasiones, hay un aire común, «greco-oriental» en todos estos productos, independiente del origen étnico-cultural de sus creadores. Igualmente, se señala la irradiación de este arte al *hinterland* lidio.

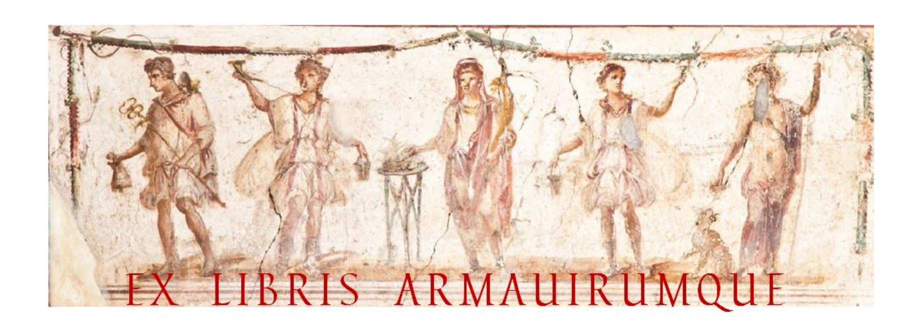
Pero, sin lugar a dudas, uno de los aspectos en los que la Grecia del Este iba a dejar su huella es en la especulación filosófica, a la que he aludido rápidamente antes; la indagación, la investigación acerca del origen y la estructuración del mundo, prescindiendo de la interpretación teológica y buscando las causas últimas en conceptos aprehensibles es algo que supuso la separación definitiva entre el universo mental e ideológico helénico y el próximo-oriental y cimentó las bases de nuestra civilización occidental. El espíritu de observación y, sobre todo, la posibilidad de exponer por escrito aquello que se ve y aquello que se interpreta marcan un hito fundamental. El espíritu crítico, que cuestiona todo cuanto tiene alrededor y lo somete a la razón, fue la base para todo un largo desarrollo intelectual (*véase* 8.2.1).

Del mismo modo, la visión crítica del pasado, obtenida mediante la investigación e indagación (*historie*), sentó las bases de una nueva consideración de lo acontecido, pasando, poco a poco, a despojar al pasado de cualquier connotación teológica, del mismo modo que lo había sido la cosmogonía. Y la prosa, ya empleada por Anaximandro,

será el nuevo instrumento que separe el *logos* del *mythos*. No obstante ello, Jenófanes de Colofón, poeta pero también filósofo, podía seguir empleando el verso para expresar un mensaje nuevo, en el que las ideas tradicionales deben dejar paso a lo que puede ser demostrado y comprendido:

> «Pero si manos tuvieran los bueyes, caballos y leones, para pintar con sus manos y crear, como hombres, sus obras, también pintarían figuras de dioses y harían sus cuerpos los caballos igual a caballos y los bueyes a bueyes, tales cual cada animal su figura tuviera.» O «Los Etíopes afirman que sus dioses son chatos y negros y los Tracios los tienen de ojos azules y pelirrojos.» (Jenófanes, Frags. 13 D. y 14 D; traducción de C. García Gual.)

Es, pues, un nuevo espíritu crítico que llega hasta cuestionar el papel de los dioses tradicionales; y ello, como tributo a la observación y a la indagación que sobre ella se cimenta, mediante el empleo de la razón. Algo así hubiera sido impensable en las vecinas civilizaciones orientales y constituye, junto con todo lo visto, uno de los aspectos más destacables del legado de Jonia y de la Hélade en su conjunto.



9. Los ámbitos coloniales griegos durante el siglo VI a.C.

La visión que estoy presentando del siglo VI en Grecia quedaría incompleta si no se abordaran los ámbitos coloniales; en la mayor parte de ellos y debido a que la presencia griega databa ya de hacía largo tiempo, vamos a encontrar *poleis* perfectamente establecidas y sus problemas van ser de características similares a los que hemos podido ir viendo en otras zonas aun cuando habrá también rasgos diferenciadores, que convendrá ir señalando.

9.1. Magna Grecia

En la Magna Grecia, esto es, en la Península Itálica, nos encontramos con una gran densidad de ciudades griegas, limítrofes unas de otras y abiertas a un profundo *hinterland* indígena. Estos hechos determinarán, por un lado, una gran prosperidad económica y, eventualmente, demográfica al servir estas ciudades, básicamente costeras, de polos de atracción para este entorno indígena. Del mismo modo, el auge económico y demográfico propiciado por este hecho será causante, junto con otros factores, de enfrentamientos entre *poleis* vecinas en los que se pondrá en juego la propia supervivencia de alguna de ellas. Todo este panorama, sin embargo, parece reducirse al siglo VI; para los siglos

VIII y VII apenas disponemos de más informaciones históricas que las referidas a la fundación de las ciudades. Por otro lado, el creciente conocimiento arqueológico que se va logrando no permite, por su propia naturaleza, sino ir rellenando lenta y parcialmente los huecos que la tradición escrita presenta.

9.1.1. Los conflictos entre las *poleis*

De entre los numerosos conflictos que tienen como protagonistas a las ciudades italiotas, sin duda hay tres que destacan: la lucha por la Sirítide, los conflictos entre Locris y Crotona y la destrucción de Síbaris.

— *Crotona, Síbaris y Metapontio contra Siris*

La ciudad de Siris, de origen jónico, concretamente colofonio, se hallaba entre los territorios de dos ciudades aqueas, Síbaris y Metapontio; a pesar de ello, las otras dos ciudades aqueas favorecieron su fundación entre ellas. Debió de convertirse pronto en paradigma de ciudad rica y agradable, puesto que ya aparece mencionada por Arquíloco, que la compara (y la prefiere) a Tasos. Sin duda, sus grandes recursos agrícolas y la posibilidad de hacer sentir su influencia entre los indígenas contribuyeron relativamente pronto a incrementar su poderío; del mismo modo, el desarrollo de una serie de centros en la costa tirrénica de Italia. Entre los pretendientes de Agarista, la hija de Clístenes de Sición también se encontraba un ilustre sirita, Dámaso, hijo de Amiris.

Nuestras fuentes no son muy explícitas a la hora de explicar el porqué del ataque aqueo a Siris. Justino (XX, 2, 3-9) no aclara mucho cuando dice que los coaligados tenían la intención de expulsar a los restantes griegos de Italia y posiblemente hay que ver tanto intereses comerciales, suspicacias étnicas y, sobre todo, el deseo de ocupar su fértil territorio en unos momentos en que las dos ciudades aqueas limítrofes están en pleno apogeo. Esto último lo afirma taxativamente Heródoto (VI, 127, 1) con referencia a Síbaris que será la que resulte más beneficiada en la operación. La intervención de Crotona, más alejada y sin intereses directos, posiblemente se deba a algún tipo de pacto militar previo con las otras dos ciudades aqueas pero su casi contemporáneo conflicto con Locris quizá indique que puede haber algo de cierto, por más que exagerado, en la información de Justino. La fecha de la destrucción de Siris sigue siendo objeto de debate, pero parece hallarse, en todo caso, en torno a la mitad del siglo VI, quizá

hacia el 560 a.C.. La mayor parte de la Sirítide le corresponderá a Síbaris, si bien luego pasará, tras la destrucción de ésta, a manos de Crotona. Hacia el 433 a.C., Tarento fundará, en el solar de la antigua Siris la nueva colonia de Heraclea.

— *El conflicto Locris-Crotona y la batalla del rio Sagra*

En estrecha relación con este conflicto las fuentes mencionan otro de los enfrentamientos a los que me estoy refiriendo; se trata de la batalla del río Sagra, librada entre Locris y Crotona, con triunfo de aquélla, a pesar de disponer de un ejército menor, por intervención divina. Lo que dicen nuestros informadores es que Locris se había aliado a Siris en su enfrentamiento con Crotona lo que le valió, tras la destrucción de la ciudad jónica, la enemistad de la aquea por la que fue atacada en varias ocasiones. Locris solicitaría ayuda a Esparta, que enviaría a su amiga itálica a los Dióscuros para que la protegieran; en la batalla decisiva, celebrada junto al río Sagra, que servía de límite entre el territorio de Caulonia (dependencia de Crotona) y Locris, los propios Dióscuros habrían intervenido del lado locrio, lo que propició su victoria. Del lado locrio participarían también los reginos, vecinos occidentales de Locris, seguramente para reforzar ese flanco frente al expansionismo crotoniata. Si bien es posible que ninguno de los dos contendientes haya sufrido pérdidas territoriales, parece cierto que el auge que alcanza Locris va a diferenciarla de Crotona, en la que, como consecuencia de la derrota, se desencadenan problemas internos. En todo caso, a final del siglo VI hay indicios de que ha seguido habiendo algún enfrentamiento, más o menos esporádico, entre Crotona y Locris y sus aliados respectivos.

Sin embargo, los problemas cronológicos también están presentes en este caso; así, mientras que para algunos autores la batalla habría tenido lugar entre 560 y 535 a.C., otros consideran que el contexto en el que pudo tener lugar (excluyendo, obviamente, la relación directa con la caída de Siris) apunta más bien a la primera mitad del siglo VI, acaso en torno al 576 a.C.

— *La guerra entre Crotona y Síbaris. Fin de Síbaris*

El último gran conflicto del siglo VI en la Magna Grecia es el constituído por la guerra entre Crotona y Síbaris instigado, según parece por el tirano de esta última, Telis, que tras haber expulsado a una serie de aristócratas, que hallan refugio en Crotona, pide la devolución de los mismos. La negativa crotoniata, en ese momento bajo un sistema oligárquico inspirado por Pitágoras, desencadenó la guerra en la que parece haber participado del lado crotoniata Dorieo, el hijo de Anaxándridas y

que se saldó con la victoria de Crotona en el río Traente, seguramente en o próximo a la frontera entre Síbaris y Crotona y la posterior destrucción y arrasamiento de la ciudad vencida. Crotona se hizo con la Sibarítide, convirtiéndose en una de las ciudades más prósperas de la Magna Grecia. La caída de Síbaris se suele datar hacia el 510 a.C., si bien hay quien opina que debería elevarse esta fecha hasta los años veinte del siglo VI.

9.1.2. La tiranía en Magna Grecia

Además de los enfrentamientos bélicos, la Magna Grecia muestra también interesantes experimentos políticos, expresados sobre todo en forma de tiranías, de las que aquí destacaremos tres, empezando por la de Crotona en la que, además, se da un interesantísimo caso de gobierno, auspiciado por Pitágoras de Samos.

— *Pitagorismo y tiranía en Crotona*

Como ya mencioné anteriormente, la tiranía de Polícrates en Samos causó el exilio, forzoso o voluntario, de muchos ciudadanos samios; entre ellos, lugar aparte merece Pitágoras. Aquí no voy a aludir ni a su sistema filosófico ni a su biografía, sino sólo a aquellos datos que sean de interés netamente histórico. Al abandonar Samos, marchó a occidente (bien directamente, bien tras estancias previas en Egipto y Babilonia) y, concretamente, a Crotona. Esta antigua colonia aquea se hallaba gobernada por una aristocracia que en el siglo VI parece hallarse en el período de apogeo de una serie de ideales característicos, manifestados, ante todo, en sus regulares victorias en los Juegos Olímpicos durante prácticamente cien años (entre el 588 y el 480 a.C.) y, naturalmente en su vocación guerrera que la llevará a enfrentarse con Siris, con Locris (aunque infructuosamente) y con Síbaris dentro del mismo siglo. La estructura político-social con la que se encuentra Pitágoras a su llegada, según se desprende de las biografías que narran su vida, contemplaba la existencia de un consejo de ancianos notables, con funciones probuléuticas, compuesto por mil miembros, que juzgan los delitos, vigilan la constitución y asumen la supervisión de los cultos y las costumbres; de él derivan unas magistraturas restringidas a unos pocos; no se mencionan asambleas compuestas por los menos favorecidos. Además, parece haber una rígida división por sexos y por grupos de edad.

De los grupos no privilegiados también tenemos alguna noticia y parece que se hallaban afectados por el problema de las deudas y, por consiguiente, sometidos por la aristocracia dirigente.

La adhesión de Pitágoras a este sistema parece haber sido completa; sus principales adeptos eran aristócratas y algunos incluso atletas Olimpiónicos; la política de enfrentamiento a Síbaris, gobernada por un tirano que expulsaba a los ricos, es también prueba de la sintonía con la vieja aristocracia crotoniata. Del mismo modo, la oposición de Pitágoras a repartir entre el *demos* necesitado el territorio sibarita muestra sus vinculaciones al sistema de gobierno vigente; es también bastante probable que esta negativa estuviese dictada por el deseo de devolver sus propiedades a los aristócratas sibaritas exiliados y refugiados en Crotona y por cuya causa había estallado la guerra. Sin embargo, las facciones aristocráticas anti-pitagóricas aprovecharon el descontento ocasionado y un tal Cilón (él mismo antiguo pitagórico), encargado de administrar el territorio sibarita, se puso al frente de un levantamiento popular que determinó la marcha de Pitágoras a Metapontio, donde moriría tiempo después y el asesinato de varios de sus seguidores; buena parte de la Sibarítide sería entonces repartida entre los crotoniatas, incluyendo los aristócratas, que obtendrían las mejores parcelas. La oposición entre grupos aristocráticos y quizá los descontentos provocados por el reparto de la Sibarítide favorecieron la aparición de la tiranía de Clinias del que afirma Dionisio de Halicarnaso lo siguiente:

> «Clinias de Crotona, cuando era tirano, privó de libertad a las ciudades después de haber reunido a los proscritos de todos los lugares y haber liberado a los esclavos; con ellos aseguró su tiranía y en cuanto a los habitantes más distinguidos de Crotona, a unos los mató y a otros los expulsó de la ciudad.» (Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades Romanas*, XX, 7, 1; traducción de E. Jiménez y E. Sánchez.)

Esta tiranía debe de haber tenido lugar en los años finales del siglo VI y parece haber sido de poca duración, si bien lo poco preciso de la noticia de Dionisio ha llevado a algunos autores a situarle en la segunda mitad del siglo V; la oligarquía de inspiración pitagórica parece haber recuperado pronto el control de la situación como mostrará su influencia durante el siglo V, extendida además a otras varias ciudades italiotas, seguramente a partir del forzado exilio previo. Sin duda la experiencia pitagórica marcará profundamente la historia posterior de la Magna Grecia, tanto de las ciudades griegas cuanto de los ambientes indígenas, entre los cuales también se extendieron las enseñanzas del filósofo samio.

— ***La tiranía en Síbaris: Telis***

Del mismo modo que Crotona, Síbaris parece haber contado con un gobierno de tipo aristocrático, una de cuyas manifestaciones más pal-

pables venía dada por su vinculación a los caballos. También contaba esta ciudad aquea con vencedores olímpicos y su extenso territorio (Figura 6) se vio incrementado por una amplia política de alianzas con las poblaciones indígenas con las que concluyó importantes y numerosos pactos, en buena medida durante todo el siglo VI; todo ello convirtió a esta ciudad aquea en una de las más poderosas de la Magna Grecia y este poderío aumentó tras la ocupación de una parte sustancial del antiguo territorio sirita después de la destrucción de la fundación colofonia, así como la asunción de sus mercados y, en general, todas sus relaciones exteriores. El progreso económico posiblemente se hizo a expensas del *demos* sibarita y eso parece explicar el auge del tirano Telis, cuyo gobierno hay que situar en los momentos previos a la destrucción de la ciudad. Su carácter antiaristocrático se pondría de manifiesto en la tradición según la cual habría convencido a los ciudadanos de expulsar a quinientos de entre los más ricos y confiscar sus tierras (Diodoro Sículo, XII, 9, 23). Sin embargo, el origen aristocrático de Telis se observa si tenemos en cuenta que una hija de este individuo se iba a casar con el aristócrata crotoniata y Olimpiónico Filipo, hijo de Butácidas, lo que le costó a éste el exilio de Crotona (Heródoto, V, 47, 1). Los aristócratas huídos de Síbaris, entre los que habría algunos de marcada orientación pitagórica, se refugiaron en Crotona, desde donde intrigaron en contra de su antigua ciudad y fueron ellos quienes, en último término, convencieron a los crotoniatas de actuar contra Síbaris, máxime cuando Telis pidió a Crotona la devolución de todos aquellos exiliados que tanto perjudicaban, con sus acciones, a su gobierno. Sobre el resultado del enfrentamiento, la destrucción de Síbaris, ya he hablado en el apartado previo.

— *Cumas y su tirano Aristodemo*

También dentro de Italia, pero en otro ámbito claramente diferenciado, en Cumas, en el golfo de Nápoles, hemos de situar la figura de Aristodemo, para el que disponemos de numerosos datos proporcionados por Diodoro (VII, 10), Plutarco y, sobre todo, Dionisio de Halicarnaso (*A.R.*, VII, 2-12). Este individuo fue conocido por el sobrenombre de *Malakos*, «Blando», o «Afeminado», aunque sobre las causas por las que le fue atribuido hay discrepancias entre nuestras fuentes. Ya desde joven parece haberse distinguido en guerras fronterizas contra los bárbaros que rodeaban el territorio cumano (Plutarco, *De mul. virt.*, XXVI) y en el gran ataque que etruscos, umbros, daunios y otros pueblos desencadenaron contra Cumas hacia el 524/3 a.C. Aristodemo, formando parte de la caballería, jugó un papel importante, llegando a matar, según se dice, al general enemigo, a pesar de lo cual la aristo-

cracia dirigente no le concedió un premio, sino que pretendía dárselo al jefe la caballería, el hiparco Hipomedonte, a pesar de que el pueblo estaba con Aristodemo; ante la eventualidad de enfrentamientos por esta causa, se concede que ambos reciban iguales honores y este hecho marcaría el inicio de la carrera política de Aristodemo, que se iría atrayendo a los más desfavorecidos, a quienes aliviaría sus deudas con su propio dinero; mientras, denunciaría a aquellos *aristoi* que se beneficiaban de los bienes públicos, al tiempo que se convertiría en «jefe del pueblo» (*prostates tou demou*).

Esta situación parece haber durado largo tiempo, sin que el poder de la aristocracia cumana haya aflojado y sin que Aristodemo haya podido lograr nada positivo; su gran oportunidad se va a producir cuando la ciudad latina de Aricia, sitiada por Arrunte, hijo de Porsenna y aliada de Cumas, pida ayuda a ésta; los aristócratas van a enviar a Aristodemo al frente de un ejército compuesto por los más pobres y viles de los cumanos y con diez trirremes en pésimo estado mandadas también por sujetos de bajo *status*. Tras su victoria sobre los etruscos, recompensa a su ejército y se garantiza su apoyo en caso necesario; al tiempo, libera a los prisioneros etruscos a cambio de su lealtad. Al regresar, expone ante la *boule* los resultados de la batalla, momento que es aprovechado por sus partidarios para asesinar a los aristócratas, proseguir la represión por el resto de la ciudad y liberar a todos aquéllos que estaban encarcelados por los aristócratas, posiblemente por deudas; muchos huyeron y se refugiaron en la vecina ciudad etrusca de Capua, regida por un sistema aristocrático y desde donde hostigaban las fronteras cumanas. El refugio en Capua de los *aristoi* cumanos hay que verlo como un indicio más de la ya mencionada solidaridad aristocrática, en este caso establecida entre nobles griegos y etruscos (*véase* 3.2.2).

Entre sus primeras medidas políticas estaban la redistribución de la tierra y la abolición de deudas; igualmente, desarma a la población y crea una guardia personal formada por ciudadanos, por ex-convictos y por mercenarios bárbaros; a los hijos de los *aristoi* los distribuyó por el territorio y a las esposas e hijas de los oponentes muertos o exiliados las entregó en matrimonio a sus partidarios, con la intención de garantizar la transmisión de sus propiedades. Se le atribuye también al tirano, como es habitual, la realización de toda una serie de obras públicas.

La reacción llega de la mano de todos esos jóvenes dispersos por el territorio y de los exiliados en Capua que, contando con la connivencia de colaboradores de Aristodemo, consiguen asesinarle, restaurando el sistema tradicional de gobierno hacia el 490 a.C..

El caso de Cumas, pues, es el de un estado aristocrático que somete a una población de gran heterogeneidad a una pérdida progresiva de

sus tierras, posiblemente a causa de las deudas y de la libertad personal de los deudores. Además, la política externa cumana se caracteriza por su intervención en los conflictos que caracterizan a la Italia central durante la última parte del siglo VI, lo que incrementa el prestigio personal y los beneficios de esa aristocracia. Ante esa situación, Aristodemo, él mismo un aristócrata, sabe aglutinar a todos los descontentos para poner en marcha una de las políticas más radicales de las que tenemos noticia, con ejecución y expropiación de tierras y su consiguiente reparto, modificaciones profundas del cuerpo ciudadano, intensa política de obras públicas, etc.. Bien es cierto, igualmente, que muchos de estos datos aparecen recogidos por nuestras fuentes y, posiblemente, exagerados, para mostrar el perverso carácter del tirano; a pesar de ello, la figura de Aristodemo se presenta como la de uno de los tiranos que gozó de mayor apoyo popular y, al tiempo, de los que más radicales fueron en sus medidas en favor del *demos*.

— *La tiranía en Regio: Anaxilao*

Anaxilao accede al poder hacia el 494/493 a.C. y permanece en el mismo durante dieciocho años; pertenecía a la aristocracia de origen mesenio que, con los calcídicos, habían fundado la ciudad hacía más de dos siglos o que se habían establecido tiempo después y su política va a caracterizarse, además de por las alianzas que establecerá con los Dinoménidas, por su deseo de «mesenizar» las dos ciudades del Estrecho de Mesina, la suya propia y la vecina Zancle que, efectivamente, acabará por llamarse Mesene. No insisto más en la figura de este tirano ya que sus hechos más destacados entran de lleno en la historia de la Magna Grecia y Sicilia durante el siglo V.

9.1.3. Los jonios en la Magna Grecia: Samios y Foceos

Como ya se mencionó anteriormente, el siglo VI ve la llegada de grupos organizados de jonios a la Magna Grecia, además de aquéllos que de forma individual podían estar emigrando a esos territorios. De entre ellos, los que más incidencia tuvieron fueron los Samios y los Foceos, los primeros huyendo de la tiranía de Polícrates y, más adelante de los persas y los segundos de estos últimos (*véase* 8.2.2).

Hacia el 531 se produce la fundación por parte de refugiados samios de Dicearquea, la posterior Puteoli; parece que la iniciativa se debió a un grupo de exiliados aristócratas, que huían del gobierno tiránico de Polícrates; se ha querido ver en el nombre dado al establecimiento («La ciudad donde gobierna la Justicia») y en todo el episodio en cuestión

una influencia pitagórica. El establecimiento, en una zona portuaria controlada por Cumas desde el siglo VII, del asentamiento samio debe de haberse realizado con el acuerdo de la aristocracia dirigente en la ciudad calcídica con la que los recién llegados deben de haber mantenido buenas relaciones.

En los años siguientes a la revuelta jonia, ya a inicios del siglo V, hay noticias de otros samios (y algunos milesios) en Occidente, invitados por los de Zancle para establecerse en Caleacte, en la costa norte de Sicilia, si bien acabaron apoderándose de la ciudad del Estrecho con la ayuda de Anaxilao de Regio; posteriormente, serían a su vez expulsados por el tirano regino, que repoblará la ciudad con Mesenios y le dará el nombre de Mesene.

También el pequeño contingente foceo que participó en la batalla de Lade, bajo el mando del general Dionisio, marchó a Occidente donde durante un tiempo se dedicó a la piratería, con base posiblemente en las islas Lípari.

—*La Batalla de Alalia y la fundación de Elea*

Sin duda el contingente jonio más numeroso presente en el siglo VI en Occidente es el constituído por los huídos de Focea, poco menos de la mitad de la población, según Heródoto (I, 165, 3). Establecidos en Alalia, Córcega, hacia el 545, en una localidad ya habitada por colonos foceos desde hacía 20 años, fueron desalojados hacia el 540 tras la batalla del Mar Sardo (o de Alalia) por una coalición formada por los cartagineses y los etruscos de Caere, como consecuencia de las actividades de piratería desarrolladas por los recién llegados. Si bien los efectos de esta batalla fueron muchos y muy diversos para el futuro del Occidente helénico, el más destacable fue la fundación de la ciudad de Hyele o Elea en la costa tirrénica de la Península Itálica, cuya influencia cultural sería notable tanto sobre las poblaciones indígenas del entorno cuanto, en general, para el mundo griego, pues en esa ciudad vivieron figuras tan importantes como Parménides y Zenón, así como el filósofo y poeta Jenófanes de Colofón.

Son también de gran importancia los resultados que sobre las ciudades de origen foceo existentes en el sur de la Galia e Iberia tiene esta batalla, así como sobre sus actividades comerciales. Sin llegar a los extremos ocasionalmente mencionados por algunos autores modernos, que han creído ver un «cierre del Estrecho de Gibraltar» como fruto de este enfrentamiento, lo que sí hay es una reorganización de la estructura comercial de las ciudades griegas más occidentales, debida en parte a las propias condiciones de los mercados indígenas y en parte a la

presencia más intensa de los comerciantes fenicio-púnicos en esas mismas regiones, seguramente respaldados por la ciudad de Cartago, en trance de convertirse, a su vez, en una gran potencia; la batalla del Mar Sardo produjo, por consiguiente, un nuevo equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo Occidental aun cuando no todos los contrincantes enfrentados pudieron mantener durante mucho tiempo las posiciones logradas.

9.2. Sicilia

La historia política de Sicilia a lo largo del siglo VI no es excesivamente bien conocida, aun cuando otro tipo de indagaciones están poniendo claramente de manifiesto la expansión económica de las ciudades griegas y la extensión de su cultura entre los ambientes indígenas del interior. Sin embargo, a lo largo de los siguientes apartados apuntaré algunos de los problemas que pueden plantearse en la historia siciliota durante el siglo VI.

9.2.1. Ultimas fundaciones coloniales: Camarina. Lípara. Agrigento

A lo largo del siglo VI tienen lugar prácticamente las últimas fundaciones griegas en la isla, si bien en el siglo siguiente aún habrá de tener lugar alguna, especialmente inspirada por los tiranos del momento. Entre las nuevas ciudades del siglo VI cabe destacar el establecimiento de Camarina, en la costa meridional de Sicilia, hacia el 598 a.C.; se trató de una subcolonia de Siracusa pero, a diferencia de las fundadas anteriormente por esa ciudad, Camarina gozó desde el principio de una mayor importancia, como muestra tanto la disponibilidad de un territorio más amplio, cuanto el que contó con dos *oikistai*, cuyos nombres ha sido conservados (Dascón y Menécolo), lo que se ha puesto en relación con una eventual intervención corintia en su fundación. No obstante, las relaciones de Camarina con Siracusa van pronto a caracterizarse por una creciente autonomía de aquélla y por el desarrollo de una política propia de cara a las comunidades indígenas del sureste de la isla, lo cual desencadenará represalias por parte de Siracusa, materializadas en una guerra entre la colonia y su metrópolis, en la que aquélla estuvo ayudada por los indígenas; tras la victoria de Siracusa, se produjo una repoblación de la ciudad por individuos leales a ésta.

Pocos años después de la fundación de Camarina, un contingente

cnidio, conducido por Pentatlo hasta su muerte en Lilibeo, establece, hacia el 580 a.C., la ciudad de Lípara en las islas Eolias, tras infructuosos intentos en otros lugares de la isla, responsables asímismo de la muerte de Pentatlo. Durante sus primeros años de existencia esta ciudad tiene que hacer frente a los etruscos, seguramente porque la presencia allí de estos griegos plantea problemas a las actividades náuticas de aquéllos; este estado de guerra casi permanente explica la aparición de un original sistema comunitario en el que intervienen tanto los griegos como los indígenas que ocupaban previamente las islas y que se caracteriza por una posesión en común de las tierras, la celebración de comidas en común, el reparto de funciones entre los que combaten y los que cultivan, etc.. El sistema conocerá también diversos grados de evolución a lo largo del siglo VI, combinándose la posesión individual de parcelas de tierra en la isla principal con la propiedad comunal en las otras islas del archipiélago eolio. Hacia la mitad del siglo VI empiezan a madurar sus estructuras políadas como muestran los restos arqueológicos (sistematización de los espacios, creación de santuarios, inicio de la necrópolis, etc.); a partir de entonces los liparenses se alzarán con el control de esa región del Tirreno suroriental, elevando en ocasiones monumentos y dedicatorias en el santuario délfico a raíz de sus victorias sobre los etruscos.

Casi al mismo tiempo que Lípara, surge, en la costa meridional de Sicilia y como colonia de Gela, la ciudad de Agrigento, compuesta por individuos procedentes de aquélla y por otros de origen rodio que quizá habían llegado a Sicilia acompañando al contingente cnidio de Pentatlo. También esta ciudad tuvo dos fundadores, Aristónoo y Pístilo, lo que sugiere la existencia de colonos de procedencias diversas. La política de Agrigento, desde el inicio, tenderá a controlar las regiones de su *hinterland*, mostrando claros intereses también en la costa tirrénica y en las zonas fronterizas con su metrópolis Gela. Buena parte de esta política será debida a su tirano Fálaris, al que aludiré en un apartado ulterior.

Un último intento, fallido, será aquél ya mencionado, protagonizado por Dorieo de Esparta, de establecer una ciudad en el extremo noroccidental de Sicilia, abortado por la acción conjunta de púnicos y segestanos (*véase* 7.1.3).

Con estas últimas fundaciones, los griegos habían llegado a controlar, sin solución de continuidad, toda la costa oriental y meridional de la isla desde el Estrecho de Mesina y áreas aledañas, hasta la región selinuntina; la costa septentrional, sin embargo, sólo poseerá una ciudad importante, Hímera, si bien los zancleos tendrán intereses en la costa norte, como muestra el episodio ya citado de los samios en Caleacte, que no fructificará (*véase* 9.1.3).

9.2.2. Las tiranías del siglo VI en Sicilia

El florecimiento de las tiranías en Sicilia se iniciará en el siglo V; en el VII hemos dado noticia de la tiranía de Panecio en Leontinos y, en el VI, es de destacar, ante todo, la de Fálaris en Agrigento. Las tiranías de Cleandro e Hipócrates en Gela, preludiarán la poderosa tiranía dinoménida del siglo V. Por referencias muy aisladas sabemos de la tiranía de un tal Terón, hijo de Milciades y de su eventual sucesor, Pitágoras, en Selinunte, a lo largo de la segunda mitad del siglo VI, posiblemente apoyados por los cartagineses, siendo este último derrocado por Eurileonte, uno de los compañeros de Dorieo, que se alzaría con el poder en la colonia megarea, aunque poco después sería asesinado.

— *La tiranía de Fálaris en Agrigento*

En la fundación de Agrigento habían intervenido, al menos, dos contingentes distintos de colonos: los gelenses y los rodios. Además, no se descarta la presencia cretense ni la de individuos procedentes de otras regiones del Egeo dorio. La contigüidad con su metrópolis, Gela y las más que probables injerencias de ésta en la vida de su recién fundada colonia, así como la posibilidad real de que los colonos de origen gelense se alzasen con el poder en los primeros años de vida de la ciudad, debió de crear pronto tensiones sociales importantes.

La fecha de acceso al poder de Fálaris se sitúa, según los diversos autores, entre 572 y 560 a.C.; Aristóteles encuadra a este tirano entre aquéllos que proceden de las magistraturas (*Pol.*, 1310 b 28), concretamente *telones*, algo así como «tesorero», encargado de la construcción del templo de Zeus Polieus; como es también habitual, el golpe de mano que le alzó al control de la ciudad se produjo durante la celebración de una fiesta, en este caso las Tesmoforias (Polieno, *Strat.*, VI, 1, 1-2). Hay una serie de tradiciones que hacen de Fálaris oriundo de la isla de Astipalea, lo que le convertiría en un individuo neutral en unos eventuales conflictos entre colonos de origen gelense y de origen rodio, si bien no son excesivos los datos de que disponemos. La política exterior del nuevo tirano se va a caracterizar, sobre todo, por la definición territorial de la *polis*, arrebatando a su metrópolis buena parte del territorio occidental (construcción de una fortaleza en Ecnomo) e iniciando una penetración hacia el interior, en detrimento de las poblaciones indígenas (sicanos), con golpes de efecto como la conquista de Cámico, donde se habría hallado la corte de Cócalo, huésped y asesino del legendario Minos. Parece que la intención última de esta expansión por el interior era asomarse al Tirreno. Esto último, a pesar de las tradiciones que presentan a Fálaris triunfante sobre Hímera, no parece

haberlo logrado el tirano, si bien será una constante de la política acragantina, que acabará por lograrse más adelante.

Fálaris aparece en buena parte de la tradición antigua como un ejemplo de tirano despótico que gobierna por medio del terror; es proverbial su toro de bronce, en el que introduciría a los enemigos políticos para ejecutarlos y en el que él mismo acabaría sus días, hacia el 556 o el 546 a.C.. Hoy día, sin embargo, se tiende a considerarle, ciertamente, como un gobernante duro, como correspondería a la situación de necesidad por la que atravesaba la *polis*; sin embargo, se tiende a atribuir toda la propaganda negativa a la época del otro gran tirano de Agrigento, el Emmenida Terón e incluso se empieza a considerar a Fálaris más como un *aisymnetes* o mediador que como un tirano verdadero. El caso de Agrigento, pues, no deja de ser interesante. La tiranía de Fálaris, responsable directa de la conformación política y territorial de la nueva ciudad, seguramente también de la introducción de nuevos ciudadanos y de una política exterior centrada en el enfrentamiento con indígenas y, eventualmente, con cartagineses (¿coincidiendo con la oscura figura de Malco?), realiza en pocos años lo que en un proceso «normal» hubiera llevado, al menos, una generación entera.

No queda en absoluto claro quiénes contribuyen a la caída de Fálaris, ya que hay tradiciones divergentes. Por un lado, se asegura que la conjura es dirigida por Telémaco o Emenes, bisabuelo y abuelo, respectivamente, de Terón, el tirano del siglo V. De ser así, habría que pensar en una reacción por parte de los individuos de origen rodio de la ciudad, que colocan en el poder a sus representantes más distinguidos, dando lugar a una tiranía proto-eménida. Por otra parte, se alude a unos tales Alcámenes y Alcandro, de los que se ha sugerido que podrían ser los magistrados supremos nombrados por una asamblea oligárquica que, eventualmente, se habría hecho con el poder tras esta serie de tiranías sucesivas. Este sería el sistema sobre el que se alzaría, a inicios del siglo V y, tras un golpe de estado, Terón.

— *La tiranía en Gela: Cleandro e Hipócrates y el deseo de hegemonía sobre la isla*

Heródoto (VII, 153) nos informa de que, en un momento impreciso, pero que puede situarse sin duda antes del 550 a.C. y, tal vez a fines del siglo VII, surge un conflicto civil en la ciudad de Gela tras el cual los perdedores se trasladan a Mactorio; para resolver la crisis es designado como mediador Telines, antepasado del tirano del siglo V Gelón y descendiente de uno de los primeros colonos de Gela, procedente de Telos. Este Telines emplea los objetos de culto de las Diosas Subterráneas y consigue repatriar a los exiliados. Las causas exactas de este

conflicto no son en absoluto claras, pero posiblemente sean las habituales tensiones entre facciones aristocráticas por obtener mayores parcelas de poder.

Lo siguiente que sabemos de Gela es que, sucediendo al régimen oligárquico vigente (Aristóteles, *Pol.*, 1316 a 37), hacia el 505 a.C. se alza con el poder un tirano, Cleandro, hijo, seguramente, del Olimpiónico Pantares. Tras siete años de gobierno fue asesinado por un ciudadano de Gela (498 a.C.) y se hace con el poder su hermano Hipócrates. Este nombrará jefe de la caballería a Gelón. En sus siete años de gobierno (498-491 a.C.) Hipócrates va a introducir un nuevo componente en Sicilia, cual es el intento de unificar políticamente toda la parte griega de la isla, con sus correspondientes áreas de influencia indígenas, con vistas sobre todo al enfrentamiento con Cartago. Sus ataques van dirigidos a los centros calcídicos (Calípolis, Naxos, Zancle, Leontinos), pero también a Siracusa (batalla del río Eloro), a la que no consigue conquistar porque tiene el apoyo de su metrópolis Corinto y de Corcira, pero de la que se anexiona Camarina y a las ciudades sículas, en el asalto de una de las cuales, Hibla, muere. Si bien no se conoce con detalle la política que siguió con estas ciudades, parece que contó con la ayuda de tiranos subordinados, colocados al frente de las mismas. Estaba claro que la era de las ciudades independientes había acabado ya en Sicilia y que sus sucesores los hermanos Gelón y Hierón iban a proseguir, con muchos más recursos, por este camino.

9.2.3. Primeros conflictos con Cartago

Una de las explicaciones que se han dado para las tiranías de Sicilia en el siglo VI considera que el carácter tan marcadamente militar de las mismas, se debería, ante todo, al creciente poderío cartaginés y a la consiguiente política defensiva emprendida por las ciudades griegas de la isla. Los fenicios habían frecuentado Sicilia posiblemente desde antes de la llegada de los griegos, si bien a partir de la misma van a dejar sentir su presencia ante todo en la parte occidental de la isla, donde surgirán, ya desde el siglo VIII, algunos de los centros fenicios de la misma, como Motia, para, a lo largo del siglo VII, aparecer Panormo y quizá en la misma época o algo después Solunto. Las relaciones entre griegos y fenicios en la isla parecen haber sido, además de amistosas, intensas desde el punto de vista económico y cultural y así siguieron siéndolo a lo largo del siglo VI, a pesar de que ya se detectan algunos conflictos en los que los fenicios de Sicilia parecen verse envueltos como consecuencia de las relaciones preferenciales que establecen con Cartago.

Ya hacia el 580 a.C., con motivo de la expedición de Pentatlo de

Cnido parece haber habido una intervención fenicia del lado de los segestanos, contra los selinuntinos y los recién llegados; testimonios epigráficos atestiguan también algún que otro encuentro bélico entre Selinunte y Motia. Sin embargo, estas guerras hay que entenderlas más como conflictos por asuntos muy concretos o como disputas fronterizas, frecuentísimas en todo el mundo griego. Se ha pensado, por otro lado, que la campaña del oscuro Malco en el Mediterráneo central, incluyendo Sicilia, acabó por establecer un «protectorado» cartaginés sobre las ciudades fenicias de la isla a partir de mediados del siglo VI e, incluso, sobre algunas ciudades griegas, como mostraría el caso del tirano Pitágoras de Selinunte, depuesto por Eurileonte. Sin embargo, con ocasión de la expedición de Dorieo nuestras fuentes muestran discrepancia acerca de quiénes intervienen, junto a los segestanos, contra el hijo de Anaxándridas; así, mientras que para Heródoto son los fenicios (Heródoto, V, 46, 1), para Diodoro son los cartagineses (IV, 23, 3) si bien esa diferencia puede explicarse de muchas maneras, entre ellas por la repercusión que en Diodoro, autor ya del siglo I a.C. y, además natural de Sicilia, tuvieron todos los sangrientos conflictos bélicos que se suceden entre griegos y cartagineses desde principios del siglo V.

Por último, cuando Gelón recibe a los embajadores de los griegos, afirma ante ellos que ha tenido conflictos con los cartagineses, que deben remontarse, por lo tanto, a un momento anterior a la batalla de Hímera (480 a.C,) (Heródoto, VII, 158, 2), si bien no disponemos de más información al respecto, por lo que hemos de pensar que, en la política de unificación territorial de la isla llevada a cabo por Hipócrates y su sucesor Gelón (o, quizá, a causa de ella), los conflictos con los fenicio-púnicos se habrían convertido en inevitables.

De cualquier modo, si bien no hay testimonios concluyentes que muestren una situación de guerra permanente entre los siciliotas y los fenicios (estén respaldados o no por Cartago), lo cierto es que, a partir sobre todo de la mitad del siglo VI los momentos de tensión deben de ser cada vez más frecuentes y ello terminará desembocando en la batalla de Hímera, aun cuando la causa última de la misma haya que buscarla en las disensiones entre diferentes tiranos de ciudades griegas. Ello no impide, empero, que a lo largo de todo el siglo y, después, haya griegos viviendo en ciudades fenicias y viceversa y que sigan siendo fecundas y fructíferas para ambas partes sus relaciones económicas y culturales.

9.3. El Ponto Euxino

Aun cuando las excavaciones arqueológicas son cada vez más intensas y los resultados de las mismas cada vez más accesibles a los medios

científicos occidentales, la historia política de las *poleis* del Mar Negro durante el siglo VI dista aún de ser bien conocida. Por otro lado, la obra de geógrafos y etnógrafos griegos de los siglos VI y V a.C., tales como Hecateo, Helánico de Mitilene o Heródoto va a preocuparse, ante todo, por dar a conocer los rasgos de las poblaciones indígenas con las que se hallan en contacto, de forma más o menos directa, las ciudades griegas establecidas en su costa.

El siglo VI ve en el Ponto el establecimiento de toda una serie de nuevas ciudades, que acaban por completar el panorama colonial de la zona, siendo en su mayoría fundaciones milesias; de entre ellas, la mejor conocida es Olbia Pontica, que sería fundada por Mileto en los primeros decenios del siglo VI y que, poco después, antes del tercer cuarto del siglo, sufriría algún conflicto político, seguido de una reconciliación propiciada por el santuario de Apolo en Dídima, transcrita en una placa de hueso hallada en la ciudad. Quizá el conflicto fuese planteado por la llegada de un nuevo contingente para establecerse en la *dipolis* de Olbia, compuesta del asentamiento insular de Berezan (Borístenes) y del establecimiento en tierra firme, hacia mediados del siglo VI. De cualquier modo y aunque la interpretación de este interesante documento epigráfico no es unánime, de lo que no cabe duda es de su origen en el santuario de Dídima, vinculado a Mileto, metrópolis de Berezan-Borístenes y de Olbia. Sea como fuere, a partir de la mitad del siglo VI, la expansión territorial de la ciudad es considerable, como muestran los restos arqueológicos en toda la región del Dnieper-Bug y es sobre todo entonces cuando se produce la monumentalización de la ciudad, con la sistematización de un *temenos* en el que se hallan los templos de Apolo Delfinio, Zeus y Atenea. La red de santuarios extraurbanos que, como es habitual, circunda a una ciudad griega, data en su mayoría de estos años.

Igualmente Istria, cerca de la desembocadura del Danubio, fundada en los últimos años del siglo VII-inicios del siglo VI ha sido bastante excavada, lo que ha permitido seguir con cierto detalle su proceso histórico. Es a mediados del siglo VI cuando se produce la monumentalización de su área sacra, con la construcción en piedra de los templos de Afrodita y de Apolo Istros, de aspecto claramente minorasiático; igualmente, la construcción de una muralla y la sistematización urbana del hábitat y de otra muralla que ceñía la acrópolis. Los talleres cerámicos inician también su producción en este momento, así como los que producen vidrios, y parecen haberse usado puntas de flecha contraseñadas con una función pre-monetal, lo que se atestigua también en Apolonia y Tiras, así como en Olbia y Berezan, aunque en estas últimas parecen haberse empleado también, a tal fin, pequeñas figuras de delfín.

Lamentablemente, el conocimiento que se posee de Olbia o de Istria no es comparable, en general, al que se tiene de otras ciudades griegas del Ponto en el siglo VI. Por ello, me limitaré aquí a mencionar los principales acontecimientos políticos referidos a las poblaciones no griegas que se asoman al Ponto, empezando por su costa occidental y acabando por la oriental.

En la región de la Tracia póntica parece tener lugar, en los años de tránsito entre el siglo VI y el V el surgimiento de la federación Odrisa que, en su época de mayor apogeo, la segunda mitad del siglo V, cuando Tucídides nos informa de ella (II, 97) controlaba desde la ciudad de Abdera hasta la desembocadura del Istro (Danubio). Posiblemente su poder se hizo patente a lo largo de la primera mitad del siglo V, como mostraría quizá el envío de una cleruquía ateniense al Quersoneso hacia el 447 a.C. Los Odrisas, que vivían en la región de los ríos Artesco y Hebro, consiguieron unificar a toda una serie de tribus tracias de la región, ampliando paulatinamente su territorio y cobrando tributos tanto de las poblaciones tracias como de las ciudades griegas que con el tiempo controlaron. Estas son, de sur a norte, Apolonia, Mesembria, Odeso, Dionisopolis, Calatis, Tomis e Istria.

El límite de los tracios y los escitas se hallaba en torno al río Istro. Los escitas habrían conseguido, posiblemente desde el siglo VII o antes, ir empujando a una parte de los habitantes anteriores, los cimerios, quienes, desplazados, dejarán sentir su acción en el Asia Anterior, incluyendo algunas ciudades griegas y lidias de la Península de Anatolia (Efeso, Magnesia, Sardes). Entre el Danubio y el Don (Tanais), pues, se hallarían establecidos los escitas, subdivididos en varios grupos y de quienes da abundantes noticias Heródoto en su libro IV, si bien parece que, al menos hasta el inicio del siglo VI, habían controlado también las regiones nor-caucásicas, pues hay indicios, incluso, de que el término «cimerios» no indicaría, en contra de lo que pensaban los griegos, a otro pueblo sino a los propios escitas que realizaban expediciones en busca de botín al Asia Anterior. De cualquier modo la cultura escita clásica ya se halla plenamente formada al inicio del siglo VI.

Un hecho político de importancia que tiene lugar durante el siglo VI en este ámbito es la presencia del ejército persa en su campaña contra los escitas del 513 a.C. con una abundante participación de jonios, en ese momento bajo la autoridad del Gran Rey y de las ciudades de la Propóntide. A ella ya he aludido anteriormente. Parece que será como consecuencia de esta mencionada campaña de Darío que el ámbito escita adquiera una conciencia nacional y un carácter estatal. Hasta entonces, las tribus sedentarias y las nómadas gozaron de gran independencia y las relaciones entre ellas y las ciudades griegas (Tiras, en el estuario del Dniester, Olbia-Berezan en la desembocadura común

del Dnieper y el Bug, Tanais en el delta del Don...) favorecieron las actividades económicas y la intercomunicación. A partir de ese momento, el auge escita se plasmará en el establecimiento de un «protectorado» sobre la ciudad de Olbia y en la extensión de su dominio hacia la región del Bósforo Cimerio.

La región de la Península de Crimea, por otro lado, se hallaba ocupada por un pueblo diferente de los escitas, el de los Táuricos, como atestigua Heródoto (V, 99) y como ha puesto de manifiesto la arqueología; allí y en la vecina península de Tamán, separada de aquélla por un estrecho conocido como el Bósforo Cimerio, se hallaban ciudades como las milesias Teodosia o Panticapeo o la fundación de Teos, Fanagoria, surgidas en el siglo VI, muy especialmente durante el segundo cuarto del mismo, posiblemente a causa de la inestabilidad en los centros jonios, Mileto sobre todo, promovida por las correrías lidias anteriores al reinado de Creso. Sobre ellas actuarán los escitas al final del siglo VI y al inicio del siglo V, y como consecuencia de ello y para defender todo este territorio helénico, surgirá el reino del Bósforo, creado por la casa aristocrática de los Arqueanáctidas hacia el 480 a.C.

En las costas orientales del mar Negro vivían los Colcos, de cuya situación en el siglo VI se sabe poco, si bien de Jenofonte (*Anabasis*, 5, 6, 36) parece desprenderse que tenían un régimen monárquico a fines del siglo V. La arqueología está poniendo de manifiesto la existencia de una intensa actividad metalúrgica desde el siglo VII, acompañada de un auge en la fabricación de cerámica y, sobre todo, una orfebrería de calidad excepcional. Todo ello, simultáneamente a un intenso proceso de urbanización, indudablemente favorecido por la presencia griega y su comercio, si bien últimamente una parte de los investigadores duda de que ciudades como Fasis y Dioscurias hayan existido ya en el siglo VI como tales, aun cuando la presencia griega en la región está plenamente atestiguada para ese momento, quizá en forma de factorías o *emporia*.

En definitiva, el mundo griego del Ponto es conocido, de mejor o peor forma, en sus aspectos materiales, a través de las excavaciones en los restos de sus ciudades, en sus territorios o en los ambientes indígenas circundantes; sin embargo, salvo algún ejemplo mencionado, apenas sí sabemos nada de su desarrollo político porque los autores antiguos casi nunca se han interesado por el mismo. Será durante el siglo V cuando en ese ámbito surjan y prosperen fenómenos nuevos, como la ya citada federación de los Odrisas, o el reino del Bósforo, en manos de los Arqueanáctidas primero (480-438 a.C.) y de los Espartóquidas más adelante, fenómenos cuya comprensión se vería facilitada si conociésemos mejor la situación de ese ámbito durante el siglo previo, máxime si se tiene en cuenta que se han señalado las semejanzas del reino del

Bósforo con fenómenos de dominio territorial conocidos en otros ámbitos helénicos, como puede ser Sicilia.

9.4. Cirenaica

9.4.1. El gobierno de los Batíadas. Expansion colonial y auge económico

Cirene es fundada en el último tercio del siglo VII (hacia el 632/631 a.C.) como he tenido oportunidad de decir; por lo tanto, el verdadero inicio de su actividad política tiene lugar durante el siglo VI y para ella disponemos de algunas informaciones transmitidas principalmente por Heródoto (IV, 150 ss.). Desde el inicio, el poder lo ejercerán los descendientes del fundador de la ciudad, el tereo Aristóteles, apodado Bato («tartamudo) (*véase* 4.3.3).

El fundador reinó durante cuarenta años (631-591 a.C.) y, tras su muerte fue enterrado y venerado en su tumba, en torno a la cual surgiría poco después el ágora de la ciudad; le sucedió su hijo Arcesilao I (591-575 a.C.) y la ciudad permaneció durante ese tiempo como una comunidad pequeña, relacionada sobre todo con su metrópolis y en buena vecindad con los libios circundantes, de entre quienes los cireneos tomaban a sus mujeres; a este período corresponde también, como es frecuente, la erección de los primeros santuarios (Apolo, Artemis) y la delimitación de los espacios públicos (ágora). Su sucesor, Bato II el Feliz (575-560 a.C.) va a promover, sin embargo, un drástico cambio en la ciudad al hacer un llamamiento, transmitido por el oráculo délfico, a todo el mundo griego, para lograr nuevos ciudadanos, a los que se repartiría tierra. El llamamiento produjo una gran afluencia de interesados, especialmente de los ámbitos dorios del Peloponeso, Creta y las islas y ello, a su vez, determinó un rápido enfriamento de las buenas relaciones con los libios que, ante el temor fundado a perder su territorio recurrieron a Egipto, gobernado a la sazón por el faraón Apries (589-570 a.C.); ambos sufrieron una estrepitosa derrota en la llanura de Irasa, lo que causó la caída de Apries tras el complot urdido por Amasis (570-526 a.C.). Este triunfo de Bato II permitió a la ciudad convertirse en un centro de importancia; no obstante, la mezcla de griegos de diversos orígenes iba a revelarse pronto peligrosa.

Con su hijo y sucesor, Arcesilao II el Cruel (560-550 a.C.), representado en una famosa copa laconia del Museo del Louvre (Figura 11), se asiste al inicio de los conflictos en Cirene, en los que hay que ver tanto tensiones entre los distintos contingentes que entonces integraban la ciudad cuanto posiblemente descontentos derivados del reparto de

tierras promovido por Bato II, puesto que la primera consecuencia de ellos es la fundación de una colonia, Barca, alejada unos cien kilómetros por el oeste de su metrópolis. Los fundadores no eran otros que los propios hermanos del rey, miembros, por consiguiente, de la familia real. Estos últimos incitan a los libios contra el rey, que es derrotado, perdiendo siete mil hombres; poco después es asesinado por su hermano Learco que se hace con el poder, aunque es a su vez asesinado por la viuda del rey.

El trono le corresponde a su hijo, Bato III el Cojo (550-530 a.C.), que tiene que hacer frente a los descontentos creados tras el breve pero intenso período de guerra civil y conjuras palaciegas. La solución, dictada por el santuario délfico, fue solicitar la intervención de un legislador, Demonacte de Mantinea, que dividió a la población en tres tribus: en una se integraban los tereos y los periecos, en otra los peloponesios y los cretenses y en la tercera los isleños. Esta división en tribus hay que considerarla como una forma de garantizar la plena ciudadanía y la igualdad de derechos y deberes, entre todos los cireneos lo que nos indica que los nuevos colonos llegados tras el llamamiento de Bato II habían sido discriminados y ello habría provocado los enfrentamientos que Demonacte trata de resolver. El rey pierde casi todas sus funciones, excepto las sacerdotales (con las tierras necesarias, *temenea*, para atenderlas) y el poder efectivo pasa a manos de magistrados (éforos); además habría, quizá desde la época anterior, una *gerousia* y una *boule* y, posiblemente, una *ekklesia*, aunque no está atestiguada en época arcaica; sobre el carácter concreto de la reforma de Demonacte sigue habiendo disputas, pero no parece improbable que beneficiase, ante todo, a la aristocracia cirenea, en detrimento del rey.

Arcesilao III (530-510 a.C.) representa, en la historia de Cirene, el intento de un gobierno tiránico, al menos en el sentido de que, en contra de la legislación de Demonacte, aspira a recuperar los viejos privilegios reales, lo que no consigue, viéndose obligado a marcharse a Samos, desde donde prepara su regreso, reuniendo un ejército, al que promete tierras; tras recuperar el poder lleva a cabo una intensa política de represión. Se encuentran, pues, aquí, algunos de los ingredientes que caracterizan al gobierno tiránico: apoyo popular, promesas de repartos de tierras, ataques a los ricos y exilio de muchos de ellos, que se refugian en Barca, cuyo régimen desde el inicio fue oligárquico. Todo ello en un individuo que, por derecho, era rey, lo cual tampoco es un caso aislado. El rey se traslada a Barca, no sin antes haberse sometido y haber accedido a pagar tributo a Cambises (525 a.C.), mientras que su madre Ferétima se queda a cargo de los asuntos de Cirene. Poco después Arcesilao III es asesinado por unos exiliados

cireneos y su madre se refugia en Egipto, convenciendo al sátrapa de que ataque Barca, que termina siendo conquistada, reservando Ferétima una suerte cruel a sus habitantes, con excepción de los Batíadas y sus partidarios.

Con Bato IV el Bello (510-470 ? a.C.) se entra en un período de oscuridad por lo que se refiere a la historia política, si bien la arqueología atestigua la prosperidad de la ciudad, que formó parte, siquiera nominalmente, de la satrapía persa de Egipto hasta la derrota de Jerjes. Su hijo, Arcesilao IV (470 ?-440 a.C.), cantado por Píndaro, iba a ser el último Batiada. Los tres últimos reyes, aunque pertenecientes a la dinastía legítima se van a comportar como los demás tiranos contemporáneos, especialmente como los que gobernaban en Sicilia.

Durante la segunda mitad del siglo VI la ciudad concluye su proceso de monumentalización, en torno ante todo a dos ejes básicos, la «calle del Rey Bato», que unía la acrópolis con lo que sería el ágora y el santuario de Apolo, ambos datables en los primeros momentos de vida de la ciudad. A partir del ca. 550 a.C. se construye el primer templo de Apolo y quizá el de Zeus; igualmente, el santuario de Deméter, extramuros, ha sido intensamente frecuentado durante el período. El ágora, por su parte, surgida en torno a la tumba de Bato, había alcanzado ya a fines del siglo VI la misma extensión que mantendría hasta época romana. Además, Bato había sido enterrado junto a un pequeño recinto sacro dedicado, desde el establecimiento tereo, al culto de Ofeles, divinidad de carácter salutífero y probable origen indígena (Figura 8).

Por lo que se refiere a las fundaciones coloniales, ya se ha mencionado anteriormente Barca, creada a mediados del siglo VI y de la que arqueológicamente no se conoce mucho, por lo que no insistiré sobre ella; del siglo VI debe de ser también Evespérides, en la costa al suroeste de Barca y en ella los hallazgos arqueológicos parecen remontarla al primer cuarto del siglo. Estos fueron los centros principales, pero no los únicos; algo más al norte de Evespérides se hallaba Taucheira (Tocra) donde se hallaron cerámicas prácticamente contemporáneas de la fecha de fundación de Cirene; más al norte se alzó en época helenística la ciudad de Tolemaide (Tolmeita) pero en la misma parece haber habido un asentamiento estable desde al menos el inicio del siglo VI. Por fin, en Apolonia, el puerto de Cirene, no se ha hallado nada anterior al último cuarto del siglo VI. La ocupación de las zonas internas, especialmente las comprendidas entre Cirene y Barca, parece haber sido intensa, como corresponde a ciudades cuyo recurso principal es la agricultura; parece haber habido aldeas (*komai*), protegidas o resguardadas ocasionalmente por fortificaciones o castillos (*pyrgoi*), donde viviría la población campesina que garantizaba la prosperidad económica de estas *poleis* africanas.

Como ya indiqué anteriormente, los recursos principales de Cirene y de sus colonias, eran agrícolas: cereales ante todo, pero también vid, olivo y legumbres, así como madera procedente de las zonas boscosas y, naturalmente, el enigmático silfio, monopolio real y seguramente aportado por los indígenas libios como tributo; desde finales del siglo V al menos aparecen terracotas que representan a una divinidad (¿Artemis?) con una planta de silfio en la mano. También tenía importancia la ganadería y la cría caballar. El artesanado, sin embargo, no parece haber estado muy desarrollado en esta región si bien en los últimos años se va avanzando en la identificación de talleres cerámicos en Cirenaica; sin embargo, sus relaciones comerciales parecen haber sido intensas: Asia Menor, Creta, Tera, su metrópolis y Esparta, la metrópolis de ésta y, sobre todo, Atenas; no en vano, la Cirenaica era uno de los graneros del mundo antiguo.

9.5. El Extremo Occidente

El último ámbito al que me referiré es el Extremo Occidente; como ya se vio en el apartado correspondiente, la colonización griega en esta parte del Mediterráneo es relativamente tardía; frecuentación desde la segunda mitad del siglo VII, pero sin verdadero establecimiento hasta los años de tránsito entre éste y el siglo VI, momento en el que aparecen Masalia y Emporion (*véase* 4.3.4).

9.5.1. Masalia. Emporion. Comercio y helenización

Sobre la fundación de Masalia (la actual Marsella) nos han llegado dos testimonios principales que, si bien se diferencian en el detalle, así como en los nombres de los *oikistai*, están de acuerdo en el mecanismo de la fundación; se trata de Ateneo (*Deipnosofistas*, XIII, 576), que remonta a Aristóteles y de Justino (XLIII, 3, 4-13). En ambas versiones los griegos llegan y, tras el matrimonio del *oikistes* con la hija del jefe indígena, éste le entrega tierras a su yerno para que se establezca. Las vicisitudes de la ciudad en el siglo VI no son excesivamente bien conocidas; parece que durante la segunda generación de colonos tienen que hacer frente a una importante revuelta indígena de la que la ciudad resulta triunfante. Es, igualmente, posible que Masalia haya participado en la batalla del Mar Sardo, del lado de los habitantes de Focea y que en esos años haya recibido un nuevo contingente de población, que acaso sea responsable de una primera extensión de su territorio y del inicio de su importante viticultura. Pero, sin duda, una

de las principales actividades desempeñadas por Masalia, como, por lo general, por todas las fundaciones foceas, era el comercio, tanto con los centros litorales cuanto con las regiones más internas de la Galia y Centroeuropa, seguramente en busca del preciado estaño y a lo que contribuía la vía natural creada por el curso del Ródano, junto a cuya desembocadura fue fundada la ciudad.

El papel de Masalia como intermediaria, no sólo comercial, sino también cultural, entre el Mediterráneo y el interior de Europa ha sido puesto de manifiesto en numerosas ocasiones; de ello hay bastantes pruebas, no sólo cerámicas de lujo sino también importantes objetos de bronce, todos ellos relacionados, habitualmente, con el consumo del vino y la práctica del *symposion*. De la misma manera, Masalia difunde por buena parte de las localidades costeras del Golfo de León tanto los productos manufacturados que recibe desde la Grecia propia o la Grecia del Este, cuanto los que ella misma produce; en ambos casos, las cerámicas son los únicos testimonios conservados de esa actividad. A tal fin, Masalia establece toda una serie de factorías costeras, política que también seguirá, en la misma época, Emporion. Por lo que se refiere a su estructura política, parece que durante buena parte del siglo VI Masalia se halla gobernada por una oligarquía restringida, compuesta por los descendientes de los primeros colonos; posiblemente a finales de siglo se haya producido ya una primera apertura, consistente, como afirma Aristóteles (*Pol.*, 1305 b 1-10) en la posibilidad de acceder a los órganos de gobierno a más miembros del grupo privilegiado; una segunda etapa permitiría el acceso a personas no relacionadas con estos grupos. Estos individuos parecen haberse llamado, desde siempre, *timucos*, es decir, los que poseen o participan de la *time*, el honor, o los cargos políticos.

La estructura que describe Estrabón parece haber permanecido en buena medida inalterada desde la época arcaica, quizá salvo en el número de los timucos, posiblemente incrementado desde la primera época de la ciudad para dar cabida a aquéllos que fueron integrados en el mismo con posterioridad:

> «Los masaliotas se rigen por el sistema aristocrático más ajustado a la *eunomia* de todos los existentes; poseen un consejo de seiscientos hombres, que mantienen de por vida este honor (*time*) y a los que llaman timucos. Quince de entre ellos son los que presiden el consejo y a ellos se les atribuye la administración de los asuntos corrientes. A su vez, tres de entre los quince se encuentran a su frente y son los que tienen más poder y, de éstos, uno (es el que preside). No se puede llegar a ser timuco si no se tienen hijos y si no se procede de ciudadanos en tercera generación. Las leyes, jónicas, están expuestas públicamente.» (Estrabón, IV, 1, 5; traducción del autor.)

Así, es posible que como consecuencia del incremento económico y demográfico experimentado por la ciudad a lo largo del siglo VI a los primeros timucos se les fuesen uniendo otros, seleccionados seguramente por cooptación, de entre los personajes más notables y más ricos que, sin embargo, no descendían de los primeros colonos. El número de seiscientos puede haberse fijado en el siglo V o en el siglo IV, lo que presupone que en los primeros tiempos fueron menos los timucos. Por lo que se refiere al *demos*, no parece haber tenido importancia política a lo largo de toda la historia masaliota, aun cuando de su importancia numérica y económica no cabe dudar. En cualquier caso, la posibilidad de que el número de los timucos haya ido creciendo con el paso del tiempo, y el procedimiento empleado para su selección pueden haber permitido el acceso de ciudadanos destacados a este órgano de gobierno; eso parece desprenderse de Aristóteles cuando afirma:

> «Debe darse participación en el gobierno al pueblo ... sea, como en Masalia, mediante un examen de los méritos, tanto de los de la clase gobernante como de los extraños a ella.» (Aristóteles, *Pol.*, 1321 a 26-31; traducción de J. Marías y M. Araujo.)

De la topografía y del territorio de la ciudad del siglo VI no es mucho lo que se sabe; a este momento parecen corresponder tanto el templo de Apolo Delfinio como el de Artemis Efesia, restos de los cuales, o relacionados con ellos, parecen haberse hallado; el territorio primigenio ha sido bastante restringido, si bien puede haberse dado una primera ampliación a lo largo de la segunda mitad del siglo VI; en esta misma época Masalia ha dedicado un *thesaurus* en Delfos. La situación en el siglo V ya no será abordada aquí, aunque sí señalaré que la idea tradicional de que la ciudad sufre un período de profunda crisis y recesión económica en ese siglo, parece ir matizándose según progresa el conocimiento del entorno masaliota. Si ha existido crisis (lo cual tampoco es ya absolutamente seguro) la misma no se ha reflejado en las relaciones que mantiene Masalia con el entorno sudgálico en el que se hace patente, durante toda la centuria, la acción económica de la ciudad.

Pasando a Emporion, parece que el primer asentamiento, contemporáneo al de Masalia, ha tenido lugar en la entonces isla de San Martín de Ampurias, que fue más adelante llamada *Palaiapolis*, la «ciudad vieja» y que sería la sede de un poblado indígena, frecuentado desde hacía tiempo, además de por los foceos, por púnicos y, tal vez, etruscos. Este lugar posiblemente no se diferenciara mucho de otros centros establecidos a lo largo de las costas ibéricas y que, al menos hasta la mitad del siglo VI, parecen claramente orientados hacia el comercio

con Tarteso, ya en la costa atlántica peninsular. A partir de la mitad del siglo VI una serie de hechos, quizá no siempre relacionados entre sí, afectan al carácter de la presencia focea en Iberia: la batalla del Mar Sardo, el final del comercio foceo con las regiones atlánticas y el establecimiento del mismo con el sudeste de Iberia, la creación de un centro mayor enfrente de la primitiva *Palaiapolis* y el auge del comercio ejercido desde la misma. A partir de ese momento Emporion, seguramente ya llamada así, rivaliza en cierto modo con Masalia, al controlar el comercio con las costas peninsulares y con Ibiza, mientras que aquélla lo hace con el costero del sur de la Galia e, indirectamente, con los territorios del interior. Será en el siglo V cuando Emporion empiece a desarrollar su propio sistema político, pero ello tampoco será tratado en el presente libro.

La acción de estos dos centros principales, a la que hay que sumar la de las factorías de ellos dependientes, contribuye decididamente a modificar las culturas prehelénicas con las que entran en contacto y que servirán de clientes y proveedores de estas *poleis*, las más occidentales de la Hélade.

9.6. Consideraciones generales

Del Cáucaso a los Pirineos, del Mar de Azov a la Sirte, hemos visto reproducirse hasta la saciedad un mismo modelo político, que presenta características ya observadas en su lugar de origen, la Grecia propia, junto con rasgos derivados del entorno en el que se insertan. Problemas similares o parecidos se suceden en todas esas *poleis*: tiranías, guerras, *staseis*; formas de gobierno englobables en los esquemas clásicos: monarquía, tiranía, aristocracia, oligarquía, etc.; manifestaciones artísticas inmediatamente reconocibles como griegas; una lengua común y un empleo de la escritura también común, tanto para registrar transacciones privadas como grandes acontecimientos públicos. Además, intercomunicación entre los diferentes ambientes, ya inmediata, ya indirecta. Y todo ello, dentro de la más estricta independencia política de cada una de esas células que configuran la Hélade, las *poleis*. Quizá no pueda hablarse, habida cuenta de las distancias y de las diferentes vicisitudes, de una Historia (con mayúsculas) común, pero quizá tampoco haya nada más característico de lo que representa el mundo griego que esa profunda paradoja de una comunidad (de lengua, de usos, de dioses, como decía Heródoto, VIII, 144, 2) que al tiempo se halla fragmentada y dispersa por todo el Mediterráneo y en contacto con ambientes tan dispares.

El mundo colonial, en el siglo VI, es, si se quiere, la «otra Grecia», ni

más ni menos importante, desde un punto de vista objetivo, que la Grecia «propia»; lo que pueden tener en común *poleis* como Masalia, Cumas, Gela, Corinto, Cirene u Olbia es, en cierto modo, independiente del entorno geográfico en el que se encuentran y deriva de la herencia conjunta que todas han recibido y han contribuído a desarrollar y que no es otra que el modelo de la *polis*. Y, sin embargo, las diferencias que pueden existir entre ellas y que en buena medida se deben a ese mismo ambiente circundante, no dejan de enriquecer y de fecundar continuamente a la globalidad del mundo helénico.

10. Epílogo

Llegados ya al final de este trabajo, resulta difícil elaborar unas conclusiones que engloben todos y cada uno de los aspectos que han sido abordados a lo largo de las páginas previas, lo que, en cierto modo, me evita siquiera el intentarlo. Simplemente diré que el período aquí estudiado es fundamental en la conformación de lo que fue y de lo que conocemos como cultura griega. En el siglo VIII hemos empezado hablando de comunidades aldeanas que lentamente van saliendo de la Epoca Obscura y en las que la política no ha surgido o apenas lo ha hecho y que se limitan a la Península Balcánica y a la franja costera occidental de Anatolia; al final del siglo VI, lo primero que observamos es que el ámbito en el que hay poblaciones greco-parlantes se ha ampliado muy considerablemente, abarcando prácticamente todos los rincones del Mediterráneo. En todos y cada uno de esos diferentes ámbitos tratados han surgido ya unas estructuras considerablemente sofisticadas: el individuo se integra en un esquema político, es decir, forma parte de una estructura estatal; en la mayoría de ellos se han dado pasos considerables tendentes a garantizar una inserción del individuo dentro de ese marco, independientemente de su adscripción familiar a tales o cuales grupos y una participación en el mismo derivada no de sus vínculos de sangre sino de una serie de factores más objetivos, como puede ser su lugar de residencia o su nivel económico.

Por otro lado, el proceso que ha definido el papel del individuo en relación con el estado, ha creado al ciudadano, sujeto a deberes pero también titular de derechos; sin embargo ha definido también al no-ciudadano, que sólo tendrá deberes. Este no-ciudadano puede ser

desde la propia esposa del ciudadano hasta el extranjero y el esclavo. Este último implica otra definición fundamental, si no creada en sentido estricto sí, al menos, delimitada por el estado: la del libre y la del no-libre. El no-libre es, ante todo, una propiedad de aquél de quien depende, su amo, y es empleado básicamente en la producción. En el período que he estudiado aún no ha alcanzado la esclavitud el auge que tendrá en siglos posteriores, pero su empleo ya está perfectamente atestiguado.

Pero no todo en el estado griego está definido; igual que hay individuos «entre la libertad y la esclavitud», también los hay, aun dentro de los libres, que no están rodeados de contornos explícitos: periecos o metecos son personas libres, pero su *status*, al menos durante el arcaísmo, se nos escapa, al menos en aquellas ciudades menos conocidas. De la misma manera, la vinculación del individuo al estado, que es una relación de tipo político, coexiste con formas de organización pre-políticas cuya importancia no es bien conocida, pero cuya existencia y perduración pueden estar diciendo algo acerca de su eventual peso: desde las familias o *gene*, pasando por las fratrías o las tribus «pre-políticas» (las tres tribus dorias, las cuatro jonias). Dentro también de esta idea, la tensión entre centro urbano (*asty*) y territorio (*chora*) o entre cultos políadas y santuarios extraurbanos, o entre cultos olímpicos y cultos heroicos, de componente básicamente ctónico, pueden verse asímismo como trasunto de la tensión general entre lo político y lo pre-político. Toda una serie de situaciones intermedias caracterizará al arcaísmo.

Y, a pesar de todo ello, entre los siglos VIII y VI la Hélade no sólo trató de superar esas contradicciones, o consiguió convivir con ellas cuando no lo logró, sino que pudo expandirse y pudo dar lugar a una cultura profundamente característica, ya desde su primera gran manifestación, los Poemas Homéricos por más que, y sería otro componente del momento, no siempre la cultura griega trabajara con materiales originales y propios. Secularizada la sociedad como consecuencia de la caída y desaparición de los viejos *wanaktes* de la Edad del Bronce, que quizá asumieran algún tipo de representación de la divinidad, el heleno se va a considerar libre para imaginar a sus dioses como desee o, llegado el caso, para criticar esta imagen por él mismo elaborada de los dioses o, incluso, rechazarlos y buscar la explicación última que de esas figuras se requería en algo ajeno por completo a lo religioso.

El hombre griego va a verse libre, en definitiva, para criticar lo que desee y, sin duda, ello también tiene su reflejo en lo político. En las antiguas civilizaciones orientales la pugna se planteaba por quién de entre los diversos aspirantes se hacía con el poder para, una vez asentado en el mismo, perpetuar una forma de gobierno consagrada;

en el país del Nilo hubo siempre Reyes del Alto y del Bajo Egipto, aunque hubiera habido centenares de usurpaciones; en el Asia Anterior aún dos mil años después de acuñado el término, los monarcas seguían siendo llamados indefectiblemente «Reyes de las Cuatro Regiones».

No se trata de idealizar, sin embargo, el modelo griego; también en la Hélade los círculos dirigentes aspiran a perpetuarse en el ejercicio del poder evitando ceder a las pretensiones de los otros. Pero hay una diferencia esencial: en Grecia se critica el sistema vigente y se proponen medidas: las realezas tradicionales se cuestionan y acaban cayendo en su mayoría; legisladores y tiranos, cada uno en defensa de intereses determinados, se plantean la modificación de la situación; reformadores o simples pensadores hacen sus lucubraciones acerca del mejor gobierno y algunos de ellos consiguen llevar sus ideas a la práctica, como hace Pitágoras. El mundo griego, en definitiva, se mueve, no permanece estático; sus ideales se van modificando con el paso del tiempo y por la acción de las pujantes sociedades políticas que vivían en sus *poleis*. En el período considerado y aun dentro de unas tendencias generales, cada ciudad ha elaborado su propio esquema político, de la misma forma que se ha urbanizado de una forma diferente o ha desarrollado un estilo artístico propio. Eso es lo que caracteriza al mundo helénico.

El análisis aquí llevado a cabo ha tratado, pues, de poner de relieve cuáles han sido los elementos y los mecanismos que han confluído en el proceso que transformó al mundo cerrado, aldeano y pre-político que era Grecia en el siglo VIII, en la cuna de una de las estructuras más originales de toda la Historia de la Humanidad: la *polis* griega, ya plenamente formada y constituída en el momento en que la mayor máquina de guerra del momento, el Imperio Aqueménida, se dispone a completar la anexión de la Hélade y fracasa ante ella. Pero eso excede ya del objeto de nuestro estudio.

11. Apéndice: Selección de textos

11.1. Los problemas de las fundaciones coloniales mixtas

«La fundación nueva no puede resultar, igualmente fácil para las ciudades en los casos en que no se hace al modo de los enjambres, ni se asienta un solo linaje procedente de una misma tierra, bien amistado como salido de amigos bajo la presión de un territorio estrecho o la fuerza de cualquier otro accidente de este tipo: hay casos en que una parte de la ciudad se ve en la necesidad de extrañarse a otro sitio bajo la violencia de las sediciones (*staseis*); y aun alguna vez se desterró una ciudad entera a causa de una derrota militar excesivamente dura. En todos estos casos la fundación y legislación es más fácil en un aspecto y más difícil en otro. En efecto: el constituir un mismo linaje con una sola lengua y una sola ley comporta una cierta benevolencia, ya que hay comunidad de cultos y de todas las demás cosas de este tipo ... Y viceversa, la multitud de todas procedencias que concurre en una unidad, quizá se preste a obedecer ciertas leyes nuevas; pero cuanto a tener todos el mismo espíritu y, como caballos en tiro respirar siempre a una, según suele decirse, es cosa de mucho tiempo y máxima dificultad.»(Platón, *Leyes*, 708, b-d; traducción de J. M. Pabón y M. Fernández Galiano.)

Comentario:

Este texto, escrito por Platón en el siglo IV a.C. refleja, ante todo, la conformación de una casuística de las diferentes posibilidades que

podía ofrecer el proceso de fundaciones coloniales griegas. El momento al que el autor y el texto corresponden está ya, sin duda, alejado del período en el que tuvo lugar la vasta empresa colonizadora griega y se está ya en condiciones de mirar retrospectivamente y con lo que llamaríamos nosotros «perspectiva histórica» al proceso; sin embargo, puede que la conflictiva situación por la que atraviesa el mundo helénico durante el siglo IV pueda explicar, entre otras causas, el interés que el tema suscita entre los tratadistas del momento.

Reflexiona Platón en este pasaje acerca de las dificultades que se abren para cualquier fundación cuyos miembros no posean el mismo origen y cuya marcha no se deba a algún motivo común a todos ellos; será sólo en estos casos cuando se garantice, casi por definición, una armonía entre todos: el modelo del enjambre de abejas es suficientemente expresivo al respecto. Platón fue un buen conocedor de ambientes coloniales helénicos, especialmente siciliotas, sacudidos a lo largo del siglo IV por conflictos «étnico-lingüísticos», algunos de los cuales arrancan de los propios orígenes de las ciudades en liza; posiblemente ese hecho es importante a la hora de explicar las prevenciones del filósofo y teórico político hacia esas fundaciones mixtas.

También dentro de los ejemplos tomados del reino animal, destaca Platón cómo el comportamiento de los ciudadanos de una *polis* debe ser similar al de un tiro de caballos, imagen obvia si se tiene presente la finalidad esencial del bien común que tiene la ciudad griega; no niega que la posibilidad de que se alcance un buen espíritu entre aquellos que presentan diferencias esenciales entre sí pueda tener lugar, pero sí advierte acerca de su dificultad y del tiempo que ello requiere. No cabe duda de que aspectos como la identidad de cultos y de costumbres a la que posiblemente hubiera que añadir la de lengua (entendida sobre todo en su aspecto de dialecto, de entre los que componen la lengua griega) son básicos para configurar una *polis*; si estos aspectos están garantizados desde el principio, se puede augurar un brillante desarrollo a la fundación; sin embargo, si lo mismo debe lograrse a base de cesiones y mediante la elaboración de leyes referidas explícitamente a resolver tal asunto, queda claro que el proceso en su conjunto puede llegar a verse comprometido desde muy pronto.

En otro orden de cosas, conviene señalar que en la información de que disponemos para las fundaciones coloniales pre-helenísticas no siempre quedan explícitamente identificados los lugares de procedencia de los colonos y, en muchos casos, ni tan siquiera disponemos de pruebas seguras de quiénes poblaron dichas ciudades; sin embargo, el texto de Platón parece sugerir que con cierta frecuencia (acaso superior a la admitida habitualmente) las colonias se fundaban con

elementos de diversos orígenes. Naturalmente, con esta posibilidad *in mente* puede ser posible realizar una interpretación más exacta y rigurosa de aspectos poco comprendidos en diferentes *apoikiai* tradicionalmente tomadas como homogéneas pero que acaso no lo sean tanto.

11.2. La administración de justicia en el mundo homérico

«Los hombres estaban reunidos en el *agora*. Y había allí entablada una contienda en la que dos varones disputaban acerca de la expiación por un homicidio. El uno afirmaba que había pagado todo, haciéndoselo ver al pueblo; el otro negaba haber recibido nada. Y los dos deseaban alcanzar una decisión final ante el árbitro. Las gentes gritaban defendiendo cada bando a uno, mientras que los heraldos trataban de refrenar a la multitud. Los ancianos estaban sentados en pulimentadas piedras en sagrado círculo, asiendo en sus manos el cetro de heraldos de voz que resuena en el aire, y con ellos en las manos se levantaron al fin y alternativamente pronunciaron su fallo. En medio de ellos había en el suelo dos talentos de oro para entregar al que de ellos dictara sentencia del modo más recto.» (Homero, *Ilíada*, XVIII, 497-508; traducción de C. Rodríguez Alonso.)

Orientaciones

— Importancia de la palabra en el proceso judicial.
— Carácter simbólico del círculo, con su centro.
— La justicia, basada en la apreciación de los «ancianos».
— El arbitraje sustituye a la venganza.

11.3. La personalidad y la labor de Licurgo

«Sobre el legislador Licurgo, en conjunto, no puede afirmarse nada fuera de dudas, ya que su ascendencia, viaje y muerte, además de la actividad concerniente a sus leyes y a su labor política, cuentan con historias varias. Pero todavía menos consenso encuentran las fechas en que vivió este hombre. Unos dicen, en efecto, que floreció con Ifito y con él instituyó la tregua olímpica; entre ellos también está el filósofo Aristóteles ... Otros, calculando la fecha con las listas de sucesión de los que han reinado en Esparta, como Eratóstenes y Apolodoro, la fijan no pocos años antes de la primera Olimpíada. Por su parte, Timeo conjetura que, por haber existido dos Licurgos en Esparta en época distinta, a uno de ellos se atribuyen, por su fama, los hechos de ambos y que el más antiguo vivió no muy lejos de los tiempos de Homero. Según algunos, incluso se encontró personalmente con Ho-

mero. También Jenofonte da fe de su antigüedad en el pasaje donde dice que nuestro hombre vivió en época de los Heráclidas... De todos modos, pese a que la historia presenta tantas vacilaciones, intentaremos, ateniéndonos a los escritos con objeciones menos importantes o testimonios más conocidos, ofrecer el relato sobre este hombre». (Plutarco, *Vit. Lyc.*, 1; traducción de A. Pérez Jiménez.)

Orientaciones

— Recorrido por las principales fuentes que colaciona Plutarco acerca de Licurgo.
— Empleo de sistemas cronológicos diferentes para indicar la época en la que vivió.
— Referencia a la imagen remota y, en cierto modo inaccesible, que propaga Plutarco en este primer párrafo de su biografía de Licurgo.
— El sentido de elaborar una biografía de alguien que suscita tantas dudas.
— El tema de los orígenes obscuros de los grandes personajes históricos.

11.4. Solón y su actitud ante la tiranía

«Y si respeté mi patria y no me entregué a la amarga violencia de la tiranía, manchando y deshonrando mi fama, no me avergüenzo de ello: pues creo que así superaré más aún a todos los hombres ... Los que vinieron a hacer rapiña tenían una gran esperanza y cada uno de ellos creía que lograría muchas riquezas y que yo, después de mis palabras moderadas, dejaría ver ya mis planes de violencia. Frívolas esperanzas se hicieron entonces y ahora, irritados conmigo, me miran todos de través como a un enemigo, sin tener derecho a ello: pues mis promesas las cumplí, con ayuda de los dioses y fuera de ellas no cometí locuras ni me place obrar por medio de la violencia de la tiranía, ni que los buenos posean igual porción (*isomoiria*) de nuestra fértil tierra patria que los malvados.» (Solón, Frag. 23 D, vv. 13-21; traducción de F. R. Adrados.)

Orientaciones

— Valor del texto presentado, en cuanto que «autodefensa» de su autor.
— La apreciación moral de la tiranía.
— El enigmático lenguaje de Solón y sus referencias a la actualidad de su época.

— Contraposición entre la irritación generalizada y la sensación soloniana del «deber cumplido».
— El rechazo del *ges anadasmos* y la recurrencia a la idea de la *isomoiria*.

11.5. La enseñanza de Pitágoras

«Una vez que desembarcó en Italia [Pitágoras] y se encontró en Crotona ... influyó en esa ciudad de tal modo que cautivó al consejo de los ancianos con su rica y amena charla; a su vez, a instancias de los magistrados, elaboró exhortaciones juveniles para los muchachos. Y, después, lo hizo para los niños que acudían juntos de las escuelas. A continuación, para las mujeres, también se le preparó una reunión. Con estos sucesos grandemente se acrecentó su fama, y de la misma ciudad aceptó a muchos como discípulos, no sólo hombres, sino también mujeres ... Igualmente, a muchos reyes y soberanos del vecino territorio bárbaro. Por lo demás, lo que decía a los que con él convivían ni siquiera uno puede manifestarlo con certeza, porque se daba un silencio ritual entre ellos.» (Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 18-19; traducción de M. Periago Lorente.)

Orientaciones

— Divisiones de edad y sexo en la sociedad griega.
— Relación de Pitágoras con las autoridades locales.
— Apertura a grupos «marginales»; mujeres, niños, bárbaros.
— Predicaciones secretas e influencia política.

11.6. El modo aristocrático de hacer la guerra

«Antiguamente la Megáride estaba ocupada por aldeas (*komai*) y los ciudadanos distribuídos en cinco grupos. Se llamaban hereos, pireos, megareos, cinosureos y tripodiscos. Aunque los corintios les instigaron a una guerra civil ... no obstante, por su moderación actuaban en la guerra civilizada y gentilmente. Pues nadie perjudicaba en absoluto a los agricultores y quienes eran capturados debían pagar un rescate estipulado. Este se recibía cuando ya estaban en libertad y no lo hacían pagar antes, sino que quien capturaba a un prisionero lo conducía a su casa y tras hacerle partícipe de su sal y de su mesa, lo enviaba a casa. Este, ciertamente, después de pagar el rescate era respetuosamente considerado y permanecía para siempre amigo del que le había cogido. Recibía el nombre de "huésped de lanza" (*dorixenos*), como consecuencia de haber sido capturado con una lanza. Quien defraudaba en su rescate era considerado injusto y desleal no

sólo entre los enemigos sino también entre sus conciudadanos.» (Plutarco, *QG.*, 17; traducción de M. López Salvá.)

Orientaciones

— Guerra aristocrática: el papel de los *aristoi* y de los campesinos, respectivamente, en la misma.
— Finalidad económica y de prestigio de la actividad guerrera.
— La guerra, medio de establecimiento de vínculos de hospedaje y su relación con la formación de la *polis* megarea.
— *Komai* y *aristoi* en los inicios de la *polis* de Mégara.

12.

Bibliografía*

ADSHEAD, K. (1986): *Politics of the Archaic Peloponnese. The transition from Archaic to Classical Politics*. Longmead. 142 p.

AHLBERG, G. (1971): *Prothesis and ekphora in Greek geometric art*. Göteborg. 327 p. + 68 láms.

ALBORE LIVADIE, C. (1977-79): «Tre calderoni di bronzo da vecchi scavi cumani: tradizione di élites e simboli di potere». *ASMG*. 18-20. p. 127-147.

ALONI, A. (1980-81): «Lotta politica e pratica religiosa nella Lesbo di Saffo e Alceo». *Atti CeRDAC*. 11. p. 213-232.

AMPOLO, C. (1987): «Organizzazione politica, sociale ed economica delle "poleis" italiote». G. Pugliese Carratelli (ed.). *Magna Grecia, 2.- Lo sviluppo politico, sociale ed economico*. Milán. p. 89-98.

AMYX, D. A. (1988): *Corinthian Vase-Painting of the Archaic Period. I.- Catalogue. II.- Commentary: the study of Corinthian Vases. III.- Indexes, concordances and plates*. Berkeley. XXV+354 p.; XVIII+p.355-700; p.701-809.

ANDREWES, A. (1974): *The Greek Tyrants*. Londres. 166 p.

ASHERI, D. (1980): «La colonizzazione greca». E. Gabba, G. Vallet (eds.). *La Sicilia Antica, I, 1.- Indigeni, Fenici-Punici e Greci*. Nápoles. p. 89-142.

ASPETTI DELLE ARISTOCRAZIE FRA VIII E VII SECOLO A.C. (1984): *Opus*. 3. p. 231-476.

AUSTIN, M.; VIDAL-NAQUET, P. (1986): *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*. Barcelona. 332 p.

BARCELO, P. (1989): «Zur karthagischen Überseepolitik im VI. und V. Jahrhundert v. Chr». *Gymnasium*. 96. p. 13-37.

BAREL, Y. (1989): *Le héros et le politique. Le sens d'avant le sens*. Grenoble. 175 p.

* Los títulos de revistas están abreviados según las normas de *L'Année Philologique*.

BELIN DE BALLU, E. (1965): *L'histoire des colonies grecques du littoral nord de la Mer Noire: bibliographie annotée des ouvrages et articles publiées en U.R.S.S 1940 à 1962*. 2.ª Ed. Leiden. XXV+209 p.

BERARD, C. (1970): *L'Hérôon à la porte de l'ouest. Eretria*, 3. Berna. 75 p.+16 láms.

BERARD, J. (1957; 1.ª ed., 1941): *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité: l'histoire et la légende*. 2.ª ed. Paris. 564 p.

BOARDMAN, J. (1980): *The Greeks overseas. Their early colonies and trade*. (3.ª ed.). Londres. 288 p.

BOARDMAN, J. (1988): «Trade in greek decorated pottery». *Oxford Journal of Archaeology*. 7. p. 27-33.

BRACCESI, L. (1982): «Las tiranías y los desarrollos políticos y económico-sociales». R.Bianchi Bandinelli (dir.). *Historia y Civilización de los Griegos*. vol. II. Barcelona. p. 11-63.

BRANDT, H. (1989): «GES ANADASMOS und ältere Tyrannis». *Chiron*. 19. p. 207-220.

BRESSON, A. (1980): «Rhodes, l'Hellenion et le statut de Naucratis (VIe-IVe s. av. J. C.)». *DHA*. 6. p. 291-349.

BUCK, R. J. (1979): *A History of Boeotia*. Edmonton. XV+204 p.

BURKERT, W. (1984): *Die orientalisierende Epoche in der griechischen Religion und Literatur*. Heidelberg. 135 p.

BURKERT, W. (1985): *Greek Religion. Archaic and Classic*. Oxford. 494 p.

BURN, A. R. (1960): *The Lyric Age of Greece*. Londres. XVI+424 p.

CABRERA, P.; OLMOS, R. (1985): «Die Griechen in Huelva. Zum Stand der Diskussion». *MDAI (M)*. 26. p. 61-74.

CARLIER, P. (1984): *La royauté en Grèce avant Alexandre*. Estrasburgo. XIV+562 p.

CARTLEDGE, P. (1977): «Hoplites and Heroes: Sparta's contribution to the technique of ancient warfare». *JHS*. 97. p. 11-27.

CARTLEDGE, P. (1979): *Sparta and Lakonia. A Regional History. 1300-362 B.C.* Londres. XV+410 p.

CASSOLA, F. (1964): «Solone, la terra e gli ectemori». *PP*. 19. p. 26-68.

CHAMOUX, F. (1953): *Cyrène sous la monarchie des Battiades*. París. 420 p. + XXIV láms.

CITY AND COUNTRY IN THE ANCIENT WORLD (1991). Londres (especialmente los artículos de A. M. SNODGRASS e I. MORRIS).

CLAVEL-LEVEQUE, M. (1985): *Marseille Grecque. La dynamique d'un impérialisme marchand*. Marsella. 215 p.

COLDSTREAM, J. N. (1968): *Greek Geometric Pottery. A survey or ten local styles and their chronology*. Londres. XXXIX+465 p.+64 láms.

COLDSTREAM, J. N. (1977): *Geometric Greece*. Londres. 405 p.

COLDSTREAM, J. N. (1982): «Greeks and Phoenicians in the Aegean». *Phönizier im Westen*. Madrider Beiträge. 8. p. 261-275.

COLDSTREAM, J. N. (1985): «Greek Temples: Why and Where?». P. E. Easterling; J. V. Muir (eds.). *Greek Religion and Society*. Cambridge. p. 67-97.

CONTRIBUTION A L'ETUDE DE LA SOCIETE ET DE LA COLONISATION

EUBEENNES. (1975): Cahiers du Centre Jean Bérard, II. Nápoles. (Especialmente, los artículos de P. Auberson y A. Mele).
COOK, J. M. (1958-59): «The History of Old Smyrna». *ABSA*. 53-54. p. 9-34.
COOK, J. M. (1985): «On the date of Alyattes' sack of Smyrna». *ABSA*. 80. p. 25-28.
COOK, R. M. (1959): «Die Bedeutung der bemalten Keramik für den griechischen Handel». *JdI*. 74. p. 114-123.
CORDANO, F. (1976-77): «L'ideale città dei Feaci». *DArch*. 9-10. p. 195-200.
CORDANO, F. (1978): «Leggi e legislatori calcidesi». *MGR*. 6. Roma. p. 90-98.
CORDANO, F. (1986): *Antiche fondazioni greche. Sicilia e Italia Meridionale.* Palermo. 229 p.
COURBIN, P. (1957): «Une tombe géometrique d'Argos». *BCH*. 81. p. 322-386.
CRAIK, E. M. (1980): *The Dorian Aegean*. Londres. X+263 p.
CRAWFORD, M. H. (1972): «Solon's alleged reform of weights and measures». *Eirene*. 10. p. 5-8.
DAVIES, J. K. (1971): *Athenian Propertied families. 600-300 B.C.* Oxford.
DE POLIGNAC, F. (1984): *La Naissance de la cité grecque*. Paris. 190 p.
DE SENSI SESTITO, G. (1984): *La Calabria in età arcaica e classica. Storia-Economia-Società*. Roma. 144 p.
DEHL, C. (1986): *Die korinthische Keramik des 8. und frühen 7 Jhdts. v. Chr. in Italien. Untersuchungen zu ihrer Chronologie und Ausbreitung.* (DAI Mitt. Athen. Beih. 11). Berlin. 296 p.
DOMINGUEZ MONEDERO, A. J. (1985): «Focea y sus colonias: a propósito de un reciente coloquio». *Gerión*. 3. p. 357-377.
DOMINGUEZ MONEDERO, A. J. (1988): «La implantación colonial griega en el Occidente Mediterráneo: El caso euboico-calcídico. Recientes enfoques y perspectivas». *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua. Vol. I.* Santiago de Compostela. p. 89-118.
DOMINGUEZ MONEDERO, A. J. (1989): *La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia Arcaica: Interacción y aculturación.* B.A.R. Int. Series, 549. Oxford. 2 vóls. (XVIII+360 p.; ii+p.361-780).
DONLAN, W. (1989): «Homeric temenos and the Land Economy of the Dark Age». *MH*. 46. p. 129-145.
DREWS, R. (1983): *Basileus. The evidence for kingship in Geometric Greece.* New Haven. Londres. IX+141 p.
DUCAT, J. (1973): *La Conféderation Béotienne et l'expansion thébaine à l'époque archaïque.* BCH. 97. p. 59-73.
DUNBABIN, T. J. (1948): *The Western Greeks. The History of Sicily and South Italy from the foundation of the Greek colonies to 480 B.C.* Oxford. XIV + 504 p.
DUTHOY, R. (1986): «Qu'est-ce qu'une polis? Esquisse d'une morphologie succinte». *LEC*. 54. p. 3-20.
EARLY GREEK CULT PRACTICE (1988): Proceedings of the Fifth International Symposium at the Swedish Institute at Athens. 1986. Estocolmo. 1988. (Especialmente los artículos de P.G. Calligas, J. Mazarakis Ainian.)
EDLUND, I. E. M. (1987): *The Gods and the Place. Location and function of Sanctuaires in the countryside of Etruria and Magna Graecia. (700-400 B.C.).* Estocolmo. 156 p.

EHRENBERG, V. (1937): «When did the Polis rise?». *JHS*. 57. p. 147-159.
EHRENBERG, V. (1968): *From Solon to Socrates. Greek History and civilization during the 6th and 5th centuries*. Londres. XVII+493 p.
EHRHARDT, N. (1983): *Milet und seine Kolonien*. Frankfurt. 588 p.
ELIOT, C. W. J. (1962): *Coastal Demes of Attika. A Study of the Policy of Kleisthenes*. (Phoenix, suppl. 5). Toronto. VIII+181 p.
EMLYN-JONES, C. J. (1980): *The Ionians and Hellenism. A study of the cultural achievment of the Early Greek Inhabitants of Asia Minor*. Londres. XIII+237 p.
FANTASIA, U. (1975): «Platone e Aristotele sull'organizzazione della CHORA». *ASNP*. 5. p. 1255-1274.
FAURE, P. (1978): *La vie quotidianne des colons grecs de la mer Noire a l'Atlantique au siècle de Pythagore. VIe siècle avant J.C.*. Paris. 443 p.
FERNANDEZ NIETO, F. J. (1975): *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia (época arcaica y clásica)*. Santiago de Compostela. 2 vols. (249 p.; 427 p.).
FERRARA, G. (1954): «Solone e i capi del popolo». *PP*. 9. p. 334-344.
FERRARA, G. (1964): *La politica di Solone*. Nápoles. 155 p.
FINLEY, M. I. (1979): «Esparta». M. I. Finley. *Uso y abuso de la Historia*. Barcelona. p. 248-272.
FINLEY, M. I. (1980): *El mundo de Odiseo*. Madrid. 229 p.
FINLEY, M. I. (1980-a): *Vieja y nueva democracia y otros ensayos*. Barcelona. 206 p.
FINLEY, M. I. (1983): *La Grecia primitiva: Edad del Bronce y Era Arcaica*. Barcelona. 178 p.
FORREST, W. G. (1957): «Colonisation and the rise of Delphi». *Historia*. 6. p. 160-175.
FORREST, W. G. (1980): *A History of Sparta 950-192 B.C.*. Londres. 160 p.
GAGARIN, M. (1981): *Drakon and early Athenian Homicide Law*. New Haven. XVII+175 p.
GAGARIN, M. (1986): *Early Greek Law*. Berkeley. IX+167 p.
GARLAN, Y. (1984): *Les esclaves en Grèce Ancienne*. Paris. 225 p.
GARLAND, R. (1989): «The well-ordered corpse: an investigation into the motives behind Greek funerary legislation». *BICS*. 36. p. 1-15.
GIANGIULIO, M. (1983): «Locri, Sparta, Crotone e le tradizione legendarie intorno alla battaglia della Sagra». *MEFR*. 95. p. 473-521.
GIANGIULIO, M. (1987): «Aspetti di storia della Magna Grecia arcaica e classica fino alla guerra del Peloponneso». G. Pugliese Carratelli (ed.). *Magna Grecia, 2.- Lo sviluppo politico, sociale ed economico*. Milán. p. 9-54.
GORMAN, P. (1988): *Pitágoras*. Barcelona. 224 p.
GRAHAM, A. J. (1982): «The Western Greeks. The colonial expansion of Greece». *C.A.H.*. 2.ª ed. Vol. III, 3. Cambridge. p. 163-195.
GRAHAM, A. J. (1983. 1.ª ed., 1964): *Colony and mother city in ancient Greece*. 2.ª ed. Chicago. XXXII+259 p.
GRAHAM, A. J. (1986): «The historical interpretation of Al-Mina». *DHA*. 12. p. 51-65.
GRANT, M. (1987): *The Rise of the Greeks*. Londres. XVI+391 p.
GRECIA, ITALIA E SICILIA NELL'VIII E VII SEC. A.C. (1981-83): *ASAA*. 59-61.

GRECO, E.; TORELLI, M. (1983): *Storia della Urbanistica. Il Mondo Greco*. Roma. 393 p.

GREEK COLONISTS AND NATIVE POPULATIONS (1990). Oxford.

GRIFFIN, J. (1984): *Homero*. Madrid. 107 p.

GSCHNITZER, F. (1987): *Historia social de Grecia. Desde el Periodo Micénico hasta el Final de la Epoca Clásica*. Madrid. 240 p.

HAGG, R. (Ed.). (1983): *The Greek Renaissance of the eight century B.C.: tradition and innovation*. Proceedings of the 2nd International Symposium at the Swedish Institute in Athens. 1981. Estocolmo. 225 p. (Especialmente los artículos de J.N. Coldstream, P. Courbin, C. Rolley y O. Murray).

HAMMOND, N. G. L. (1950): «The Lycurgean Reform at Sparta». *JHS*. 70. p. 42-64.

HAMMOND, N. G. L. (1982): «The Peloponnese». *C.A.H.* 2.ª ed. Vol. III, 3. Cambridge. p. 321-359.

HANS, L. M. (1983): *Karthago und Sizilien. Die Entstehung und Gestaltung der Epikratie auf dem Hintergrund der Beziehungen der Karthager zu den Griechen und den nicthgriechischen Völkern Siziliens. (VI-III Jh. v. Chr.)*. Hildesheim. X+274 p.

HIGNETT, C. (1952): *A History of the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B.C.* Oxford.

HIND, J. G. F. (1983-84): «Greek and Barbarian Peoples on the Shores of the Black Sea». *AR*. 30. p. 71-97.

HOOKER, J. T. (1980): *The ancient Spartans*. Londres. 254 p.

HOOKER, J. T. (1989): «Gifts in Homer». *BICS*. 36. p. 79-90.

HOPPER, R. J. (1961): «"Plain", "Shore" and "Hill" in Early Athens». *ABSA*. 56. p. 189-219.

HUXLEY, G. L. (1958): «Argos et les derniers Téménides». *BCH*. 82. p. 588-601.

HUXLEY, G. L. (1962): *Early Sparta*. Londres. 164 p.

ISAAC, B. (1986): *The Greek Settlements in Thrace until the Macedonian Conquest*. Leiden. XIV+304 p.

JANTZEN, U. (1972): *Ägyptische und orientalische Bronzen aus dem Heraion von Samos*. Samos, VIII. Bonn. VII+108 p.+85 láms.

JEFFERY, L.H. (1961): *The Local Scripts of Archaic Greece. A Study of the Origin of the Greek Alphabet and its development from the Eight to the Fifth century B.C.* Oxford. XX+416 p.+72 láms.

JEFFERY, L. H. (1976): *Archaic Greece. The city-states c. 700-500 B.C.* Londres.

JONES, A. H. M. (1966): «The Lycurgan Rhetra». *Ancient Society and Institutions. Studies presented to Victor Ehrenberg on his 75th birthday*. Oxford. p. 165-175.

KELLY, T. (1976): *A History of Argos to 500 B.C.* Minneapolis. VII+214 p.

KIECHLE, F. (1963): *Lakonien und Sparta. Untersuchungen zur ethnischen Struktur und zur politischen Entwicklung Lakoniens und Spartas bis zum Ende der archaischen Zeit*. (Vestigia, 5). Münich-Berlin. XII+276 p.

KINZL, K. H. (1979): «Betrachtungen zur älteren Tyrannis». *Die Ältere Tyrannis bis zu den Perserkriegen*. (*Wege der Forschung, 510*). Darmstadt. p. 298-325.

KLEIN, S. C. (1973): *Cleomenes. A study in Early Spartan Imperialism*. Kansas.

KLUWE, E. (1972): «Bemerkungen zu den Diskussionen über die drei "Parteien" in Attika zur Zeit der Machtergreifung des Peisistratos». *Klio*. 54. p. 101-124.
LEGON, R. P. (1981): *Megara. The Political History of a Greek city-state to 336 B.C.* Ithaca. 344 p.
LEPORE, E. (1970): «Strutture della colonizzazione focea in Occidente». *PP*. 25. p. 2054.
LEPORE, E. (1982): «Ciudades-estado y movimientos coloniales: estructura económica y dinámica social». *Historia y civilización de los griegos*. (Dir. R. Bianchi Bandinelli). Vol. I. Barcelona. p. 191-263.
LESCHHORN, W. (1984): *"Gründer der Stadt". Studien zu einem politisch-religiösen Phänomen der griechischen Geschichte*. (Palingenesia, XX). Stuttgart. IX+436 p.
LEVEQUE, P.; VIDAL-NAQUET, P. (1964): *Clisthène l'Athènien. Essai sur la représentation de l'espace et du temps dans la pensée politique grecque de la fin du VIe siècle à la mort de Platon*. Paris.
LEVY, E. (1977): «La Grande Rhètra». *Ktema*. 2. p. 85-103.
LEVY, E. (1985): «Astos et politès d'Homère à Hérodote». *Ktema*. 10. p. 53-66.
LEVY, E. (1987): «Lien personnel et titre royal: Anax et basileus dans l'Iliade». *Le Système Palatial en Orient, en Grèce et à Rome*. Leiden. p. 291-314.
LINTOTT, A. (1982): *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City. 750- 330 B.C.* Londres. 289 p.
LORAUX, N. (1984): «Solon au milieu de la lice». *Aux Origines de l'hellenisme. La Crète et la Grèce. Hommage van Effenterre*. Paris. p. 199-214.
LUCE, J. V. (1984): *Homero y la Edad Heroica*. Barcelona. 211 p.
MADDOLI, G. (1970): «DAMOS e BASILEUS. Contributo allo studio delle origine della polis». *SMEA*. 12. p. 7-57.
MADDOLI, G. (1980): «Il VI e il V secolo a.C.». E. Gabba; G. Vallet (eds). *La Sicilia Antica, II. 1.- La Sicilia Greca dal VI secolo a.C. alle guerre puniche*. Nápoles. p. 1-102.
MALKIN, I. (1987): *Religion and colonization in Ancient Greece*. Leiden. XV+298 p.
MARTIN, R. (1951): *Recherches sur l'agora grecque. Etude d'histoire et d'architecture urbaines*. BEFAR, 174. Paris.
MARTIN, R. (1983): «L'espace civique, religieux et profane dans les cités grecques de l'archaisme à l'époque hellénistique». *Architecture et société de l'archaïsme grec à la fin de la république romaine*. Paris-Roma. p. 9-41.
MATZ, F.; BUCHHOLZ, H. G. (Eds.) (1967-1984): *Archaeologia Homerica. Die Denkmäler und das Frühgriechische Epos*. Göttingen.
MEIGGS, R.; LEWIS, D. (1989; 1.ª ed., 1969): *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century B.C.* Oxford. 344 p.
MELE, A. (1979): *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*. Nápoles. 109 p.
MERANTE, V. (1967): «Malco e la cronologia cartaginese fino alla bataglia d'Imera». *Kokalos*. 13. p. 105-116.
MOREL, J. P. (1984): «Greek Colonization in Italy and in the West. (Problems of evidence and interpretation)». *Crossroads of the Mediterranean*. Lovaina. p. 123-161.

MORRIS, I. (1986): «The use and abuse of Homer». *ClAnt.* 5. p. 81-138.
MORRIS, I. (1987): *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state.* Cambridge. IX+262 p.
MOSSE, C. (1969): *La tyrannie dans la Grèce antique.* Paris. 214 p.
MOSSE, C. (1970): *La colonisation dans l'Antiquité.* Paris. 192 p.
MOSSE, C. (1984): *La Grèce archaïque d'Homère à Eschyle.* Paris. 187 p.
MURRAY, O. (1983): *Grecia Arcaica.* Madrid. 320 p.
MURRAY, O. (1983): «The Greek Symposium in History». *Tria Corda. Scritti in onore di A. Momigliano.* Como. p. 257-272.
MURRAY, O.; PRICE, S. (Eds.) (1990): *The Greek City from Homer to Alexander.* Oxford. 372 p.
MUSTI, D. (1985): «Sul ruolo storico della servitù ilotica. Servitù e fondazioni coloniali». *La schiavitù nella Grecia Antica. StudStor.* 26. p. 857-872.
MUSTI, D. (1989): *Storia Greca. Linee di Sviluppo dall'età Micenea all'età Romana.* Roma. XIV+919 p.
NENCI, G. (1979): «Spazio civico, spazio religioso e spazio catastale nella polis». *ASNP.* 9. p. 459-477.
NIEMEYER, H.G. (1984): «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers». *JRGM.* 31. p. 3-94.
OLIVA, P. (1983): *Esparta y sus problemas sociales.* Madrid. 343 p.
OSBORNE, R. (1989): «A crisis in archaeological history? The seventh century B.C. in Attica». *ABSA.* 84. p. 297-322; lám. 44.
PLACIDO, D. (1985): «Esclavos metecos». *In Memoriam Agustín Díaz Toledo.* Granada. Almería. p. 297-303.
POPHAM, M. (1983): «Euboean exports to Al Mina, Cyprus and Crete: a reassessment». *ABSA.* 88. p. 281-290.
POPHAM, M. R.; TOULOUPA, E.; SACKETT, L. H. (1982): «The hero of Lefkandi». *Antiquity.* 56. p. 169-174; láms. XXII-XXV.
PROBLEMES DE LA GUERRE EN GRECE ANCIENNE. (1968): Paris-La Haya. (Especialmente los artículos de P. Courbin, M. Detienne, y G.S. Kirk).
PUGLIESE CARRATELLI, G. (1986): «Storia Civile». G. Pugliese Carratelli (ed.). *Sikanie. Storia e Civiltà della Sicilia Greca.* Milán. p. 1-78.
PUGLIESE CARRATELLI, G. (1987): «Primordi della legislazione scritta». G. Pugliese Carratelli (ed.). *Magna Grecia, 2.- Lo sviluppo politico, sociale ed economico.* Milán. p. 99-102.
QVILLER, B. (1981): «The dynamics or the Homeric Society». *SO.* 56. p. 109-155.
RIDGWAY, D. (1984): *L'alba della Magna Grecia.* Milán. 202 p.
RIIS, P. J. (1970): *Sukas I. The North East Sanctuary and the first settling of Greeks in Syria and Palestine.* Copenhague. 179 p. + 6 maps.
RODRIGUEZ ADRADOS, F. (1981): *El mundo de la lírica griega antigua.* Madrid. 331 p.
ROEBUCK, C. (1959): *Ionian Trade and Colonization.* (Monographs on Archaeology & Fine Arts, 9). Nueva York.
RUSCHENBUSCH, E. (1966 [2.ª ed.,1983]): *Solonos Nomoi. Die Fragmente des Solonische Gesetzeswerkes mit einer Text- und Überlieferungsgeschichte.* (Historia Einzelschr. IX). Wiesbaden. X+140 p.

SAINTE CROIX, G. E. M. de (1988): *La lucha de clases en el mundo griego antiguo. Desde la época arcaica hasta la conquista árabe*. Barcelona. 851 p.

SALMON, J. (1977): «Political Hoplites?». *JHS*. 97. p. 84-101.

SALMON, J. B. (1984): *Wealthy Corinth: a History of the City to 338 B.C.* Oxford. 464 p. + 44 láms.

SARTORI, F. (1957): *Le eterie nella vita politica ateniese del VI e V secolo a.C.* Roma. 168 p.

SCHACHTER, A. (1989): «Boiotia in the sixth century B.C.». *Boiotika. Vorträge vom 5. Internationalen Böotien-Kolloquium zu Ehren von Prof. Dr. S. Lauffer*. Munich. p. 73-86.

SHERRATT, E. S. (1990): «Reading the texts: archaeology and the Homeric questions». *Antiquity*. 64 p. 807-824.

SHIPLEY, G. (1987): *A History of Samos. 800-188 B.C.* Oxford. XVIII+352 p.

SJÖQVIST, E. (1973): *Sicily and the Greeks. Studies in the Interrelationship between the Indigenous Populations and the Greek Colonists*. Ann Arbor. XIII+90 p.

SNODGRASS, A. M. (1964): *Early Greek Armour and Weapons, from the end of the Bronze Age to 600 B.C.* Edinburgo.

SNODGRASS, A. M. (1965): «The Hoplite reform and History». *JHS*. 85. p. 110-122.

SNODGRASS, A. M. (1967): *Arms and armour of the Greeks*. Londres. 151 p.

SNODGRASS, A. M. (1971): *The Dark Age of Greece. An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eight Centuries B.C.* Edinburgo. XXIV+456 p.

SNODGRASS, A. M. (1974): «An historical Homeric society?». *JHS*. 94. p. 114-125.

SNODGRASS, A. M. (1977): *Archaeology and the rise of the Greek State: an inaugural lecture*. Cambridge. 37 p.

SNODGRASS, A. M. (1980): *Archaic Greece. The Age of Experiment*. Londres. 236 p.

SOURVINOU-INWOOD, C. (1978): «Persephone and Aphrodite at Locri: a model for personality definitions in Greek religion». *JHS*. 98. p. 101-121.

STARR, C. G. (1977): *The Economic and Social Growth of Early Greece. 800-500 B.C.* Nueva York. 267 p.+VIII láms.

STARR, C. G. (1986): *Individual and Community. The Rise of the Polis. 800-500 B.C.* Oxford. X+133 p.

STROUD, R. (1979): *The axones and kyrbeis of Drakon and Solon*. (Univ. of Calif. Publ. Class. Stud. XIX). Berkeley. V+62 p.

STROUD, R. S. (1968): *Drakon's Law on Homicide*. Berkeley.

THOMAS, C. G. (1974): «On the role of the Spartan Kings». *Historia*. 23. p. 257-270.

THOMAS, C. G. (1976): «From Wanax to Basileus: kingship in the Greek Dark Age». *HAnt*. 6. p. 187-206.

TOMLINSON, R. A. (1972): *Argos and the Argolid from the End of the Bronze Age to the Roman occupation*. Londres. XIV+289 p.

VALLET, G. (1964): «Métropoles et colonies. Leurs rapports jusque vers la fin du VIe siècle». *Metropoli e colonie di Magna Grecia. III Convegno di Studi sulla Magna Grecia*. Tarento. p. 209-229.

VAN EFFENTERRE, H. (1985): *La Cité Grecque. Des Origines à la Défaite de Marathon*. Paris. 341 p.
VAN WEES, H. (1988): «Kings in combat: battles and heroes in the Iliad». *CQ*. 38. p. 124.
VERNANT, J. P. (1983): *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*. Barcelona. 384 p.
VOX, O. (1984): *Solone. Autoritratto*. (Proagones Studi XX). Padua. 171 p.
WASOWICZ, A. (1975): *Olbia Pontique et son territoire: l'aménagement de l'espace*. Paris. 251 p.
WELLS, P. S. (1980): *Culture contact and culture change: Early Iron Age central Europe and the Mediterranean World*. Cambridge. XI+171 p.
WHITLEY, J. (1988): «Early States and hero cults: a re-appraisal». *JHS*. 108. p. 173-182.

